

HOMERO

Odisea

VERSIÓN DE SAMUEL BUTLER

«La más fiel de las
versiones homéricas.»

J.L. BORGES

Lectulandia

Fue escrita probablemente en el siglo VII a. C.

2700 años después, sigue muy viva: en 2018, una encuesta realizada por la BBC, en la que participaron escritores y críticos de 35 países, la eligió como la obra literaria más influyente de la historia.

Homero

Odisea (versión de Samuel Butler)

ePub r1.0

Titivillus 02.04.2021

Título original: *The Odyssey*
Homero, 700 a. C.
Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA HISTORIA DE ULISES

Este libro narra la historia de Ulises, o más bien la historia de su regreso a casa después de diez años de guerra en Troya. El libro se conoce como «Odisea» porque el nombre griego de Ulises es Odiseo (Ὀδυσσεύς). El viaje de vuelta duró tanto como la guerra, diez años de denodados esfuerzos (o no tan denodados, opinan algunos) por volver al hogar.

Como es sabido, la guerra de Troya empezó por una mujer. O no: hay quien dice que fue Zeus quien quiso originar un conflicto para reducir la población de la Tierra, que ya entonces le parecía excesiva. Lo cierto es que, siguiendo instrucciones del Jefe, la diosa de la Discordia se presentó en una boda a la que habían sido invitados todos los dioses menos ella y, llena de despecho, arrojó a los pies de Hera, Atenea y Afrodita una manzana de oro que llevaba la inscripción «A la más bella». Las tres diosas se consideraron merecedoras del trofeo, por lo que hubo que recurrir a un juez imparcial, encargo que recayó en el joven París, hijo del rey de Troya, que en aquel entonces ejercía de pastor en el monte Ida, en Asia Menor. Allí acudieron las tres diosas: para sobornar al juez —ya entonces la justicia era imparcial— Hera le ofreció riqueza y poder, Atenea la sabiduría, Afrodita el amor de la mujer más hermosa del mundo. No hubo color: el premio se lo llevó Afrodita.

Que Helena —tal era el nombre de la belleza en cuestión— estuviera casada con Menelao, rey de Esparta, era un problema menor. Afrodita se encargó de que se enamorara perdidamente de París y de que huyera con él, en una nave cargada con las riquezas de su marido.

Menelao se lo tomó mal, quizá no tanto por Helena —cuando esta volvió a su lado, diez años después, Menelao la recibió (casi) como si nada hubiera pasado: todo un ejemplo de mentalidad abierta— como por las riquezas o el bochorno. Él había ganado a Helena en un concurso al que se habían presentado casi todos los príncipes de Grecia, hasta noventa y nueve, dicen; y tan apetitosa era la recompensa que estaba claro que los perdedores iban a tener mal perder. Por lo que el padre de la novia, que era quien convocaba el

certamen, estableció como condición que todos los participantes se comprometieran a defender al elegido y la paz de su matrimonio.

La idea de este pacto de solidaridad había sido de Ulises, rey de la pequeña y rocosa isla de Ítaca: tosco y achaparrado como era, se sabía sin posibilidades de victoria, por lo que quiso ganarse el favor del rey Tindáreo, padre de Helena, para optar directamente al premio de consolación, la mano de Penélope, prima de la reina de la belleza.

En la época del flechazo entre Helena y París, Ulises y Penélope ya se habían casado, y tenían un hijo de meses, Telémaco. Cuando los enviados de Menelao fueron a reclamarle que participara en la operación de castigo contra París, quien se había refugiado con su amada en su Troya natal, Ulises se fingió loco, y uncía al arado un asno y un buey para irse a labrar la arena, y sembraba sal en los surcos que hacía. Uno de los mensajeros, un tal Palamedes, no se tragó el montaje: arrancó al pequeño Telémaco de los brazos de su madre, que estaba contemplando la labranza, y lo arrojó delante de las lamas del arado. Ulises detuvo la yunta, revelando así su cordura, y condenándose por tanto a partir a la guerra.

(En justa venganza, durante la guerra Ulises acusó a Palamedes de traición, incriminándole con pruebas falsas, e hizo que muriera lapidado. Palamedes fue el inventor del alfabeto).

En la guerra Ulises hizo un poco de todo: mató a unos cuantos en combate, y a otros mientras dormían^[1]; entró en Troya disfrazado de mendigo y, sobre todo, urdió la estratagema del famoso caballo de madera, gracias al cual los griegos consiguieron acabar con la resistencia troyana y ganar la guerra.

Ulises llevó a Troya doce naves y mil quinientos hombres. Veinte años después, cuando por fin pudo llegar a su Ítaca natal, no le quedaba ni un solo hombre, ni una sola nave. La *Odisea* nos cuenta porqué.

NUESTRA EDICIÓN

La *Odisea* se compuso en una fecha imprecisa, quizás en el siglo VII antes de nuestra era.

Casi 3000 años después, en 2018, una encuesta realizada por la BBC, en la que participaron escritores y críticos de treinta y cinco países, la eligió como la obra literaria más influyente de la historia.

Y lo fue casi desde el momento mismo de su creación. Ya en el siglo VI a. C. la *litada* y la *Odisea* eran recitadas en las fiestas públicas de Atenas; en el siglo V a. C., Esquilo se refería a sus tragedias como «migajas del banquete de Homero»; en el siglo III a. C., Livio Andrónico la tradujo al latín; en el siglo I a. C., Virgilio compuso su *Eneida* inspirándose en la *Odisea*. En la Edad Media abundaron las historias basadas en el ciclo troyano, la más célebre de las cuales es el *Román de Troie*, de Benoît de Sainte-Maure, y el mito de Ulises supera las fronteras del mundo románico: probablemente del siglo VIII es el texto *Merugud Uilix maicc Leirtis* (*Los viajes de Ulises hijo de Laertes*), en irlandés antiguo. Desde entonces, en todas las lenguas y en todas las épocas, es bien perceptible el rastro de la *Odisea*: Ulises está en *Las mil y una noches*, en Dante Alighieri y en Shakespeare, en La Fontaine y en Tennyson, en Virginia Woolf, en Ezra Pound y en T. S. Eliot, en Borges, en Cavafis, en Pessoa, en Joyce, en Pavese, en Georges Brassens, en Bob Dylan, en Suzanne Vega, en Nick Cave, en Margaret Atwood y en Jay-Z. Desde hace milenios, todos leemos lo mismo: un club de lectura que atraviesa los siglos.

Lo que quisiéramos con esta edición de la *Odisea* es incorporar nuevos socios al club y, desde la complicidad, invitarles a participar del intercambio de opiniones que suscita una lectura compartida. «Si leo la *Odisea* leo el texto de Homero, pero no puedo olvidar todo lo que las aventuras de Ulises han llegado a significar a través de los siglos...» (Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*).

Los clásicos se leen en cada época según el viento del momento. Y hoy nos preguntamos: ¿la *Odisea* es el relato de las mentiras, o las excusas, de

Ulises, o es la historia del combate de Penélope, que defiende la hacienda de Ulises frente a los pretendientes que quieren ocupar su trono y su lecho?

Como contrapunto al relato homérico —y a siglos de patriarcado— hemos querido incluir en esta edición *La versión de Penélope*, de Margaret Atwood, donde la celebrada autora de *El cuento de la criada* y *Los testamentos* da voz a la protagonista real de la historia, y nos cuenta qué es lo que de verdad ocurría durante los largos extraviós de Ulises.

La *Odisea* fue compuesta en verso, concretamente en hexámetros, un verso muy rítmico pensado para ser recitado en voz alta, quizá con el acompañamiento de algún instrumento musical: el inicio de una ininterrumpida tradición que, a través de los cantares de gesta y los romances de ciego, ha desembocado en el rap. No es casual que la *Odisea* sea el libro favorito de Jay-Z, ni que Kase-O inicie su tema más famoso con una invocación a Poseidón y a las musas.

Pero es tal la lejanía en el tiempo que es imposible reproducir, siquiera con una mínima aproximación, la emoción que esa lectura producía en el público de la época.

Los admirables trabajos de los filólogos —Zenódoto de Éfeso (s. III a. C.), Friedrich August Wolf (1759-1824), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Milman Parry (1902-1935), por citar solo algunos— se ocupan, desde hace siglos, en desentrañar el significado exacto de cada una de las palabras que componen el poema y en desvelar los mecanismos de su composición. En la estela de sus trabajos, se han realizado numerosísimas traducciones a todas las lenguas: un volumen de prodigiosa erudición, *The printed Homer*, de Philip H. Young, relaciona más de cinco mil, publicadas en cuatrocientas ciudades distintas de todo el planeta. Pero para nuestro propósito, el de revivir las historias de Ulises y Penélope y percibir cuán presentes han estado y seguirán estando en nuestras vidas, era necesaria no tanto la versión más filológicamente precisa, sino la que, aun a riesgo de ser menos literal, fuera más eficaz como relato.

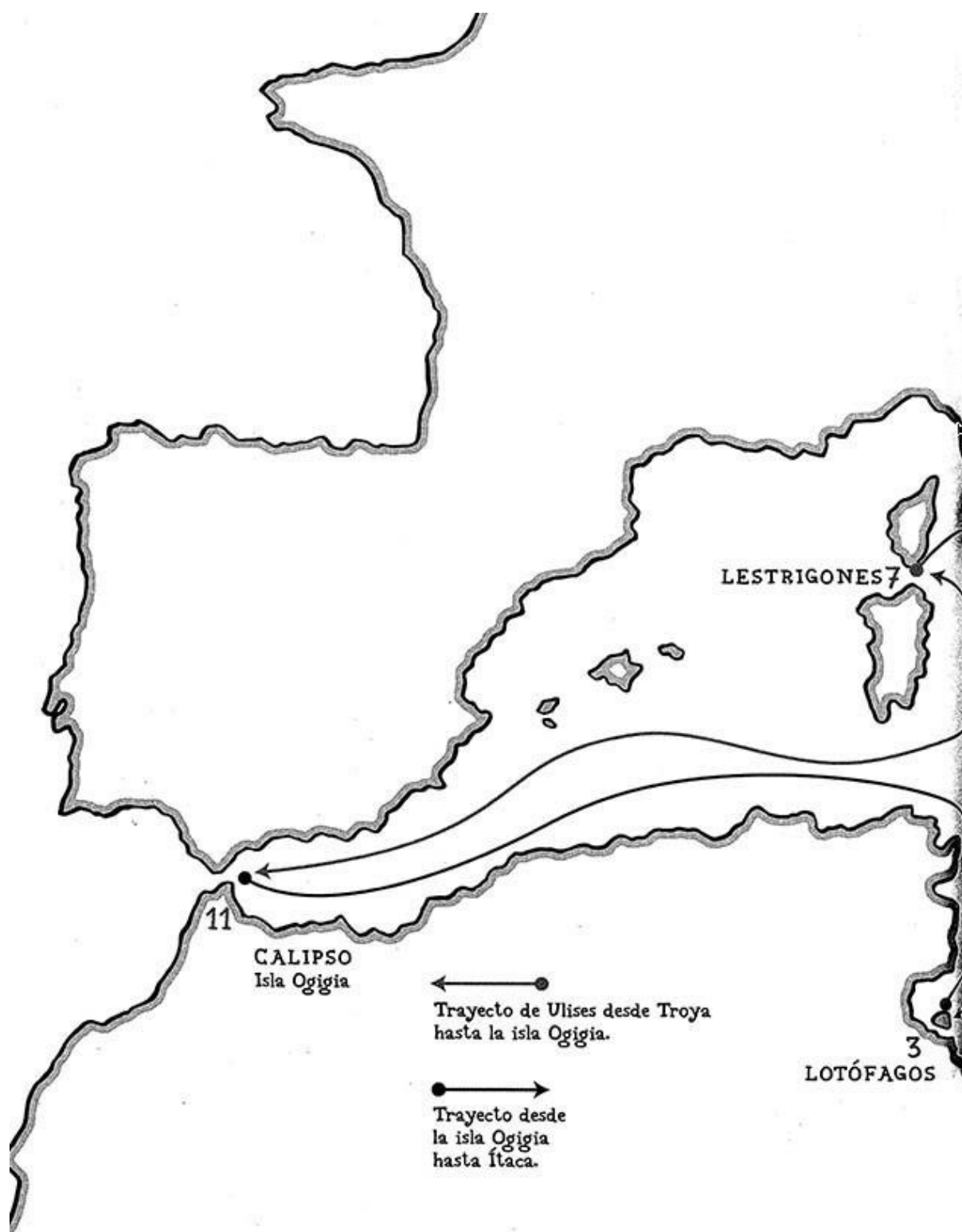
La lectura de un breve ensayo de Borges, *Las versiones homéricas*, publicado en 1932, nos puso sobre la pista de la versión, al inglés y en prosa, que Samuel Butler hizo en 1900. Borges la define como una «irónica novela burguesa», y, por la eficacia con la que transmite la esencia del relato original, la juzga «la más fiel de las versiones homéricas».

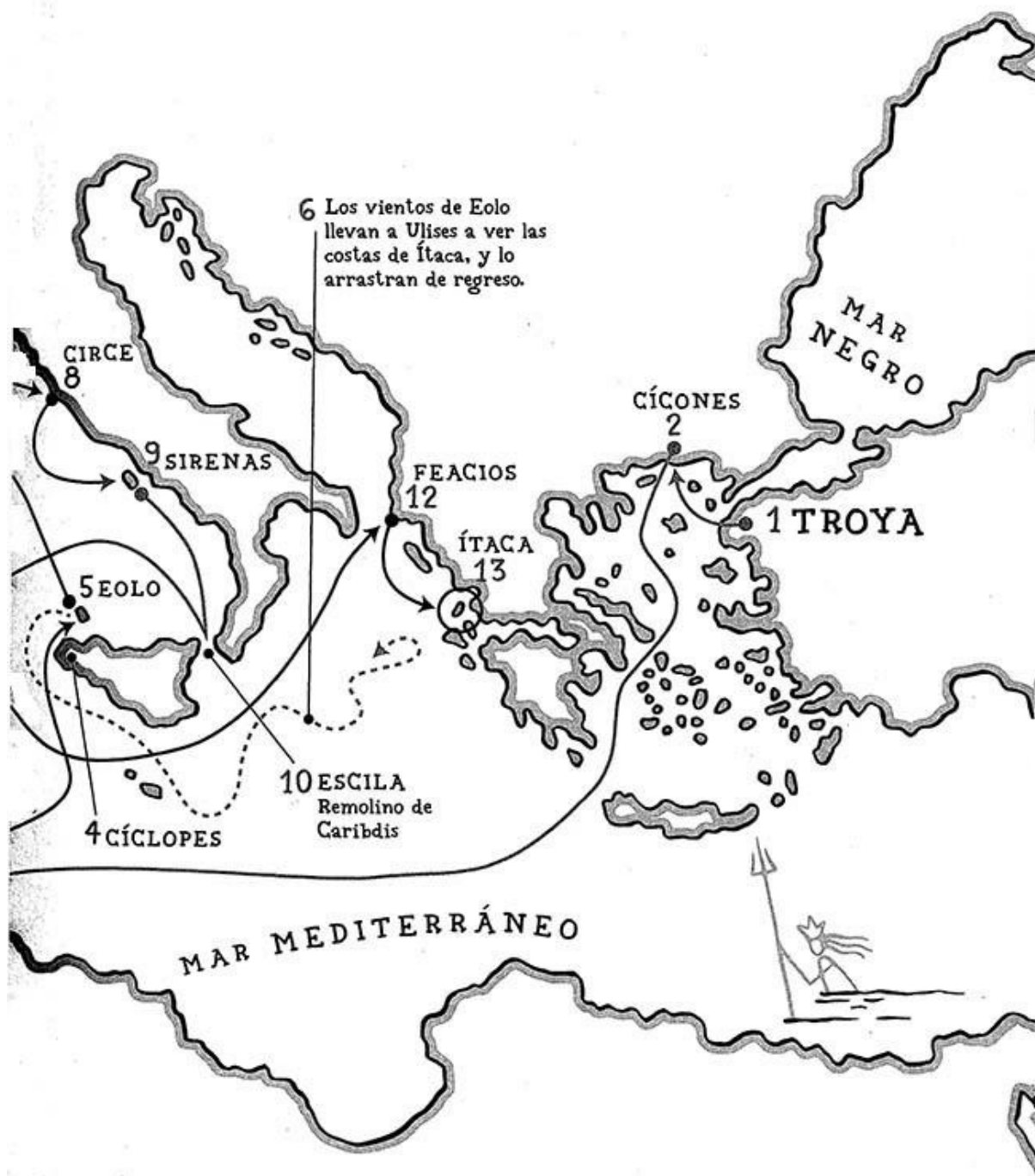
Samuel Butler (1835-1902), clérigo en Londres primero y criador de ovejas en Nueva Zelanda después, autor de la novela utópica *Erewhon*, descripción de un país imaginario en el que están prohibidas las máquinas, y

donde los criminales son tratados como enfermos, y los enfermos como criminales, fue también el primero en reparar en la feminidad de la *Odisea*. No es Ulises-Odisseo el protagonista del poema que lleva su nombre, puesto que él no es más que el marido ausente, que a su regreso se justifica con una retahíla de probables mentiras: la verdadera acción se desarrolla en Ítaca, en el pulso entre Penélope y los pretendientes; y un papel no menor tienen en la obra los demás personajes femeninos, como Calipso, que convive siete años con Ulises y le ofrece la inmortalidad; Circe, que sucumbe a sus encantos y a su elocuencia; y Nausícaa, que lo imagina como marido ideal. Esto, junto con las frecuentes muestras de sensibilidad femenina que recorren la obra y la alejan de la rudeza de la *litada*, llevó a Butler a afirmar que no fue Homero el autor de la *Odisea*, sino una mujer.

El dictamen de Borges y la percepción de la feminidad de la *Odisea* que tuvo Butler nos animaron a cometer la herejía de traducir la *Odisea* del inglés. ¿Por qué no? A fin de cuentas, los clásicos son de todos, y cada uno los lee como quiere.

Y ahora, a disfrutar. Estamos en 1178 antes de nuestra era. Ninguno de los protagonistas de la *Odisea* pudo sospechar que, 3200 años después, seguiría habiendo lectores ansiosos por compartir su vida y sus afanes.





CANTO I^[1]

LOS DIOS CELEBRAN CONSEJO ATENEA VISITA ÍTACA TELÉMACO DESAFÍA A LOS PRETENDIENTES

Háblame, ¡oh, Musa!, de ese ingenioso héroe que viajó de aquí para allá después de saquear la famosa ciudad de Troya. Visitó muchas ciudades y numerosas fueron las naciones cuyos usos y costumbres conoció; además, sufrió mucho en el mar mientras procuraba salvar la vida y conducir a sus hombres sanos y salvos de vuelta a casa; pero, por más que se esforzó, no pudo salvarlos, pues perecieron por su propia locura al comer las vacas de Helios, el Hijo de las Alturas, que impidió su regreso. Háblame también de todas estas cosas, ¡oh, hija de Zeus!, de quienquiera que las hayas sabido.

Todos los que habían escapado a la muerte en la batalla o por naufragio habían vuelto ya a su hogar menos Ulises^[2], a quien, aunque estaba deseando regresar a su patria con su mujer, retenía la diosa Calipso, que lo tenía en una enorme cueva y planeaba casarse con él. Pese a que, pasados varios años, llegó el momento en el que los dioses decidieron que volviese a Ítaca, ni siquiera entonces terminaron sus dificultades; todos los dioses habían empezado a compadecerlo, mas no Poseidón, que siguió acosándolo sin cesar y no le dejaba regresar. Poseidón se hallaba entre los etíopes, que viven en el fin del mundo y están divididos en dos grupos, uno al oeste y el otro al este. Había ido allí a asistir a una hecatombe de carneros y bueyes, y disfrutaba de la fiesta; pero los otros dioses se congregaron en la casa de Zeus olímpico y el señor de los dioses y los hombres habló primero. En ese momento estaba pensando en Egisto, a quien había matado el hijo de Agamenón, Orestes; así les dijo a los otros dioses:

—Ved cómo los hombres nos culpan a los dioses de lo que no es sino el fruto de su propia locura. Mirad a Egisto; se casó con la mujer de Agamenón

sin tener derecho a ello y después mató a Agamenón, aunque sabía que eso supondría su propia muerte, pues envié a Hermes para decirle que no hiciera ninguna de esas cosas, porque Orestes no dejaría de vengarse cuando creciera y quisiera volver a casa. Hermes le advirtió de buena fe, pero él no quiso escuchar y ahora ha pagado por todo ello.

Y respondió Atenea^[3]:

—Padre, hijo de Cronos, poderosísimo señor, Egisto se lo tenía merecido, igual que cualquiera que haga lo que él. Pero es por Ulises por quien se me parte el corazón cuando pienso en su sufrimiento en esa isla solitaria ceñida por el mar, lejos, pobre hombre, de todos sus amigos. Es una isla cubierta de bosques, en mitad mismo del mar, donde vive una diosa, hija de Atlas, que cuida del fondo del océano y sostiene las grandes columnas que mantienen separado el cielo de la tierra. Esta hija de Atlas retiene al pobre e infeliz Ulises e intenta con toda suerte de halagos que se olvide de Ítaca, pero él, cansado de la vida, no piensa en otra cosa que en ver una vez más el humo de su hogar. ¿Esto, señor, no te conmueve? ¿Acaso Ulises, cuanto estuvo ante Troya, no te hizo numerosos sacrificios? ¿Por qué entonces sigues tan enfadado con él?

—Hija mía, ¿qué estás diciendo? —replicó Zeus—. ¿Cómo voy a olvidar a Ulises si no hay en la tierra hombre más capaz ni más generoso en sus ofrendas a los dioses inmortales que habitan en el cielo? Recuerda, no obstante, que Poseidón sigue furioso con Ulises porque cegó el ojo de Polifemo, el rey de los cíclopes. Polifemo es hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, hija del señor del mar Forcis; por eso, aunque no mata a Ulises, lo atormenta y le impide volver a casa. Pero pensemos ahora cómo podemos ayudarle a regresar; Poseidón se apaciguará, pues no podrá oponerse a la voluntad de todos.

Y dijo Atenea:

—Padre, hijo de Cronos, poderosísimo señor, en tal caso, si los dioses quieren ahora que Ulises vuelva a casa, deberíamos enviar antes a Hermes a la isla Ogigia para que diga a Calipso que hemos tomado una decisión: Ulises debe regresar. Entretanto yo iré a Ítaca para infundir valor al hijo de Ulises, Telémaco^[4]; le animaré a convocar a los griegos en asamblea y a prohibir a los pretendientes de su madre Penélope^[5] que entren en su casa y sigan comiéndose sus vacas y corderos; lo llevaré a Esparta y a Pilos para ver si puede averiguar algo sobre el regreso de su querido padre, pues esto hará que hablen bien de él.

Y con esas palabras se calzó las relucientes sandalias doradas, inmortales, con las que puede volar como el viento sobre la tierra o el mar, asió la temible lanza de bronce, fuerte, robusta y resistente, con la que desbarata las filas de héroes que la han contrariado, y voló desde las altas cumbres del Olimpo. Enseguida estuvo en Ítaca, a las puertas de la casa de Ulises, con la lanza de bronce en la mano y haciéndose pasar por un forastero, Mentos, caudillo de los tacios. Allí encontró a los pretendientes jugando a las damas delante de la casa y sentados en las pieles de los bueyes que habían matado y comido. Los heraldos y los criados se afanaban para servirles, unos mezclaban vino con agua en las cráteras, otros limpiaban las mesas con esponjas mojadas y volvían a ponerlas, y otros trinchaban gran cantidad de carne.

Telémaco la vio mucho antes que los demás. Abatido, estaba sentado entre los pretendientes; pensaba en su valeroso padre, en cómo los echaría a todos de la casa si regresara y volviera a ser como era y lo honraran igual que en el pasado. Mientras pensaba tales cosas entre ellos, vio a Atenea y fue directo a la puerta, molesto de que un huésped tuviera que esperar tanto en la entrada. Tomó su mano derecha y la invitó a darle su lanza.

—Sé bienvenido a nuestra casa —dijo—; cuando hayas compartido nuestra comida, dinos a qué has venido.

La guió mientras hablaba y Atenea lo siguió. Una vez dentro, dejó la lanza apoyada en una robusta columna, en el armero, junto a otras muchas lanzas de su infortunado padre, y la llevó a un asiento muy ornamentado debajo del cual extendió una bella tela bordada. Había también un taburete para los pies y colocó otro asiento para él a su lado, lejos de los pretendientes, para que no la molestaran con su ruido y sus insolencias mientras comía y para poderle preguntar con más libertad por su padre.

Una sirvienta les llevó entonces agua en una preciosa jarra dorada, que vertió en una jofaina de plata para que se lavasen las manos, y puso una mesa a su lado. Otra sirvienta de mayor rango les llevó pan y les ofreció muchas cosas que había en la casa, el trinchante les sirvió platos con toda clase de carnes y dejó copas de oro a su lado, y un criado les llevó vino y se lo escanció.

Luego entraron los pretendientes y ocuparon su sitio en los bancos y asientos. Sin más dilación los criados les vertieron agua sobre las manos, las sirvientas fueron de aquí para allá con cestas de pan y unos pajes llenaron las cráteras de agua mezclada con vino; y ellos echaron mano a las viandas que tenían delante. En cuanto terminaron de comer y beber, pidieron música y danza, que son el mejor colofón de un banquete, así que un sirviente le llevó

la lira a Femio, a quien obligaron a cantar para ellos. En cuanto cogió la lira y empezó a cantar, Telémaco le habló en voz baja a Atenea, acercando la cabeza para que nadie pudiera oírle.

—Espero —dijo— que no te ofenda lo que voy a decir. Cantar es barato para quienes no tienen que pagarlo, puesto que todo esto es de alguien cuyos huesos se pudren en algún desierto o reducen a polvo las olas. Si mi padre volviera a Ítaca, estos hombres rogarían tener unas piernas muy ligeras y no grandes riquezas, pues el dinero de nada les serviría; pero, ¡ay!, ha sucumbido a algún funesto destino e incluso, si alguien nos dijera que va a regresar, ya no le creeríamos: no volveremos a verle. Y, ahora, dime, y sé sincero, quién eres y de dónde vienes. Háblame de tu ciudad y de tus padres, del barco en el que has llegado, de cómo tu tripulación te ha traído a Ítaca, y de qué nación dice ser, pues no has podido venir por tierra. Dime también, pues quiero saberlo, ¿es la primera vez que vienes a esta casa o estuviste aquí en época de mi padre? En los viejos tiempos teníamos muchos invitados, pues mi padre también visitaba a mucha gente.

—Te diré la verdad con todo detalle —respondió Atenea—. Soy Mentos, hijo de Anquíalo, y soy rey de los tafios. He venido aquí con mi barco y mi tripulación, rumbo a gentes que hablan otra lengua, pues voy a Temesa con un cargamento de hierro para volver con bronce. Mi nave está fondeada más allá del campo abierto, lejos de la ciudad, en el puerto Reitro, al pie de la boscosa montaña Neyo. Nuestros padres fueron amigos, como te contará el anciano Laertes, si vas a preguntarle. Aunque me cuentan que ya no viene nunca a la ciudad y que vive solo en el campo, consumido por la pena, con una vieja que le cuida y le prepara la comida cuando vuelve cansado de pasear por sus viñedos. Me habían dicho que tu padre había vuelto y por eso he venido, pero parece que los dioses siguen empeñados en obstaculizar su retorno, pues no está muerto ni en el continente. Es más probable que se encuentre en una isla ceñida por el mar en mitad del océano o que esté prisionero entre salvajes que lo retienen contra su voluntad. No soy adivino, y sé poco de presagios, pero hablaré como me inspira el cielo, y te aseguro que no seguirá fuera mucho tiempo, pues es hombre de tantos recursos que, aunque esté atado con cadenas de hierro, encontrará el medio de volver. Pero dime, y sé sincero, ¿de verdad puede Ulises tener un hijo tan apuesto como tú? Sin duda te le pareces mucho en la cabeza y los ojos, fuimos muy amigos antes de que zarpara hacia Troya, adonde fueron también los mejores de todos los griegos. Desde ese momento no hemos vuelto a vernos.

—Mi madre —respondió Telémaco— me dice que soy hijo de Ulises, pero hay que ser muy listo para saber quién fue tu padre. Ojalá fuese hijo de alguien que hubiera envejecido en sus propias tierras, pues, ya que me preguntas, no hay hombre más desafortunado bajo el cielo que aquel que dicen que es mi padre.

—No hay peligro de que tu linaje desaparezca —respondió Atenea— mientras Penélope tenga un hijo tan bien plantado como tú. Pero dime, y sé sincero, ¿a qué viene tanto comer y quién es esta gente? ¿Qué sucede? ¿Celebras un banquete o es que se ha casado alguien de la familia? Pues nadie parece traer sus propias provisiones. Y los invitados, qué comportamiento tan insolente, qué ruido meten por toda la casa; basta para asquear a cualquier persona respetable que se les acerque.

—Ya que me lo preguntas, mientras mi padre estuvo aquí todo fue bien, pero los dioses, disgustados, lo han querido de otro modo y lo han ocultado más de lo que han ocultado jamás a ningún mortal. Sería mejor si hubiese muerto con sus hombres a las puertas de Troya o si hubiese perecido entre amigos, una vez acabada la guerra, pues entonces los griegos habrían levantado un túmulo sobre sus cenizas y yo mismo habría sido el heredero de su fama; pero ahora un viento tormentoso se lo ha llevado no sabemos adónde, ha desaparecido sin dejar rastro y solo heredo desdichas. Y mi dolor no es solo por la pérdida de mi padre, pues algún dios me ha enviado otros pesares; los señores de todas nuestras islas, de Duliquio, de Same y de la boscosa Zacintos, e incluso los nobles de la propia Ítaca, arruinan mi casa con el pretexto de cortejar a mi madre, que ni les dice que no se casará ni pone fin a todo esto; y así van acabando con mi hacienda y dentro de poco también conmigo.

—¿Ah, sí? —exclamó Atenea—, pues sí que necesitas que vuelva Ulises. Dale su casco, su escudo y un par de lanzas, y, si es él hombre que era cuando lo conocí en nuestra casa, el mismo que bebía y bromeaba, nada más atravesar el umbral castigaría sin miramientos a esos pretendientes desvergonzados, que tendrían unas bodas muy tristes. En aquella ocasión venía de Éfira, donde había ido a pedir veneno para sus flechas a líos, hijo de Mérmero. líos temía a los dioses eternos y no quiso dárselo, pero mi padre le dejó llevarse un poco, pues le tenía mucho aprecio.

»Pero ¡bueno! Corresponde a los dioses decidir si ha de regresar para vengarse o no en su propia casa; yo te aconsejaría, no obstante, que intentes librarte cuanto antes de estos pretendientes. Sigue mi consejo, convoca en asamblea mañana por la mañana a los héroes griegos, expón tu caso ante ellos

e invoca a los dioses como testigos. Pide a los pretendientes que se vayan cada uno a su hogar, y, si tu madre decide casarse de nuevo, que vuelva con su padre, que le encontrará un marido y le dará una excelente dote, como corresponde a una hija amada. En cuanto a ti, hazme caso: coge el mejor barco que puedas encontrar, con una tripulación de veinte hombres, y ve en busca de tu padre, que tanto tiempo lleva perdido. Alguien podría decirte algo o algún mensaje de los dioses podría señalarte el camino (la gente a menudo se entera así de las cosas). Primero ve a Pilos y pregunta a Néstor; de allí ve a Esparta y visita a Menelao, que fue el último de los griegos en volver a casa; y, si te enteras de que tu padre está vivo y ha emprendido el camino de vuelta, podrás soportar el despilfarro de estos pretendientes otros doce meses. Si, por el contrario, te enteras de su muerte, vuelve enseguida, celebra los ritos fúnebres con la pompa debida, erige un túmulo en su recuerdo y haz que tu madre vuelva a casarse. Luego, una vez hecho todo esto, medita bien el modo, abiertamente o mediante engaños, de matar a estos pretendientes en tu propia casa. Ya no tienes edad para comportarte como un niño; ¿no has oído que todos elogian a Orestes por haber matado a Egisto, el asesino de su padre? Eres un joven fuerte y apuesto, demuestra lo que vales y lábrate un nombre. Ahora, no obstante, debo regresar a mi barco y con mi tripulación, que se impacientarán si los dejo esperando más tiempo. Piensa bien en lo que te he dicho y llévalo a cabo.

Y Telémaco respondió:

—Has sido muy amable al hablarme como si fuese tu hijo; haré todo lo que me has dicho. Sé que quieres seguir el viaje, pero quédate un poco más hasta que hayas descansado y te hayas bañado. Luego te daré un regalo de gran belleza y valor; marcharás, alegre, a la nave con un obsequio como solo reciben los amigos más queridos.

—No intentes retenerme —dijo Atenea—, pues deseo ponerme en camino. En cuanto a los regalos que quieres hacerme, ya me los llevaré cuando vuelva. Me harás un buen regalo y a cambio te daré otro no menos valioso.

Y con estas palabras la diosa voló como un pájaro en la noche. Había infundido valor a Telémaco y le había recordado más que nunca a su padre. Él, atónito, supo que el desconocido era un dios, así que fue allí donde estaban los pretendientes.

Femio seguía cantando y los oyentes escuchaban extasiados mientras cantaba la triste historia del regreso de Troya y los pesares que Atenea había impuesto a los griegos. Penélope, hija de Icario, oyó la canción desde sus

aposentos en el piso de arriba y bajó por la alta escalinata, no sola, sino acompañada por dos de sus doncellas. Cuando llegó donde los pretendientes, se detuvo ante una de las columnas que sostenían el techo, con una doncella a cada lado. Un velo le cubría el rostro y lloraba con amargura.

—Femio —gritó—, conoces otros muchos hechos de dioses y héroes, gestas que a los poetas les gusta cantar. Canta alguna de ellas a los pretendientes y que beban el vino en silencio, pero olvida esa triste historia, pues me parte el corazón y me recuerda a mi marido perdido, a quien lloro sin cesar y cuyo nombre era conocido en toda la Hélade y en Argos.

—Madre —respondió Telémaco—, deja que el bardo cante lo que quiera; los bardos no causan los males de los que cantan; es Zeus, y no ellos, quien envía dichas o pesares a los hombres según le place. Este hombre no tiene mala intención al cantar el desdichado retorno de los griegos, pues los hombres siempre aplauden los cantos más nuevos. Hazte a la idea y sé fuerte: Ulises no es el único hombre que no volvió de Troya, pues muchos otros cayeron igual que él. Ve adentro de la casa y ocúpate de tus quehaceres cotidianos, del telar, de la rueca y de dar órdenes a las criadas, los discursos corresponden a los hombres y sobre todo a mí, que soy el señor de esta casa^[6].

Ella, perpleja, entró de nuevo en la casa y pensó en lo que le había dicho su hijo. Luego subió a su habitación con sus doncellas y lloró a su querido marido hasta que Atenea derramó un dulce sueño sobre sus ojos. Por su parte, en la sala los pretendientes se enardecieron, todos deseaban compartir el lecho con ella.

Entonces habló Telémaco:

—Desvergonzados e insolentes pretendientes —gritó—, comamos y bebamos a placer, pero basta de gritos, pues es un raro privilegio oír a un hombre con una voz tan parecida a la de los dioses como la de Femio. Mañana por la mañana id todos a la asamblea, allí os diré que os marchéis de mi casa. Celebrad banquetes por turnos en vuestras casas, comeos lo que es vuestro. Si, por el contrario, decidís seguir abusando de un solo hombre, invocaré a los dioses; algún día Zeus se ocupará de vosotros y, cuando perezcáis en la casa de mi padre, no quedará nadie para vengaros.

Los pretendientes se mordieron el labio al oírle y se sorprendieron de la osadía de sus palabras. Luego Antínoo, hijo de Eupites, dijo:

—Los dioses parecen haberte enseñado a hablar y fanfarronear, quiera Zeus que nunca llegues a ser el rey de Ítaca como lo fue tu padre.

—Antínoo, no te enfades —respondió Telémaco—, pero, si Zeus quiere, seré rey si puedo. ¿Es este el peor destino que se te ocurre para mí? No es malo ser rey, pues procura riquezas y honores. Aun así, ahora que Ulises ha muerto, hay muchos grandes hombres en Ítaca, viejos y jóvenes, y alguno de ellos puede ser rey; en ese caso seré el jefe de mi propia casa y mandaré en los siervos que Ulises obtuvo como botín.

Entonces respondió Eurímaco, hijo de Pólipo:

—Depende de los dioses decidir quién de nosotros será rey, pero tú serás el jefe de tu casa y de tus esclavos; mientras quede un hombre en Ítaca, nadie usará la violencia contigo ni te robará. Y ahora, amigo mío, quiero preguntarte por tu huésped. ¿De qué país viene? ¿De qué familia es y dónde están sus tierras? ¿Tenía noticias sobre el regreso de tu padre o lo han traído aquí sus propios asuntos? Parecía un hombre rico, pero se fue tan deprisa que desapareció antes de que pudiésemos conocerle.

—Mi padre está muerto —dijo Telémaco—; incluso si me llega algún rumor, ya no le doy crédito. Mi madre llama a veces al adivino y le pregunta, pero yo no creo en sus vaticinios. En cuanto al desconocido, era Mentos, hijo de Anquialo, rey de los tafios, un viejo amigo de mi padre.

Pero en su corazón sabía que había sido la diosa.

Los pretendientes volvieron a sus cantos y bailes, pero cuando cayó la noche todos se fueron a dormir a sus casas. La habitación de Telémaco, situada en el piso de arriba, daba a un patio exterior; allí subió, meditabundo y pensativo. Una amable anciana, Euriclea^[7], hija de Ops, el hijo de Pisenor, fue delante de él con un par de antorchas encendidas. Laertes la había comprado con su propio dinero cuando era una adolescente; pagó veinte bueyes por ella y siempre le demostró tanto respeto en la casa como a su propia esposa, aunque no la llevó a su lecho por miedo a enfadar a su mujer. Ella fue quien condujo a Telémaco a su cuarto; lo quería más que ninguna de las demás mujeres de la casa, pues lo había criado de niño. Él abrió la puerta del dormitorio y se sentó en la cama; se quitó la túnica y se la dio a la anciana, que la dobló con cuidado y la colgó de un clavo al lado de la cama, tras lo cual salió, tiró de la puerta con un agarrador de plata y soltó la falleba de la correa. Telémaco, tapado con un vellón de oveja, pasó la noche pensando en su viaje y en el consejo que le había dado Atenea.

CANTO II

ASAMBLEA DEL PUEBLO DE ÍTACA DISCURSOS DE TELÉMACO Y DE LOS PRETENDIENTES TELÉMACO Y ATENEA PARTEN HACIA PILOS

Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[8], Telémaco se levantó y se vistió. Se ató las sandalias a los bellos pies, se ciñó la espada al hombro y salió de su cuarto igual que un dios inmortal. Enseguida envió a los heraldos a convocar al pueblo en asamblea y así lo hicieron, y el pueblo acudió; luego, cuando estuvieron todos juntos, fue a la asamblea empuñando una lanza; no iba solo, pues lo acompañaban sus dos perros. Atenea le concedió una presencia tan divina que todos se maravillaron al verlo y, cuando ocupó su puesto en el asiento de su padre, incluso los consejeros más ancianos se hicieron a un lado para dejarlo pasar.

Egipcio, un hombre encorvado por la vejez y de gran experiencia, fue el primero en hablar. Su hijo Antifo había ido con Ulises a Troya, la de nobles caballos, pero el salvaje cíclope lo había matado cuando estaban encerrados en la cueva y se había preparado con él su última cena^[9]. Le quedaban tres hijos, dos de los cuales trabajaban las tierras de su padre, mientras que el tercero, Euríno, era uno de los pretendientes; no obstante, no había superado la pérdida de Antifo y aún lo lloraba cuando empezó su discurso.

—Hombres de Ítaca —dijo—, oíd mis palabras. Desde el día en que Ulises nos dejó no habíamos celebrado consejo, ¿quién, ya sea joven o viejo, cree necesario convocarnos? ¿Ha sabido de la llegada de alguna hueste y quiere avisarnos o desea hablar de algún asunto de importancia pública? Estoy seguro de que es una persona excelente y espero que Zeus le conceda lo que anhela su corazón.

Telémaco pensó que sus palabras eran un buen augurio y se levantó enseguida, pues estaba deseando hablar. Se plantó en mitad de la asamblea y

el buen heraldo Pisenor le llevó su cetro. Luego se volvió hacia Egiptio.

—Señor —dijo—, yo soy, como pronto sabréis, quien os ha convocado, pues yo soy el más agraviado. No he sabido de la llegada de ninguna hueste de la que quiera avisaros ni deseo hablar de ningún asunto de importancia pública. Mi queja es personal, pues dos grandes desgracias se han abatido sobre mi casa. La primera es la pérdida de mi excelente padre, que fue el rey de todos los presentes; la segunda es mucho más grave y pronto supondrá la ruina total de mi hacienda. Los hijos de los hombres más distinguidos entre vosotros están apremiando a mi madre, en contra de sus deseos, para que se case con uno de ellos. Temen ir a ver a su padre, Icario, y pedirle que escoja al que prefiera y que le dé una dote a su hija; y, un día tras otro, frecuentan la casa de mi padre, sacrifican nuestros bueyes, corderos y cabras en sus banquetes, y se beben nuestro vino. No hay casa capaz de resistir semejante despilfarro; no tenemos a Ulises para que nos defienda y yo no puedo imponerles mi voluntad. Jamás seré tan fuerte como lo fue él, aunque, si pudiera, me defendería, pues no soporto más este trato; mi casa está siendo deshonorada y arruinada. Respetad, pues, vuestra propia conciencia y avergonzaos. Temed también la ira de los dioses, no vayan a enfadarse y a volverse contra vosotros. Os ruego por Zeus y por Temis, que inicia y disuelve los consejos, que me ayudéis, amigos, y no me dejéis solo, a no ser que mi valiente padre Ulises hubiera hecho algún daño a los griegos y ahora os estéis vengando al ayudar y apoyar a estos pretendientes. Además, si alguien ha de devorar mis bienes y mi hacienda, preferiría que fueseis vosotros, pues podría reclamároslos e ir casa por casa hasta recuperarlos, mientras que así no tengo ninguna opción.

Después de decir estas palabras, Telémaco tiró el cetro al suelo y rompió a llorar. Todos sintieron lástima de él, pero nadie se levantó ni se atrevió a contestarle con palabras similares, solo Antínoo, que dijo así:

—Telémaco, vaya fanfarrón insolente que estás hecho, ¿cómo osas acusarnos así a los pretendientes? La culpa es de tu madre y no tuya, pues es una mujer taimada. Estos tres últimos años, ya casi cuatro, nos ha sacado de quicio, pues nos ha dado esperanzas a cada uno de nosotros y nos ha hecho promesas en las que no había ni una sola palabra de verdad. Y luego nos hizo una jugarreta. Instaló un gran bastidor en su habitación y empezó a tejer una enorme tela. Y nos dijo:

»—Pretendientes, Ulises ha muerto, pero no me obliguéis a casarme tan pronto; puesto que no querría que mi pericia con los hilos caiga en el olvido, esperad a que termine el sudario del héroe Laertes para que esté listo cuando

la muerte se lo lleve. Es muy rico y las mujeres murmurarán si lo entierran sin sudario.

»Eso dijo y todos aceptamos; la veíamos tejer todo el día, pero por la noche deshacía la tela a la luz de las antorchas. De este modo nos tuvo engañados tres años, sin que la descubriéramos, pero a medida que nos acercábamos al cuarto año, una de sus doncellas, que sabía lo que estaba haciendo, nos lo contó y la sorprendimos cuando estaba deshaciéndola, por lo que tuvo que terminarla tanto si quería como si no. Por eso los pretendientes te damos esta respuesta para que la entendáis tú y los griegos: echa de tu casa a tu madre y ordénale que se case con alguien que le guste y que le indique su padre, pues no sé qué ocurrirá si continúa incomodándonos y dándose tantos humos con las numerosas cosas que le ha enseñado Atenea y su inteligencia. Nunca ha habido una mujer igual; todos conocemos a Tiro, a Alcmena, a Micena y a las mujeres famosas de la antigüedad, pero ninguna podría compararse con tu madre. No es justo que nos haya tratado de este modo; y, mientras siga con esas ideas que los dioses le han metido en la cabeza, nosotros continuaremos devorando tu hacienda; y no veo por qué iba a querer cambiar, ya que así obtiene honores y gloria, mientras que tú te quedas sin riquezas, no ella. Así que hazte a la idea de que no volveremos a nuestras tierras ni a ninguna otra parte hasta que no tome una decisión y se case con alguno de nosotros.

—Antínoo, ¿cómo voy a echar de la casa de mi padre a la mujer que me trajo al mundo? —respondió Telémaco—. Mi padre no está y no sabemos si sigue vivo o ha muerto. Para mí sería muy difícil devolverle la dote y el ajuar a Icario si insisto en enviarle su hija. No solo se ofendería conmigo, sino que los dioses también me castigarían, pues, cuando mi madre dejase la casa, invocaría a las Erinias para que la vengaran; además, sería deshonroso y no quiero ni hablar de ello. Si persistís en vuestras ofensas, dejad mi hogar y celebrad los banquetes en otra casa y a costa de otro. Si, en vez de eso, preferís seguir abusando de un solo hombre, yo invocaré a los dioses; algún día Zeus se encargará de vosotros y, cuando muráis en la casa de mi padre, no habrá nadie para vengaros.

Mientras hablaba, Zeus envió dos águilas desde lo alto de la montaña, que volaron con el viento, una al lado de la otra, en majestuoso vuelo. Cuando estuvieron justo sobre el centro de la asamblea, empezaron a describir círculos, batiendo el aire con sus alas y mirando como un presagio mortal a los ojos de los que había abajo; luego lucharon con ferocidad, se arañaron la una a la otra y se alejaron volando hacia la parte derecha de la ciudad. Todos

se quedaron maravillados al verlas y se preguntaron qué podría significar eso. Haliterses, que era el mejor adivino e intérprete de augurios, les habló con franqueza y claridad:

—Oíd, hombres de Ítaca, y hablo sobre todo a los pretendientes, pues veo que la desdicha se cierne sobre ellos. Ulises no estará fuera mucho más tiempo; de hecho, está cerca y dispuesto a traer la muerte y la destrucción no solo sobre ellos, sino también sobre muchos de quienes vivimos en Ítaca. Seamos inteligentes ahora que estamos a tiempo y evitemos dichos males. Que los pretendientes obren así por propia voluntad; será mejor para ellos, pues no hablo por hablar: a Ulises le ha sucedido todo lo que predije cuando los griegos partieron hacia Troya en su compañía. Dije que después de pasar muchas penalidades y de perder a todos sus hombres volvería a casa transcurridos veinte años y que nadie le reconocería; y ahora todo esto se va a cumplir.

—Vete a casa, viejo, y hazles predicciones a tus hijos, no vaya a pasarles algo malo —respondió Eurímaco, hijo de Pólipo—. Sé leer estos augurios mucho mejor que tú; los pájaros siempre vuelan de aquí para allá bajo el sol y eso rara vez significa nada. Ulises ha muerto en un país lejano y es una pena que tú no murieses con él, así no estarías haciendo vaticinios y avivando la cólera de Telémaco, que bastante enfadado está ya. Supongo que crees que te dará algo para tu familia, pero te aseguro una cosa: cuando un viejo como tú, que debería saber mejor lo que dice, alienta la ira de un joven, hace que a este le vayan peor las cosas, puesto que no conseguirá nada; en cuanto a ti, te impondremos una multa mayor de la que puedas pagar. Y a Telémaco le digo, en presencia de todos vosotros, que envíe a su madre con su padre, que se encargará de buscarle un marido y de proporcionarle la dote que cualquier hija querida puede esperar. Hasta entonces seguiremos acosándola con nuestras pretensiones, pues no tememos a nadie y nos traen sin cuidado tanto él y sus bonitos discursos como tú y tus vaticinios. Puedes rogar cuanto quieras a los dioses, que solo conseguirás que te odiamos aún más. Volveremos y seguiremos consumiendo la hacienda de Telémaco sin compensarle hasta que su madre deje de atormentarnos y de tenernos en ascuas. Además, si no podemos cortejar a las otras mujeres a las que deberíamos desposar, es por cómo nos trata ella.

—Eurímaco, y vosotros, pretendientes^[10] —respondió entonces Telémaco —, no diré ni os suplicaré más, pues los dioses y el pueblo de Ítaca conocen ahora mi historia. Dadme, pues, una nave y una tripulación de veinte hombres e iré a Esparta y a Pilos en busca de mi padre, que lleva tanto tiempo perdido.

Alguien podría decirme algo o puede que los dioses me envíen algún mensaje. Si oigo que está vivo y de regreso a casa, toleraré los abusos de los pretendientes otros doce meses. Si, por el contrario, me entero de que ha muerto, volveré cuanto antes, celebraré los ritos fúnebres con la pompa debida, elevaré un túmulo en su memoria y haré que mi madre vuelva a casarse.

Dicho lo cual se sentó. Méntor^[11], gran amigo de Ulises, a quien este había dejado a cargo de todo y con plena autoridad sobre los criados, se levantó y les dijo con franqueza y sencillez:

—Oídmе, hombres de Ítaca, espero que no volváis a tener ningún gobernante amable y bien dispuesto ni ninguno que os gobierne con equidad; espero que de ahora en adelante vuestros reyes sean crueles e injustos, pues todos habéis olvidado a Ulises, que os gobernó como un padre. Más que con los pretendientes, que por la maldad de sus corazones han escogido ejercer la violencia y arriesgan sus vidas al consumir los bienes de Ulises, pensando que no volverá, estoy enfadado con vosotros, pues me asombra que os quedéis sentados sin intentar siquiera poner fin a unos hechos tan escandalosos, y eso que podríais, si quisierais, pues sois muchos y ellos pocos.

—Méntor, ¿qué locura es esta de incitar al pueblo a detenernos? —le respondió Leócritо, hijo de Evénor—. Aunque fuerais más, os resultaría difícil combatir contra nosotros por los banquetes. Incluso aunque el propio Ulises nos atacara mientras celebramos un banquete en su casa e hiciera cuanto estuviera en su mano para echarnos, su mujer, que tanto desea su vuelta, tendría pocos motivos para alegrarse y vería derramarse su sangre si intentara combatir contra tantos. Lo que has dicho no tiene sentido. Vamos, volved a vuestros asuntos y que los viejos amigos de su padre Méntor y Haliterses vayan a despedir a este muchacho, si es que decide marcharse, que no lo creo, pues lo más probable es que se quede donde está hasta que alguien venga a decirle algo.

Así se disolvió la asamblea y todo el mundo regresó a su propia casa, mientras que los pretendientes volvieron a la de Ulises. Telémaco se fue a la orilla del mar, se lavó las manos en las olas grises y rezó a Atenea.

—Óyeme —gritó—, oh, diosa que ayer viniste a visitarme y me animaste a embarcarme en busca de mi padre tanto tiempo desaparecido. Te obedecería, pero los griegos, y sobre todo esos malvados pretendientes, ponen trabas a mis planes.

Mientras rezaba, Atenea se le acercó bajo la apariencia y con la voz de Méntor.

—Telémaco —dijo—, si eres como tu padre, en adelante no serás estúpido ni cobarde, pues Ulises nunca faltó a su palabra ni dejó las cosas a medio hacer. Así que, si has salido a él, tu viaje no será infructuoso. Si la sangre de Ulises y Penélope no corriera por tus venas, dudo de que lo consiguieras. Los hijos rara vez son tan buenos como sus padres, por lo general son peores, no mejores. Pero como, en adelante, no vas a ser ni estúpido ni cobarde y has heredado parte del ingenio de tu padre, veo con esperanzas tu empresa. Ahora olvídate de esos insensatos pretendientes, pues no tienen cordura ni virtud; no piensan en la muerte y en la perdición que muy pronto se abatirá sobre ellos, todos perecerán el mismo día. En cuanto a tu viaje, no lo demores demasiado; tu padre fue tan buen amigo mío que te encontraré una nave y yo mismo iré contigo. Mas vuelve ahora a casa con los pretendientes y empieza a preparar las provisiones para tu viaje; comprueba que todo esté bien guardado, el vino en ánforas y la harina, que es necesaria para la vida, en sacos de cuero. Yo iré a la ciudad a buscar voluntarios. Hay muchas naves en Ítaca viejas y nuevas; iré a verlas por ti y escogeré la mejor, la prepararemos y nos haremos cuanto antes a la mar.

Así habló Atenea y Telémaco no perdió el tiempo y empezó a hacer lo que le pedía la diosa. Volvió entristecido a casa y encontró a los pretendientes desollando cabras y asando cerdos en el patio. Antínoo salió enseguida a su encuentro, le cogió la mano y le dijo entre risas:

—Telémaco, bravucón, no nos guardes rencor de hecho ni de palabra y ven a comer y a beber con nosotros como siempre. Los griegos te encontrarán una nave y una tripulación escogida para que puedas zarpar hacia Pilos cuanto antes en busca de noticias de tu noble padre.

—Antínoo —respondió Telémaco—, no puedo comer en paz ni disfrutar con hombres como vosotros. ¿No os ha bastado con consumir mis bienes cuando era niño? Ahora que soy un hombre y me doy cuenta de lo que ocurre, también soy más fuerte, y sea aquí entre esta gente o yendo a Pilos, os causaré todo el daño que pueda. Partiré, y mi partida no será en vano, aunque, por vuestra culpa, pretendientes, no tengo ni barco ni tripulación propios y deberé ser pasajero y no capitán.

Apartó la mano de la de Antínoo. Entretanto, los demás siguieron preparando la cena en el patio y lo miraron burlones.

—Telémaco —dijo un jovenzuelo— cavila cómo matarnos; supongo que pretende traer ayuda de Pilos o de Esparta, donde parece tan decidido a ir. ¿O irá también a Efira a conseguir veneno para echárnoslo en el vino y acabar con todos nosotros?

—Puede que, si se embarca, Telémaco acabe corriendo la suerte de su padre y muera lejos de sus amigos —dijo otro—. En ese caso tendríamos mucho que hacer, pues podríamos repartirnos sus propiedades: la casa podemos dejar que se la queden su madre y el hombre con quien se case.

De ese modo hablaron. Pero Telémaco bajó al espacioso almacén donde el bronce y el oro de su padre se amontonaban en el suelo, y donde la ropa y los mantos estaban guardados en arcones. Había también gran cantidad de aromático aceite, y varias botas de vino añejo sin mezclar y digno de un dios se alineaban contra la pared por sí, al final, regresaba Ulises. La sala estaba cerrada con sólidas puertas; la anciana y fiel ama de llaves Euriclea, hija de Ops, el hijo de Pisenor, la custodiaba noche y día. Telémaco la llamó al almacén y dijo:

—Aya, sácame un poco del mejor vino que tengas, del que estás guardando para que lo beba mi padre en caso de que, pobre hombre, logre escapar a la muerte y encuentre el camino a casa. Lléname doce ánforas y asegúrate de que todas tienen tapa; llena también de harina de cebada varios sacos de cuero bien cosidos, unas veinte medidas en total. Disponlo todo cuanto antes y no digas nada a nadie. Me lo llevaré todo esta noche en cuanto mi madre haya subido a acostarse. Voy a ir a Pilos y a Esparta a ver si me entero de algo sobre el regreso de mi querido padre.

Cuando Euriclea lo oyó, se echó a llorar y le habló con cariño:

—Mi niño querido, ¿cómo se te ha podido meter esa idea en la cabeza? ¿Adónde quieres ir, tú, que eres la única esperanza de esta casa? Tu pobre padre se fue y ha muerto en algún país extranjero, nadie sabe dónde, y, en cuanto les des la espalda, estos malvados empezarán a conspirar para quitarte de en medio y repartirse tus posesiones; quédate con los tuyos y renuncia a vagar y arriesgar tu vida en el océano estéril.

—No temas, aya —respondió Telémaco—, mi plan está inspirado por un dios; pero prométeme que no dirás nada de esto a mi madre hasta que hayan pasado diez o doce días, a no ser que se entere antes de mi partida y te pregunte, pues no quiero que eche a perder su belleza llorando.

La anciana prometió solemnemente que no lo haría y, una vez pronunciado el juramento, empezó a llenar las ánforas de vino y a echar la harina de cebada en los sacos, mientras Telémaco volvía con los pretendientes.

Entonces a Atenea se le ocurrió otra cosa. Adoptó la forma de Telémaco y fue por la ciudad a ver a cada miembro de la tripulación y les dijo que estuvieran en la nave al caer el sol. También fue a ver a Noemón, hijo de

Fronio; le pidió una nave y él aceptó de buena gana. Cuando el sol se puso y la oscuridad cubrió toda la tierra, ella puso la nave en el agua, subió a bordo todo el aparejo que por lo general llevan las naves y la fondeó en un extremo del puerto. Enseguida llegó la tripulación y la diosa infundió ánimos a todos.

Después fue a casa de Ulises y sumió a los pretendientes en un profundo sopor. Hizo que la bebida los aturciera y que las copas se les cayeran de las manos, por lo que, en vez de seguir bebiendo vino, volvieron a la ciudad a dormir, con los párpados caídos y soñolientos. Luego adoptó la figura y la voz de Méntor y llamó a Telémaco para que saliera:

—Telémaco —dijo—, los hombres están a bordo y a los remos, esperan tus órdenes, por lo que apresúrate y zarpeamos.

Se puso en camino y Telémaco la siguió. Cuando llegaron al barco encontraron a la tripulación esperando al borde del agua y Telémaco dijo:

—Vamos, amigos, ayudadme a subir a bordo los víveres que están en mi casa; ni mi madre ni las criadas saben nada, solo una de ellas.

Con estas palabras les guio y los demás le siguieron. Cuando embarcaron las cosas como él les dijo, Telémaco subió a bordo, precedido por Atenea, que ocupó su sitio en la popa del barco, mientras Telémaco se sentaba a su lado. Luego los hombres largaron amarras y ocuparon su sitio en los bancos. Atenea les envió un viento propicio del oeste, que silbaba sobre las olas oscuras, por lo que Telémaco les ordenó que tiraran de las drizas e izaran las velas. Encajaron el mástil en su hueco y aseguraron las jarcias; después izaron las velas blancas. Cuando las velas se hincharon con el viento, la nave voló sobre el agua purpúrea y las espumosas olas silbaron contra sus costados en su avance. Después de afirmar toda la jarcia, llenaron las cráteras hasta el borde e hicieron libaciones en honor de los dioses inmortales, pero sobre todo de la hija de ojos grises de Zeus.

Y así la nave surcó su derrotero durante las guardias de la noche desde la oscuridad hasta el alba.

CANTO III

TELÉMACO VISITA A NÉSTOR EN PILOS

Cuando el sol se estaba alzando del bello mar hacia el firmamento para arrojar luz sobre mortales e inmortales^[12], llegaron a Pilos, la ciudad de Neleo. El pueblo de Pilos se había congregado a la orilla del mar para ofrecer toros negros en sacrificio a Poseidón, señor de los terremotos. Había nueve grupos, cada uno de quinientos hombres, y nueve toros por grupo^[13]. Cuando estaban comiendo las entrañas y asando los muslos en honor de Poseidón, llegaron Telémaco y su tripulación, recogieron las velas, fondearon la nave y desembarcaron en la orilla. Atenea iba la primera y Telémaco la siguió.

—Telémaco —dijo—, no estés acobardado ni nervioso; has emprendido este viaje para intentar averiguar dónde está enterrado tu padre y cómo llegó su fin, conque ve directo a ver a Néstor^[14] para que nos diga lo que sabe. Ruégale que diga la verdad; no te mentirá, pues es una excelente persona.

—Pero, Méntor —replicó Telémaco—, ¿cómo debo ir a verlo y cómo debo dirigirme a él? No estoy acostumbrado a hacer discursos y me avergüenza interrogar a alguien que es mucho mayor que yo.

—Hay cosas, Telémaco —respondió Atenea—, que te sugerirá tu propio instinto y un dios también te guiará; pues estoy seguro de que los dioses te han acompañado desde el momento en que naciste hasta hoy.

Luego siguió andando a toda prisa y Telémaco siguió sus pasos hasta que llegaron al lugar donde estaban congregados los pilios. Allí encontraron a Néstor con sus hijos; sus hombres se ocupaban preparando la comida y ensartando trozos de carne en los espetones o asándola. Cuando vieron a los desconocidos, se arremolinaron en torno a ellos, los tomaron de la mano y les animaron a sentarse. Un hijo de Néstor, Pisístrato, les dio la mano y los sentó sobre las suaves pieles que había sobre la arena, cerca de su padre y de su hermano Trasimedes. Luego les sirvió porciones de las entrañas y les

escanció vino en una copa dorada que ofreció primero a Atenea, a la que se dirigió así:

—Ofrece una plegaria, señor —dijo—, al rey Poseidón, pues este banquete está consagrado a él; cuando hayas rezado y terminado tus libaciones, pásale la copa a tu amigo para que haga lo mismo. No me cabe duda de que también él alza sus manos para rezar, pues el hombre no puede vivir sin los dioses. Es más joven que tú, casi de mi misma edad, por lo que te ofrezco a ti primero la copa.

Mientras hablaba le dio la copa. A Atenea le pareció muy correcto y apropiado que se la hubiese dado antes a ella, y empezó a rezar a Poseidón.

—¡Oh, tú, que rodeas la tierra —exclamó—, acepta la plegaria que te dirigen tus siervos! En primer lugar, concede tus favores a Néstor y a sus hijos; da también alguna recompensa a los pilios por la generosa hecatombe que te ofrecen. Por último, concédenos a Telémaco y a mí éxito en la empresa que nos ha traído en nuestra nave a Pilos.

Cuando finalizó su plegaria, le pasó la copa a Telémaco, que también rezó. Poco después, cuando la carne estuvo asada y la sacaron de los espetones, cada uno recibió su parte y todos disfrutaron de una comida excelente. Una vez que hubieron comido y bebido suficiente, Néstor, caballero de Gerenia, empezó a hablar:

—Ahora que nuestros invitados han comido, podemos preguntarles quiénes son. ¿Quiénes sois y de qué puerto venís? ¿Sois comerciantes? ¿O recorréis los mares como piratas, en guerra con todos?

Telémaco respondió valientemente, pues Atenea le había inspirado valor para preguntar por su padre y ganar renombre.

—Néstor —dijo—, hijo de Neleo, honra de los griegos, preguntas de dónde venimos y te lo diré. Venimos de Ítaca, al pie del Neyo, y la cuestión de la que quiero hablarte es de índole privada y no pública. Voy en busca de noticias de mi infortunado padre Ulises, de quien se cuenta que saqueó contigo la ciudad de Troya. Sabemos cuál fue el destino de todos los demás héroes que combatieron en Troya, pero, en lo que atañe a Ulises, los dioses nos han negado incluso saber si está muerto, pues nadie puede confirmarnos en qué lugar murió ni nos dice si cayó peleando en tierra o se perdió en el mar entre las olas de Anfítrite. Por eso te suplico de rodillas que tengas la bondad de relatarme su desdichado final si lo viste con tus ojos o se lo oíste a otro viajero, pues desde que nació fue hombre aventurero. No suavices tu relato por respeto o por lástima, dime lo que viste. Si mi valiente padre Ulises fue

alguna vez leal contigo, ya fuese de hecho o de palabra, cuando a los griegos os hostigaban los troyanos, tenlo presente ahora y cuéntame la verdad.

—Amigo mío —respondió Néstor—, me has traído a la memoria una época de grandes pesares, pues los valientes griegos sufrieron mucho, tanto en el mar, cuando íbamos en pos del botín a las órdenes de Aquiles, como cuando combatíamos ante la gran ciudad del rey Príamo. Nuestros mejores hombres cayeron allí: Áyax, Aquiles, Patroclo, comparable a los dioses por sus consejos, y mi propio y querido hijo Antíloco, rápido en la carrera y valiente en el combate. Pero sufrimos mucho más que eso; ¿qué lengua mortal podría contarlo todo? Aunque te quedases aquí preguntándome cinco o seis años, no acabaría de contarte todo lo que sufrieron los griegos, y, antes de que concluyera, regresarías a tu patria fatigado por mi relato. Nueve largos años intentamos toda suerte de estratagemas, pero la mano de Zeus estaba contra nosotros; en todo ese tiempo no hubo nadie que pudiera compararse en astucia con tu padre, si de verdad eres su hijo. Apenas creo lo que ven mis ojos, pues hablas como él; nadie diría que personas de edad tan diferente puedan hablar de forma tan parecida. Él y yo nunca tuvimos diferencias ni en el campo de batalla ni en el consejo, sino que con una única voz y propósito aconsejábamos a los griegos la mejor forma de actuar.

»No obstante, después de saquear la ciudad de Príamo y partir en nuestras naves, un dios nos dispersó y Zeus creyó oportuno castigar a los griegos en su viaje de vuelta, pues no habían sido sabios ni prudentes, y muchos murieron por la ira de la hija de Zeus, Atenea, que causó una disputa entre los dos hijos de Atreo.

»Los hijos de Atreo convocaron una asamblea en un mal momento, pues estaba atardeciendo y los griegos estaban adormilados por el vino. Cuando explicaron por qué los habían reunido, Menelao indicó que quería zarpar cuanto antes; en cambio, Agamenón pensaba que debíamos esperar hasta ofrecer hecatombes para aplacar la cólera de Atenea. ¡Loco!, debería haber sabido que no lo conseguiría, pues, cuando los dioses toman una decisión, no la cambian fácilmente. De esta forma, los dos intercambiaron palabras desagradables y los griegos, divididos en dos bandos, se pusieron en pie con un grito que desgarró el aire.

»Esa noche descansamos y alimentamos nuestra ira, pues Zeus planeaba desgracias contra nosotros. Por la mañana unos cuantos llevamos las naves al agua y embarcamos en ellas nuestros enseres y a las mujeres, mientras otros, más o menos la mitad, se quedaban atrás con Agamenón. Nosotros, la otra mitad, embarcamos y nos hicimos a la mar; y las naves navegaron bien, pues

algún dios había alisado las aguas. Cuando llegamos a Ténedos ofrecimos sacrificios a los dioses, pues estábamos deseando regresar a nuestras casas, pero el cruel Zeus no quiso que así fuese y causó una segunda disputa, tras la cual algunos partieron al mando de Ulises a hacer las paces con Agamenón. En cambio, yo y las naves que quedaron conmigo nos apresuramos a seguir el viaje, pues comprendí que un dios planeaba nuestra perdición. Diomedes vino también conmigo y sus hombres le siguieron. Luego Menelao nos alcanzó en Lesbos, donde estábamos decidiendo la mejor ruta, pues no sabíamos si rodear Quíos por la isla de Psiria, y dejarla a la derecha, o ir por debajo hacia el tormentoso cabo de Mimas. De modo que pedimos una señal a los dioses, que nos mostraron que estaríamos antes fuera de peligro si navegábamos por mar abierto hasta Eubea. Así lo hicimos y se alzó un viento propicio que nos llevó a Geresto, donde ofrecimos muchos sacrificios a Poseidón por habernos ayudado hasta entonces en nuestro viaje. Cuatro días después, Diomedes fondeó sus naves en Argos, pero yo seguí hacia Pilos y el viento no cesó desde el primer día en el que lo envió un dios.

»De modo, mi querido y joven amigo, que regresé sin oír nada de los demás. No sé quiénes lograron llegar sanos y salvos a su patria ni quiénes se perdieron, pero, obligado por el deber, te daré sin reservas las noticias que me han llegado desde que regresé a mi propia tierra. Se dice que los mirmidones volvieron a casa al mando de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, igual que el valiente hijo de Peante, Filoctetes. Idomeneo tampoco perdió a nadie en el mar y logró llevar a Creta a todos sus hombres, excepto a los que habían caído en combate. Aunque habites en el rincón más alejado del mundo, te habrás enterado de lo que le sucedió a Agamenón y del triste final que encontró a manos de Egisto, así como del terrible castigo que luego sufrió este. Ya ves lo bueno que es para un padre dejar un hijo como Orestes, que mató a Egisto, el asesino de su noble padre. Así que demuestra tú también tu valor, pues eres un muchacho alto y apuesto, y lábrate un nombre.

—Néstor, hijo de Neleo —respondió Telémaco—, los griegos honran a Orestes y su nombre se recordará porque ha vengado a su padre con nobleza. Ojalá los dioses me concedieran poder vengarme del mismo modo de la insolencia de los malvados pretendientes, que me maltratan y planean mi ruina, pero los dioses no me reservan esa dicha ni a mí ni a mi padre, y tendremos que soportarlo como mejor podamos.

—Amigo —dijo Néstor—, ahora que lo dices, creo haber oído que tu madre tiene muchos pretendientes que, sin tu permiso, van consumiendo tu hacienda. ¿Lo toleras sumiso o el pueblo está contra ti por algún mandato

divino? ¿Quién sabe si al final Ulises volverá y les dará su merecido a esos canallas, ya sea solo o ayudado por una hueste de los griegos? Si Atenea te amara tanto como amaba a Ulises cuando combatíamos ante Troya (pues nunca he visto que los dioses quisieran tanto a nadie como Atenea quería entonces a tu padre), si te protegiera como le protegió a él, algunos de esos pretendientes olvidarían muy pronto su cortejo.

—No puedo esperar nada parecido —respondió Telémaco—, sería desear demasiado. No oso ni siquiera pensarlo. Ni aunque quisieran los dioses podría tener esa suerte.

Al oírlo, Atenea dijo:

—Telémaco, ¿qué estás diciendo? Si así se lo propone, a un dios le resulta fácil salvar a un hombre; y si fuese yo, no me importaría lo mucho que sufriese para llegar a mi hogar con tal de volver sano y salvo. Preferiría eso a un rápido regreso y que luego me mataran en mi propia casa, como le ocurrió a Agamenón por la traición de Egisto y su mujer. La muerte es irrevocable y, cuando a alguien le llega su hora, ni siquiera los dioses, por mucho que lo amen, pueden salvarlo.

—Méntor —respondió Telémaco—, no hablemos más de eso. Es imposible que mi padre vuelva; hace tiempo que los dioses han decidido su perdición. Hay algo, no obstante, que querría preguntar a Néstor, pues sabe mucho más que nadie. Dicen que has reinado durante tres generaciones, por lo que me pareces similar a un inmortal cuando te miro. Dime, Néstor, y sé sincero, ¿cómo llegó Agamenón a morir así? ¿Dónde estaba Menelao? ¿Y cómo pudo matar Egisto a un hombre mucho mejor que él? ¿Se hallaba Menelao lejos de Argos, camino de algún otro sitio, y por eso Egisto se envalentonó y mató a Agamenón?

—Te diré la verdad —respondió Néstor—, aunque de hecho has adivinado lo que sucedió. Si cuando volvió de Troya Menelao hubiese encontrado a Egisto todavía con vida en su casa, no le habrían erigido ningún túmulo tras su muerte, sino que habrían dejado fuera de la ciudad el cadáver a merced de los perros y los buitres, y ninguna mujer lo habría llorado, pues había cometido un crimen; pero seguíamos allí, combatiendo en Troya, y Egisto, que estaba tranquilamente en Argos, sedujo a Clitemnestra, la mujer de Agamenón, con sus incesantes halagos.

»Al principio no quiso oír hablar de sus malvados planes, pues era buena por naturaleza; además, había con ella un bardo a quien Agamenón había dado órdenes estrictas al partir hacia Troya de vigilar a su mujer; pero, cuando la divinidad decidió la destrucción de Clitemnestra, Egisto llevó a este

bardo a una isla desierta y lo dejó allí para que fuese pasto de los cuervos y las gaviotas, tras lo cual ella fue de buen grado a la casa de Egisto. Entonces él ofreció muchos sacrificios a los dioses y decoró muchos templos con ofrendas, pues había logrado más de lo que esperaba.

»Entretanto, Menelao y yo íbamos camino a casa desde Troya con mutuos sentimientos de amistad. Cuando llegamos a Sunión, promontorio sagrado de Atenas, Apolo con sus dardos indoloros mató a Frontis^[15], el timonel del barco de Menelao (nunca hubo hombre que supiera gobernar mejor una nave con mal tiempo), mientras pilotaba la nave. Menelao, aunque deseoso de continuar el viaje, tuvo que esperar para enterrar a su compañero y ofrecerle los ritos funerarios debidos. Poco después, cuando pudo hacerse a la mar y llegó al cabo Malea, Zeus se puso en su contra e hizo que el viento soplara y que las olas se alzaran como montañas. Dispersó su flota y empujó la mitad hacia Creta, donde viven los cidones, junto al río Yárdano. Hay una alta península que se interna en el mar desde un lugar llamado Gortina, y en toda esa parte de la costa hasta Festos el mar se encrespa cuando sopla viento del sur, aunque pasado Festos la costa está más resguardada, pues una pequeña península puede ser una gran protección. Esta parte de la flota se estrelló contra las rocas y se hundió, si bien las tripulaciones consiguieron salvarse. En cuanto a las otras cinco naves, el viento y el mar las empujaron hasta Egipto, donde Menelao reunió mucho oro y bienes entre las gentes de habla extranjera. Mientras tanto Egisto llevó a cabo su crimen. Después de asesinar a Agamenón gobernó siete años en Micenas, y el pueblo le obedeció, pero al octavo año Orestes regresó de Atenas y lo mató. Luego celebró los ritos funerarios por su madre y el cobarde Egisto y ofreció un banquete al pueblo de Argos; ese mismo día Menelao volvió a casa con tantos tesoros como sus naves podían transportar.

»Sigue mi consejo, pues, y no sigas viajando tan lejos de casa ni dejes tus bienes con gente tan peligrosa en tu hogar; devorarán todo lo que tienes y tú habrás perdido el tiempo. No obstante, te recomiendo que vayas a ver a Menelao, que acaba de regresar de un viaje entre pueblos tan lejanos que ningún mortal habría creído poder volver, cuando los vientos le empujaron mucho más lejos de lo que él había pensado; ni siquiera los pájaros pueden volar esa distancia en un año, tan vastos y terribles son los mares que deben cruzar. Ve a verle, pues, por mar, y lleva a tus hombres contigo; o, si prefieres viajar por tierra, llévate un carro y unos caballos, mis hijos pueden acompañarte a Esparta, donde vive Menelao. Rúégale que te diga la verdad y no te mentará, pues es una persona excelente.

Mientras hablaba se puso el sol y se hizo de noche, por lo que Atenea dijo:

—Señor, lo que has dicho es muy juicioso; ahora, no obstante, ordena que corten las lenguas de las víctimas y que mezclen el vino para que podamos hacer libaciones a Poseidón y los demás inmortales, y vayamos luego a acostarnos, pues es tarde ya y ha oscurecido, y no es oportuno alargar el banquete para los dioses.

Así habló la hija de Zeus, y ellos la obedecieron. Unos criados vertieron agua sobre las manos de los invitados, mientras unos pajes llenaron las cráteras de agua y vino y las fueron pasando para que cada cual hiciera sus libaciones; después arrojaron las lenguas de las víctimas al fuego y se pusieron en pie para hacer su ofrenda. Cuando terminaron, Atenea y Telémaco se dispusieron a volver a bordo de la nave, pero Néstor corrió a buscarlos y se lo impidió.

—Zeus y el resto de los dioses inmortales —exclamó— impiden que dejéis mi casa para ir a bordo de una nave. ¿Creéis que soy tan pobre y falto de ropa, o que no tengo mantos suficientes para disponer lechos cómodos para mí y mis invitados? Dejad que os diga que no permitiré que el hijo de mi antiguo amigo Ulises pase la noche en la cubierta de una nave, no mientras viva, y tampoco lo permitirán después mis hijos, sino que os abrirán la casa como yo he hecho.

—Señor, has hablado bien —respondió Atenea—, y será mucho mejor que Telémaco haga como has dicho, que vaya contigo y duerma en tu casa; sin embargo, yo debo regresar para dar órdenes a la tripulación e infundirles ánimos. Soy el más viejo de ellos; los demás son jóvenes de la edad de Telémaco que han emprendido este viaje por amistad, así que debo volver a la nave y dormir allí. Además, mañana debo ir donde viven los caucones, que me adeudan una cuantiosa suma. En cuanto a Telémaco, ahora que es tu invitado, envíalo a Esparta en un carro y que uno de tus hijos lo acompañe. Ten también la bondad de proporcionarle tus caballos mejores y más veloces.

En cuanto terminó de hablar, salió volando en forma de águila, y todos se maravillaron al verlo. Néstor se quedó asombrado y tomó a Telémaco de la mano.

—Amigo —dijo—, veo que algún día serás un gran hombre, puesto que los dioses te ayudan cuando aún eres tan joven. De entre quienes moran en el cielo, sin duda se trataba de la temible hija de Zeus, que tanto apreció a tu valiente padre entre los griegos. Diosa, senos propicia a mí, a mi buena esposa y a mis hijos. A cambio te ofreceré en sacrificio una novilla de anchos

cuernos y un año de edad que nunca conoció el yugo ni el arado. Forraré sus cuernos de oro y te la sacrificaré.

Así rezó y Atenea oyó su plegaria. Luego se encaminó a su casa, seguido de sus hijos y cuñados. Cuando llegaron y ocuparon su sitio en los bancos y asientos, les mezcló en una crátera vino dulce que tenía once años cuando la dispensera abrió la jarra. Mientras mezclaba el vino, rezó e hizo libaciones a Atenea. Luego, terminadas las ofrendas y después de beber cuanto quisieron, todos volvieron a sus casas, pero Néstor puso a Telémaco en la habitación que había sobre el pórtico con Pisístrato^[16], el único hijo soltero que le quedaba. Por su parte, él dormía en una habitación al fondo de la casa con la reina, su esposa, a su lado.

Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[17], Néstor se levantó de su lecho y ocupó su sitio en los bancos de piedra blanca y pulida que había delante de su casa. Allí se sentaba antes Neleo, consejero comparable a los dioses, pero ahora estaba muerto, y había ido a la casa de Hades; así que Néstor se sentó en su trono con el cetro en la mano como garante del bien común. Cuando salieron de sus habitaciones, sus hijos fueron con él, Equefrón, Estratio, Perseo, Areto, Trasimedes y Pisístrato, y, cuando llegó Telémaco, le invitaron a sentarse con ellos. Néstor les habló entonces:

—Hijos míos —dijo—, apresuraos a hacer lo que os pido. Antes de nada quiero que os ganéis el favor de la gran diosa Atenea, que ayer se me hizo visible durante las celebraciones. Id, pues, uno de vosotros al llano, decidle al boyero que me elija una novilla y traédmela enseguida. Que otro vaya a la nave de Telémaco e invite a toda la tripulación y que dejen solo a dos hombres a cargo de la embarcación. Otro ha de ir a buscar a Laerces, el orfebre, para que forre de oro los cuernos de la novilla. Los demás quedaos donde estáis; decid a las criadas que preparen un excelente banquete y que traigan asientos, leña y agua limpia del manantial.

Todos se apresuraron a obedecerle. Trajeron a la novilla del llano y la tripulación de Telémaco llegó del barco; el orfebre trajo su yunque, el martillo y las pinzas para trabajar el oro, y Atenea en persona llegó para aceptar el sacrificio. Néstor le dio el oro y el orfebre forró los cuernos de la novilla para que la diosa se complaciera con su belleza. Luego Estratio y Equefrón la cogieron de los cuernos; Areto fue a buscar agua a la casa en un aguamanil con forma de flor, y en la otra mano llevaba una cesta con harina de cebada; el robusto Trasimedes esperaba con un hacha afilada, preparado para sacrificar la novilla, mientras Perseo sujetaba un cubo. Luego Néstor empezó

lavándose las manos y espolvoreando la harina, y ofreció muchas oraciones a Atenea mientras arrojaba un mechón de pelo de la novilla al fuego.

Después de rezar y espolvorear la harina, Trasimedes derribó a la novilla con un tajo que le cortó los tendones de la nuca, al ver lo cual las hijas y cuñadas de Néstor, y su venerable esposa Eurídice (la hija mayor de Climeno) chillaron de alegría. Recogieron la novilla del suelo, y Pisístrato la degolló. Cuando dejó de sangrar, la descuartizaron. Cortaron los muslos, los envolvieron en dos capas de grasa y colocaron encima más trozos de carne; luego Néstor los puso encima de la leña y vertió vino por encima, mientras los jóvenes aguardaban a su lado con espetones de cinco puntas en la mano. Una vez cocinados los muslos y después de probar las entrañas, cortaron el resto de la carne en trozos pequeños, los ensartaron en los espetones y los asaron al fuego.

Entretanto, la encantadora Policasta, la hija menor de Néstor, lavó a Telémaco. Cuando terminó de lavarlo y de ungirlo en aceite, le dio una túnica y un hermoso manto. Al salir del baño y ocupar su sitio al lado de Néstor, Telémaco parecía un dios. Una vez asada la carne, se sentaron a comer atendidos por nobles varones que les escanciaron vino en copas de oro. En cuanto se saciaron de comer y beber, Néstor dijo:

—Hijos, enganchad los caballos de Telémaco al carro para que pueda partir enseguida.

Así habló y ellos hicieron lo que les pidió, y engancharon los veloces caballos al carro. La dispensera les preparó pan, vino y viandas dignas de los hijos de un rey. Luego Telémaco subió al carro y Pisístrato cogió las riendas y se sentó a su lado. Arreó los caballos, que salieron a toda prisa hacia el campo abierto, dejando tras de sí la elevada ciudadela de Pilos. Todo ese día galoparon enganchados al carro hasta que el sol se puso y la oscuridad cubrió la tierra. Después llegaron a Feres, donde vivía Diocles, hijo de Ortíloco y nieto de Alfeo. Allí pasaron la noche y Diocles les trató con hospitalidad. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[18], volvieron a enganchar los caballos y salieron por el resonante pórtico. Pisístrato arreó los caballos, que se pusieron a galopar con premura, hasta que llegaron a unos trigales en campo abierto y terminaron el viaje, con tanta presteza los llevaron sus corceles. Entonces se puso el sol y la oscuridad cubrió la tierra.

CANTO IV

TELÉMACO VISITA A MENELAO EN ESPARTA LOS PRETENDIENTES CONSPIRAN EN ÍTACA

Llegaron a la ciudad de Esparta, donde fueron directos a la residencia de Menelao^[19], a quien encontraron en su casa celebrando con muchos de sus parientes un banquete por las bodas de su hijo y de su hija, que iba a desposarse con el hijo del valiente guerrero Aquiles. Menelao había dado su consentimiento y había prometido entregársela cuando aún estaba en Troya, y ahora los dioses cumplían el matrimonio. Así que iba a enviarla con carros y caballos a la ciudad de los mirmidones, donde reinaba el hijo de Aquiles. Para su propio hijo había encontrado una novia en Esparta, la hija de Aléctor. Este hijo, Megapentes, lo había tenido con una esclava^[20], pues los dioses no concedieron a Helena^[21] más hijos después de que diera a luz a Hermíone, que era tan bella como la propia Afrodita.

Por eso los amigos y parientes de Menelao estaban festejando y divirtiéndose en la casa. Había también un bardo que cantaba y tocaba la lira, mientras dos acróbatas actuaban en el centro al son de la música.

Telémaco y el hijo de Néstor detuvieron sus caballos delante de la puerta, y Eteoneo, un criado de Menelao, corrió a avisar a su amo tras verlos. Se le acercó y le dijo:

—Menelao, han llegado unos desconocidos, dos hombres, que parecen hijos de Zeus. ¿Qué debo hacer? ¿Mando que se ocupen de sus caballos o les digo que vayan a buscar hospitalidad en otro sitio?

Menelao se enfadó mucho y dijo:

—Eteoneo, nunca me habías parecido ningún necio, pero ahora hablas como un niño. Ocúpate de sus caballos, por supuesto, y haz pasar a los forasteros para que puedan comer; tú y yo nos hemos presentado muchas

veces en casas ajenas antes de regresar aquí, donde el cielo quiera que en adelante podamos vivir en paz.

Así que Eteoneo volvió y pidió a otros criados que le acompañaran. Desengancharon los sudorosos corceles, los ataron a los comederos y les dieron avena y cebada. Luego dejaron el carro apoyado en el muro del patio e hicieron pasar a la casa a Telémaco y Pisístrato. Ambos se quedaron atónitos de lo que vieron, pues el esplendor de la casa era como el del sol y la luna; luego, después de admirarlo todo, pasaron al baño y se lavaron.

Cuando los criados acabaron de bañarlos y los ungieron con aceite, les dieron unas túnicas y unos mantos de lana, y los dos se sentaron al lado de Menelao. Una criada les llevó agua en un precioso aguamanil de oro, la vertió en una jofaina de plata para que se lavaran las manos y les acercó una mesa limpia. Una criada de mayor rango les sirvió pan y les ofreció muchas cosas buenas que había en la casa, mientras el trinchante llenaba bandejas con todo tipo de carnes y colocaba copas de oro a su lado.

Menelao les saludó diciendo:

—Comed, y sed bienvenidos; cuando hayáis acabado de cenar os preguntaré quiénes sois, pues el linaje de hombres como vosotros no puede haberse perdido. Sin duda descendéis de una estirpe de reyes, pues los pobres no tienen hijos como vosotros.

Dicho lo cual les dio un trozo de lomo asado, que le habían servido por ser una de las mejores partes, y ellos dieron cuenta de lo que les habían servido en el plato; cuando se saciaron de comer y beber, Telémaco le dijo al hijo de Néstor, acercando la cabeza para que nadie pudiera oírles:

—Mira, Pisístrato, amigo de corazón, mira el resplandor del bronce y el oro, del ámbar, el marfil y la plata. Todo es tan espléndido que es como ver el palacio de Zeus olímpico. Estoy atónito.

Menelao lo oyó y dijo:

—Nadie, hijos míos, puede compararse con Zeus, pues su casa y todo lo que le rodea es inmortal. En cambio, entre los hombres mortales..., bueno, puede que haya otro tan rico como yo o no, pero en cualquier caso he viajado mucho y padecido muchas penurias, pues transcurrieron casi ocho años antes de que pudiera llegar a casa con mis naves. Estuve en Chipre, Fenicia y Egipto; fui también donde viven los etíopes, los sidonios y los erembos, y a Libia, donde los carneros tienen cuernos nada más nacer y las ovejas paren tres veces al año. En ese país todo el mundo, sea amo o esclavo, tiene queso, carne y leche en abundancia, pues las ovejas se los proporcionan todo el año. Pero, mientras viajaba y acumulaba grandes riquezas entre esas gentes, mi

hermano fue asesinado en secreto por la perfidia de su malvada esposa, por lo que poseer toda esta riqueza no me proporciona ningún placer. Sean quienes sean vuestros padres, deben de haberos hablado de esto y de un palacio que perdí abarrotado de riquezas. ¡Ojalá tuviese solo un tercio de lo que tengo y me hubiera quedado en casa, así seguirían vivos todos los que perecieron en la llanura de Troya, lejos de Argos! A menudo lloro aquí por todos y cada uno de ellos. A veces lloro de lástima, pero enseguida lo dejo porque el llanto es un frío consuelo que cansa enseguida. No obstante, por mucho que lamente su pérdida, hay una que me duele más que la de todos ellos. Aunque me lamento por todos, lloro sobre todo por la pérdida de uno de ellos. Ni siquiera puedo pensar en él sin que me repugnen la comida y el sueño, tan desdichado me siento, pues ni uno solo de los griegos se esforzó ni arriesgó tanto como él. No ganó nada con ello y ha dejado un legado de pesar para mí, pues lleva perdido mucho tiempo y no sabemos si está vivo o muerto. Su anciano padre, su mujer, Penélope, que tanto ha sufrido, y su hijo, Telémaco, a quien dejó poco después de nacer, están sumidos en el dolor por su causa.

Así habló Menelao, y a Telémaco se le encogió el corazón al pensar en su padre. Las lágrimas cayeron de sus ojos cuando oyó hablar así de él, y se llevó el manto a la cara con ambas manos. Cuando Menelao lo vio, dudó entre dejarle escoger a él el momento de hablar o preguntarle sin más y averiguar qué pasaba.

Mientras estaba indeciso, Helena bajó de su habitación perfumada y de techos altos, tan encantadora como la propia Artemisa. Adrasta le llevó un asiento, Alicipe, una suave alfombra de lana, mientras Filo le llevaba el canastillo de plata que Alcandra, la mujer de Pólipo, le había dado. Pólipo vivía en la egipcia Tebas, que es la ciudad más rica del mundo; había obsequiado a Menelao con dos bañeras de plata pura, dos trípodes, y diez talentos de oro; aparte de eso, su mujer le hizo a Helena varios regalos espléndidos, a saber: una rueca de oro, y un canastillo de plata con ruedas y una banda dorada. Filo lo colocó ahora a su lado, lleno de hilo devanado, y puso encima una rueca con lana de color violeta. Luego Helena se sentó, apoyó los pies en el escabel y empezó a preguntar a su marido.

—¿Sabemos, Menelao, los nombres de estos forasteros que han venido a visitarnos? No sé si acierto o me equivoco, pero debo decir lo que pienso. Jamás he visto hombre o mujer tan parecido a nadie como este joven a Telémaco, a quien Ulises dejó siendo un niño recién nacido cuando los griegos fuisteis a Troya a combatir por mi muy vergonzosa culpa^[22].

—Mi querida esposa —respondió Menelao—, veo el parecido igual que tú. Sus manos y sus pies son idénticos a los de Ulises; igual que su pelo, la forma de la cabeza y la expresión de sus ojos. Además, cuando hablé de Ulises y dije lo mucho que había sufrido por mi culpa, le cayeron lágrimas de los ojos y ocultó su rostro en el manto.

Entonces habló Pisístrato:

—Menelao, hijo de Atreo, tienes razón al pensar que este joven es Telémaco, pero es muy prudente y se avergüenza de venir aquí y preguntar sin más a alguien como tú. Mi padre, Néstor, me pidió que lo acompañara, pues quería saber si podías darle algún consejo o sugerencia. Un hijo siempre encuentra dificultades cuando su padre desaparece y lo deja sin nadie que le apoye; y así es como se encuentra ahora Telémaco, pues su padre está ausente y no hay nadie entre los suyos que lo defienda.

—Bendito sea mi corazón —replicó Menelao—, pues estoy recibiendo la visita del hijo de un amigo muy querido que sufrió mucho por mi causa. Siempre tuve la esperanza de agasajarlo con el mayor respeto si los dioses nos permitían regresar de allende los mares. Quería darle una ciudad en Argos y construirle un palacio. Quería animarlo a dejar Ítaca con sus bienes, su hijo y todo su pueblo, y saquear para ellos alguna de las ciudades vecinas que me deben obediencia. Así nos habríamos visto a menudo, y solo la muerte habría podido poner fin a una amistad tan cercana y feliz. Supongo, no obstante, que algún dios nos negó esa gran suerte, pues ha impedido que el pobre hombre vuelva a su casa.

Así habló, y sus palabras hicieron que todos prorrumpieran en llanto. Helena, Telémaco y el propio Menelao lloraron, y tampoco Pisístrato pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al recordar a su hermano Antíloco, a quien había dado muerte el hijo de la luminosa Aurora. Entonces le dijo a Menelao:

—Señor, mi padre Néstor, cuando hablábamos de ti en casa, siempre dijo que eras una persona de un raro y excelente entendimiento. Si es posible, pues, haz como voy a pedirte. No me gusta llorar mientras ceno. La mañana llegará a su debido tiempo y antes del mediodía no me importa cuánto lloremos a los muertos. Es lo único que podemos hacer por ellos, afeitarnos la cabeza y enjugarnos las lágrimas de las mejillas. Yo tenía un hermano que murió en Troya, no era el peor de los hombres que había allí. Sin duda debiste conocerlo, se llamaba Antíloco, yo nunca lo vi, pero dicen que era el más rápido corriendo y valiente en el combate.

—Tanta sensatez, amigo —respondió Menelao—, no parece propia de tus años. Está claro que has salido a tu padre. Enseguida se ve cuando un hombre es hijo de alguien a quien Zeus ha bendecido con una mujer y varios hijos: y a Néstor lo ha favorecido desde el primero hasta el último de sus días, dejándole envejecer en paz en su propia casa rodeado de sus hijos, que son valientes y bien dispuestos. Pongamos fin, pues, a tanto llanto y volvamos a la cena. Que nos viertan agua en las manos. Telémaco y yo podemos hablar mañana.

Así que Asfalión, uno de los criados, vertió agua sobre sus manos y comieron los manjares que tenían delante.

Luego la hija de Zeus, Helena, recordó otra cosa. Mezcló el vino con una hierba que borra las preocupaciones, los pesares y el mal humor. Quien bebe el vino con esa droga no vierte una sola lágrima el resto del día, ni aunque su padre y su madre caigan muertos o vea descuartizar ante sus ojos a un hijo o un hermano. Esta droga, de poderes y virtudes tan poderosas, se la había dado a Helena la mujer de Ton, Polidamna, en Egipto, donde cultivan todo tipo de hierbas: unas buenas, para echar en las cráteras, y otras venenosas. Además, todos sus habitantes son hábiles médicos, pues son de la raza de Peán. Después de mezclar la droga y de ordenar a los criados que escanciaran vino a todo el mundo, dijo:

—Menelao, hijo de Atreo, y vosotros, amigos, hijos de hombres honorables (según la voluntad de Zeus, que otorga cosas buenas y malas, y puede hacer cuanto quiera), comed y escuchad mientras os cuento una historia. No puedo enumerar todas las hazañas de Ulises, pero puedo decir lo que hizo cuando estaba a las puertas de Troya y vosotros, griegos, afrontabais toda suerte de dificultades. Él mismo se golpeó y se hirió, se puso unos harapos y entró en la ciudad enemiga como un campesino o un mendigo, con un aspecto muy diferente al de cuando estaba entre los suyos. Con este disfraz entró en la ciudad de Troya, y nadie le dijo nada. Solo yo lo reconocí y empecé a preguntarle, pero fue demasiado astuto para mí. No obstante, cuando lo lavé y ungí y le di ropa, después de hacerme prometer con un solemne juramento que no lo traicionaría a los troyanos hasta que hubiese vuelto sano y salvo a su campamento y a sus naves, me dijo lo que planeaban hacer los griegos. Mató a muchos troyanos y consiguió mucha información antes de llegar al campamento griego, y dio motivos a las troyanas para lamentarse, aunque yo me alegré, pues empezaba a echar de menos mi hogar y me sentía desdichada por la injusticia que Afrodita había cometido conmigo

al llevarme allí, lejos de mi patria, de mi hija y de mi marido, que no carece de buen porte ni juicio.

—Todo lo que has dicho es cierto, mi querida esposa —dijo entonces Menelao—. He viajado mucho y he tratado a muchos héroes, pero nunca he visto a un hombre como Ulises, cuyo valor y aguante quedaron demostrados dentro del caballo de madera, donde nos ocultábamos los más valientes de los griegos esperando para llevar la muerte y la destrucción a los troyanos. En ese momento viniste adonde estábamos, acompañada de Deífobo, algún dios que quería favorecer a los troyanos debió de enviarte. Tres veces diste la vuelta a nuestro escondrijo y tres veces llamaste por su nombre a todos nuestros jefes imitando la voz de sus mujeres: Diomedes, Ulises^[23] y yo te oímos desde nuestros bancos. Diomedes y yo no sabíamos si salir o responderte desde dentro, pero Ulises nos contuvo, así que guardamos silencio, todos excepto Anticlo, que empezó a responder, por lo que Ulises le tapó la boca con sus fuertes manos. Esto nos salvó a todos, pues acalló a Anticlo hasta que Atenea hizo que te marcharas de allí.

—¡Qué triste —exclamó Telémaco— que nada de eso sirviera para salvarle, ni siquiera su férreo valor! Pero ahora, señor, ten la bondad de enviarnos a dormir para que podamos disfrutar del dulce y agradable sueño.

Así que Helena ordenó a las criadas que preparasen lechos bajo el pórtico con mullidas esteras púrpuras y tendieran sobre ellas mantas de lana para que los huéspedes se pudieran abrigar. Después las criadas salieron con antorchas y prepararon los lechos, y un criado llevó allí a los forasteros. Telémaco y Pisístrato durmieron en el pórtico, mientras el hijo de Atreo yacía en una habitación con la hermosa Helena a su lado. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[24], Menelao se levantó y se vistió. Se ciñó las sandalias a los bellos pies, se colgó la espada del hombro y salió de su cuarto como un dios inmortal. Luego se sentó al lado de Telémaco y dijo:

—Telémaco, ¿qué te ha impulsado a hacer este largo viaje por mar hasta Esparta? ¿Vienes por asuntos públicos o personales? Cuéntamelo todo.

—He venido, señor —respondió Telémaco—, para ver si puedes contarme algo sobre mi padre. Están devorando mi casa y mi hogar; mi hacienda está siendo consumida y mi casa está llena de sinvergüenzas que matan mis ovejas y mis bueyes con la excusa de cortejar a mi madre. Por eso te suplico de rodillas que tengas la bondad de relatarme su desdichado final si lo viste con tus ojos o se lo oíste a otro viajero, pues desde que nació fue hombre aventurero. No suavices tu relato por respeto o lástima, dime lo que viste. Si mi valiente padre Ulises fue alguna vez leal contigo, ya fuese de hecho o de

palabra, cuando a los griegos os hostigaban los troyanos, tenlo presente ahora y cuéntame la verdad.

Al oírlo, Menelao se indignó.

—¿Cómo —exclamó— pretenden usurpar esos cobardes el lecho de un hombre valiente? Es como si una cierva pariera sus cervatos en la guarida del león y luego fuese a comer al bosque o a una loma con abundante hierba: cuando el león vuelva a su guarida, acabará enseguida con ellos. Y lo mismo hará Ulises con esos pretendientes. Por el padre Zeus, por Atenea y por Apolo, si Ulises sigue siendo el hombre que era cuando luchó con Filomelides^[25] en Lesbos y lo derribó en el suelo con tanta fuerza que todos los griegos lo vitorearon y alguna vez se encuentra con esos pretendientes, disfrutarán de poca compasión y de unos tristes esponsales. En cuanto a tus preguntas, no te engañaré ni me andaré con rodeos, sino que te diré sin ocultar nada lo que me contó Proteo, el viejo del mar.

»Yo estaba deseando llegar aquí, pero los dioses me retuvieron en Egipto, pues mis hecatombes no habían terminado de complacerles y los dioses son muy estrictos con los ritos debidos. Desde Egipto, a un día de viaje en barco con viento de popa hay una isla llamada Faros, que tiene un buen puerto desde el que los barcos pueden dirigirse a mar abierto después de aprovisionarse de agua. Allí me retuvieron los dioses veinte días sin ni siquiera un soplo de viento que me ayudara a seguir adelante. Las provisiones se nos habrían agotado y mis hombres habrían pasado hambre si una diosa no se hubiese compadecido de mí y me hubiese salvado: Idotea, hija de Proteo, el viejo del mar.

»Vino a verme un día en que estaba solo, como ocurría a menudo, pues los hombres, hambrientos, salían a pescar con sus puntiagudos anzuelos con la esperanza de capturar un pez o dos.

»—Forastero —dijo—, parece que te guste pasar hambre o que al menos no te preocupa demasiado, pues te quedas aquí un día tras otro, sin intentar partir siquiera, pese a que tus hombres están al borde de la muerte.

»—Deja que te diga —respondí—, quienquiera que seas de entre las diosas, que no estoy aquí por propia voluntad, sino que debo de haber ofendido a los dioses que viven en el cielo. Dime, entonces, pues los dioses lo saben todo, cuál de los inmortales me retiene de este modo y dime también cómo surcar el mar para llegar a mi casa.

»—Desconocido —dijo—, te lo diré con claridad. Hay un anciano inmortal que vive cerca de aquí debajo del mar y que se llama Proteo. Es egipcio y dicen que es mi padre; es el principal súbdito de Poseidón y conoce

todos los abismos del océano. Si logras engañarlo y atraparlo, te dirá qué rumbo seguir y cómo surcar el mar hasta llegar a tu casa. También te dirá, si quieres, lo que ha ocurrido en tu hogar, tanto lo bueno como lo malo, mientras estabas fuera en tu largo y peligroso viaje.

»—¿Puedes mostrarme —pregunté— alguna estratagema con la que pueda atrapar a este divino viejo sin que sospeche y me descubra? No es fácil para un hombre mortal atrapar a un dios.

»—Desconocido —dijo—, te lo diré con claridad. Cuando el sol llega a su cénit, el viejo del mar sube de debajo de las olas, anunciado por el viento de poniente, que riza las aguas sobre su cabeza. Nada más salir, se tumba a dormir en una enorme gruta marina; duermen a su alrededor también algunas focas, hijas de Anfítrite. Mañana por la mañana temprano te llevaré a ese lugar y aguardarás allí escondido. Escoge, pues, a los tres mejores hombres de tu flota. Ahora te diré todos los trucos que intentará el anciano.

Primero, echará un vistazo a las focas y las contará; luego, después de verlas y contarlas con los dedos, se pondrá a dormir entre ellas igual que un pastor entre su rebaño. En cuanto veáis que se queda dormido, atrapadlo; usad todas vuestras fuerzas para sujetarlo, pues hará todo lo posible para liberarse. Se convertirá en todas las criaturas de la tierra y también en fuego y en agua, pero deberéis sujetarlo cada vez con más fuerza, hasta que empiece a hablarte y recupere la forma que tenía cuando se fue a dormir; entonces podréis soltarlo y preguntarle cuál de los dioses es el que está enfadado contigo y qué debes hacer para llegar a tu casa allende el mar.

»Después de decir esto, se sumergió entre las olas y yo volví, con el corazón colmado de preocupaciones, al lugar donde mis naves estaban alineadas en la orilla. En cuanto llegué a mi embarcación preparamos la cena, pues estaba a punto de caer la noche, y acampamos en la playa.

»Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, elegí a los tres hombres en quienes más confiaba y me dirigí a la orilla mientras rezaba a los dioses. Entonces, la diosa me proporcionó cuatro pieles de foca, recién desolladas, del fondo del mar, pues planeaba engañar a su padre. Luego excavó cuatro agujeros para que nos metiésemos en ellos y esperásemos a que saliera. Cuando nos acercamos, nos hizo tendernos en los agujeros, uno detrás del otro, y echó una piel de foca encima de cada uno de nosotros. Nuestro escondite resultaba insoportable, pues el hedor de las focas era repugnante (¿quién querría compartir su lecho con un monstruo marino si pudiera evitarlo?), pero también en eso nos ayudó la diosa, pues, para aliviarnos, nos puso en la nariz fragante ambrosía que tapaba el olor de las focas.

»Esperamos toda la mañana con paciencia y vimos cientos de focas que salían del agua para tomar el sol en la orilla. A mediodía salió también el viejo del mar y, cuando encontró a las focas, fue adonde estaban y las contó. Fuimos de las primeras que contó y no sospechó ningún engaño, sino que se tumbó a dormir en cuanto acabó de contar. Entonces, nos abalanzamos sobre él con un grito y lo sujetamos; enseguida empezó con sus trucos y se transformó primero en un león de enorme melena; luego de pronto se convirtió en un dragón, en un leopardo y en un jabalí; un instante después era agua, y luego un árbol, pero lo sujetamos y no lo soltamos ni un momento, hasta que por fin el viejo se desanimó y dijo:

»—¿Cuál de los dioses, hijo de Atreo, ha ideado esta conjura para atraparme contra mi voluntad? ¿Qué es lo que quieres?

»—Lo sabes muy bien, anciano —respondí—, no conseguirás confundirme. Llevo mucho tiempo en esta isla y no veo que vaya a poder salir. Empiezo a perder la esperanza; dime, pues los dioses lo sabéis todo, cuál de los inmortales me impide continuar el viaje y dime también cómo surcar los mares para llegar a mi casa.

»—En ese caso —dijo—, si quieres concluir tu viaje y volver pronto a casa, debes ofrecer sacrificios a Zeus y los demás dioses antes de embarcar, pues se ha decretado que no puedas regresar con tus amigos y a tu hogar hasta que no hayas vuelto al río de Egipto, que nace en el cielo, y hayas ofrecido sagradas hecatombes a los dioses inmortales que reinan en el firmamento. Cuando lo hayas hecho, te permitirán acabar el viaje.

»Sentí un gran desánimo cuando oí que debía volver a hacer el largo y temible viaje a Egipto, pero aun así respondí:

»—Haré, anciano, todo lo que me has dicho; pero ahora dime, y sé sincero, si todos los griegos a quienes Néstor y yo dejamos atrás al partir de Troya han llegado sanos y salvos a sus casas o si alguno encontró la muerte, ya sea a bordo de su nave o entre sus amigos después de combatir en la guerra.

»—Hijo de Atreo —respondió—, ¿por qué me lo preguntas? Más te valiera no saber lo que he de contarte, pues te puedo asegurar que tus ojos se colmarán de lágrimas cuando hayas oído mi historia. Muchos de esos por los que preguntas han muerto, pero muchos aún viven, y solo dos de los principales jefes griegos murieron en su regreso a casa. Respecto a lo que ocurrió en el campo de batalla..., tú mismo estuviste allí. Un tercero sigue en el mar, vivo, pero retenido y sin poder volver. Ajax naufragó, pues Poseidón lo empujó contra las grandes rocas de Giras; no obstante, le permitió salir

sano y salvo del agua, y, a pesar de la animadversión de Atenea, habría escapado a la muerte si no se hubiese condenado a sí mismo por su jactancia. Dijo que los dioses no podían ahogarlo pese a haberlo intentado; cuando Poseidón oyó tan insolentes palabras, cogió su tridente con sus fuertes manos y partió la roca de Giras en dos. La base siguió donde estaba, pero la parte donde se hallaba Ajax cayó al mar y arrastró a Áyax, que bebió el agua salada y se ahogó.

»"Tu hermano y sus naves escaparon, pues lo protegió Hera, pero, cuando estaba a punto de llegar al alto promontorio de Malea, le sorprendió una fuerte tormenta que volvió a arrastrarlo mar adentro contra su voluntad y lo llevó a la tierra donde antes moraba Tiestes y entonces vivía Egisto. No obstante, poco después pareció que, pese a todo, podría volver sano y salvo, pues los dioses cambiaron otra vez el viento. Llegaron a casa, y Agamenón besó el suelo patrio y vertió lágrimas de alegría al encontrarse en su propio país.

»"Había un centinela a quien Egisto siempre tenía de guardia y al que había prometido dos talentos de oro. Este hombre llevaba un año vigilando, para asegurarse de que la llegada de Agamenón no pasara inadvertida; cuando este hombre vio desembarcar a Agamenón, fue a avisar a Egisto, que enseguida empezó a tramar un plan contra él. Escogió a veinte de sus guerreros más valientes, los emboscó a un lado del atrio y en el otro mandó preparar un banquete. Luego envió sus carros y jinetes a recibir a Agamenón y lo invitó al banquete, con fines malvados. Lo llevaron allí, sin sospechar el fin que le esperaba, y lo mataron cuando terminó el banquete como quien sacrifica a un buey; ni uno solo de los seguidores de Agamenón quedó con vida ni tampoco ninguno de los de Egisto, sino que todos murieron en aquella sala.

»Así habló Proteo, y a mí se me partió el corazón al oírle. Me senté en la arena y lloré; me sentí como si no pudiese soportar seguir viviendo ni ver la luz del sol. Luego, cuando me cansé de llorar y revolearme en la arena, el viejo del mar dijo:

»—Hijo de Atreo, no pierdas más el tiempo llorando con tanta amargura, no te hará ningún bien; vuelve a casa cuanto antes, pues Egisto tal vez siga con vida e incluso si Orestes ya lo ha matado, aún puedes llegar a tiempo para su funeral.

»Eso me consoló a pesar de mi dolor y dije:

»—Ya sé qué ha pasado con ellos dos. Háblame ahora del tercer hombre, ¿está vivo, retenido en el mar, o ha muerto? Dímelo, por mucho pesar que me

causes.

»—El tercer hombre —respondió— es Ulises, que vive en Ítaca. Lo veo en una isla, pesaroso en la mansión de la ninfa Calipso, que lo tiene cautivo, y no puede volver a casa porque no tiene naves ni marineros que lo lleven allende el mar. En cuanto a tu propio final, Menelao, no morirás en Argos, sino que los dioses te llevarán hasta los Campos Elíseos, que están en el confín del mundo. Allí reina el rubio Radamantis, y los hombres gozan de una vida más fácil que en ningún otro sitio, pues nunca llueve, ni graniza ni nieva, sino que Océano envía un sonoro viento de poniente que insufla vida a los hombres. Esto te sucederá por haber desposado a Helena y ser el yerno de Zeus.

»Dicho lo cual se sumergió entre las olas, y yo volví con las naves y mis compañeros. Mi corazón estaba colmado de preocupaciones. Cuando llegué a las naves preparamos la cena, pues estaba a punto de caer la noche, y acampamos en la playa. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, echamos las naves al agua, colocamos los mástiles y las velas, y luego subimos a bordo. Mis compañeros ocuparon su sitio en los bancos y golpearon el mar gris con sus remos. De nuevo anclé las naves en el río de Egipto, que nace en el cielo, y ofrecí hecatombes que fueron numerosas y suficientes. Después de aplacar así la cólera divina, erigí un túmulo en memoria de Agamenón para que su nombre perdurara para siempre, tras lo cual tuve una rápida travesía de regreso a casa, pues los dioses me enviaron un viento favorable.

»Y ahora hablemos de ti: quédate diez o doce días más y te ayudaré a seguir tu camino. Te haré un noble obsequio de un carro y tres caballos. Te daré también una hermosa copa para que mientras vivas pienses en mí cuando hagas libaciones en honor de los dioses inmortales.

—Hijo de Atreo —respondió Telémaco—, no insistas en que me quede más tiempo. Me gustaría pasar aquí otros doce meses; tu conversación es tan amena que ni un por un momento querría volver a casa con mis padres, pero la tripulación que he dejado en Pilos ya se impacienta y tú me apartas de ellos. En cuanto al regalo que quieres hacerme, prefiero que sea un objeto de plata. No puedo llevarme los caballos conmigo a Ítaca, sino que los dejaré aquí para adornar tus propios establos, pues allí no tenemos prados ni caminos y la tierra es más apta para las cabras que para los caballos. En cambio, en tu reino hay muchas llanuras donde crecen el trébol y también la hierba, el trigo, la cebada y la avena. Ni una sola de nuestras islas tiene terreno llano para los caballos, e Ítaca menos que ninguna.

Menelao sonrió y tomó la mano de Telémaco entre las suyas.

—Lo que dices —dijo— demuestra que eres de buena familia. Puedo y haré el cambio que me pides y te daré el objeto de plata más valioso de mi casa. Una crátera de plata pura, excepto el borde, que está incrustado de oro, labrada por el propio Hefesto. Fédimo, el rey de los sidonios, me la dio en una visita que le hice cuando pasé por allí en mi viaje de regreso. Tuya será.

Mientras hablaban, los invitados seguían llegando a la casa del rey. Traían ovejas y vino, y también el pan que les habían dado sus mujeres. Y todos preparaban el banquete en las salas.

Entretanto, los pretendientes se entretenían lanzando discos o practicando su puntería con la jabalina delante de la casa de Ulises y seguían comportándose con su acostumbrada insolencia. Antínoo y Eurímaco, que eran sus jefes y los más destacados entre ellos, estaban allí sentados cuando llegó Noemón, hijo de Fronio, y le dijo a Antínoo:

—¿Se sabe, Antínoo, qué día volverá Telémaco de Pilos? Se llevó una de mis naves y la necesito para ir a Elide; tengo allí doce yeguas y doce potros de un año sin domar, y quiero traer uno para domarlo.

Al oírlo se sorprendieron mucho, pues estaban convencidos de que Telémaco no había ido a la ciudad de Neleo. Pensaban que estaba en alguna de sus granjas con las ovejas o el porquero; así que Antínoo preguntó:

—¿Cuándo se fue? Dime la verdad. ¿A qué hombres se llevó consigo? ¿Eran hombres libres o sus propios esclavos? Ambas cosas son posibles. Dime también, ¿le dejaste llevarse la nave de buen grado porque te la pidió o la cogió sin tu permiso?

—Se la dejé —respondió Noemón—; tratándose de un hombre tan ilustre, ¿qué otra cosa podía hacer cuando me dijo que tenía dificultades y me la pidió? No pude negarme. En cuanto a los que partieron con él, eran jóvenes de familias nobles, y vi que Méntor embarcaba con él como capitán, o algún dios exactamente igual a él. No lo entiendo, pues ayer por la mañana vi a Méntor, a pesar de que se embarcó hacia Pilos.

Noemón volvió después a la casa de su padre, pero Antínoo y Eurímaco se enfadaron mucho. Dijeron a los demás que dejaran sus juegos y fuesen a sentarse con ellos. Cuando llegaron, Antínoo habló de forma airada. Tenía el corazón negro de ira y sus ojos brillaban como el fuego cuando dijo:

—Por los dioses, este viaje de Telémaco es un asunto muy serio. Aunque pensábamos que no lo haría, el joven se ha ido a pesar de nosotros y, además, con una tripulación escogida. Pronto nos causará problemas; ojalá Zeus se lo lleve antes de que se haga un hombre. Buscadme, pues, una nave y una

tripulación de hombres, y le esperaré emboscado en los estrechos que hay entre Ítaca y Samos; así lamentará el día en que partió para intentar conseguir noticias de su padre.

Así habló, y los demás aplaudieron sus palabras; luego todos ellos entraron en la casa. No tardó mucho Penélope en enterarse de lo que planeaban los pretendientes, pues un criado, Medonte, los oyó desde fuera del patio mientras trazaban sus planes y corrió a advertir a su señora. Al atravesar el umbral de su cuarto, Penélope dijo:

—Medonte, ¿para qué te han enviado aquí los pretendientes? ¿Acaso para decir a las criadas de Ulises que dejen sus labores y les preparen la cena? Ojalá no pudierais cortejar ni cenar más, ni aquí ni en ninguna otra parte, por cómo dilapidáis la herencia de mi hijo. ¿No os contaron vuestros padres cuando erais niños que Ulises nunca fue duro ni habló a nadie con aspereza? Los reyes a veces cogen afecto a unos y odian a otros, pero Ulises nunca cometió injusticias contra nadie, lo cual demuestra vuestra mala intención y que en este mundo ya no queda gratitud.

Entonces, Medonte dijo:

—Ojalá, señora, esto fuese todo, pero están maquinando algo mucho peor..., quiera Zeus frustrar sus planes. Van a intentar matar a Telémaco cuando vuelva de Pilos y Esparta, donde ha ido a buscar noticias de su padre.

A Penélope se le encogió el corazón y se quedó callada un buen rato; los ojos se le llenaron de lágrimas y no supo qué decir. No obstante, por fin dijo:

—¿Por qué se ha ido mi hijo? ¿Por qué tenía que partir en naves que son para los hombres como caballos marinos? ¿Acaso quiere morir sin dejar a nadie tras él que conserve su nombre?

—No sé —respondió Medonte— si algún dios le animó a emprender el viaje o si partió por su propio impulso para ver si podía averiguar si su padre estaba muerto o vivo y camino de casa.

Luego volvió a bajar y dejó a Penélope sumida en el pesar. Había muchos bancos en la casa, pero no tuvo ánimos para sentarse en ninguno de ellos, sino que se tumbó en el suelo de su habitación y se echó a llorar. También las criadas de la casa, tanto las jóvenes como las viejas, lloraban. Penélope, entre sollozos, dijo:

—Amigas, Zeus me ha enviado más dolor y aflicción que a ninguna otra mujer. Primero perdí a mi valiente marido, de corazón de león, que tenía tantas buenas cualidades y cuyo nombre era conocido en toda la Hélade y Argos, y ahora mi hijo querido está a merced de los vientos y las olas, sin que me haya enterado siquiera de su partida. A ninguna de vosotras,

desvergonzadas, se os ocurrió levantarme de la cama, aunque todas sabíais muy bien que se marchaba. Si yo hubiera sabido que planeaba este viaje, no le habría dejado marchar por mucho que anhelase partir. En fin, id alguna a buscar a mi viejo esclavo Dolio, que cuida de mi jardín y fue un regalo de mi padre el día de mi boda. Pedidle que vaya enseguida a contárselo todo a Laertes, que tal vez pueda concebir algún plan para atraernos las simpatías de la gente y ponerla en contra de quienes intentan exterminar su propia raza y la de Ulises.

Entonces la anciana nodriza Euriclea dijo:

—Puedes matarme, señora, o dejarme vivir en tu casa, como prefieras, pero te diré la verdad. Yo lo sabía todo y le proporcioné los víveres necesarios, pan y vino, pero me hizo jurar solemnemente que no te diría nada hasta transcurridos diez o doce días, a no ser que me preguntaras o te enterases de su partida, pues no quería que echaras a perder tu belleza llorando. Y ahora, señora, lávate la cara, cámbiate el vestido y ve arriba con tus criadas a ofrecer plegarias a Atenea, hija de Zeus portador de la égida, pues ella puede salvarlo aunque se halle en las fauces de la muerte. No molestes a Laertes, que bastantes problemas tiene ya. Además, no creo que los dioses odien tanto al linaje del hijo de Arcesio como para que no quede nadie que herede tanto la casa como los bellos campos que la rodean.

Con estas palabras animó a su señora a interrumpir el llanto y secó las lágrimas de sus ojos. Penélope se lavó la cara, se cambió el vestido y subió con sus criadas. Luego echó cebada en un cesto y rezó a Atenea:

—Óyeme —dijo—, hija del incansable Zeus, portador de la égida. Si alguna vez Ulises mientras estuvo aquí quemó para ti gruesos muslos de cordero o de novilla, tenlo presente ahora en mi favor y salva a mi hijo querido de la vileza de los pretendientes.

Lloró en voz alta mientras hablaba, y la diosa oyó su plegaria. En la sala los pretendientes se exaltaron y uno dijo:

—La reina está preparándose para casarse con alguno de nosotros. Qué poco imagina que su hijo está condenado a morir.

Esto dijeron, pero no sabían lo que ocurriría. Entonces Antínoo dijo:

—Compañeros, basta de bravatas, no vayan a oírnos. Levantémonos y cumplamos en silencio lo acordado.

Escogió entonces a veinte hombres. Bajaron a la nave y a la orilla del mar, echaron al agua la nave y la prepararon para navegar. Subieron el mástil y las velas; amarraron los remos a los toletes con tiras retorcidas de cuero, y largaron las blancas velas. Sus criados les llevaron las armas. Después de

fondear la nave, desembarcaron y allí mismo cenaron y esperaron a que cayera la noche.

Entretanto, Penélope seguía arriba en su habitación, incapaz de comer o beber y sin saber si su valiente hijo escaparía o sería derrotado por los malvados pretendientes. Como una leona perseguida por cazadores que la acosan por todas partes, estuvo cavilando hasta que la venció el sueño, y se quedó en la cama privada de toda acción y pensamiento.

Entonces Atenea creó una visión con la forma de la hermana de Penélope, Iftima, hija de Icario, que se había casado con Eumelo y vivía en Feras. Le ordenó que fuese a casa de Ulises y convenciera a Penélope de que dejara de llorar; así, la visión entró en la habitación por el agujero por el que pasaba la correa para tirar de la puerta, se plantó ante la cabecera del lecho y dijo:

—Penélope, los dioses de vida dichosa no quieren que llores y te entristezcas. Tu hijo no les ha hecho ningún mal, así que volverá contigo.

Penélope, que dormía dulcemente ante las puertas del sueño, respondió:

—Hermana, ¿por qué has venido? No sueles venir con frecuencia, pero supongo que es porque vives lejos. ¿He de dejar, pues, de llorar y debo contener los tristes pensamientos que me torturan? Yo, que he perdido a mi valiente marido, de corazón de león, que tenía tantas buenas cualidades y cuyo nombre era conocido en toda la Hélade y Argos. Y ahora mi hijo ha partido en una nave, es un joven inexperto que no está acostumbrado a vivir sin comodidades ni a parlamentar con los hombres. Estoy aún más preocupada por él que por mi marido; tiemblo al pensar que pueda ocurrirle algo entre las gentes que ha ido a visitar o en el mar, pues tiene muchos enemigos que conspiran contra él y pretenden darle muerte antes de que pueda regresar a casa.

Entonces la visión dijo:

—Anímate y no te aflijas. Le acompaña alguien que muchos hombres querrían tener de su lado, me refiero a Atenea, es ella quien se ha compadecido de ti y me ha enviado a traerte este recado.

—Entonces —dijo Penélope—, si eres un dios o te han enviado aquí por encargo divino, háblame también del otro infortunado, ¿sigue vivo o ha muerto ya y está en la casa de Hades?

Y la visión respondió:

—No te diré si está vivo o muerto, de nada sirve tanta charla ociosa.

Entonces desapareció por el agujero de la puerta y se desvaneció en el aire; Penélope despertó de su sueño reconfortada y descansada, tan claro había sido su sueño.

Entretanto, los pretendientes subieron a bordo y se hicieron a la mar, decididos a matar a Telémaco. Entre Ítaca y Samos hay un islote rocoso no muy grande llamado Ásteris que tiene un puerto a cada lado donde puede fondearse una nave. Allí se emboscaron los griegos.

CANTO V

CALIPSO ULISES LLEGA A ESQUERIA

Y entonces, cuando Aurora se alzó de su lecho al lado de Titono^[26] para llevar la luz tanto a los mortales como a los inmortales^[27], los dioses se reunieron en consejo y con ellos Zeus, el señor del trueno, que es su rey. Atenea empezó a contarles los muchos sufrimientos de Ulises, pues se compadecía de él, retenido tan lejos en la mansión de la ninfa Calipso^[28].

—Padre Zeus —dijo—, y todos vosotros, dioses que vivís en una dicha eterna, espero que nunca vuelva a haber un gobernante amable y bueno ni nadie que gobierne de forma ecuánime. Espero que en adelante todos sean crueles e injustos, pues a Ulises ninguno de sus antiguos súbditos lo recuerda a pesar de que los trataba como un padre. Helo ahí, yaciendo con gran pesar en la isla donde habita la ninfa Calipso, que no le deja partir, sin poder regresar a su propio país, pues no tiene naves ni marineros que lo lleven allende el mar. Es más, unos malvados intentan matar a su único hijo, Telémaco, a su vuelta de Pilos y Esparta, donde ha ido en busca de noticias de su padre.

Y respondió su padre, Zeus:

—¿Qué estás diciendo, hija mía? ¿No lo enviaste allí tú misma porque pensaste que así ayudarías a Ulises a volver a casa y a castigar a los pretendientes? Además, tú eres perfectamente capaz de proteger a Telémaco y de asegurarte de que llegue sano y salvo a su hogar, y de hacer que los pretendientes vuelvan sin conseguir darle muerte.

Después de hablar así, le dijo a su hijo Hermes:

—Hermes, tú eres nuestro mensajero, ve, pues, y dile a Calipso que hemos decretado que el infortunado Ulises vuelva a casa. No han de llevarlo ni dioses ni hombres, sino que, después de un largo viaje de veinte días en una

balsa, llegará a la fértil Esqueria, el país de los feacios, de linaje próximo a los dioses, que le honrarán como si fuese uno de nosotros. Lo enviarán en una nave a su país y le darán más bronce, oro y vestidos de los que habría traído de Troya si conservara todo su botín y hubiese llegado a casa sin sufrir contratiempos. Así es como hemos dispuesto que vuelva a su patria y regrese entre los suyos.

Así habló, y Hermes, verdugo de Argos, hizo lo que le pidió. Enseguida se calzó las deslumbrantes sandalias de oro con las que podía volar como el viento sobre el mar y la tierra. Cogió la vara con la que cierra los ojos de los hombres por el sueño o los despierta a su antojo, y con ella en la mano voló sobre Pieria; luego bajó del firmamento hasta llegar al mar, cuyas olas rozó como un cormorán que vuela pescando hasta en el último hueco y rincón del océano, salpicándose el espeso plumaje con las gotas de la espuma. Voló y voló sobre muchas olas fatigadas, pero cuando por fin llegó a la remota isla, se apartó del mar y siguió por tierra hasta llegar a la cueva donde vivía la ninfa Calipso.

La encontró en casa. Un gran fuego ardía en el hogar, y desde lejos se notaba el fragante olor del cedro y la madera de sándalo. Estaba ocupada en su telar, pasando por la urdimbre su lanzadera de oro y cantando melodiosamente. Alrededor de la cueva había un espeso bosque de alisos, álamos y aromáticos cipreses, donde toda suerte de aves habían construido sus nidos: búhos, halcones y ruidosos cuervos marinos que pasan todo el tiempo en el agua. Una parra cargada de uvas crecía exuberante a la entrada de la cueva. En torno a cuatro fuentes de agua clara había verdes prados donde crecían violetas y perejil. Ni siquiera un dios podría sustraerse al encanto de un lugar tan bello. Hermes, después de admirarlo, entró en la cueva.

Calipso lo reconoció al instante, pues todos los dioses se conocen, por muy lejos que vivan unos de otros. Sin embargo, Ulises no estaba allí, sino a la orilla del mar, como de costumbre, contemplando el estéril océano con lágrimas en los ojos, gimiendo con el corazón encogido de pesar. Calipso ofreció un asiento a Hermes y dijo:

—¿Por qué has venido a verme, Hermes, siempre honrado y bienvenido, si casi nunca me visitas? Di lo que quieres, y lo haré si está en mi mano y puedo, pero antes ven adentro y deja que te trate como a un huésped.

Mientras hablaba, le acercó una mesa con ambrosía y le mezcló rojo néctar. Después de comer y beber, Hermes le dijo:

—Yo soy un dios y tú una diosa, te diré, como pides, la verdad sin engañarte. Me ha enviado Zeus pese a que yo no quería, ¿quién podría querer venir hasta aquí, en mitad del mar, donde no hay ciudades populosas que me dediquen sacrificios o hecatombes escogidas? Aun así, he tenido que venir, pues ninguno de los dioses podemos contradecir a Zeus ni desobedecer sus órdenes. Dice que tienes aquí al más desafortunado de los que combatieron nueve años ante la ciudad del rey Príamo y se hicieron a la mar el décimo año después de saquearla. De camino a casa ofendieron a Atenea, que alzó contra ellos el viento y las olas, por lo que todos sus valientes compañeros murieron y solo él fue arrastrado hasta aquí por el viento y la marea. Zeus ordena que dejes partir de inmediato a este hombre, pues se ha decretado que no morirá aquí, lejos de los suyos, sino que ha de volver a su hogar y a su país y ver otra vez a sus amigos.

Calipso tembló de ira al oírlo.

—Vosotros, dioses —exclamó—, deberíais avergonzaros de vosotros mismos. Siempre estáis celosos y odiáis que una diosa se encapriche de un mortal y viva con él como marido y mujer. Así, cuando Aurora de dedos sonrosados eligió a Orión, vosotros os pusisteis furiosos hasta que Artemisa lo mató en Ortigia^[29]. Y cuando Deméter se enamoró de Yasión y se acostó con él en un campo arado tres veces, Zeus se enteró poco después y lo mató con sus rayos. Y ahora también estáis enfadados porque tengo aquí a un hombre. Lo encontré sentado en la quilla de un barco, pues Zeus había golpeado su nave con un rayo y la había hundido en mitad del océano. Toda la tripulación se ahogó, mientras a él lo empujaban el viento y las olas hasta mi isla. Le cogí afecto y lo cuidé y estaba decidida a hacerlo inmortal para que no tuviese que envejecer, pero no puedo contrariar a Zeus ni desobedecer sus órdenes; así que, si insiste, que Ulises vuelva a hacerse a la mar. Sin embargo, yo no puedo ayudarlo porque no tengo naves ni hombres que puedan ir con él. Mas le daré buenos consejos que lo lleven de vuelta a su país.

—Déjale marchar —dijo Hermes— o Zeus se enojará contigo y te castigará.

Dicho lo cual, Hermes se marchó. Calipso fue a buscar a Ulises^[30], pues había oído el mensaje de Zeus. Lo encontró sentado en la playa, con los ojos llenos de lágrimas y muriéndose de añoranza, pues ya no amaba a Calipso, y, aunque estaba obligado a dormir con ella de noche en la cueva, era ella y no él quien así lo quería. El día lo pasaba en las rocas y en la orilla llorando y mirando el mar. Calipso se le acercó y dijo:

—Desdichado, ya no deberás seguir aquí lamentándote por más tiempo. Voy a dejarte marchar por mi propia voluntad, así que corta unos troncos y construye una balsa con una cubierta que te lleve a salvo al otro lado del mar. Subiré a bordo pan, vino y agua para que no mueras de hambre. También te daré ropa y enviaré un viento favorable que te lleve a casa, si los dioses del cielo así lo quieren, pues ellos saben más de estas cosas y pueden disponerlas mejor que yo.

Ulises se estremeció al oírla.

—Escucha, diosa —respondió—, hay algo detrás de todo esto; no puede ser que quieras ayudarme de verdad a volver a casa cuando me animas a llevar a cabo algo tan espantoso como hacerme a la mar en una balsa. Ni siquiera una buena nave con viento favorable podría aventurarse a emprender un viaje tan largo: nada que puedas decir o hacer me hará subir a bordo de una balsa si antes no juras solemnemente que no me desees ningún mal.

Calipso sonrió al oírle y le acarició con la mano:

—Sabes muchas cosas —dijo—, pero ahora te equivocas. Que el cielo, la tierra y las aguas del río Estigia sean mis testigos y este es el juramento más solemne que puede hacer un dios, de que no te deseo ningún mal y de que solo te aconsejo que hagas lo que haría yo en tu lugar. Estoy siendo franca contigo. Mi corazón no es de hierro y siento compasión por ti.

Dicho esto, la diosa echó a andar y Ulises fue tras ella. Los dos, diosa y hombre, llegaron a la cueva de Calipso, donde Ulises ocupó el asiento que Hermes acababa de dejar. Calipso le sirvió carne y bebida que toman los hombres, aunque a ella sus doncellas le sirvieron néctar y ambrosía, y los dos comieron lo que tenían delante. Cuando se saciaron de comer y beber, Calipso dijo:

—Ulises, noble hijo de Laertes, ¿así que desees partir cuanto antes hacia tu tierra? Te deseo muy buena suerte, pero, si supieras cuántos sufrimientos te esperan antes de llegar a tu patria, te quedarías aquí conmigo y dejarías que te convirtiera en inmortal, por muchas ganas que tengas de ver a tu mujer, en quien piensas todo el tiempo día tras día; no creo que yo sea menos bella que ella, pues no puede imaginarse que una mujer mortal pueda compararse en belleza con una inmortal.

—Diosa —respondió Ulises—, no te enfades conmigo por esta causa. Sé muy bien que mi mujer Penélope no es tan bella como tú. No es más que una mujer, mientras que tú eres una inmortal. Aun así, ansío volver y no puedo pensar en otra cosa. Si algún dios busca mi ruina cuando esté en alta mar, lo

soportaré como mejor pueda. He pasado ya infinitas dificultades tanto en el mar como en tierra, por lo que resistiré las que vengan.

Poco después se puso el sol y oscureció, tras lo cual los dos se retiraron al interior de la cueva y se acostaron, disfrutando del amor en mutua compañía. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[31], Ulises se puso la túnica y el manto, mientras que la diosa escogió un vestido muy delicado y fino, con un precioso cinto dorado en la cintura y un velo para cubrirse la cabeza. Entonces empezó a pensar en cómo ayudarle a ponerse en camino. Le dio una enorme hacha de bronce, afilada por ambos lados y con un precioso mango de madera de olivo. También le entregó una azuela afilada y luego lo llevó a la parte más alejada de la isla, donde crecían los árboles más altos: abedules, álamos y abetos que llegaban al cielo, cuya madera, ya seca, flotaría bien en el agua. Después de mostrarle dónde crecían los mejores árboles, Calipso volvió a casa y él se puso a talarlos, cosa que hizo en poco tiempo. Pulió y cortó los troncos como un buen carpintero. Calipso le trajo entonces una barrena, con la que Ulises taladró los troncos. Los unió y reforzó con clavijas, y construyó una balsa tan ancha como una nave grande. Después fijó una cubierta sobre los baos y colocó la borda alrededor. También construyó un mástil con una verga, y un timón para gobernar la embarcación. Rodeó la balsa con una barrera de mimbres y maderos para protegerla de las olas. Luego Calipso le llevó unas telas para fabricar las velas, y él también las hizo excelentes y las aseguró con drizas y escotas. Por fin, con la ayuda de unas palancas, botó la balsa en el agua.

En cuatro días terminó el trabajo; el quinto Calipso lo despidió de su isla después de lavarlo y darle ropa limpia. Le entregó un odre lleno de vino tinto y otro más grande de agua; también le dio un zurrón lleno de provisiones y mucha carne. Además, le envió un viento cálido y favorable, y Ulises, dichoso, largó la vela mientras gobernaba hábilmente la balsa con el timón. Abrió bien los ojos y no los apartó de las Pléyades, del Boyero, que se pone tarde, y de la Osa —que los hombres llaman también el Carro y que gira en su sitio, delante de Orión, y es la única que no se sumerge en el gran río del Océano—. Calipso le había indicado que siempre dejara la Osa a su izquierda^[32]. Diecisiete días navegó sobre el mar^[33] y el decimoctavo divisó los tenues perfiles de las montañas de la costa feacia, que se alzaban como un escudo en el horizonte.

Pero el rey Poseidón, que volvía del país de los etíopes, vio a Ulises a lo lejos desde el monte Solimo. Lo vio navegando por el mar y se encolerizó. Movió la cabeza y murmuró para sus adentros:

—Así que los dioses han cambiado de idea respecto a Ulises mientras yo estaba entre los etíopes, y ahora está cerca del país de los feacios, donde se ha decretado que escape de las calamidades que le han afligido. Aun así, tendrá que pasar muchas penalidades antes de conseguirlo.

Dicho lo cual amontonó las nubes, cogió su tridente y removió el mar con él, y alzó la ira de todos los vientos hasta que la tierra, el mar y el cielo acabaron ocultos en una nube y la noche cayó del cielo. Vientos del este, del sur, del norte y del oeste se abatieron al mismo tiempo sobre él, y se alzaron grandes olas. El corazón de Ulises empezó a desfallecer.

—¡Ay! —se dijo con desánimo—, ¿qué será de mí? Temo que Calipso estuviera en lo cierto cuando me advirtió que padecería mucho en el mar antes de volver a casa. Todo se está cumpliendo. Cómo ha oscurecido Zeus el cielo con sus nubes, y qué tormenta están alzando toda suerte de vientos al mismo tiempo. Ahora sí que es segura mi muerte. Benditos tres veces los griegos que cayeron delante de Troya por la causa de los hijos de Atreo. Ojalá hubiese muerto el día en que los troyanos me atacaron con tanto ardor por el cadáver de Aquiles, así habría tenido un entierro digno y los griegos habrían honrado mi nombre, pero ahora parece que me espera un final lamentable.

Mientras hablaba una ola rompió sobre él con una fuerza tan terrible que la balsa cabeceó y él salió despedido. Soltó el timón y la fuerza de la tormenta fue tan grande que rompió el mástil por la mitad y la verga y la vela cayeron al mar. Ulises pasó mucho rato bajo el agua, y apenas pudo volver a salir a la superficie, pues la ropa que le había dado Calipso le arrastraba hacia el fondo; pero al final sacó la cabeza y escupió el agua salada y amarga que corría por su rostro. No obstante, a pesar de todo, no perdió de vista su balsa, sino que nadó lo más deprisa posible hacia ella, se agarró y volvió a subir a bordo para no ahogarse. El mar empujaba la balsa de aquí para allá igual que el viento otoñal arrastra los cardos en un camino. Era como si los vientos del sur, del norte, del este y del oeste jugaran con ella.

Cuando estaba en este aprieto, Ino, la hija de Cadmo, también llamada Leucotea, lo vio. Antes había sido una simple mortal, pero ahora se había convertido en diosa marina. Al ver en tales dificultades a Ulises, se compadeció y alzándose como una gaviota de entre las olas se sentó en la balsa.

—Pobre hombre —dijo—, ¿por qué está Poseidón tan enojado contigo? Te lo está haciendo pasar mal, pero, a pesar de todas sus bravatas, no te matará. Pareces una persona sensata, haz pues lo que te digo: desnúdate, deja que el viento se lleve la balsa y nada hasta la costa feacia, donde te aguarda

una suerte mejor. Toma, coge mi velo y pónelo alrededor del pecho; es divino y mientras lo lleves ningún mal podrá sucederte. En cuanto llegues a tierra, quítatelo, lánzalo al mar lo más lejos que puedas y vete.

Dicho lo cual se quitó el velo y se lo dio. Luego volvió a sumergirse como un ave marina y desapareció debajo de las aguas negruzcas.

Pero Ulises no supo qué pensar.

—¡Ay! —se dijo con desánimo—, este ha sido otro dios que busca mi ruina y me aconseja dejar mi balsa. En cualquier caso, no lo haré aún, pues la tierra donde ha dicho que me libraría de mis dificultades parece muy lejana. Ya sé lo que haré, estoy seguro de que es lo mejor: pase lo que pase me quedaré en la balsa mientras resista, pero, cuando el mar la rompa, nadaré a tierra; no se me ocurre nada mejor.

Mientras estaba así de indeciso, Poseidón envió una ola tremenda que se alzó sobre su cabeza y cayó sobre la balsa, que se deshizo como cuando el viento dispersa un montón de paja. Ulises se subió a uno de los troncos como si montara a caballo, luego se quitó la ropa que le había dado Calipso, se enrolló el velo de Ino por debajo de los brazos y se lanzó al mar con intención de nadar hasta la orilla. El rey Poseidón lo vio, movió la cabeza y murmuró para sus adentros:

—Eso es, nada como puedas hasta que te encuentres con gente de bien. No creo que digas que te he dejado salir bien parado.

Dicho lo cual fustigó a sus caballos y se dirigió a Egea, donde está su palacio.

Pero Atenea decidió ayudar a Ulises, así que contuvo todos los vientos menos uno y los obligó a aplacarse; levantó una firme brisa del norte sobre las aguas hasta que Ulises llegara a la tierra de los feacios, donde estaría a salvo.

Así, flotó dos días y dos noches en el agua^[34], entre las olas, con la muerte mirándole a la cara; pero, al despuntar el tercer día, el viento amainó y siguió una calma chicha en la que no se movía ni siquiera un poco de aire. Al ser levantado por una ola miró hacia delante y vio tierra muy cerca. Luego, igual que se alegran los niños cuando su padre querido empieza a mejorar después de padecer una larga enfermedad enviada por un espíritu enojado de la que por fin le salvan los dioses, Ulises agradeció volver a ver tierra y árboles y nadó con todas sus fuerzas para poder poner otra vez el pie en tierra firme. Pero, al acercarse, oyó el estruendo de las olas rompiendo contra las rocas con un tremendo estrépito. Todo estaba envuelto en espuma; no había puertos donde pudiera fondear un barco, ni refugio de ningún tipo, solo escollos, rocas y promontorios.

Ulises empezó a desfallecer, y se dijo desesperado:

—¡Ay, Zeus me ha permitido divisar tierra después de nadar tan lejos y hacerme perder toda esperanza, pero ahora no veo por dónde salir del agua, pues la costa es rocosa y está batida por las olas, las rocas son lisas y se alzan en vertical desde el mar profundo, y no puedo trepar por ellas porque no hay dónde apoyarse! Temo que, si intento salir, alguna ola me estrellé contra las rocas y me haga caer de mala manera. Si, por otro lado, sigo nadando en busca de una playa o un puerto, una tormenta me podría volver a llevar mar adentro contra mi voluntad o un dios me podría enviar un gran monstruo de las profundidades para que me ataque, pues Anfítrite cría muchos así y sé que Poseidón está muy enojado conmigo.

Mientras estaba tan indeciso una ola lo atrapó y lo levantó con tal fuerza contra las rocas que se habría golpeado y hecho pedazos si Atenea no le hubiese mostrado qué hacer. Se agarró a la roca con las dos manos y se aferró a ella gimiendo de dolor hasta que se retiró la ola, y así se salvó; pero luego volvió la ola y lo arrastró mar adentro obligándole a soltar las manos igual que las ventosas de un pólipo cuando se arranca del suelo y se lleva las piedras del fondo consigo: las rocas le desgarraron la piel de las fuertes manos y luego la ola lo arrastró bajo el agua.

El infortunado Ulises habría perecido pese a no haber llegado su hora si Atenea no le hubiera ayudado a conservar la calma. Nadó otra vez mar adentro, lejos del alcance de las olas que golpeaban la tierra, y siguió observando la orilla en busca de algún refugio que contuviera las olas. Al cabo de un rato llegó a la desembocadura de un río; pensó que este podía ser un buen sitio, pues no había rocas y ofrecía protección contra el viento. Reconoció que se trataba de un río y le rezó:

—Óyeme, oh, rey, quienquiera que seas y sálvame de la cólera del dios marino Poseidón, pues a ti te imploro. Todos los que se extravían necesitan orar a veces a los dioses, por eso en mi aflicción me acerco a tu corriente y me hincó de rodillas delante de ti. Ten piedad de mí, oh, rey, pues a ti te imploro.

Entonces el dios contuvo la corriente y aplacó las olas, de modo que todo quedó en calma y pudo llegar sano y salvo a la desembocadura del río. Aquí le fallaron finalmente las rodillas y las fuertes manos, pues el mar lo había quebrantado. Tenía el cuerpo hinchado, y por la boca y la nariz le corría un río de agua marina, por lo que no podía respirar ni hablar, y cayó desfallecido y exhausto; pronto, cuando recobró el aliento y volvió en sí, se quitó el velo que le había dado Ino y lo lanzó al río para que lo llevara al mar, donde muy

pronto lo recuperó Ino. Después Ulises se apartó del río, se tumbó junto a unos juncos y besó la tierra fértil.

—¡Ay! —lloró desanimado para sus adentros—, ¿qué será de mí y cómo acabará todo esto? Si paso aquí en la orilla del río la larga noche, estoy tan cansado que el frío amargo y la humedad podrían acabar conmigo, pues al amanecer se levantará un fuerte viento desde el río. Si, por el contrario, subo por la montaña en busca de refugio entre los árboles y duermo en algún bosquecillo, podría escapar del frío y descansar, pero algún animal salvaje podría atacarme y devorarme.

Al final juzgó más prudente ir al bosque y encontró uno en una loma no muy lejos del agua. Se acurrucó entre dos ramas nacidas de un mismo tronco: una de olivo y la otra de acebuche. Ningún viento, por fuerte que fuese, podía colarse en la protección que ofrecían, ni los rayos del sol atravesarlos ni la lluvia empaparlos, tan cerca crecían el uno del otro. Ulises se metió debajo y empezó a prepararse un lecho en el que tumbarse, pues había muchas hojas muertas a su alrededor, suficientes para tapar a dos o tres hombres incluso en pleno invierno. Se alegró al verlo, así que se agachó y las amontonó. Luego, igual que quien vive solo en el campo, sin vecinos, guarda una brasa entre las cenizas para encender fuego sin tener que ir a buscarlo a otra parte, Ulises se cubrió de hojas y Atenea vertió un dulce sueño sobre sus ojos, cerró sus párpados e hizo que olvidara sus pesares.

CANTO VI

EL ENCUENTRO ENTRE NAUSÍCAA Y ULISES

Y aquí durmió Ulises, vencido por el sueño y la fatiga; pero Atenea fue al país y la ciudad de los feacios, un pueblo que antes vivía en la bella ciudad de Hiperea, cerca de los indómitos cíclopes. Los cíclopes eran más fuertes y les atacaban, por lo que su rey Nausítoo se los llevó de allí y los instaló en Esqueria, lejos de cualquier otro pueblo. Rodeó la ciudad con una muralla, construyó casas y templos, y repartió las tierras entre los suyos; pero luego murió y fue al Hades, y el rey Alcínoo, cuyos consejos eran inspirados por los dioses, reinaba ahora. A su casa, pues, se apresuró Atenea para adelantarse al regreso de Ulises.

Fue directa al bello dormitorio donde descansaba una joven tan encantadora como una diosa, Nausícaa^[35], hija del rey Alcínoo. Dos doncellas dormían a su lado, las dos muy hermosas, una a cada lado del umbral, con las puertas cerradas. Atenea adoptó la figura de la hija del famoso marino Dimante, que era gran amiga de Nausícaa y de su misma edad; entonces se acercó al lecho de la joven como un soplo de viento, se plantó al lado de la cabecera y dijo:

—Nausícaa, ¿en qué estaría pensando tu madre para tener una hija tan perezosa? Mira tu ropa toda desordenada, y eso que estás a punto de casarte y no solo deberías estar bien vestida, sino también buscando ropa para quienes te acompañen. He ahí la manera de labrarte un buen nombre y de que tu padre y tu madre se enorgullezcan de ti. Vayamos, pues, mañana a hacer la colada nada más despuntar el día. Vendré a ayudarte para que todo esté dispuesto cuanto antes, pues los mejores jóvenes de tu pueblo te cortejan y no seguirás soltera mucho tiempo. Pídele a tu padre al alba que disponga un carro y unas mulas para llevar las túnicas, los cintos y otras telas, será mucho mejor para ti que andar, pues los lavaderos están apartados de la ciudad.

Dicho lo cual Atenea partió al Olimpo, que, según dicen, es la morada eterna de los dioses. Allí no sopla con fuerza el viento, y no pueden caer la nieve ni la lluvia, sino que luce siempre el sol con una luz tranquila que ilumina para siempre a los benditos dioses. Este era el lugar donde fue la diosa después de dar instrucciones a la joven.

Poco después llegó la mañana y despertó a Nausícaa, que se levantó extrañada por su sueño; así que fue al otro extremo de la casa a contárselo a su padre y a su madre, y los encontró en su propio cuarto. Su madre estaba sentada junto al fuego devanando el hilo púrpura en compañía de sus doncellas, y su padre estaba a punto de marcharse para reunirse en consejo con los nobles feacios. Ella le detuvo y dijo:

—Padre, ¿podrías prepararme un carro grande? Quiero llevar la ropa sucia al río y lavarla. Tú eres el jefe y es justo que vayas con ropa limpia al consejo. Tienes además cinco hijos, dos casados, y los otros tres apuestos solteros; sabes que les gusta llevar la ropa limpia en las danzas, por eso se me ha ocurrido.

No dijo ni una palabra de su boda, pues no quiso, pero su padre lo supo y dijo:

—Tendrás las mulas, hija mía, y todo lo que desees. Ve y que los hombres te preparen un carro grande y sólido donde quepa toda la ropa.

Dicho lo cual dio órdenes a los criados, que prepararon el carro y uncieron las mulas, mientras la joven bajaba la ropa sucia y la colocaba en el carro. Su madre le preparó una cesta de provisiones con muchas cosas buenas y un odre de vino; la muchacha subió a la carreta y su madre le dio también una vasija dorada de aceite para que ella y sus doncellas se ungieran con él. Luego cogió el látigo y las riendas y aguijó a las mulas, que echaron a andar y cuyos cascos resonaron en el camino. Tiraron sin flaquear y transportaron no solo a Nausícaa y su colada, sino a las doncellas que la acompañaban.

Cuando llegaron al río, fueron a los lavaderos, por los que corría siempre suficiente agua limpia para lavar la ropa, por muy sucia que estuviese. Desengancharon las mulas y dejaron que pacieran la dulce hierba que crecía al borde del agua. Bajaron la ropa del carro, la metieron en el agua y compitieron por ver quién la pisaba antes en las pilas para quitarle la suciedad. Después de lavarla, la tendieron a la orilla del mar, donde las olas habían levantado una playa de guijarros, y se lavaron ellas mismas y se ungieron de aceite de oliva. Luego comieron junto a la orilla del río y esperaron a que el sol terminara de secar la ropa. Después de comer se quitaron los velos que les cubrían la cabeza y empezaron a jugar a la pelota,

mientras Nausícaa cantaba para ellas. Igual que Artemisa cazadora recorre las montañas del Taigeto o el Erimanto para cazar jabalíes o ciervos, las ninfas del bosque, hijas de Zeus portador de la égida, la acompañan (y Leto se enorgullece de ver a su hija destacar en altura sobre las demás y eclipsar a la más bella entre tantas beldades) también la joven destacaba entre sus doncellas.

Cuando llegó el momento de volver y estaban plegando la ropa y subiéndola al carro, Atenea empezó a pensar que convenía que Ulises despertara y viese a la bellísima joven que iba a llevarle a la ciudad de los feacios. La chica, pues, lanzó la pelota a una de las doncellas, a quien se le escapó y se le cayó en el agua. Todas empezaron a gritar y las voces despertaron a Ulises, que se sentó en su lecho de hojas y se dijo a sí mismo:

—¡Ay! ¿Entre qué gentes me encuentro? ¿Son crueles, salvajes e incivilizados, o humanos y hospitalarios? Me parece oír las voces de unas jóvenes similares a las de las ninfas que frecuentan las cumbres de las montañas, los manantiales, los ríos y los prados de verde hierba. O tal vez sean de la raza de los hombres y las mujeres. Veamos si puedo echarles un vistazo.

Dicho lo cual salió de debajo del arbusto y rompió una rama cubierta de hojas para ocultar su desnudez. Parecía un león que acecha rebosante de fuerza y desafía al viento y la lluvia; sus ojos brillan mientras merodea en busca de bueyes, ovejas o ciervos, pues tiene hambre, y osará colarse incluso en una granja bien vallada para cazar alguna oveja; eso les pareció Ulises a las jóvenes cuando se les acercó desnudo como estaba, pues le empujaba la necesidad. Al ver a alguien tan desgredado y sucio por el agua salada, las demás salieron corriendo, pero la hija de Alcínoo se mantuvo firme, pues Atenea infundió valor en su corazón y apartó de ella todo temor. Se quedó delante de Ulises, y él dudó si ir adonde estaba, arrojarse a sus pies y abrazarle las rodillas como un suplicante, o quedarse allí mismo y rogarle que le diera un poco de ropa y le mostrara el camino a la ciudad. Al final creyó mejor implorarlo desde lejos, por si a la joven le ofendía que se acercara a abrazarle las rodillas, así que le habló con palabras melifluas y persuasivas.

—¡Oh, reina! —dijo—, imploro tu ayuda. Aunque dime ¿eres una diosa o una mujer mortal? Si eres una diosa y moras en el cielo, solo se me ocurre que seas Artemisa, la hija de Zeus, pues tu rostro y tu figura se parecen mucho a ella; si, por el contrario, eres mortal y habitas en la tierra, dichosos tres veces tu padre y tu madre, dichosos tres veces también tus hermanos y hermanas, qué orgullosos deben de sentirse al ver un retoño tan bello como tú en las

danzas. Más feliz, no obstante, será aquel cuyas ofrendas nupciales sean más generosas y te lleve a su propia casa. Nunca he visto a nadie tan hermoso, ni hombre ni mujer, y me he quedado asombrado al verte. Solo acierto a compararte con una joven palmera que vi cuando estuve en Delos y que crecía cerca del altar de Apolo, pues también estuve allí, con muchos seguidores, cuando hice el viaje que ha sido la causa de todos mis males. Jamás brotó del suelo una planta como aquella, y la admiré con tanto asombro como ahora te admiro a ti. No me atrevo a abrazar tus rodillas. Estoy en un grave apuro; tras veinte días en el agua, ayer pude salir del mar. Los vientos y las olas me han empujado desde la isla de Ogigia, y ahora el destino me ha arrojado a esta costa para que pueda seguir sufriendo, pues no creo que mis penas se hayan acabado, sino que los dioses siguen reservándome muchos males.

»Y ahora, ¡oh, reina!, compadécete de mí, pues eres la primera persona que he visto y no conozco a nadie más en este país. Muéstrame el camino a tu ciudad y déjame algo para cubrirme. Que los dioses te concedan todo lo que tu corazón anhele: un marido, una casa y un hogar feliz y apacible, pues no hay nada mejor en este mundo que la concordia entre marido y mujer. Ello molesta a los enemigos, alegra a los amigos y da buena fama a los esposos.

A lo cual respondió Nausícaa:

—Forastero, pareces una persona sensata y bien dispuesta. La suerte no tiene explicación; Zeus da prosperidad a ricos y pobres según le parece, así que has de aceptar lo que haya querido enviarte y soportarlo como puedas. Ahora, no obstante, que has venido a esta tierra no te faltará ropa ni nada que un suplicante en apuros pueda necesitar. Te mostraré el camino a la ciudad y te diré el nombre de nuestro pueblo: somos feacios y yo soy la hija de Alcínoo, en quien reside todo el poder.

Luego llamó a sus doncellas y dijo:

—Quedaos donde estáis, amigas. ¿Acaso tenéis que echar a correr nada más ver a un hombre? ¿Lo tomáis por un ladrón o un homicida? Nadie puede venir a hacer ningún daño a los feacios, pues gozamos del favor de los dioses, vivimos en medio de un mar agitado y no tenemos tratos con otros pueblos. Este es solo un pobre hombre que se ha perdido. Debemos ser amables con él, pues los extranjeros y los mendigos están bajo la protección de Zeus y aceptan agradecidos lo que se les da; con que, amigas, dadle un poco de comida y bebida y lavadlo en el río en algún sitio a resguardo del viento.

Al oírlo las doncellas dejaron de correr y empezaron a llamarse unas a otras. Hicieron que Ulises se sentara en un lugar protegido y le llevaron una

túnica y un manto. También le dieron la vasija de oro llena de aceite y se dispusieron a bañarlo en el torrente. Pero Ulises respondió:

—Apartaos para que pueda quitarme la sal de los hombros y ungirme de aceite, pues hace mucho que en mi piel no cae una gota de aceite. No puedo lavarme mientras estéis ahí. Me avergüenza desnudarme delante de unas jóvenes tan bellas.

Ellas se apartaron y corrieron a contárselo a la joven, mientras Ulises se lavaba en el torrente y se quitaba la sal de la espalda, los anchos hombros y el pelo. Después se ungió de aceite y se puso la ropa que le había dado la joven. Atenea hizo que pareciera más alto y más fuerte, también hizo que el pelo creciera más espeso en su cabeza y que cayera en rizos como flores de jacinto; lo glorificó en la cabeza y los hombros como un hábil artesano que ha estudiado su oficio con Hefesto y Atenea embellece una bandeja de plata dorándola para que sea más bella. Luego se sentó en la playa, muy joven y apuesto, y la muchacha lo miró con admiración. Entonces ella les dijo a sus doncellas:

—Amigas, quiero decir algo. Creo que los dioses que viven en el cielo han enviado este hombre a los feacios. La primera vez que lo vi me pareció vulgar, pero ahora su apariencia es como la de los dioses que moran en el cielo. Me gustaría que mi marido fuese alguien como él, ojalá quiera quedarse y no marcharse. En todo caso, dadle un poco de comida y de bebida.

Hicieron lo que les pedía y pusieron comida y bebida delante de Ulises, que comió y bebió hambriento, pues hacía mucho que no probaba bocado. Entretanto, Nausícaa pensó en otra cosa. Hizo que metieran la ropa plegada en el carro y que engancharan las mulas, y, tras sentarse en él, le dijo a Ulises:

—Forastero —dijo—, sube y vayamos a la ciudad; te llevaré a casa de mi excelente padre, donde te aseguro que estarás entre los mejores de los feacios. Pero haz lo que te pido, ya que pareces sensato. Cuando pasemos por los campos y las granjas, ve detrás del carro con las doncellas mientras yo voy delante. Muy pronto llegaremos a la ciudad, donde verás la muralla que la rodea y un puerto a cada lado con una estrecha entrada a la ciudad, y las naves estarán amarradas del lado del camino, pues cada cual tiene un sitio donde amarrar su embarcación. Junto al templo de Poseidón hay una plaza pavimentada con grandes losas. Aquí se guarda y repara todo aquello relacionado con el mar, aparejos, velas y remos, pues los feacios nada saben de arcos y flechas, sino que se enorgullecen de sus mástiles, remos y naves, con las que viajan lejos allende el mar.

»Temo los cotilleos y el escándalo que podrían circular contra mí, pues la gente tiene mala intención y algún individuo rastrero, si nos ve, podría decir: “¿Quién es ese apuesto forastero que va con Nausícaa? ¿Dónde lo ha encontrado? Supongo que va a casarse con él. Tal vez sea un náufrago caído de un barco extranjero, pues no tenemos vecinos, o algún dios ha bajado del cielo en respuesta a sus plegarias y va a vivir con ella el resto de su vida. Está bien que se haya ido a buscar marido a otra parte, puesto que desprecia a los muchos jóvenes y excelentes feacios que están enamorados de ella”. Eso es lo que dirían, y yo no podría quejarme, pues también me escandalizaría si viese a otra joven hacer lo mismo e ir por ahí con hombres a su antojo mientras su padre y su madre siguen vivos y sin estar casada.

»Con que, si quieres que mi padre te dé una escolta y te ayude a llegar a casa, haz lo que te pido. Verás un bosquecillo de álamos consagrado a Atenea al lado del camino; hay un pozo y un prado alrededor. Aquí mi padre tiene un huerto muy fértil, desde donde se podría oír un grito proveniente de la ciudad. Siéntate allí y espera hasta que lleguemos a casa de mi padre. Luego, cuando calcules que hayamos llegado, ve a la ciudad y pregunta por la casa de mi padre Alcínoo. No te costará encontrarla, cualquier niño te indicará dónde está, pues nadie tiene una mansión tan hermosa. Cuando hayas pasado la puerta y el patio de fuera, ve directo al otro patio hasta que veas a mi madre. La encontrarás sentada junto al fuego hilando lana púrpura. Es muy hermoso verla apoyada en uno de los postes rodeada de sus doncellas. Cerca de su asiento está el de mi padre, en el que se sienta a beber como un dios inmortal. No te detengas ante él y dirígete a mi madre, pon tus manos en sus rodillas e implórale que te deje volver pronto a casa. Si consigues ganártela, podrás tener esperanzas de ver tu país por muy lejos que se encuentre.

Dicho lo cual azotó a las mulas con el látigo y dejaron atrás el río. Las mulas tiraron con fuerza, y sus cascos resonaron en el camino. Tuvo cuidado de no ir demasiado deprisa por Ulises y las doncellas que iban a pie detrás del carro, y manejó el látigo con buen juicio. Cuando el sol empezaba a ponerse, llegaron al bosquecillo sagrado de Atenea, y allí Ulises se sentó y rezó a la poderosa hija de Zeus.

—¡Óyeme —exclamó—, hija de Zeus, portador de la égida, infatigable, óyeme ahora, pues no atendiste mis plegarias cuando Poseidón me estaba ahogando! ¡Ahora, pues, compadécete de mí y concédeme que pueda ser bien recibido por los feacios!

Así oró, y Atenea oyó su plegaria, pero no quiso mostrarse a él abiertamente por respeto a su tío Poseidón, que seguía furioso y decidido a

impedir que Ulises llegara a casa.

CANTO VII

ALCÍNOO RECIBE A ULISES EN SU PALACIO

Así pues, Ulises esperó y rezó; y la joven siguió hacia la ciudad. Cuando llegó a la casa de su padre, fue a la puerta, y sus hermanos, bellos como dioses, salieron a su encuentro, desengancharon las mulas y llevaron la ropa a la casa, mientras ella iba a su cuarto, donde una vieja sirvienta, Eurimedusa de Apira, le encendió el fuego. A esta anciana la habían traído por mar de Apira y había sido escogida como premio para Alcínoo porque era rey de los feacios y el pueblo le obedecía como si fuera un dios. Había sido la nodriza de Nausícaa, y ahora encendió el fuego y le llevó la cena a su alcoba.

Poco después, Ulises llegó a la ciudad; y Atenea lo ocultó en una espesa niebla por si alguno de los orgullosos feacios con los que se encontrara era grosero con él o le preguntaba quién era. Luego, cuando estaba entrando en la ciudad, fue a su encuentro bajo la forma de una niña con una jarra. Se plantó delante de él, y Ulises dijo:

—Niña, ¿podrías decirme cuál es la casa del rey Alcínoo? Soy un forastero infortunado y no conozco a nadie en tu ciudad ni en tu país.

Entonces Atenea respondió:

—Sí, padre forastero, te mostraré la casa que buscas, pues Alcínoo vive muy cerca de mi padre. Iré delante y te mostraré el camino, pero no digas nada, ni mires a nadie ni hagas preguntas, pues a la gente de aquí no le gustan los forasteros ni los que son de otro sitio. Es un pueblo marinero y surca los mares por la gracia de Poseidón en naves que se deslizan como el pensamiento o como un pájaro en el aire.

Con esas palabras le mostró el camino, y Ulises siguió sus pasos; pero ninguno de los feacios lo vio atravesar la ciudad, pues la gran diosa Atenea lo había envuelto en una espesa oscuridad. Admiró sus puertos, sus naves, sus

lugares de asamblea y las altas murallas de la ciudad, que eran imponentes, y, cuando llegaron a la casa del rey, Atenea dijo:

—Esta es la casa, padre forastero, que querías que te mostrara. Encontrarás a muchos varones ilustres a la mesa, pero no tengas miedo; tú entra, pues cuanto más osado seas más probable es que consigas lo que quieres, aunque seas un forastero. Primero encuentra a la reina. Se llama Arete y es de la misma familia que su marido Alcínoo. Los dos descienden de Poseidón, que fue padre de Nausítoos con Peribea, una mujer muy bella. Peribea era la hija más joven de Eurimedonte, que era rey de los gigantes, pero arruinó a su desdichado pueblo y perdió la vida en una expedición de pillaje.

»Poseidón, no obstante, se acostó con su hija, y ella le dio un hijo, el gran Nausítoos, que reinó sobre los feacios. Nausítoos tuvo dos hijos, Rexénor y Alcínoo; Apolo mató al primero cuando acababa de casarse y aún no tenía hijos varones; pero dejó una hija, Arete, a quien desposó Alcínoo, y a la que honra como no es honrada ninguna otra mujer por su marido.

»Por eso fue, y aún es, respetada sin medida por sus hijos, por el propio Alcínoo y por el pueblo, que la ve como a una diosa y la vitorea cuando pasea por la ciudad, pues es una mujer con muy buen juicio y mejor corazón y siempre ayuda a los esposos a resolver sus disputas. Si consigues ganártela, podrás seguir teniendo esperanzas de volver a ver a los tuyos y de regresar sano y salvo a tu casa y a tu patria.

Luego Atenea dejó Esqueria y partió más allá del mar. Fue a Maratón y a las espaciosas calles de Atenas, donde entró en la morada de Erecteo. En cambio, Ulises fue a la casa de Alcínoo, y se lo pensó mucho al llegar delante del umbral de bronce, pues el esplendor del palacio era como el del sol o la luna. Los muros a ambos lados eran de bronce de un extremo al otro, y la cornisa era de lapislázuli. Las puertas eran doradas y colgaban de pilastras de plata que se alzaban en una base de bronce, mientras que el dintel era de plata y el picaporte de oro.

A ambos lados había unos mastines de oro y plata que Hefesto, con su arte consumado, había creado expresamente para montar guardia en el palacio del rey Alcínoo; eran inmortales y no envejecían. Había bancos a lo largo del muro, cubiertos de finas telas tejidas por las mujeres de la casa. Aquí las personas principales entre los feacios se sentaban a comer y a beber, pues reinaba la abundancia en todas las estaciones; y sobre unos pedestales había estatuas doradas de jóvenes con antorchas encendidas para iluminar de noche a quienes estaban en la mesa. Hay cincuenta doncellas en la casa, algunas

están siempre moliendo rico grano amarillo en el molino, mientras otras trabajan en el telar, o se sientan a la rueca, y la lanzadera va y viene como las hojas de los álamos, y tejen una tela tan prieta que repele el aceite. Igual que los feacios son los mejores marinos del mundo, sus mujeres superan tejiendo a todas las demás, pues Atenea les ha enseñado toda suerte de artes útiles y son muy inteligentes. Fuera del patio hay un enorme jardín de unos cuatro acres rodeado por una tapia^[36]. Está repleto de árboles hermosos: perales, granados y manzanos. También hay higueras y olivos. Los frutos no se pudren ni caen en todo el año, ni en invierno ni en verano, pues el aire es tan cálido que una nueva cosecha madura antes de que caiga la anterior. Las peras crecen entre peras, las manzanas entre manzanas y los higos entre higos, y lo mismo pasa con las uvas, pues hay un excelente viñedo: en la parte baja las ponen a secar, en otra parte las vendimian, otras están siendo pisoteadas en las tinajas, otras más allá acaban de florecer y empiezan a convertirse en fruta, y otras cambian de color. En el extremo más alejado crecen verduras de todas las temporadas. Hay dos riachuelos, uno riega todo el huerto, mientras que el otro pasa por debajo del patio hasta la casa y la gente de la ciudad saca agua de él. Tales eran los dones con que los dioses habían bendecido la casa del rey Alcínoo.

Aquí se quedó Ulises un rato mirando a su alrededor, pero, cuando hubo visto lo suficiente, cruzó el umbral y entró en la casa. Allí encontró a todos los personajes principales entre los feacios haciendo libaciones a Hermes, como hacían siempre antes de irse a dormir. Oculto todavía por la oscuridad en que lo había envuelto Atenea, atravesó el patio hasta llegar adonde estaban Arete y el rey Alcínoo: entonces puso sus manos sobre las rodillas de la reina, momento en el que la oscuridad se disipó y él se volvió visible. Todos se quedaron atónitos al ver allí a un hombre, pero Ulises empezó enseguida su ruego.

—Reina Arete —exclamó—, hija del gran Rexénor, en mi aflicción te ruego humildemente, igual que a tu marido y a tus invitados, a quienes los dioses concedan una larga vida próspera y feliz, y permitan dejar a sus hijos todas sus posesiones y los honores concedidos por el pueblo, que me ayudes a volver a mi país cuanto antes, pues llevo mucho tiempo padeciendo pesares lejos de los míos.

Luego se sentó en el hogar entre las cenizas y todos guardaron silencio, hasta que el héroe Equeneo, que era un excelente orador y uno de los ancianos feacios, les habló con sencillez y franqueza:

—Alcínoo —dijo—, no es digno de ti que un forastero esté sentado en las cenizas de tu hogar. Todos esperan a oír lo que dices; dile, pues, que se levante y se siente en una silla repujada de plata, y pide a tus criados que mezclen un poco de vino y agua para que podamos hacer libaciones a Zeus, el señor del trueno, que protege a todos los suplicantes, y que la dispensera le dé de cenar lo que haya en la casa.

Cuando Alcínoo le oyó, cogió a Ulises de la mano, lo levantó del hogar y le pidió que ocupara el asiento de Laodamante, que estaba sentado a su lado y era su hijo favorito. Una sirvienta le llevó entonces agua en un precioso aguamanil de oro y la vertió en una jofaina de plata para que se lavara las manos, y le acercó una mesa limpia; y una criada le llevó pan y le ofreció muchas cosas buenas que había en la casa, y Ulises comió y bebió. Luego Alcínoo ordenó a uno de los criados:

—Pontonoo, mezcla vino en una crátera y sírvelo para que podamos hacer libaciones a Zeus, el dios del trueno, que es el protector de todos los suplicantes bien intencionados. —Pontonoo mezcló entonces vino y agua, y lo sirvió a todos para que hiciesen sus libaciones. Al acabar las ofrendas y después de haber bebido lo que querían, Alcínoo dijo—: Consejeros y gobernantes de los feacios, oíd mis palabras. Habéis cenado, así que idos a casa a dormir. Mañana por la mañana invitaré a un número aún mayor de consejeros y ofreceré un banquete en honor a nuestro invitado; luego hablaremos sobre los hombres que lo acompañarán para que pueda volver a su patria sin dificultades, por muy distante que esta se encuentre. Debemos asegurarnos de que no sufra ningún mal en su viaje de regreso, aunque, cuando llegue a su patria, tendrá que afrontar su suerte o su infortunio como cualquiera. Es posible, no obstante, que el forastero sea uno de los inmortales que haya venido del cielo a visitarnos; pero en este caso los dioses se apartan de su costumbre, pues hasta ahora siempre se habían manifestado cuando les estábamos ofreciendo hecatombes. Vienen y se sientan en nuestros banquetes como uno de nosotros, y si un viajero solitario se encuentra con uno de ellos, no se ocultan, pues estamos tan emparentados con los dioses como los cíclopes o los gigantes.

—Te ruego, Alcínoo, que alejes esa idea de la cabeza —dijo Ulises—. No tengo nada de inmortal, ni en cuerpo ni en alma, y me parezco a los más afligidos de vosotros. De hecho, si te contara lo que los dioses han tenido a bien enviarme, dirías que estoy aún en peor situación. No obstante, permíteme cenar a pesar de mis penas, pues un estómago vacío es algo muy molesto y se hace notar por muy tristes que sean las circunstancias de un hombre. Estoy

muy apenado, pero, aun así, él insiste en que coma y beba, me pide que deje de lado mis pesares y me ocupe solo de llenarlo. En cuanto a vosotros, haced como decís, y, al despuntar el día, ayudadme a volver a mi hogar. Moriré contento si antes puedo ver otra vez mis propiedades, mis criados y la grandeza de mi casa.

Así habló. Todos aprobaron sus palabras y acordaron darle una escolta por haber hablado de un modo tan razonable. Luego, terminadas las libaciones y después de haber bebido cuanto quisieron, se fueron a dormir cada uno a su casa, y dejaron a Ulises en la sala con Arete y Alcínoo mientras los criados quitaban la mesa al acabar de cenar. Arete fue la primera en hablar, pues reconoció la túnica, el manto y la ropa que llevaba Ulises, que habían tejido ella y sus doncellas; así que dijo:

—Forastero, antes de seguir, quisiera hacerte una pregunta, ¿quién eres y de dónde vienes, y quién te ha dado esa ropa? ¿No has dicho que venías de allende el mar?

—Sería una larga historia, señora —respondió Ulises—, si tuviera que relatar con detalle la historia de mi infortunio, pues los dioses han sido duros conmigo. Pero te responderé. Mar adentro hay una isla llamada Ogigia. Aquí vive la astuta y poderosa diosa Calipso, hija de Atlas. Vive sola, lejos de cualquier vecino humano o divino. La fortuna, no obstante, me llevó a su hogar solitario y desolado, pues Zeus golpeó mi nave con sus rayos y la hundió en mitad del océano. Mis valientes compañeros se ahogaron todos, pero yo me agarré a la quilla y estuve a merced del mar nueve días hasta que, por fin, la noche del décimo, los dioses me llevaron a la isla Ogigia, donde habita la gran diosa Calipso. Me recogió y trató con mucha amabilidad; de hecho, quiso hacerme inmortal para que nunca envejeciera, pero no consiguió convencerme de que se lo permitiera.

»Pasé siete años con Calipso, y todo ese tiempo empapé con mis lágrimas la hermosa ropa que me dio; pero, por fin, cuando llegó el octavo año, me dejó partir por su propia voluntad, ya fuese porque se lo había ordenado Zeus o porque había cambiado de opinión. Me despidió de su isla en una balsa, que aprovisionó con abundante pan y vino. Además, me dio ropa buena y abrigada y me envió un viento cálido y favorable. Diecisiete días navegué por el mar, y el decimoctavo divisé las montañas de vuestra costa y me alegré mucho de verlas. No obstante, me aguardaban aún muchas dificultades, pues Poseidón no quiso dejarme ir más allá y levantó una enorme tormenta contra mí; las olas eran tan altas que no pude sujetarme a la balsa, que se hizo

pedazos por la furia de la tormenta, y tuve que echarme al agua hasta que el viento y la corriente me trajeron a vuestras orillas.

»Allí intenté llegar a tierra, pero no pude, pues era un mal sitio y las olas me golpeaban contra las rocas, así que volví a nadar mar adentro hasta que vi un río que me pareció más conveniente, pues no había rocas y estaba al abrigo del viento. Aquí salí del agua y volví a recobrar el sentido. Estaba cayendo la noche, así que me alejé del río y me interné en un bosquecillo, donde me cubrí con hojas y enseguida un dios me envió un profundo sueño. Triste y exhausto como estaba, dormí entre las hojas toda la noche y hasta la tarde del día siguiente, cuando desperté a la caída del sol y vi a las doncellas de tu hija jugando en la playa y a tu hija, parecida a una diosa, entre ellas. Imploré su ayuda, y ella demostró una excelente disposición, mucho más de lo que habría cabido esperar de una persona tan joven, pues los jóvenes a menudo son irreflexivos. Me ofreció pan y vino, me pidió que me lavara en el río y me dio la ropa que llevo ahora. Así, por mucho que me haya dolido, te he contado toda la verdad.

—Forastero —dijo entonces Alcínoo—, mi hija ha hecho muy mal al no traerte directo a mi casa con sus doncellas, puesto que fue la primera persona a quien pediste ayuda.

—Te ruego que no la regañes —respondió Ulises—; la culpa no es suya. Me pidió que la siguiera con sus doncellas, pero yo estaba asustado y avergonzado, pues pensé que tal vez te desagradaría verme. A veces los hombres son suspicaces e irritables.

—Forastero —contestó Alcínoo—, no soy de los que se enfadan por nada, siempre es mejor ser razonable; pero, por el padre Zeus, por Atenea y por Apolo, ahora que veo qué clase de persona eres y que piensas como yo, desearía que te quedases, te casaras con mi hija y te convirtieras en mi yerno. Si te quedas, te daré una casa y tierras, pero nadie, Zeus no lo quiera, te obligará a quedarte contra tu voluntad. Te aseguro que mañana me ocuparé de buscarte una escolta que te acompañe. Podrás dormir todo el viaje si quieres, y los hombres te llevarán sobre las aguas plácidas a tu hogar o adonde desees, aunque esté más allá de Eubea, que cuentan quienes la vieron, cuando llevaron al rubio Radamantis a ver a Ticio, el hijo de la Tierra, que es el lugar más lejano, aunque hicieron el viaje en un solo día sin cansarse y luego volvieron. Verás así que mis naves superan a todas las demás y que mis marineros son unos magníficos remeros. Entonces Ulises se alegró y rezó en voz alta diciendo:

—Padre Zeus, concede que Alcínoo pueda hacer lo que ha dicho, pues así se ganará un nombre imperecedero entre los hombres y al mismo tiempo yo volveré a mi patria.

Así conversaron. Luego Arete ordenó a sus doncellas que dispusieran un lecho en el pórtico y pusieran esteras rojas, colchas y mantos de lana para Ulises. Las doncellas salieron con antorchas en la mano y, después de preparar el lecho, buscaron a Ulises y le dijeron:

—Levántate, señor forastero, y ven con nosotras, pues tu cama está lista.

Y él se alegró de ir a descansar.

Así Ulises durmió en un lecho en el resonante pórtico; y Alcínoo se acostó en el interior de la casa con su esposa la reina a su lado.

CANTO VIII

EL BANQUETE EN LA CASA DE ALCÍNOO LOS JUEGOS

Pues bien, cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[37], Alcínoo y Ulises se levantaron. Alcínoo lo llevó hasta el lugar donde los feacios celebraban sus asambleas, cerca de donde tenían las naves. Cuando llegaron allí, se sentaron uno al lado del otro en un asiento de piedra pulida, mientras Atenea adoptaba la forma de uno de los criados de Alcínoo e iba a la ciudad para ayudar a Ulises a volver a casa. Fue a ver a los varones, uno por uno, y les decía:

—Consejeros y jefes de los feacios, venid todos a la asamblea y escuchad al forastero que, después de un largo viaje, acaba de llegar a la casa del rey Alcínoo; parece un dios inmortal.

Con esas palabras animó a todos a asistir, y se congregaron en el lugar de asamblea hasta que no quedó sitio, ni de pie ni sentados. A todos les impresionó el aspecto de Ulises, pues Atenea había embellecido su cabeza y sus hombros, e hizo que pareciera más alto y robusto de lo que era en realidad para que pudiera impresionar favorablemente a los feacios como un hombre muy notable y ganara en los juegos en los que tendría que participar. Luego, una vez reunidos, habló Alcínoo:

—Oídmeme —dijo—, consejeros y jefes de los feacios, para que pueda deciros lo que deseo. Este forastero, quienquiera que sea, ha llegado a mi casa desde algún lugar, ya sea del este o del oeste. Necesita una escolta que lo acompañe y desea que le ayudemos. Procurémosle una, igual que hemos hecho antes para otros; de hecho, nadie que haya venido a mi casa puede quejarse de que no le haya ayudado a seguir su camino. Botemos una nave, una que no haya viajado nunca, y dotémosla con cincuenta y dos jóvenes marineros despiertos. Luego, cuando cada cual haya atado el remo a su banco,

dejad la embarcación y venid a mi casa a preparar un banquete. Yo os ofreceré de todo. Doy estas instrucciones a los jóvenes de la tripulación, pues vosotros, consejeros y jefes, vendréis conmigo a entretener a nuestro huésped en la sala. No acepto excusas. Además, Demódoco cantará para nosotros, no hay bardo como él.

Alcínoo se puso en cabeza y los demás lo siguieron, mientras un criado iba a buscar a Demódoco. Los cincuenta y dos remeros escogidos fueron a la orilla del mar como les habían pedido, y una vez allí botaron la nave en el agua y subieron a bordo el mástil y las velas blancas. Fondearon la embarcación lejos de tierra y luego desembarcaron en la orilla y fueron a la casa del rey Alcínoo. Las dependencias, los patios y todo el recinto estaba abarrotado de gente, tanto anciana como joven; y Alcínoo mató una docena de corderos, ocho cerdos y dos bueyes. Luego los despellejaron y aderezaron para ofrecer un magnífico banquete.

Un criado llegó con el famoso bardo Demódoco, a quien la Musa había querido mucho, si bien le había dado cosas buenas y malas, pues, aunque le había concedido un divino don para el canto, le había robado la vista. Pontonoo le preparó un asiento entre los invitados. Colgó una lira para él sobre su cabeza y le mostró dónde encontrarla con las manos. También dejó una cesta con viandas a su lado y una copa de vino de la que pudiera beber cuando quisiera.

Todos empezaron a comer lo que había en la mesa, pero, cuando bebieron y comieron lo suficiente, la Musa animó a Demódoco a cantar las gestas de los héroes^[38], en concreto, una cuya fama llegaba hasta el cielo, a saber, la disputa entre Ulises y Aquiles, y las gruesas palabras que intercambiaron en un banquete. Aunque Agamenón se alegró al oír pelearse a sus caudillos, pues Apolo le había profetizado en Delfos, cuando consultó el oráculo, que así empezaría el mal que por voluntad de Zeus iba a caer tanto sobre los griegos como sobre los troyanos.

Eso cantó el bardo, pero Ulises se echó el manto purpúreo sobre la cabeza y se cubrió el rostro, pues le avergonzaba que los feacios vieran que estaba llorando. Cuando el bardo dejó de cantar, se secó las lágrimas de los ojos, se descubrió el rostro y, cogiendo la copa, hizo libaciones a los dioses; pero, cuando los feacios animaron a Demódoco para que siguiera cantando, pues se deleitaban con sus palabras, Ulises volvió a echarse el manto sobre la cabeza y lloró con amargura. Nadie reparó en su pesar, excepto Alcínoo, que estaba sentado a su lado y oyó sus suspiros. Así que enseguida dijo:

—Consejeros y jefes de los feacios. Ya hemos tenido suficiente tanto de banquete como de los cantos que deben acompañarlo; pasemos ahora a los juegos atléticos para que, a su regreso a casa, nuestro invitado pueda contar a sus amigos cómo superamos a las demás naciones con los puños, la lucha, el salto y la carrera.

Con estas palabras abrió la marcha y los demás le siguieron. Un criado colgó la lira de Demódoco de su gancho, lo acompañó fuera de la sala y lo instaló igual que antes al lado de los principales jefes feacios, que se disponían a contemplar los juegos; una multitud de varios miles de personas les siguió, y se presentaron muchos excelentes competidores para todos los premios. Acróneo, Ocíalo, Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquíalo, Eretmeo, Ponteo, Prioreo, Toonte, Anabesíneo y Anfíalo, hijo de Polineo hijo de Tecton. También estaba Euríalo, hijo de Naubolo, que era como el propio Ares y el más apuesto de todos los feacios después de Laodamante. Los tres hijos de Alcínoo, Laodamante, Halios y Clitoneo, también competían.

Empezaron por las carreras. Los participantes fueron al punto de partida y levantaron una polvareda en el llano cuando salieron corriendo todos al mismo tiempo. Clitoneo llegó el primero con mucha diferencia; aventajó a todos por la misma distancia que pueden arar dos mulas en un campo en barbecho. Luego pasaron al doloroso arte de la lucha, y en esto Euríalo, hijo de Naubolo, que era como el propio Ares, demostró ser el mejor. Anfíalo sobrepasó a todos en el salto, mientras que en lanzamiento de disco nadie superó a Elatreo. El hijo de Alcínoo, Laodamante, fue el mejor en el pugilato, y también fue él quien, después de que todos se divirtieran con los juegos, dijo:

—Preguntemos al forastero si destaca en alguna de estas pruebas; parece muy fuerte, sus muslos, piernas, brazos y cuello tienen una fuerza prodigiosa, y tampoco es viejo, aunque ha sufrido mucho, pues no hay nada como el mar para causar estragos en un hombre, por muy fuerte que sea.

—Tienes razón, Laodamante —respondió Euríalo—, ve a ver a tu invitado y díselo tú mismo.

Cuando Laodamante lo oyó, se abrió paso entre la multitud y le dijo a Ulises:

—Espero, señor, que participes en nuestras competiciones si se te da bien alguna de ellas; debes de haber participado ya en muchas. No hay mayor gloria en la vida para un hombre que demostrar su valía con las manos y los pies. Participa y olvida tus pesares. Tu vuelta a casa no tardará mucho, pues la nave está en el agua y ya ha sido reclutada la tripulación.

—Laodamante, ¿por qué me provocas así? Pienso más en mis penas que en competencias; he pasado infinitas dificultades y he venido a vosotros como suplicante, rogando a vuestro rey y a vuestro pueblo que me ayuden a regresar a casa.

Entonces, Euríalo le insultó sin más y dijo:

—Deduzco, pues, que no se te da bien ninguno de los juegos que gustan por lo general a los hombres. Supongo que eres uno de esos mercaderes codiciosos a quienes solo preocupan los cargamentos y las ganancias que llevarán de regreso. No tienes nada de atleta.

—Qué vergüenza, señor —respondió enfadado Ulises—, eres un insolente. Está claro que los dioses no conceden elocuencia, belleza y entendimiento a todos los hombres por igual. Un hombre puede parecer débil, pero un dios lo adorna con tan buena conversación que encandila a todos los que lo ven; su dulce moderación convence a quienes le oyen y dirige a los suyos en las asambleas, y todos lo admiran allí donde va. Otro puede ser bello como un dios, pero su belleza no está coronada con la discreción. Este es tu caso. Ningún dios podría ser más apuesto que tú, pero eres un majadero. Tus insensatas palabras me han enfadado, y te equivocas, pues destaco en muchos juegos; de hecho, cuando era joven y fuerte estaba entre los mejores atletas de mi tiempo. Ahora, no obstante, estoy débil por los trabajos y las penas, pues he sufrido mucho tanto en el campo de batalla como entre las olas del fatigoso mar. Aun así, pese a todo, competiré, pues tus insolentes palabras me han herido en lo vivo.

Y, sin siquiera quitarse el manto, cogió a toda prisa un disco más grande, más grueso y mucho más pesado que los que usaban los feacios. Luego, lo hizo girar y lo lanzó con sus fuertes manos. Los feacios bajaron la cabeza ante la velocidad del disco, que voló más allá de cualquier marca que hubieran hecho antes. Atenea, bajo aspecto de hombre, fue y señaló el lugar donde había caído.

—Un ciego, señor, podría distinguir tu marca a tientas, tan lejos ha quedado de las demás. Puedes estar tranquilo con esta prueba, pues ningún feacio puede aproximarse siquiera a este lanzamiento.

Ulises se alegró de encontrar un amigo entre los espectadores, y habló con más amabilidad:

—Jóvenes, superad ese lanzamiento si podéis, y yo lanzaré otro disco igual o más pesado. Si alguien quiere competir conmigo, que salga, pues estoy muy disgustado; en el pugilato, en la lucha o en la carrera, tanto me da, competiré con cualquiera, excepto con Laodamante, con él no puedo, porque

soy su invitado y no se puede competir con un amigo. Al menos a mí no me parece prudente ni sensato que un huésped desafíe a la familia de su anfitrión en unos juegos, sobre todo cuando se halla en el extranjero. Es como segar la hierba bajo los propios pies; pero no haré excepciones con los demás, pues quiero zanjar la cuestión y dejar claro quién es el mejor. Se me dan bien todos los juegos que practican los hombres. Soy un arquero excelente. En la batalla siempre soy el primero en derribar a algún enemigo con mis flechas, da igual cuántos estén apuntando a mi lado. Filoctetes era el único que sabía disparar mejor que yo cuando los griegos estuvimos a las puertas de Troya^[39]. Supero con mucho a cualquier otro mortal, de los que aún comen pan sobre la faz de la tierra, aunque no me gustaría enfrentarme a los hombres de épocas pasadas, como Hércules o Éurito de Ecalia, hombres que podían competir con los propios dioses. Éurito encontró un final prematuro, pues Apolo se enfadó con él y lo mató porque le desafió como arquero. Puedo lanzar un venablo más lejos que cualquier otro disparar una flecha. Solo en las carreras temo que pueda ganarme alguno de los feacios, pues el mar me ha quebrantado mucho: se me acabaron las provisiones y aún estoy débil.

Todos guardaron silencio, excepto el rey Alcínoo, que dijo:

—Señor, nos ha gustado mucho oír lo que has dicho, y entiendo que, irritado por las palabras insolentes de uno de nuestros atletas, que nunca habría pronunciado nadie que supiera hablar con decoro, estés dispuesto a demostrar tu habilidad. Espero que entiendas lo que te digo y cuentes a todos los jefes que coman contigo y con tu familia cuando vuelvas a casa que tenemos diversas virtudes que vienen de nuestros abuelos. No somos púgiles notables ni destacamos en la lucha, pero somos de pies rápidos y excelentes marineros. Nos gustan los banquetes, la música y la danza, y la ropa limpia, los baños calientes y una buena cama. Venga, aquellos a quienes se os da mejor la danza, bailad para que, cuando vuelva a casa, nuestro invitado pueda contar a sus amigos que superamos a los demás pueblos como navegantes, en las carreras, en las danzas y en el canto. Demódoco se ha dejado la lira en mi casa, que vaya alguien a traérsela.

Al oírlo, un criado corrió a buscar la lira a casa del rey. Los nueve hombres escogidos como jueces buscaron un terreno llano y marcaron un amplio espacio. Poco después volvió el criado con la lira de Demódoco, que ocupó su sitio en el centro; entonces los bailarines más jóvenes de la ciudad empezaron a bailar con tanta agilidad que Ulises se deleitó con el alegre centelleo de sus pies. El bardo empezó a cantar los amores de Ares y Afrodita y cómo se unieron en la casa de Hefesto. Ares hizo muchos regalos a Afrodita

y deshonoró el lecho matrimonial del soberano Hefesto. Helios, que vio lo que hacían, se lo contó a Hefesto. Este se enfureció al oír la terrible noticia y fue a su fragua maquinando la venganza; colocó el yunque en su sitio y empezó a forjar unas cadenas que nadie podría romper o soltar, para retenerlos allí. Terminada la trampa, fue a su dormitorio y extendió las cadenas en torno a los postes del lecho, en círculo; también colgó muchas del techo, como telarañas. Tan finas y sutiles eran que ni un dios las habría visto. En cuanto terminó de preparar la trampa, fingió partir a Lemnos, la región que más le agradaba. Ares no montaba guardia en vano y, en cuanto lo vio partir, corrió a su casa ardiendo de amor por Afrodita. Afrodita acababa de volver de visitar a su padre Zeus y estaba a punto de sentarse cuando Ares entró en la casa y le dijo:

—Vayamos al lecho de Hefesto, no está en casa, pues ha partido a Lemnos, con los sintios, de lengua bárbara.

A ella le pareció bien, así que fueron a la cama^[40]. Pero quedaron atrapados entre las cadenas que había dispuesto el astuto Hefesto: no pudieron mover ni un pie ni una mano y descubrieron demasiado tarde que habían caído en una trampa. Entonces llegó Hefesto, que había dado media vuelta antes de llegar a Lemnos cuando Helios le contó lo sucedido. Muy furioso, se quedó en el umbral e hizo un ruido atroz para llamar a los demás dioses.

—Padre Zeus —gritó— y todos los demás dioses que vivís eternamente, venid y ved la ridícula y vergonzosa escena que quiero mostraros. Afrodita, la hija de Zeus, siempre me está deshonrando porque soy cojo. Está enamorada de Ares, que es apuesto y ágil, mientras que yo soy un tullido, pero la culpa no es mía, sino de mis padres, que no deberían haberme engendrado. Venid y vedlos tendidos en mi cama. Me enfurece verlos. Se quieren mucho, pero creo que, si pudieran, se marcharían, pero ahí se quedarán hasta que su padre no me devuelva la suma que le di por una hija que, aunque bella, es deshonesto.

Los dioses acudieron a la casa de Hefesto: Poseidón que circunda la tierra, Hermes que trae la fortuna y también el soberano Apolo; en cambio, las diosas, por pudor, se quedaron en casa. Luego, quienes dispensan todos los bienes se quedaron en el umbral y estallaron en inacabables carcajadas al ver lo astuto que había sido Hefesto. Y uno de ellos se volvió hacia su vecino y dijo:

—Las malas artes nunca prosperan, y los débiles engañan a los fuertes. Ved cómo Hefesto, pese a ser un tullido, ha atrapado a Ares, que es el dios más ágil del cielo; y ahora Ares lo pagará.

Así hablaron, pero el soberano Apolo le dijo a Hermes:

—Mensajero Hermes, que concedes bienes, a ti no te importaría lo fuertes que fuesen las cadenas con tal de acostarte con Afrodita, ¿verdad?

—Soberano Apolo —respondió Hermes—, aunque hubiese tres veces más cadenas y todos vosotros, dioses y diosas, me mirarais, no dudaría en acostarme con ella.

Los dioses inmortales se echaron a reír al oírle, menos Poseidón, que imploraba a Hefesto que liberara a Ares:

—Déjalo marchar, yo me aseguraré, como pides, de que te pague una compensación razonable entre los dioses inmortales.

—No me pidas eso —respondió Hefesto—; la promesa de alguien deshonesto es una mala garantía, ¿cómo podría obligar a Ares si se va y deja atrás sus deudas junto con sus cadenas?

—Hefesto —dijo Poseidón—, si Ares se marcha sin pagar sus deudas, yo mismo las pagaré.

—En ese caso no puedo ni debo negarme —respondió Hefesto.

Entonces soltó las cadenas que les retenían y, en cuanto quedaron libres, los dos se marcharon velozmente, Ares a Tracia y Afrodita a Chipre y a Pafos, donde está su bosquecillo y su fragante altar con ofrendas encendidas. Allí las Gracias la bañaron y la ungieron con aceite divino de los dioses inmortales, y la vistieron con ropajes de belleza arrebatadora.

Así cantó el bardo, y tanto Ulises como los marineros feacios se quedaron extasiados al oírlo.

Luego Alcínoo pidió a Laodamante y Halios que bailaran solos, pues nadie podía competir con ellos. Así que cogieron una pelota roja que les había hecho Pólipo, y uno de ellos se inclinó hacia atrás y la lanzó hacia las nubes, mientras el otro saltaba del suelo y la atrapaba antes de que volviese a caer. Después de jugar a la pelota empezaron a bailar, alternándose en la danza, mientras los jóvenes del público marcaban el ritmo con pies y manos y hacían un gran estrépito. Entonces Ulises dijo:

—Rey Alcínoo, dijiste que sois los bailarines más ágiles del mundo, y así lo han demostrado. Me han dejado asombrado.

El rey se alegró al oírle y exclamó a los feacios:

—Consejeros y jefes feacios, nuestro invitado parece una persona muy sensata; démosle las pruebas de hospitalidad que cabría esperar. Entre vosotros hay doce jefes, y conmigo somos trece; contribuid todos con un manto limpio, una túnica y un talento de oro fino; entreguémoselo ahora para que cuando vaya a cenar tenga el corazón alegre. En cuanto a Euríalo, tendrá que disculparse, pues ha sido grosero.

Así habló. Todos le aplaudieron y enviaron a sus criados a buscar los regalos. Entonces Euríalo dijo:

—Rey Alcínoo, me disculparé ante el forastero como pides. Le regalaré mi espada, que es toda de bronce, menos la empuñadura, que es de plata. También le daré la vaina, de marfil tallado. Será muy valiosa para él.

Mientras hablaba puso la espada en manos de Ulises y dijo:

—Buena suerte, padre forastero, si he dicho algo que no debiera, que el viento se lleve mis palabras y que los dioses te concedan un regreso seguro, pues tengo entendido que llevas mucho tiempo lejos de casa y has pasado muchas dificultades.

—Buena suerte a ti también, amigo, ojalá los dioses te concedan toda suerte de dichas. Espero que no eches de menos la espada que me has dado con tus disculpas.

Con estas palabras se ciñó la espada al hombro. Al caer el sol, los criados ya habían traído los regalos a casa de Alcínoo, donde sus hijos los dejaron al cuidado de su madre. Luego Alcínoo se dirigió a la casa y pidió a los invitados que ocuparan sus asientos.

—Esposa mía —dijo volviéndose hacia la reina Arete—, ve a buscar el mejor cofre que tengamos y mete en él un manto y una túnica limpios. Pon también una caldera dé cobre al fuego y calienta un poco de agua; nuestro invitado tomará un baño caliente. Asegúrate también de que los regalos que le han hecho los nobles feacios se guardan como es debido, así podrá disfrutar mejor de la cena y las canciones que seguirán. Yo mismo le regalaré esta exquisita copa de oro para que se acuerde de mí el resto de su vida siempre que haga libaciones a Zeus o a cualquiera de los dioses.

Entonces Arete ordenó a sus criadas que pusieran el agua a calentar y cuanto antes un trípode en el hogar, y ellas pusieron el agua del baño sobre el fuego y echaron ramas para avivarlo, y el agua se calentó mientras las llamas jugaban entre las trébedes. Entretanto, Arete sacó un magnífico cofre de su cuarto, donde guardó los bellos presentes de oro y los ropajes que habían llevado los feacios. Finalmente, añadió un manto y una buena túnica de Alcínoo y le dijo a Ulises:

—Cierra la tapa tú mismo y átalala cuanto antes, no vayan a robarte mientras estés dormido en tu nave.

Cuando Ulises la oyó, cerró la tapa y la ató con un nudo que le había enseñado Circe^[41]. Nada más terminar, una de las criadas llegó para bañarlo. Disfrutó mucho con el baño caliente, pues no había tenido criados desde que dejó la casa de Calipso, que mientras estuvo con ella le había cuidado como a

un dios. Cuando las criadas acabaron de bañarlo, lo ungieron con aceite y le dieron un manto limpio y una túnica. Entonces se fue con los invitados, que estaban bebiendo vino. La encantadora Nausícaa se hallaba apoyada en una de las columnas de la sala y lo admiró al verlo pasar.

—Adiós, forastero —dijo—, no me olvides cuando llegues a salvo a casa, pues es a mí a quien debes recompensar por haber salvado tu vida.

—Nausícaa, hija del gran Alcínoo —respondió Ulises—, ojalá Zeus, el poderoso marido de Hera, me conceda volver a casa; allí te rezaré como a una diosa todos los días de mi vida, pues fuiste tú quien me salvó.

Dicho lo cual se sentó al lado de Alcínoo. Sirvieron entonces la cena y mezclaron el vino para beber. Un criado acompañó al bardo Demódoco, tan apreciado por el pueblo, y lo situó en mitad del grupo, cerca de una de las columnas de la sala, para que pudiera apoyarse en ella. Luego Ulises cortó un trozo de lomo de cerdo con mucha grasa y le ordenó a un criado:

—Llévale este trozo de cerdo a Demódoco y dile que se lo coma; a pesar del dolor que me causan sus canciones, quiero saludarle; los bardos son honrados y respetados en todo el mundo, pues la Musa les enseña sus canciones y los aprecia.

El criado llevó el trozo de cerdo a Demódoco, que lo aceptó muy complacido. Luego comieron lo que había en la mesa y, en cuanto acabaron de comer y beber, Ulises le dijo a Demódoco:

—Demódoco, no hay nadie en el mundo a quien admire más que a ti. La Musa, hija de Zeus, o Apolo deben de haberte enseñado a cantar tan bien el regreso de los griegos y todos sus sufrimientos y hazañas. Si no estuviste allí tú mismo, debiste de oírsele a alguien que sí estuvo. No obstante, cambia ahora de tema y háblanos del caballo de madera que construyó Epeo con la ayuda de Atenea y que Ulises metió mediante una estratagema en la ciudadela de Troya, después de llenarlo con los soldados que luego saquearon la ciudad. Si cantas bien esta historia, diré a todos lo magníficamente que te ha dotado un dios.

El bardo, inspirado por los dioses, empezó la historia a partir del momento en que los griegos prendieron fuego a sus tiendas y se marcharon, mientras que otros, ocultos en el interior del caballo, esperaban con Ulises en el lugar donde estaban reunidos los troyanos. Pues los propios troyanos arrastraron el caballo hasta el interior de su fortaleza y lo dejaron allí mientras celebraban una asamblea a su alrededor y defendían tres opiniones distintas. Unos querían destruirlo allí mismo cuanto antes; otros, arrastrarlo hasta lo alto de la roca donde se alzaba la fortaleza y despeñarlo por el precipicio; y otros,

dejarlo donde estaba como ofrenda a los dioses. Y eso fue lo que resolvieron al final, pues el destino de la ciudad quedó sellado cuando metieron en ella aquel caballo en cuyo interior aguardaban los más valientes de entre los griegos para llevar la muerte y la destrucción a los troyanos. Luego cantó cómo los hijos de los griegos salieron del caballo y saquearon la ciudad. Cantó cómo asaltaron aquí y allá la ciudadela y la destruyeron, y cómo Ulises corrió furioso como Ares en compañía de Menelao a la casa de Deífobo, donde más encarnizados eran los combates, y, con la ayuda de Atenea, salió victorioso.

Todo esto contó, pero Ulises se emocionó al oírlo y las lágrimas humedecieron sus mejillas. Lloró como llora una mujer cuando se arroja sobre el cuerpo de su marido caído ante su propia ciudad tras luchar con valentía en defensa de su hogar y de sus hijos. Grita y lo abraza mientras él yace sin aliento y agoniza, pero sus enemigos la golpean en la espalda y los hombros, se la llevan como esclava a una vida de trabajo y pesar y la belleza desaparece de sus mejillas: así lloró Ulises, pero ninguno de los presentes reparó en sus lágrimas excepto Alcínoo, que estaba sentado a su lado y oyó sus sollozos y sus suspiros. El rey se levantó enseguida y dijo:

—Consejeros y jefes de los feacios, que Demódoco cese sus cantos, pues a algunos de los presentes parecen no gustarles. Desde que acabamos de cenar y Demódoco empezó a cantar, nuestro invitado ha estado gimiendo y lamentándose. Es evidente que sufre, así que será mejor que el bardo deje de cantar para que todos, anfitriones y huésped, podamos disfrutar por igual. Será lo mejor, pues este banquete, la escolta y los regalos que le hacemos con la mejor voluntad son todos en su honor, y cualquiera que tenga un mínimo de sentimientos sabe que se debe tratar a los huéspedes y a los suplicantes como a hermanos.

»De modo que, señor, déjate de reservas y disimulos en lo que voy a preguntarte; será más educado que me des una respuesta sincera; dime el nombre con el que te llamaban tu padre y tu madre y por el que te conocían en tu ciudad y en las villas cercanas. No hay nadie, ni rico ni pobre, que no tenga nombre, pues los padres y las madres ponen nombre a los hijos en cuanto nacen. Dime también cuál es tu país, tu nación y tu ciudad para que nuestras naves sepan qué camino seguir para llevarte. Los feacios no tienen pilotos y sus embarcaciones no tienen timón como las de los demás pueblos, sino que las mismas naves entienden lo que queremos y en qué pensamos; conocen todas las ciudades y países, pueden atravesar el mar aunque esté cubierto de niebla y nubes, por lo que no hay peligro de naufragio ni de sufrir daños. No

obstante, recuerdo oír decir a mi padre que Poseidón se enfadaba con nosotros por la facilidad con la que dábamos escolta a todos. Decía que uno de estos días el dios hundiría uno de nuestros barcos cuando volviera de escoltar a alguien y que enterraría nuestra ciudad debajo de una montaña muy alta. Eso decía mi padre, pero que el dios cumpla o no su amenaza es cosa suya.

»Y ahora dime y sé sincero: ¿dónde has estado y a qué países has viajado? Háblanos de sus gentes y de sus ciudades, dinos quiénes fueron hostiles, salvajes e incivilizados, y quiénes, por el contrario, fueron humanos y hospitalarios. Cuéntanos también por qué te entristece tanto oír cantar el regreso de los griegos de Troya. Los dioses lo dispusieron todo y enviaron sus desdichas para que las futuras generaciones tuvieran algo sobre lo que cantar. ¿Acaso perdiste a algún valeroso pariente de tu mujer cuando estuviste ante Troya, a un yerno o a un suegro, que son las relaciones más cercanas aparte de los de la propia sangre, o fue algún valiente y bondadoso compañero, pues un buen amigo es tan querido por un hombre como un hermano?

CANTO IX

ULISES REVELA QUIÉN ES Y EMPIEZA SU HISTORIA LOS CÍCONES, LOS LOTÓFAGOS Y LOS CÍCLOPES

Y Ulises respondió:

—Rey Alcínoo, da gusto oír a un bardo con una voz tan divina como la de este hombre. Nada hay mejor ni más placentero que un grupo de personas que se divierten, con los invitados sentados a una mesa bien surtida de pan y de carnes, mientras el copero escancia vino en las copas. Es una de las cosas más agradables de ver. Ahora, no obstante, que me preguntas por la historia de mis desdichas y reavivas mis tristes recuerdos, no sé por dónde empezar ni cómo continuar y concluir mi relato, pues los dioses me han enviado numerosos males.

»En primer lugar, te diré mi nombre para que lo sepas y un día, si sobrevivo a mis desdichas, podáis ser mis invitados aunque viva muy lejos de todos vosotros. Soy Ulises, hijo de Laertes, tan conocido entre las gentes por mis ardidés que mi fama asciende al cielo. Vivo en Ítaca, donde hay una alta montaña llamada Nérito, cubierta de bosques; no muy lejos, hay numerosas islas muy próximas unas a otras: Duliquio, Same y la boscosa isla de Zacinto. Se extiende plana en el horizonte hacia poniente, mientras que las otras dan a levante. Es una isla abrupta, pero cría hombres valientes, y mis ojos no han visto otra a la que prefieran. La diosa Calipso me retuvo con ella en su cueva y quería que me casara con ella, lo mismo que la astuta diosa Circe de Eea, pero ni la una ni la otra lograron persuadirme, pues no hay nada más querido para un hombre que su propia patria y sus padres, y, por muy espléndido que sea el hogar que pueda tener en un país extranjero, si está lejos de su padre o su madre, no le tendrá aprecio. Ahora, no obstante, os contaré las numerosas penalidades que por voluntad de Zeus encontré a mi regreso de Troya.

»Después de largar velas, el viento me llevó primero a Ismaro, que es la ciudad de los cícones. Saqué la ciudad y pasé a muchos por la espada. Raptamos a sus mujeres y también nos llevamos un gran botín, que dividimos a partes iguales para que nadie tuviera motivo de queja. Luego dije que sería mejor partir cuanto antes, pero mis hombres no quisieron obedecerme y se quedaron bebiendo vino y sacrificando bueyes y ovejas a la orilla del mar. Entretanto, los cícones fueron a buscar la ayuda de otros cícones que vivían en el interior. Estos eran más numerosos, más fuertes y más versados en el arte de la guerra, pues sabían pelear tanto desde carros como a pie, según lo dictara la ocasión; por la mañana llegaron tan numerosos como las hojas y las flores en verano, y Zeus se volvió contra nosotros, por lo que nos vimos en un grave aprieto. La batalla aconteció cerca de las naves; ambas huestes se enfrentaron con sus lanzas de punta broncea. Por la mañana resistimos, pese a que nos superaban en número, pero, cuando empezó a declinar el sol, a la hora en que los hombres sueltan a los bueyes, los cícones nos derrotaron y perdimos a seis hombres de cada nave, por lo que huimos con los que quedaban.

»Navegamos con el corazón apesadumbrado por la pérdida de nuestros compañeros, aunque contentos de haber escapado a la muerte. No obstante, no partimos hasta haber invocado tres veces a cada uno de los desdichados que habían perecido a manos de los cícones. Luego Zeus levantó el viento del norte contra nosotros, hasta que se convirtió en una tempestad y unas espesas nubes ocultaron la tierra y el cielo y la noche descendió del cielo. Dejamos que la tempestad empujara las naves, pero la fuerza del viento hacía jirones las velas, así que las arriamos por miedo a naufragar y remamos hacia tierra con todas nuestras fuerzas. Pasamos allí dos días y dos noches sufriendo tanto por el esfuerzo como por la inquietud, pero la mañana del tercer día volvimos a colocar los mástiles, largamos velas, ocupamos nuestro puesto y dejamos que el viento y los timoneles gobernarán las naves. Y habría llegado sano y salvo a casa si al doblar el cabo Malea no hubiese tenido en contra el viento del norte y las corrientes, que me desviaron lejos de la isla de Citera.

»Nueve días me empujaron vientos desfavorables, pero al décimo llegamos al país de los lotófagos, que se alimentan de una especie de flor. Aquí desembarcamos para aprovisionarnos de agua y las tripulaciones comieron en la orilla cerca de las naves. Cuando terminaron de comer y beber, envié a tres compañeros a ver cómo eran las gentes de aquel lugar. Partieron enseguida y encontraron a los lotófagos, que no les hicieron ningún daño, sino que les dieron a probar el loto, que era tan delicioso que todos los

que lo probaban dejaban de añorar su casa y ni siquiera querían volver para contar lo que les había sucedido, sino que querían quedarse a comer el loto junto con los lotófagos sin pensar más en su regreso; no obstante, aunque lloraron con amargura, los obligué a volver a las naves y mandé que los ataran debajo de los bancos. Luego ordené a los demás que subieran a bordo, no fuese a probar algún otro el loto y dejase de querer volver a casa; ellos ocuparon su sitio y golpearon el mar gris con los remos.

»Seguimos navegando, siempre apesadumbrados, hasta llegar al país de los inhumanos y salvajes cíclopes. Los cíclopes, confiando en los dioses, no plantan ni aran la tierra, puesto que todo germina sin necesidad de cultivarlo: trigo, cebada y vides, que dan vino en grandes racimos; y Zeus hace que crezcan con la lluvia. No tienen leyes ni celebran asambleas, sino que viven en cuevas en la cumbre de altas montañas; cada cual es amo y señor de su familia y no se relacionan con sus vecinos.

»Delante del puerto hay una isla boscosa y fértil, ni muy cerca ni muy lejos del país de los cíclopes. Está repleta de un sinnúmero de cabras monteses, sin que los pasos del hombre las molesten, pues los cazadores, que por lo general pasan tantas penurias en los bosques o entre los precipicios de las montañas, no van nunca por allí; tampoco está cultivada, sino que es un erial inculto todo el año y en ella no viven más que las cabras. Como los cíclopes no tienen naves ni quienes las construyan, no pueden ir de una ciudad a otra ni navegar por el mar para ir a otro país como quienes sí las tienen; de lo contrario, podrían haber ocupado la isla, pues es fértil y daría cosechas en abundancia. Hay prados que llegan hasta la orilla, bien regados y cubiertos de hierba abundante; las viñas crecerían muy bien; hay terrenos llanos para el arado que darían cosechas excelentes pues el suelo es profundo. Tiene un buen puerto donde no hacen falta cables ni anclas, ni es preciso amarrar la nave, sino que basta con sacarla a la playa y esperar allí hasta que el viento sea favorable para hacerse a la mar. En lo alto del puerto hay un manantial de agua cristalina que mana de una cueva rodeada de álamos.

»A esa isla llegamos, aunque la noche estaba tan oscura que algún dios debió de guiarnos, pues no se veía nada. Una niebla espesa rodeaba las naves; la luna se había ocultado detrás de las nubes y nadie habría visto la isla ni aun buscándola; tampoco había olas que nos indicaran que estábamos cerca de la orilla. No obstante, sacamos los barcos del agua, arriamos las velas, desembarcamos y acampamos en la playa.

»Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, admiramos la isla y la recorrimos mientras las ninfas, hijas de Zeus, asustaban

a las cabras para que pudiésemos tener carne para la cena. Al verlo fuimos a buscar las lanzas, los arcos y las flechas a los barcos, nos dividimos en tres grupos y empezamos a dar caza a las cabras. Algún dios nos envió una buena caza; llevaba doce naves conmigo, y a cada embarcación le correspondieron nueve cabras y a la mía, diez; así comimos y bebimos hasta hartarnos todo el día hasta la puesta del sol, y aun así nos sobró mucho vino, pues cuando saqueamos la ciudad de los cícones nos habíamos llevado muchas ánforas y todavía no lo habíamos acabado. Mientras comíamos vimos el país de los cíclopes, que estaba enfrente, y el humo de sus fuegos, y oímos sus voces y a sus cabras y ovejas. Cuando se puso el sol y oscureció, acampamos en la playa y a la mañana siguiente convoqué un consejo. Y les dije:

»—Quedaos aquí, mis valientes compañeros, mientras voy en mi nave a conocer a esas gentes; quiero ver si son salvajes e incivilizados o una raza humana y hospitalaria.

»Subí a mi barco y ordené a mis hombres que soltaran amarras; y todos ocuparon su sitio y golpearon el mar gris con los remos. Cuando alcanzamos la costa, que no estaba muy lejos, vimos, en la pared de un acantilado cerca del mar, una enorme caverna rodeada de laureles. Había sitio para muchas cabras y ovejas, y fuera había un aprisco grande con una cerca muy alta hecha de piedra y madera de pino y de roble. Era la morada de un monstruo gigantesco que había salido a pastorear sus rebaños. No tenía tratos con nadie y vivía como un forajido. Era una criatura horrenda que no parecía un hombre, sino un peñasco recortado en la montaña contra el cielo^[42].

»Ordené a mis hombres que sacaran el barco a la orilla y se quedaran donde estaban, todos menos los doce mejores, que me acompañarían. Cogí también un odre de vino tinto dulce, que me había regalado Marón, hijo de Evantes, que era sacerdote de Apolo, el dios de Ismaro. Cuando saqueamos la ciudad lo respetamos y le perdonamos la vida, y también la de su mujer y su hijo, por lo que me hizo varios regalos de gran valor: siete talentos de oro fino, un cuenco de plata y doce ánforas de vino dulce sin mezclar y del sabor más exquisito. Nadie en la casa sabía de su existencia, solo su mujer, el ama de llaves y él: para beberlo mezclaba veinte partes de agua por una de vino, y aun así la fragancia de la cráter era tan exquisita que era imposible no beber. Llené un odre muy grande con este vino y me llevé un zurrón lleno de comida, pues intuí que podría tener que enfrentarme a un salvaje de enorme fuerza que no respetaría ni la ley ni la justicia.

»Enseguida llegamos a su cueva, pero había salido a pastorear sus rebaños, así que entramos y observamos todo lo que había allí. Los estantes

estaban llenos de quesos, y tenía más corderos y cabritillos de los que cabían en los rediles. Estaban separados: primero los de un año, luego los recentales y por fin los lechales; en cuanto a la leche, todos los recipientes y cuencos estaban rebosantes de suero. Al ver todo esto, mis hombres me rogaron que les permitiera primero robar algunos quesos y llevarlos a la nave; después volverían, se llevarían los corderos y los cabritillos, los subirían a bordo y partirían con ellos. Habría sido lo mejor, pero no quise escucharles, pues quería conocer a su dueño con la esperanza de que me hiciera algún presente. No obstante, cuando lo vimos, fue muy poco amable con mis hombres.

»Encendimos un fuego, ofrecimos algunos de los quesos en sacrificio, comimos otros y nos sentamos a esperar a que volviera el cíclope con sus ovejas. Cuando llegó, cargaba con un enorme haz de leña seca para encender el fuego para la cena y lo soltó con tal estrépito en el suelo de la caverna que nos escondimos asustados al fondo. Metió en la cueva las ovejas y las cabras para ordeñarlas, y dejó los machos, tanto los carneros como los machos cabríos, en el aprisco. Luego tapó la entrada de la cueva con una enorme roca, tan grande que veintidós carros de cuatro ruedas no habrían podido apartarla. Una vez hecho eso se sentó y ordeñó las ovejas y las cabras, una por una, y dejó que volvieran con sus crías. Cuajó la mitad de la leche y la dejó en unos recipientes de mimbre, y la otra mitad la puso en cuencos para bebérsela en la cena. Después, al encender el fuego, nos vio y preguntó:

»—Forasteros, ¿quiénes sois? ¿De dónde habéis venido? ¿Sois comerciantes o surcáis los mares como piratas, contra todos y con todos contra vosotros?

»Su terrible voz y su monstruoso aspecto nos llenaron de espanto^[43], pero conseguí responder:

»—Somos griegos que volvemos de Troya, pero por la voluntad de Zeus y por el mal tiempo nos hemos desviado de nuestro rumbo. Somos la gente de Agamenón, hijo de Atreo, que ha ganado fama en todo el mundo al saquear una ciudad tan grande y matar a tanta gente. Así que te rogamos humildemente que nos demuestres cierta hospitalidad y nos hagas los regalos que corresponden a cualquier huésped. Teme la cólera de los dioses, pues somos suplicantes y Zeus protege a todos los huéspedes y venga a los suplicantes y extranjeros.

»—Forastero —fue su implacable respuesta—, o bien eres un loco o no sabes nada de este país. ¿Hablarle a mí de temer a los dioses o asustarme de su cólera? A los cíclopes nos traen sin cuidado Zeus y todos esos benditos dioses, pues somos más fuertes que ellos. Si no me apetece, no os perdonaré

la vida ni a ti ni a tus compañeros por temor a Zeus. Y ahora dime dónde has dejado tu nave para desembarcar. ¿Al otro lado del cabo o la habéis varado en la orilla?

»Lo dijo para confundirme, pero yo era demasiado astuto para dejarme engañar y respondí con una mentira:

»—Poseidón estrelló mi nave contra las rocas en un extremo de vuestro país y la hundió. Nos empujó contra ellas desde mar abierto, pero los que me acompañan y yo escapamos de las fauces de la muerte.

»El muy cruel y miserable no me respondió una palabra, sino que, con un gesto brusco, atrapó a dos de mis hombres al mismo tiempo y los estrelló contra el suelo como si fuesen cachorros. Sus sesos se desparramaron por el suelo y la tierra se empapó con su sangre. Luego les arrancó uno a uno los miembros y se los comió. Los devoró como un león en el desierto, la carne, los huesos, la médula y las entrañas, sin dejar nada. Nosotros lloramos y alzamos las manos a Zeus al ver algo tan atroz, pues no sabíamos qué otra cosa hacer. Después de llenar su enorme estómago y acompañar la comida de carne humana con leche, el cíclope se tumbó en el suelo entre sus ovejas y se quedó dormido. Al principio medité sacar la espada y clavársela en alguna parte vital, pero pensé que si lo hacía estaríamos perdidos, pues nunca podríamos apartar la roca que el monstruo había colocado delante de la puerta. Así que nos quedamos llorando y suspirando hasta la madrugada.

»Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, él volvió a encender el fuego, ordeñó las cabras y ovejas, una por una, y dejó que volvieran con sus crías; en cuanto terminó, cogió a otros dos de mis hombres y los devoró para desayunar. Enseguida, con la mayor facilidad, apartó la piedra de la puerta y sacó las ovejas, pero luego volvió a colocarla en su sitio. Una vez hecho eso, gritó para espantar las ovejas hacia la montaña; así que me quedé planeando la manera de vengarme y obtener gloria.

»Al final se me ocurrió que el mejor plan sería hacer lo siguiente: el cíclope tenía una enorme maza apoyada cerca de uno de los rediles; era de madera verde de olivo y la había cortado con la intención de usarla cuando estuviera seca. Era tan enorme que solo podíamos compararla con el mástil de una nave mercante de veinte remeros, muy pesada y capaz de aventurarse en mar abierto. Fui a la maza y corté una estaca de unos dos metros, que luego di a los hombres para que la afilaran por un extremo; así lo hicieron y después calenté la punta para endurecerla. Hecho esto, la escondí debajo del estiércol que cubría toda la cueva, y dije a los hombres que echaran a suerte quiénes de

ellos se atreverían a levantarla conmigo para clavársela al monstruo en el ojo cuando estuviera dormido. La suerte cayó justo sobre los cuatro que habría elegido yo, que conmigo éramos cinco. Por la noche el miserable volvió de la montaña y recogió los rebaños en la cueva; esta vez los metió todos dentro y no los dejó en el aprisco; supongo que debió de hacerlo por capricho o porque algún dios le indicó que lo hiciera. En cuanto volvió a poner la piedra contra la puerta, se sentó, ordeñó las ovejas y las cabras, una por una, y dejó que volvieran con sus crías; al acabar, cogió a otros dos de mis hombres y los devoró para cenar. Entonces me acerqué con un cuenco de madera lleno de vino tinto en la mano.

»—Oye, cíclope —dije—, has comido mucha carne humana, así que toma y bebe un poco de vino para que veas la bebida que llevábamos a bordo de mi nave. Te lo traía como presente, con la esperanza de que te apiadarías de mí y me ayudarías a volver a casa, y en vez de eso te enfadas y gritas de forma intolerable. Debería darte vergüenza, ¿cómo quieres que venga a verte nadie si lo tratas así?

»Entonces cogió la copa y bebió. Le gustó tanto el sabor del vino que me pidió otro cuenco lleno.

»—Ten la amabilidad —dijo— de servirme un poco más y dime enseguida cómo te llamas. Quiero hacerte un regalo que te gustará. En esta tierra también tenemos vino, pues la tierra nos da uvas y el sol se encarga de madurarlas, pero esta bebida parece néctar y ambrosía al mismo tiempo.

»Así que le serví más; tres veces le llené el cuenco y tres veces lo vació sin mesura; entonces, cuando vi que el vino se le había subido a la cabeza, le dije en el tono más convincente que pude:

»—Cíclope, preguntas por mi nombre y te lo diré, pero dame el regalo que me has prometido. Me llamo Nadie, así me han llamado siempre mi padre, mi madre y mis amigos.

»Y el muy cruel y miserable respondió:

»—En ese caso me comeré a todos los compañeros de Nadie y a él lo dejaré para el final. Este es el regalo que le haré.

»Mientras hablaba, empezó a dar tumbos y cayó de espaldas en el suelo. Se le quedó torcido el enorme cuello y le dominó un sueño profundo. Tan borracho estaba que eructaba y vomitaba el vino y los trozos de carne humana que había engullido. Entonces puse la estaca de madera en el fuego para calentarla y arengué a mis hombres por si a alguno le faltaba el valor. Cuando la madera, a pesar de estar tan verde, estaba a punto de arder, la saqué del fuego, y mis hombres me acompañaron, pues algún dios les había infundido

valor. Clavamos el extremo afilado de la estaca en el ojo del monstruo, y haciendo fuerza con todo mi peso le di vueltas y más vueltas como si estuviese agujereando una madera de un barco con la barrena, que dos hombres con una rueda y una correa de cuero pueden hacer girar cuanto quieran. La sangre comenzó a brotar y el vapor del ojo quemado le chamuscó los párpados y las pestañas, mientras que la raíz del ojo crepitaba por el fuego. Igual que cuando el herrero mete el hacha en el agua fría para templarla, pues eso es lo que le da la fuerza al hierro, se produce un gran silbido, así silbó el ojo del cíclope alrededor de la estaca de olivo y sus gritos atroces hicieron que la cueva retumbara. Corrimos asustados, pero él se arrancó del ojo la estaca sucia de sangre y la tiró lejos presa de rabia y dolor; tanto gritó que los demás cíclopes que vivían cerca de él corrieron a la puerta de su cueva al oírle y le preguntaron qué le ocurría.

»—¿Qué te aflige, Polifemo —dijeron—, que haces tanto ruido que quiebras el silencio de la noche y no nos dejas dormir? ¿Te está robando alguien las ovejas? ¿Intenta matarte alguien con engaños o con violencia?

»Pero Polifemo les gritó desde el interior de la caverna:

»—¡Nadie me mata con engaños, Nadie me mata con violencia!

»—Pues si nadie te ataca —respondieron ellos—, eso es que debes de estar enfermo; y, cuando Zeus hace enfermar a alguien, no hay nada que hacer, así que más te vale rezar a tu padre Poseidón.

»Entonces se fueron y yo me reí para mis adentros por el éxito de mi engaño. Mas el cíclope, gimiendo de dolor, se abrió paso a tientas hasta que encontró la roca y la apartó de la puerta; luego se sentó en el umbral y extendió las manos para atrapar a cualquiera que intentara salir con las ovejas, pues pensó que yo sería tan insensato como para intentarlo.

»Por mi parte, me quedé pensando cómo salvar mi vida y la de mis compañeros; pensé y pensé, como quien sabe que su vida depende de ello, pues el peligro era muy grande. Al final, juzgué que este plan sería el mejor: había carneros ya grandes que tenían mucha lana negra, así que los até sin hacer ruido de tres en tres con los mimbres de la cama donde dormía el malvado monstruo. Debajo del carnero del centro iría un hombre y los dos de los lados lo ocultarían, así que había tres carneros por cada uno. En cuanto a mí, había un carnero mejor que los demás, por lo que lo sujeté por el lomo, me oculté en la espesa lana de su vientre, me colgué pacientemente de su lana y me sujeté con fuerza.

»Así esperamos, muy asustados, a que amaneciera. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, los carneros salieron a pastar,

mientras las ovejas balaban en los rediles esperando a que las ordeñara, pues tenían las ubres llenas; su dueño, a pesar de todo su dolor, palpó los lomos de todos los carneros sin descubrir a los hombres que había debajo. Cuando por fin salió el carnero, cargado con el peso de su lana y conmigo, Polifemo lo sujetó y dijo:

»—Mi buen carnero, ¿por qué sales el último de la cueva esta mañana? No acostumbras a dejar que las ovejas te precedan, sino que las guías a la carrera al prado florido o al río, y también eres el primero en volver; en cambio, ahora te demoras. ¿Es porque sabes que tu amo ha perdido el ojo y lamentas que ese malvado Nadie y sus pérfidos hombres lo hayan emborrachado y cegado? Pero he de cobrarme su vida. Si pudieras entenderme y hablar, me dirías dónde se esconde ese miserable y yo desparramaría sus sesos por todo el suelo de la cueva. Así me vengaría del daño que me ha hecho ese pérfido Nadie.

»Con esas palabras empujó al carnero afuera y, en cuanto nos alejamos un poco de la cueva y los rediles, me solté del vientre del carnero y liberé a mis compañeros; las ovejas, que estaban bien cebadas, las llevamos hasta el barco. La tripulación se alegró mucho al ver a los que habíamos escapado a la muerte, pero lloraron por aquellos a los que el cíclope había matado. No obstante, les indiqué por señas que debían acallar sus llantos y les ordené que subieran cuanto antes las ovejas a bordo y nos hiciéramos a la mar; así que embarcaron, ocuparon sus sitios y golpearon el mar gris con los remos. Luego, cuando nos alejamos tanto como alcanzaba mi voz, empecé a burlarme del cíclope:

»—¡Cíclope! Deberías haber medido mejor a tu enemigo antes de devorar a sus compañeros en tu cueva. ¿Tan miserable eres que devoras a tus visitantes en tu propia casa? Tendrías que haber sabido que tu crimen no quedaría impune, y ahora Zeus y los demás dioses te han castigado.

»Al oírme se puso más y más furioso, así que arrancó la cumbre de una alta montaña y la lanzó justo delante de mi nave y a punto estuvo de arrancar el timón. El mar tembló cuando cayó la roca, y la ola nos empujó hacia la orilla. Entonces cogí una larga pértiga y aparté la nave e indiqué por señas a mis hombres que remaran para salvar la vida y volvimos otra vez mar adentro. Cuando llegamos dos veces más lejos que antes, quise burlarme otra vez del cíclope, pero los hombres me rogaban e imploraban que callara.

»—No seas tan loco —exclamaron— de provocar más a esta salvaje criatura; ya nos ha lanzado una roca que casi nos ha devuelto a tierra y por poco nos mata. Si hubiese oído nuestras voces, ya nos habría destrozado la

cabeza y la nave con las rocas que nos habría lanzado, pues es capaz de arrojarlas muy lejos.

»Pero yo no quise escucharles y le grité furioso:

»—Cíclope, si alguien te pregunta quién te ha desfigurado y te ha sacado el ojo, di que fue el valiente guerrero Ulises, hijo de Laertes, que vive en Ítaca.

»Al oírlo, gimió y gritó:

»—¡Ay, ay, se está cumpliendo la antigua profecía! Una vez vino aquí un hombre valiente y de gran estatura, Télemo, hijo de Eurimo, que era un excelente adivino y dio vaticinios a los cíclopes hasta que envejeció; me dijo que todo esto me ocurriría un día y afirmó que perdería la vista a manos de Ulises. Esperaba a alguien de presencia imponente y gran fuerza, y ha resultado ser un hombre insignificante, un ser despreciable, el que me ha cegado aprovechándose de que estaba borracho. Ven, pues, Ulises, que te haré un regalo como prueba de mi hospitalidad y pediré a Poseidón que te ayude en tu viaje, pues Poseidón y yo somos padre e hijo. Y, si así lo desea, me curará, pues nadie más que él, ni dios ni mortal, puede hacerlo.

»A lo cual respondí:

»—Ojalá estuviese tan seguro de matarte y enviarte a la casa de Hades como lo estoy de que Poseidón no podrá curar ese ojo tuyo.

»Entonces alzó las manos hacia el firmamento y rezó diciendo:

»—¡Óyeme, gran Poseidón, si de verdad me engendraste y soy hijo tuyo, concédeme que Ulises no vuelva vivo a casa!; o, si ha de volver con sus amigos, que sea tarde y afligido después de perder a todos sus hombres, que llegue a casa en un barco ajeno y encuentre desolación en su hogar.

»Así rezó, y Poseidón atendió su plegaria. Luego, arrancó una roca mucho más grande que la primera y la lanzó con una fuerza prodigiosa. Falló por poco, pero estuvo a punto de arrancar el timón. El mar tembló cuando cayó la roca, y la ola que levantó nos empujó hacia la orilla de la isla.

»Cuando por fin llegamos adonde aguardaban el resto de las naves, encontramos a nuestros compañeros llorándonos y esperando preocupados nuestro regreso. Sacamos la embarcación a la arena, desembarcamos las ovejas del cíclope y las dividimos a partes iguales para que nadie tuviera motivos de queja. En cuanto al carnero, mis compañeros estuvieron de acuerdo en que me lo quedara, así que lo sacrifiqué en la orilla del mar y quemé los muslos en honor a Zeus, que es el señor de todos. Pero él no aceptó el sacrificio y solo pensó en cómo destruir mis naves y a mis compañeros.

»Todo el día hasta la puesta del sol comimos y bebimos, pero cuando se puso el sol y oscureció, acampamos en la playa. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, ordené embarcar a los hombres y soltar amarras. Todos ocuparon su sitio y golpearon el mar gris con los remos. Y así navegamos con el corazón apesadumbrado por la pérdida de nuestros compañeros, aunque contentos de haber escapado a la muerte.

CANTO X

EOLO LOS LESTRIGONES CIRCE

»Desde allí fuimos a la isla Eolia, donde vive Eolo, hijo de Hípotes, apreciado por los dioses inmortales. Es una isla que flota en el mar y está rodeada por una muralla de hierro. Eolo tiene seis hijas y seis hijos vigorosos, y dio las primeras en matrimonio a sus hijos varones. Todos viven con su padre y su madre, y celebran abundantes banquetes y disfrutan de riquezas de todo tipo. Todo el día el aire de la casa está cargado del olor de la carne asada, también en el atrio; pero de noche duermen en lechos bien contruidos, cada cual con su mujer entre las mantas. Estas eran las gentes con quienes habíamos ido.

»Eolo me agasajó un mes entero y me hizo un sinfín de preguntas sobre Troya, nuestra flota y el regreso de los griegos. Le conté todo exactamente como había sucedido, y, cuando le dije que tenía que partir y le pedí que me ayudara a seguir mi camino, no puso ninguna objeción, sino que enseguida comenzó a disponerlo todo. Es más, despellejó un buey para hacer un odre en el que meter los vientos rugientes, pues Zeus le había hecho señor de los vientos y podía agitarlos o calmarlos a voluntad. Subió el odre a la nave y lo ató con un cordón de plata para que no saliera ni un soplo. Me envió entonces el viento del oeste, que era el más favorable. Pero de nada sirvió, pues nos perdió nuestra propia locura.

»Nueve días y nueve noches navegamos, y el décimo día divisamos nuestra tierra natal en el horizonte. Llegamos tan cerca que vimos los fuegos de rastrojos, pero yo estaba tan cansado que me quedé dormido, pues no había soltado el timón ni un momento para que pudiéramos llegar cuanto antes a casa. Entonces los hombres empezaron a murmurar y a decir que yo llevaba oro y plata en el odre que Eolo me había regalado.

»Y uno le decía a su vecino:

»—Hay que ver cómo hace amigos y recibe honores este hombre en cualquier ciudad o país donde vaya. Mira qué rico botín trae a casa de Troya, mientras nosotros, que hemos viajado tan lejos como él, regresamos con las manos tan vacías como partimos, y ahora Eolo le ha dado incluso más. Deprisa, veamos qué es y cuánto oro y plata hay en el odre que le ha dado.

»Así hablaron y los malos consejos prevalecieron. Abrieron el saco y los vientos salieron y levantaron una tormenta que de nuevo nos llevó, entre llantos, mar adentro y nos alejó de nuestro país. Entonces me desperté y no supe si arrojarme al mar o vivir y soportarlo todo en silencio. Al final resistí, me cubrí la cabeza y me tumbé en la nave, mientras los hombres se lamentaban amargamente y los vientos feroces llevaban de vuelta nuestra flota a la isla Eolia.

»Cuando llegamos, desembarcamos para aprovisionarnos de agua y comimos al lado de las naves. Justo después de comer, escogí un heraldo y a uno de mis hombres y nos dirigimos a casa de Eolo, donde lo encontré comiendo con su mujer y su familia. Nos sentamos como suplicantes en el umbral, y, al vernos, nos preguntaron sorprendidos:

»—Ulises, ¿qué te trae por aquí? ¿Qué dios te ha maltratado? Hicimos un gran esfuerzo por enviarte a Ítaca o adonde quisieras ir.

»Así hablaron y yo respondí pesaroso:

»—Mis hombres han sido mi perdición; ellos y el sueño cruel me han traído la ruina. Amigos, deshaced vosotros que podéis este daño.

»Hablé del modo más conmovedor que pude, pero ellos no dijeron nada, hasta que el padre respondió:

»—Tú, el más vil de los hombres, vete ahora mismo de la isla; no ayudaré a aquel a quien los dioses detestan. Vete, pues has llegado aquí a causa del odio de los dioses.

»Y con esas palabras me echó de su palacio.

»Desde allí seguimos navegando desconsolados hasta que los hombres se fatigaron de tanto remar para nada, pues ya no había viento que les ayudara. Seis días nos esforzamos, día y noche, y al séptimo llegamos a la rocosa fortaleza de Lamos, llamada Telépilo, ciudad de los lestrigones, donde el pastor que recoge las cabras y las ovejas para ordeñarlas saluda al que saca su rebaño a pastar y este último responde a su saludo. En ese país un hombre que no durmiese podría ganar un salario doble: uno guardando bueyes y el otro apacentando ovejas, pues trabajan tanto de noche como de día.

»Llegamos entonces al puerto, rodeado de altos acantilados, que tiene una entrada estrecha entre dos promontorios. Mis capitanes llevaron las naves al interior del puerto, donde nunca hay olas, y las juntaron cuanto pudieron. Yo dejé fuera mi barco y lo amarré a una roca; luego trepé a un peñasco para explorar el terreno, pero no vi ni hombres ni ganado, solo un poco de humo. Así que envié a dos hombres con un heraldo a averiguar qué clase de gente vivía allí.

»Los hombres, después de desembarcar, siguieron un camino llano por el que la gente llevaba la leña de la montaña a la ciudad, hasta que se encontraron con una joven que había salido a buscar agua a la fuente de Artacia y que era la hija de un lestrigón llamado Antífates. Cuando se acercaron, mis hombres le preguntaron quién era el rey de esas tierras y qué clase de gentes gobernaba. Ella los envió a casa de su padre, pero, cuando llegaron, descubrieron que la esposa era una giganta tan grande como una montaña y se horrorizaron al verla.

»Ella enseguida llamó a su marido Antífates, que estaba en la asamblea, y él se dispuso a matar a mis hombres. Cogió a uno de ellos y se preparó la cena con él allí mismo, mientras los otros dos corrían de vuelta a las naves lo más deprisa que pudieron. Pero Antífates dio la voz de alarma y de todas partes salieron miles de robustos lestrigones: ogros, no hombres. Nos lanzaron enormes rocas como si fueran piedras desde los acantilados, y oí el horrible crujido de las naves al aplastarse unas contra otras y los gritos que daban mis hombres al morir cuando los lestrigones los ensartaban con sus lanzas como si fueran peces y se los llevaban a casa para devorarlos. Mientras mataban a mis hombres en el puerto saqué la espada, corté el cable de mi embarcación y ordené a mis hombres que remaran con todas sus fuerzas si no querían acabar como los demás; así que remaron por sus vidas y dimos gracias cuando llegamos a mar abierto, lejos del alcance de las rocas que nos lanzaron. En cuanto a los demás, ni uno solo quedó con vida.

»Desde allí navegamos con el corazón apesadumbrado por la pérdida de nuestros compañeros, aunque contentos de haber escapado a la muerte, y llegamos a la isla de Eea, donde vive Circe^[44], una astuta y poderosa diosa hermana del malvado Eetes; ambos son hijos de Helios y de Perseis, que es hija de Océano. Llevamos la nave a un puerto seguro sin decir palabra, pues algún dios nos guio, desembarcamos y pasamos allí dos días y dos noches fatigados de cuerpo y alma. Cuando llegó la mañana del tercer día, cogí mi lanza y mi escudo y me alejé de la nave para explorar y ver si podía oír voces o descubrir rastro de seres humanos. Trepé a la cima de un alto promontorio y

vi el humo de la casa de Circe que se alzaba hacia el cielo entre un denso bosque. Al verlo dudé si, ya que había visto el humo, no sería mejor ir a averiguar más, pero al final juzgué más conveniente volver a la nave, dar de cenar a los hombres y enviar a algunos de ellos en lugar de ir yo mismo.

»Cuando casi había llegado, algún dios se compadeció de mi soledad y puso en mi camino un ciervo de bella cornamenta. Había estado pastando en el bosque y se dirigía a beber al río, empujado por el calor del sol. Al pasar le clavé la lanza en el lomo: la punta de bronce lo atravesó y cayó gimiendo en el polvo hasta que se le escapó la vida. Entonces le puse el pie encima, saqué la lanza de la herida y la dejé en el suelo. Busqué mimbres y unos juncos y los trencé para hacer una recia cuerda de casi una braza de longitud con la que até las patas del noble animal; hecho lo cual me lo eché al cuello y volví a la nave apoyado en la lanza, pues el ciervo era demasiado grande para llevarlo al hombro. Después de dejarlo delante de la embarcación, llamé a los hombres y les hablé uno por uno para infundirles ánimos:

»—Mirad, amigos, no vamos a morir tan pronto, y al menos no pasaremos hambre mientras tengamos comida y bebida a bordo.

»Ellos se descubrieron la cabeza y admiraron el ciervo, que era espléndido. Luego se lavaron las manos y empezaron a prepararlo para la cena.

»Y, así, mientras duró el día y hasta la puesta del sol nos quedamos allí comiendo y bebiendo hasta saciarnos. Luego se puso el sol, oscureció y acampamos en la playa. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, convoqué un consejo y dije:

»—Amigos, estamos en un gran apuro, conque escuchadme. No sabemos por dónde se pone o se alza el sol; por tanto, desconocemos dónde están el este y el oeste. No veo cómo salir de esta situación, pero debemos esforzarnos por encontrar la manera. Lo que es seguro es que estamos en una isla, pues esta mañana subí lo más alto que pude y vi que el mar la rodeaba por todas partes hasta el horizonte; es más bien baja, pero en el centro vi humo que se alzaba de un denso bosque.

»El corazón se les encogió al oírme, pues recordaron cómo les habían tratado el lestrigón Antífates y el salvaje Polifemo. Lloraron amargamente y con desánimo, pero los llantos no conducen a ninguna parte, así que los dividí en dos grupos, cada uno a las órdenes de un jefe: uno se lo di a Euríloco y yo mismo me puse al mando del otro. Luego echamos las suertes en un casco y salió Euríloco, que se puso en camino con sus veintidós hombres, que se fueron sollozando, igual que los que nos quedamos.

»Cuando llegaron a la casa de Circe vieron que estaba construida con sillares de piedra, en un sitio que se veía desde lejos, en mitad del bosque. Había lobos salvajes y leones merodeando alrededor: pobres animales embrujados a los que había amansado con sus encantamientos y sometido con sus drogas. No atacaron a mis hombres, sino que movieron la cola. Igual que los perros rodean a su amo cuando lo ven salir después de la cena, pues saben que les llevará alguna cosa, aquellos lobos y leones acariciaron con sus grandes zarpas a mis hombres, que se asustaron mucho al ver unas criaturas tan extrañas. Poco después llegaron a la puerta de la casa de la diosa y desde allí oyeron a Circe cantando melodiosamente mientras trabajaba en su telar y tejía una tela tan fina, tan suave y de colores tan deslumbrantes que solo podría tejerla una diosa. Al oírla, Polites, en quien yo confiaba y a quien apreciaba más que a los otros, dijo:

»—Hay alguien dentro trabajando en el telar y cantando melodiosamente; todo el lugar resuena con su voz, llamémosla y veamos si es una mujer o una diosa.

»La llamaron y ella descorrió los cerrojos y les invitó a entrar. Ellos, sin sospechar nada, la siguieron, todos menos Euríloco, que se temió algún engaño y se quedó fuera. Una vez en la casa, les invitó a tomar asiento en unos bancos y sillas y les preparó una mezcla de queso, miel, harina y vino de Pramnos a la que añadió pérfidos venenos para que olvidaran su hogar. Cuando se la bebieron, los convirtió en cerdos con un golpe de su vara y los encerró en las pocilgas. Eran igual que cerdos: la cabeza, el pelo y todo lo demás, y también gruñían como cerdos, pero sus sentidos siguieron siendo los mismos, por lo que lo recordaban todo.

»Circe les echó unas bellotas y unos hayucos de los que comen los cerdos. Mientras tanto, Euríloco corrió a contarme el triste destino de nuestros compañeros. Estaba tan abrumado por el dolor que por más que intentaba hablar no encontraba las palabras; los ojos se le llenaron de lágrimas y solo pudo sollozar y suspirar hasta que al final conseguimos que nos contara lo sucedido.

»—Fuimos —dijo—, como nos pediste, por el bosque y en medio de los árboles había una hermosa casa construida con sillares de piedra en un lugar que se ve desde lejos. Allí encontramos a una mujer, o tal vez fuese una diosa, que trabajaba en su telar y cantaba con dulzura; así que los hombres la llamaron a gritos, y ella abrió la puerta y nos invitó a pasar. Los demás no sospecharon nada malo y entraron con ella en la casa, pero yo me quedé donde estaba, pues temí alguna traición. Desde ese momento no volví a

verlos, pues ninguno volvió a salir, aunque estuve mucho tiempo esperándoles.

»Entonces cogí mi espada de bronce y me la ceñí al hombro; también cogí mi arco y le pedí a Euríloco que volviera conmigo y me mostrara el camino. Pero él me agarró con ambas manos y habló lastimero:

»—Señor, no me obligues a ir contigo y permite que me quede, pues sé que no podrás traerlos de vuelta y que tampoco tú volverás con vida; intentemos escapar los pocos que quedamos, pues aún estamos a tiempo de salvar la vida.

»—Quédate, pues, donde estás —respondí—, comiendo y bebiendo en la nave, pero yo debo ir, pues estoy obligado.

»Y, después de decir estas palabras, dejé la nave y fui tierra adentro. Cuando llegué al bosque y me hallaba cerca de la enorme casa de la hechicera Circe, me encontré a Hermes, el dios de la vara de oro, con el aspecto de un joven en el apogeo de su juventud y de su belleza, con el vello a punto de crecerle en el rostro. Se me acercó, tomó mi mano entre las suyas y dijo:

»—Pobre desdichado, ¿adónde vas por estas colinas solo y sin conocer el camino? Tus hombres están encerrados en las pocilgas de Circe. ¿Acaso crees que podrás liberarlos? Puedo decirte que no volverás y que tendrás que quedarte allí con ellos. Pero no temas, yo te protegeré y te salvaré. Coge esta hierba, que tiene muchas virtudes, y llévala contigo cuando entres en casa de Circe, te protegerá de cualquier desdicha.

»”Y ahora te diré la magia perversa que Circe intentará practicar contigo. Te preparará una bebida y le añadirá sus drogas, pero no podrá hechizarte, pues la virtud de la hierba que te daré impedirá que funcionen sus encantamientos. Te lo explicaré. Cuando Circe te golpee con su vara, saca tu espada y salta sobre ella como si fueses a matarla. Ella se asustará y querrá que te acuestes con ella; no te niegues si quieres liberar a tus compañeros y salir bien librado, pero oblígala a jurar solemnemente por todos los dioses que no intentará nada malo contra ti, ya que, si no, cuando estés desnudo te dejará sin fuerzas ni valor.

»Mientras hablaba arrancó la hierba del suelo y me mostró cómo era. La raíz era negra, pero la flor era blanca como la leche; los dioses la llaman moly, y los mortales no pueden arrancarla^[45].

»Luego Hermes volvió al alto Olimpo atravesando la isla boscosa; pero yo seguí hasta la casa de Circe y, a medida que avanzaba, se me encogió el corazón de temor. Cuando llegué a la puerta me quedé allí y llamé a la diosa. En cuanto me oyó, abrió la puerta y me invitó a entrar; así que la seguí,

temeroso. Me sentó en un trono repujado de plata, con un escabel a los pies, y me preparó una bebida en una copa de oro; en ella, tramando mi perdición, puso la droga. Después de dármele y de que yo me la bebiera sin quedar hechizado, me golpeó con su vara.

»—Vamos —gritó—, ve a la pocilga y quédate allí con los demás.

»Pero yo me abalancé sobre ella con la espada desenvainada como si fuese a matarla, y ella cayó al suelo con un grito, me abrazó las rodillas y habló con voz lastimera diciendo:

»—¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Cómo es posible que mis hierbas no tengan el poder de hechizarte? Nunca hombre alguno había resistido un solo sorbo de la hierba que te he dado, eres inmune a los hechizos. Sin duda debes de ser el osado héroe Ulises que Hermes siempre dijo que pasaría por aquí con su nave de regreso a su hogar desde Troya. Ahora, pues, envaina la espada y vayamos a la cama para que podamos hacer las paces y aprendamos a confiar el uno en el otro.

»—Circe, ¿cómo puedes esperar que haga las paces contigo —respondí— si acabas de convertir a todos mis hombres en cerdos? Y ahora que me tienes aquí me propones que me acueste contigo para dejarme sin fuerzas ni valor. No aceptaré irme a la cama contigo hasta que me prometas solemnemente que no volverás a intentar hacer nada malo.

»Ella lo juró tal como le pedí, y, finalizado el juramento, me fui con ella a la cama.

»Entretanto sus cuatro sirvientas lo dispusieron todo para el baño y la comida. Son hijas de los bosques, las fuentes y las aguas sagradas que corren hasta el mar. Una de ellas extendió una bella tela purpúrea sobre un asiento y colocó una alfombra debajo. Otra acercó unas mesas de plata a los asientos y dejó encima unas cestas de oro. Una tercera mezcló dulce vino con agua en un cuenco de plata y colocó unas copas doradas sobre las mesas, mientras la cuarta ponía agua a hervir en un gran caldero sobre el fuego. Cuando el agua rompió a hervir, vertió agua fría hasta que estuvo a mi gusto, y luego me metió en el baño y empezó a lavarme la cabeza y los hombros para quitarme el cansancio y la rigidez de mis miembros. En cuanto terminó de lavarme y de ungirme con aceite, me vistió con un buen manto y una túnica y me llevó a un asiento muy bello tachonado de plata, que también tenía un escabel bajo mis pies. Entonces llegó una criada con un precioso aguamanil de oro, vertió el agua en una jofaina para que me lavara las manos y me acercó una mesa limpia; otra criada me llevó pan y me ofreció muchas de las cosas que había

en la casa, y Circe me animó a comer, pero yo no quise, pues aún estaba malhumorado y suspicaz.

»Cuando Circe me vio sentado allí sin comer y tan apesadumbrado, se me acercó y me dijo:

»—Ulises, ¿por qué te quedas ahí como si fueses mudo, reconcomiéndote por dentro, y te niegas a comer y beber? ¿Es que aún sospechas? No deberías, pues ya he jurado solemnemente que no te haré ningún daño.

»—Circe —respondí—, nadie con el menor sentido de lo que es justo podría comer o beber en tu casa hasta que no hubieses liberado a sus compañeros y le hubieses dejado verlos. Si quieres que coma y beba, debes liberar a mis hombres y traerlos aquí para que los vea con mis propios ojos.

»Cuando terminé de hablar, ella fue al patio con la vara en la mano y abrió las puertas de las pocilgas. Mis hombres salieron, todavía con forma de cerdos, y se quedaron mirándola. Ella se puso en medio y los untó con una segunda droga que hizo que se les cayeran las cerdas que les habían salido con la primera y volvieran a ser hombres, más jóvenes que nunca, más altos y más apuestos^[46]. Me reconocieron enseguida, me dieron la mano y lloraron de alegría hasta que toda la casa se llenó con el clamor de su llanto, y la propia Circe se apiadó tanto de ellos que se acercó y me dijo:

»—Ulises, noble hijo de Laertes, vuelve cuanto antes al mar, donde has dejado tu nave, y sácala a tierra firme. Luego oculta los aparejos y tus provisiones en alguna cueva y vuelve aquí con tus hombres.

»Acepté, así que volví a la orilla del mar y encontré a los hombres en la nave llorando y lamentándose piadosamente. Al verme, me rodearon igual que las terneras corretean alrededor de sus madres, cuando ven que las llevan a ordeñar, después de pastar todo el día, y la casa resuena con sus mugidos. Tan contentos estaban de verme que parecía como si hubiesen vuelto a la escarpada Ítaca, donde habían nacido y crecido.

»—Señor —dijeron—, nos alegramos tanto de verte como si hubiésemos vuelto sanos y salvos a Ítaca, pero cuéntanos el destino sufrido por nuestros compañeros.

»Les consolé y les dije:

»—Debemos sacar la nave a tierra y ocultar los aparejos y las provisiones en alguna cueva; después acompañadme todos lo más deprisa posible a la casa de Circe, donde encontraréis a vuestros compañeros comiendo y bebiendo en abundancia.

»Los hombres me habrían seguido sin dudarlo, pero Euríloco intentó disuadirles y dijo:

»—¡Ay, desdichados! ¿Qué será de nosotros? No corráis a vuestra perdición yendo a casa de Circe, que nos convertirá a todos en cerdos, lobos o leones, y tendremos que vigilar su casa. Recordad cómo nos trató el cíclope cuando nuestros compañeros entraron en la cueva y Ulises fue con ellos. Esos hombres perdieron la vida por culpa de su locura.

»Cuando le oí, pensé en desenvainar la espada que colgaba junto a mi fuerte muslo y cortarle la cabeza a pesar de ser un pariente cercano; pero los hombres intercedieron por él y dijeron:

»—Señor, si es posible, deja que él se quede aquí a cuidar de la nave y llévanos a los demás a casa de Circe.

»Después todos fuimos tierra adentro, y Euríloco no se quedó atrás, sino que nos acompañó, asustado por mi severa amenaza.

»Entretanto, Circe se había encargado de que a los hombres que había dejado atrás los bañaran y ungieran con aceite de oliva; también les había dado mantos y túnicas de lana, y, cuando llegamos, los encontramos cenando cómodamente en su casa. En cuanto los hombres se vieron y se reconocieron, lloraron de alegría y gritaron hasta que resonó todo el palacio. Entonces Circe se me acercó y dijo:

»—Ulises, noble hijo de Laertes, di a tus hombres que dejen de gritar, sé que habéis sufrido mucho en el mar y el daño que os han hecho hombres crueles en tierra, pero eso ya ha pasado, conque quedaos aquí y comed y bebed hasta que volváis a estar tan fuertes y sanos como cuando partisteis de Ítaca. Ahora estáis débiles de cuerpo y alma, solo pensáis en las penalidades que habéis sufrido en vuestros viajes y ya no sabéis divertirlos.

»Así habló y nos persuadió. Nos quedamos con Circe doce meses celebrando banquetes y comiendo carne y bebiendo vino en abundancia. Pero, cuando pasó el año y se volvieron a alargar los días, mis hombres me llamaron y dijeron:

»—Señor, es hora de empezar a pensar en volver a casa, si es que tu destino es salvar la vida y volver a ver tu patria.

»Así hablaron y me persuadieron. Todo el día hasta la puesta del sol comimos carne y bebimos vino, pero, cuando se puso el sol y oscureció, los hombres fueron a dormir en el atrio cubierto. Yo, después de acostarme con Circe, le abracé las rodillas, y la diosa oyó lo que tenía que decirle:

»—Circe, por favor, cumple la promesa que me hiciste de ayudarme a seguir mi viaje a casa. Quiero volver y mis hombres también, y no hacen más que importunarme con sus quejas cuando tú no estás.

»—Ulises, noble hijo de Laertes —respondió la diosa—, no tendréis que quedaros más tiempo si no queréis, pero hay otro viaje que tienes que hacer antes de volver a casa. Debes ir a la casa de Hades y de la temible Perséfone a consultar al espectro de Tiresias, el adivino tebano ciego, cuya razón sigue intacta. Solo a él le ha permitido Perséfone conservar el entendimiento incluso en la muerte, pues las demás almas vagan sin rumbo.

»Me desanimó oír eso. Me senté en la cama y lloré, y de buena gana habría renunciado a ver otra vez la luz de sol, pero pronto me cansé de llorar y de agitarme y pregunté:

»—¿Y quién me guiará en ese viaje? La casa de Hades es un puerto al que no puede llegar nave alguna.

»—No te hará falta ningún guía —respondió—; alza tu mástil, larga las blancas velas, quédate inmóvil y el viento del norte te llevará hasta allí. Cuando tu embarcación haya atravesado las aguas del Océano, llegarás a la fértil orilla del país de Perséfone, con sus bosques de altos álamos y estériles sauces. Saca la nave a orillas del Océano y dirígete a la oscura morada de Hades. La encontrarás cerca del lugar donde los ríos Piriflegetonte y Cocito, que es un afluente del río Estigia, confluyen en el Aqueronte, y cerca verás un peñasco, justo donde se encuentran ambos ríos atronadores.

»"Cuando llegues a ese lugar, cava una zanja de un codo de largo por cada lado y vierte en ella una libación a todos los muertos. Primero, miel mezclada con leche; luego, vino, y, en tercer lugar, agua. Y esparce blanca harina de cebada por encima de todo. Además, deberás ofrecer muchas oraciones a las pobres almas y prometerles que, cuando vuelvas a Ítaca, les sacrificarás un ternero estéril, el mejor que tengas, y echarás a la pira muchas cosas buenas. Y prometerás a Tiresias un carnero negro para él solo, el mejor de tus rebaños.

»"Una vez que hayas invocado así a las almas, sacrifícales un carnero y una oveja negra, y orienta su cabeza hacia el Erebo, pero tú aléjate de ellos como si fueses hacia el río. Entonces las almas de muchos muertos irán a verte, y tú dirás a tus hombres que recen a Hades y Perséfone y les quemen como ofrenda los dos animales sacrificados. Luego saca la espada y siéntate allí para impedir que cualquier otro espectro se acerque a la sangre derramada antes de que Tiresias responda a tus preguntas. El adivino acudirá pronto y te hablará de tu viaje: de lo que durará y de cómo deberás surcar los mares para llegar a tu casa.

»Cuando terminó de hablar había amanecido y me vistió con la túnica y el manto. Ella se echó una preciosa tela de gasa muy fina sobre los hombros, se

la ciñó a la cintura con un cinto dorado y se cubrió la cabeza con un velo. Entonces fui adonde mis hombres y les hablé con dulzura uno por uno:

»—No debéis seguir durmiendo, tenemos que irnos, Circe me lo ha explicado todo.

»Y ellos hicieron lo que les dije.

»No obstante, no me los pude llevar a todos. Había entre nosotros un joven llamado Elpenor, no demasiado juicioso ni valiente, que se había emborrachado y dormía encima de la casa, lejos de los demás, para estar más fresco. Cuando oyó el ruido de los hombres, se despertó sobresaltado y, en vez de bajar por la escalera, se cayó del tejado y se partió el cuello, y su espectro descendió a la casa de Hades.

»Cuando junté a los hombres, les dije:

»—Pensáis que vamos a poner rumbo a casa, pero Circe me ha dicho que, en lugar de eso, tenemos que ir a la casa de Hades y Perséfone a consultar al espectro del adivino tebano Tiresias.

»Los hombres se quedaron desolados al oírme y se echaron al suelo gimiendo y mesándose los cabellos, pero las cosas no se solucionan con llantos. Cuando llegamos a la orilla del mar, llorando y lamentando nuestro destino, Circe nos llevó un carnero y una oveja, y los atamos en la nave. Pasó entre nosotros sin que nos diéramos cuenta, pues ¿quién puede ver las idas y venidas de un dios si este no desea ser visto?

CANTO XI

ULISES VISITA A LOS MUERTOS

»Luego, cuando llegamos a la orilla del mar, echamos la nave al agua y subimos a bordo el mástil y las velas; también subimos las ovejas y ocupamos nuestro sitio, llorando acongojados. Circe la gran y astuta diosa, nos envió un viento favorable que sopló firme de popa y llenó todo el tiempo nuestras velas; así que colocamos el aparejo y dejamos que la nave fuese donde la llevaran el viento y el timonel. Todo el día las velas estuvieron hinchadas y mantuvo su rumbo por el mar, pero cuando el sol se puso y se hizo la oscuridad sobre la tierra, nos adentramos en las profundas aguas del río Océano, donde están las tierras y la ciudad de los cimerios que viven rodeados de una niebla y oscuridad que los rayos del sol no atraviesan ni cuando se alza en el cielo ni cuando vuelve a ponerse, sino que los pobres desdichados viven en una larga y triste noche. Cuando llegamos allí sacamos la nave a tierra, desembarcamos las ovejas y seguimos el curso del Océano hasta llegar al lugar que nos había dicho Circe.

»Una vez allí, Perimedes y Euríloco sujetaron a las víctimas, mientras yo desenvainaba la espada y excavaba la zanja de un codo de lado. Hice una libación en honor de todos los muertos, primero con leche y miel, luego con vino y por fin con agua, y lo espolvoreé todo con harina blanca de cebada mientras rezaba a los pobres espectros vanos y les prometía que cuando volviera a Ítaca les sacrificaría un ternero estéril, el mejor que tuviera, y echaría a la pira muchas cosas buenas. También prometí que Tiresias^[47] tendría una oveja negra solo para él, la mejor de mis rebaños. Después de rezar a los muertos, degollé a las dos ovejas y dejé que la sangre cayera en la zanja, entonces las almas salieron del Erebo: novias, jóvenes solteros, ancianos desgastados por el trabajo, doncellas traicionadas en el amor y hombres valientes que habían muerto en la batalla, con la coraza todavía

manchada de sangre; salieron de todas partes y pulularon en torno a la zanja con unos extraños gritos que me hicieron palidecer de temor. Al verlos llegar, ordené a mis hombres que se dieran prisa en despellejar las carcasas de las ovejas muertas y que las quemaran mientras repetían sus oraciones a Hades y Perséfone; pero yo me quedé con la espada desenvainada y no dejé que los pobres espectros vanos se acercaran a la sangre hasta que Tiresias hubiera respondido a mis preguntas.

»El primer espectro que llegó fue el de mi compañero Elpenor, que aún no había sido enterrado bajo tierra. Habíamos dejado el cadáver sin velar ni enterrar en casa de Circe, pues teníamos demasiado por hacer. Sentí lástima por él y le grité al verlo:

»—Elpenor, ¿cómo has llegado a esta penumbra y esta oscuridad? Has llegado a pie antes que yo en mi nave.

»—Señor —respondió con un gemido—, fueron la mala suerte y mi indecible ebriedad. Estaba dormido en lo alto de la casa de Circe, y no pensé en bajar por la gran escalera sino que me caí del tejado y me rompí el cuello, así que mi espectro descendió a la casa de Hades. Y ahora te imploro, por todos los que has dejado detrás, aunque no estén aquí, por tu mujer, por el padre que te crio cuando eras niño, y por Telémaco que es la única esperanza de tu casa, que hagas lo que te pediré ahora. Sé que cuando abandones este limbo volverás a dirigir tu nave hacia la isla de Eea. No te marches de allí sin velarme ni enterrarme, o atraeré la cólera del cielo sobre ti, quémame con mi coraza, eleva un túmulo en mi memoria a la orilla del mar, que en los días venideros diga a la gente lo desafortunado que he sido, y clava sobre mi tumba el remo que usaba cuando estaba todavía vivo y con mis compañeros.

»—Desdichado —respondí—, haré lo que me pides.

»Así, nos sentamos y hablamos tristemente los dos, yo a un lado de la zanja con la espada sobre la sangre, y el espectro de mi camarada contándome todo esto desde el otro lado. Luego se presentó el espectro de mi madre muerta, Anticlea, hija de Autólico. La había dejado con vida cuando partí a Troya y rompí a llorar al verla, pero incluso así, y a pesar de todo mi dolor, no la dejé acercarse a la sangre hasta que Tiresias hubiese respondido a mis preguntas.

»Entonces llegó el espectro del tebano Tiresias con su cetro dorado en la mano. Me conocía y dijo:

»—Ulises, noble hijo de Laertes, ¿por qué, pobre hombre, has dejado la luz del día y has descendido a visitar a los muertos en este triste lugar? Aparta

de la zanja y quita la espada para que pueda beber la sangre y responder con sinceridad a tus preguntas.

»Conque me aparté y envainé la espada, tras lo cual, después de beber la sangre, empezó su profecía.

»—Quieres saber —dijo— de tu regreso a casa, pero el cielo te lo va a poner difícil. No creo que escapes a la mirada de Poseidón, que todavía sigue muy enojado contigo por haber cegado a su hijo. Aun así, después de muchos sufrimientos, podréis llegar a casa si sabéis conteneros tú y tus compañeros cuando vuestra nave llegue a la isla de Trinacia, donde encontraréis las ovejas y las vacas de Helios, que lo ve y lo oye todo. Si dejáis esos rebaños indemnes y pensáis solo en regresar a casa, podréis, después de muchas penalidades, llegar a Ítaca; pero, si les hacéis daño, predigo la destrucción de tu nave y la de tus hombres. Aunque tú puedas escapar, volverás muy quebrantado después de perder a todos tus hombres, en la nave de otro, y encontrarás dificultades en tu casa, que estará invadida por hombres despóticos, que devoran tu hacienda con el pretexto de cortejar y hacer regalos a tu mujer.

»"Cuando llegues a tu hogar te vengarás de estos pretendientes; y, después de matarlos por la fuerza o con engaños en tu propia casa, deberás coger un remo bien hecho y continuar tu viaje, hasta llegar a un país donde la gente no ha oído hablar del mar y ni siquiera echa sal a la comida, ni sabe nada de barcos ni de remos que son como las alas de la nave. Te daré una señal segura que no podrás pasar por alto. Encontrarás a un viajero que te dirá que lo que llevas al hombro debe de ser un rastrillo; al oírlo clava el remo en el suelo y sacrifica un carnero, un toro y un jabalí a Poseidón. Luego ve a casa y ofrece hecatombes a todos los dioses del cielo uno por uno. En cuanto a ti, la muerte te llegará del mar, y tu vida escapará muy despacio cuando tengas muchos años y el ánimo sosegado, y tu pueblo te bendicirá. Todo lo que he dicho se cumplirá.

»—Así será, si el cielo quiere, pero dime, y sé sincero, veo el espectro de mi pobre madre ahí al lado; está sentada al lado de la sangre sin decir palabra, y aunque soy su propio hijo no me recuerda ni me habla; dime, señor, qué puedo hacer para que me reconozca.

»—Eso —dijo— es fácil. Cualquier espectro al que dejes probar la sangre hablará contigo como un ser responsable, pero si no se lo permites volverán a marcharse.

»Dicho lo cual el espectro de Tiresias volvió a la casa de Hades, pues había completado su profecía, pero yo me quedé donde estaba hasta que mi

madre llegó y probó la sangre. Entonces me reconoció al instante y me habló con cariño diciendo:

»—Hijo mío, ¿cómo has venido a este oscuro lugar si aún estás vivo? Es difícil para los vivos ver este sitio, pues entre nosotros y ellos se extienden mares temibles, y está Océano que nadie puede cruzar a pie, sino que se necesita una buena nave. ¿Es que aún intentas encontrar el camino a casa desde Troya y todavía no has vuelto a Ítaca ni has visto a tu mujer en tu casa?

»—Madre —respondí—, he tenido que venir a consultar al espectro del profeta tebano Tiresias. No he estado cerca del país de los griegos ni he puesto el pie en mi patria, y no he pasado más que una larga serie de desdichas desde el primer día en que partí con Agamenón hacia Troya, el país de nobles caballos, para combatir a los troyanos. Pero dime, y sé sincera, ¿cómo fue tu muerte? ¿Sufriste una larga enfermedad, o el cielo te concedió pasar con facilidad a la eternidad? Háblame también de mi padre, y del hijo al que dejé atrás, ¿siguen mis posesiones en sus manos, o se las ha arrebatado alguien que cree que no volveré para reclamarlas? Dime también qué piensa hacer mi mujer y cómo está de ánimos; ¿vive con mi hijo y guarda mi hacienda con cuidado, o ha aceptado al mejor partido que ha podido encontrar y ha vuelto a casarse?

Mi madre respondió:

»—Tu mujer aún sigue en tu casa, pero está muy preocupada y pasa llorando día y noche. Nadie te ha arrebatado aún tus posesiones y Telémaco conserva intactas tus tierras. Tiene que recibir a mucha gente, por supuesto, debido a su posición de magistrado, y por lo mucho que le invitan; tu padre sigue en su antigua casa en el campo y nunca va a la ciudad. No tiene lecho ni mantas cómodas; en invierno duerme en el suelo delante de la chimenea con los hombres y va cubierto de harapos, pero en verano, cuando vuelve el buen tiempo, se tumba en la viña sobre un lecho de pámpanos tirado por el suelo. Se lamenta continuamente de que no vuelvas a casa y sufre más y más a medida que se hace mayor. En cuanto a mi propio final fue así: el cielo no me llevó rápido y sin dolor en mi propia casa, ni me aquejó ninguna enfermedad de esas que por lo general minan a la gente y acaban matándola, sino el pesar por saber qué hacías y el afecto que te tenía... eso fue lo que me mató.

»Entonces intenté abrazar el espectro de mi pobre madre. Tres veces salté hacia ella e intenté rodearla con mis brazos, pero ella escapó de mí como un sueño o un fantasma, y herido en lo más hondo, le dije:

»—Madre, ¿por qué no te quedas quieta cuando intento abrazarte? Si pudiéramos rodearnos con los brazos podríamos encontrar un triste consuelo

al compartir nuestras penas incluso en la casa de Hades; ¿quiere Perséfone causarme aún más pesar al burlarse de mí con un fantasma?

»—Hijo mío —respondió ella—, el más desdichado de los hombres, no es Perséfone quien te engaña, sino que todo el mundo es así cuando muere. Los tendones ya no unen la carne y los huesos; perecen consumidos en la pira en cuanto la vida abandona el cuerpo, y el espectro sale volando como en un sueño. Ahora, no obstante, vuelve a la luz del día cuanto antes, y fíjate en todo esto para que puedas contárselo después a tu mujer.

»Así conversamos, y luego Perséfone envió a las almas de las esposas y las hijas de los hombres más famosos. Se arremolinaron en torno a la sangre, y pensé en cómo interrogarlas a todas. Al final decidí que lo mejor sería desenvainar la afilada hoja que colgaba de mi robusto muslo e impedir que bebieran la sangre al mismo tiempo. Así vinieron de una en una y, cuando les pregunté, me dijeron su estirpe y su linaje.

»La primera a la que vi fue a Tiro. Era hija de Salmoneo y la mujer de Creteo el hijo de Eolo. Se enamoró del río Enipeo que es el río más bello del mundo. Una vez, cuando estaba dando un paseo a su lado como de costumbre, Poseidón, disfrazado de su enamorado, se acostó con ella en la boca del río y una enorme ola purpúrea se alzó como una montaña sobre ellos para ocultar a la mortal y al dios, y ella desató su virginal cinto y quedó sumida en un profundo sueño. Cuando el dios terminó el acto amoroso, tomó su mano en la suya y dijo:

»—Tiro, alégrate; los abrazos de los dioses no son estériles y pasados doce meses tendrás dos bellos gemelos. Cuídalos bien. Soy Poseidón, así que vuelve a casa, pero calla y no se lo cuentes a nadie.

»Luego se sumergió en el mar, y ella, llegado el momento, dio a luz a Pelias y a Neleo, que pusieron todo su poder al servicio de Zeus. Pelias era un gran criador de ovejas y vivía en Yolcos, pero el otro vivía en Pilos. Sus otros hijos los tuvo con Creteo: Esón, Feres y Amitaon, que era un poderoso guerrero y auriga.

»A su lado vi a Antíope, hija de Asopo, que podía jactarse de haber dormido entre los brazos del propio Zeus y le dio dos hijos, Anfión y Zeto. Ellos fundaron Tebas con sus siete puertas, y construyeron una muralla alrededor, pues a pesar de su fuerza no pudieron defender Tebas hasta haberla amurallado.

»Después vi a Alcmena, la mujer de Anfitrión, que le dio a Zeus al indómito Hércules; y a Mégara que era hija del gran rey Creonte, y a quien desposó al temible hijo de Anfitrión.

»También vi a la madre del rey Edipo, la bella Epicasta, cuyo espantoso destino fue casarse con su propio hijo sin saberlo. Este se desposó con ella después de matar a su padre, pero los dioses proclamaron la historia al mundo entero; tras lo cual siguió siendo rey de Tebas, muy apenado por la inquina que le habían demostrado los dioses; pero Epicasta fue a la casa del poderoso carcelero Hades, después de ahorcarse desesperada, y los espíritus vengadores lo acosaron por la madre ultrajada hasta su posterior y amarga ruina.

»Después vi a Cloris, a quien Neleo desposó por su belleza, después de ofrecerle regalos de valor incalculable. Era la hija pequeña de Anfión, hijo de laso y rey de Orcómenos Minia, y fue reina de Pilos. Dio a luz a Néstor, a Cromio y a Periclímeno, y también a la maravillosa y encantadora Pero, a quien pretendieron todos sus vecinos; pero Neleo solo quiso entregársela a quien robara el ganado de Ificles de los pastos de Fílace, y era una ardua tarea. El único hombre que osó intentarlo fue un adivino excelente, pero la voluntad del cielo estaba en su contra, pues los vaqueros lo sorprendieron y encarcelaron; no obstante, al cabo de un año, cuando volvió la misma estación, Ificles lo liberó, después de que le expusiera todos los oráculos del cielo. Así, se cumplió la voluntad de Zeus.

»Y vi a Leda, la mujer de Tindáreo, que le dio a dos hijos famosos, Castor domador de caballos y Pólux el poderoso púgil. Ambos héroes yacen bajo tierra, aunque siguen con vida, pues, por un favor especial de Zeus, mueren y vuelven a la vida, uno de ellos cada día, y tienen el rango de dioses.

»Luego vi a Ifimedeia, la mujer de Aloeo que se jactó del abrazo de Poseidón. Le dio dos hijos, Oto y Efialtes, pero ambos vivieron poco tiempo. Eran los niños más hermosos jamás nacidos en este mundo, y también los más apuestos, con la excepción de Orión; a los nueve años medían nueve brazas de altura y nueve codos en torno al pecho. Amenazaron con combatir a los dioses del Olimpo e intentaron colocar el monte Osa en lo alto del Olimpo, y el monte Pellón sobre el Osa, para poder trepar hasta el mismo cielo, y lo habrían hecho si hubiesen llegado a la edad adulta, pero Apolo, hijo de Leto, los mató a ambos, antes de que les brotara la barba en las mejillas y el mentón.

»Después vi a Fedra y a Procris, y a la bella Ariadna, la hija del mago Minos, a quien Teseo se llevó de Creta a Atenas, pero no pudo disfrutarla, pues Artemisa la mató en la isla de Día por lo que Dioniso le había dicho de ella.

»Vi también a Mera y a Clímena, y a la odiosa Erifila, que vendió a su propio marido a cambio de oro. Pero tardaría toda la noche en enumerar a

todas las mujeres e hijas de dioses a las que vi, y es hora de acostarme, sea en la nave con mi tripulación, o aquí. En cuanto a la escolta, ya os ocuparéis vosotros y el cielo.

Aquí terminó, y dejó a los invitados embelesados y mudos en el atrio. Luego Arete les dijo:

—¿Qué opináis de este hombre, oh, feacios? ¿No os parece alto y bien parecido, y no es inteligente? Ciertamente es mi propio invitado, pero todos participáis de ese honor. No os apresuréis a enviarlo a casa, ni escatiméis los regalos que tanto necesita, pues el cielo os ha bendecido a todos con una gran abundancia.

Entonces habló el anciano héroe Equeneo, que era uno de los feacios más viejos:

—Amigos —dijo—, lo que acaba de decir nuestra augusta reina es razonable y conveniente, conque dejasos convencer; aunque la decisión de hecho y de palabra corresponde al rey Alcínoo.

—Así se hará —exclamó Alcínoo—, tan seguro como que vivo y reino sobre los feacios. Nuestro huésped está deseando volver a casa, pero aun así debemos convencerlo para que se quede con nosotros hasta mañana, para que me dé tiempo a recaudar la suma que quiero darle. En cuanto a su escolta os corresponde a todos, y sobre todo a mí por ser persona principal entre vosotros.

Y Ulises respondió:

—Rey Alcínoo, si me pidieras que me quedara doce meses, y luego me ayudases a partir, cargado con tus nobles regalos, te obedecería de buen grado y saldría ganando, pues volvería a mi patria con las manos aún más llenas, y sería más respetado y querido por todos los que me vieran cuando volviera a Ítaca.

—Ulises —replicó Alcínoo—, ninguno de los presentes cree que seas un charlatán o un farsante. Sé que hay mucha gente que va por ahí contando historias muy verosímiles de las que resulta difícil saber si son o no ciertas, pero tu forma de hablar me convence de tu sinceridad. Además has contado la historia de tus desdichas, y las de los griegos, como un bardo experimentado; pero dime, y sé sincero, si viste a alguno de los poderosos héroes que fueron contigo a Troya y perecieron allí. Las tardes todavía son largas, y aún no es hora de acostarse... así que sigue con tu historia, pues podría seguir escuchándote hasta mañana por la mañana, mientras continúes contándonos tus aventuras.

—Alcínoo —respondió Ulises—, hay un momento para hablar y un momento de irse a la cama; no obstante, ya que así lo deseas, te contaré la historia aún más triste de aquellos de mis camaradas que no cayeron luchando con los troyanos, sino que murieron a su regreso, por la traición de una mujer malvada.

»Cuando Perséfone dispersó las almas femeninas en todas las direcciones, se me acercó tristemente el espectro de Agamenón, hijo de Atreo, rodeado de quienes habían muerto con él en la casa de Egisto. En cuanto probó la sangre, me reconoció y, llorando amargamente, alargó los brazos para abrazarme; pero ya no tenía fuerza ni sustancia y yo también lloré compadeciéndolo al contemplarlo.

»—¿Cómo fue tu muerte —pregunté—, rey Agamenón? ¿Alzó Poseidón sus vientos y sus olas contra ti cuando estabas en el mar, o acabaron contigo tus enemigos en tierra cuando estabas robándoles las vacas o las ovejas, o mientras combatían en defensa de su ciudad y sus mujeres?

»—Ulises —respondió—, noble hijo de Laertes, no perdí la vida en el mar en ninguna tormenta alzada por Poseidón, ni me mataron mis enemigos en tierra, sino que Egisto y mi malvada mujer urdieron mi muerte. Me invitó a su casa, me agasajó y luego me mató miserablemente como a un buey en el matadero, mientras a mi alrededor mataban a mis compañeros como a ovejas o a cerdos para un banquete de boda, una comida campestre o el festín de un noble. Has debido ver morir a muchos hombres en la batalla, o en combate singular, pero nunca has visto nada tan triste como la forma en que caímos en aquella sala, con las cráteras y las mesas volcadas y el suelo impregnado del olor de nuestra sangre. Oí a Casandra, la hija de Príamo, gritar cuando Clitemnestra la mató a mi lado^[48]. Yo yacía en el suelo con la espada clavada en el cuerpo, y alcé las manos para matar a esa mujerzuela homicida, pero se me escapó; ni siquiera me cerró los labios ni los ojos cuando agonizaba, pues en este mundo no hay nada tan cruel y tan desvergonzado como una mujer culpable de una enormidad así. ¡Matar a su propio marido! Pensé que iba a ser bien recibido por mis hijos y mis criados, pero su crimen abominable ha traído la deshonra sobre ella y sobre todas las mujeres que vendrán después, también las buenas.

»—Es cierto —respondí— que, desde el principio hasta el final, Zeus ha demostrado su odio por la casa de Atreo en los consejos de sus mujeres. Mira cuántos de nosotros caímos por culpa de Helena, y ahora parece que Clitemnestra conspiró también contra ti en tu ausencia.

»—Ve con cuidado, pues —continuó Agamenón—, y no confíes demasiado ni en tu propia esposa. No le digas todo lo que sabes. Cuéntale solo parte, y guárdate lo demás. No es que tu mujer, Ulises, vaya a asesinarte, pues Penélope es una mujer admirable y de muy buen carácter. Cuando partimos hacia Troya era una joven esposa con un niño en el pecho. Ese niño sin duda se habrá convertido ya en un hombre, y él y su padre se alegrarán al verse y se abrazarán como es justo que así sea, mientras que mi malvada esposa ni siquiera me permitió la alegría de ver a mi hijo, sino que me mató antes de que pudiera hacerlo. Otra cosa te digo —y recuérdalo bien— no digas a nadie cuándo vas a llegar a Ítaca, preséntate de improviso, pues después de esto ya no se puede confiar en las mujeres. Pero ahora dime, y sé sincero, ¿puedes darme noticias de mi hijo Orestes? ¿Se halla en Orcómenos, o en Pilos, o está en Esparta con Menelao?, pues supongo que aún vive.

»—Agamenón —respondí—, ¿por qué me preguntas? No sé si tu hijo está vivo o muerto, y no está bien hablar de lo que se ignora.

»Mientras los dos hablábamos y llorábamos entristecidos se acercó el espectro de Aquiles, con Patroclo, Antíloco y Áyax que, después del hijo de Peleo, era el mejor y el más apuesto de los griegos. El ágil descendiente de Eaco me reconoció y habló lastimero:

»—Ulises, noble hijo de Laertes, ¿qué osada empresa piensas emprender ahora que te aventuras en la casa de Hades entre los simples muertos, que no somos más que los espectros de quienes ya no pueden obrar?

»—Aquiles, hijo de Peleo, principal campeón de los griegos —respondí—, he venido a consultar a Tiresias, y ver si podía aconsejarme cómo volver a Ítaca, pues aún no he podido llegar cerca de la tierra de los griegos, ni poner el pie en mi país, sino que he pasado penalidades todo el tiempo. En cuanto a ti, Aquiles, nunca ha habido nadie tan afortunado como tú, ni lo habrá, pues cuando estabas vivo te adorábamos todos los griegos, y ahora que estás aquí eres un gran príncipe entre los muertos. Conque no te tomes tan a pecho haber muerto.

»—No digas una sola palabra a favor de la muerte —respondió—; preferiría ser un criado en casa de un hombre pobre y estar en la tierra, que reinar entre los muertos. Pero háblame de mi hijo; ¿ha ido a la guerra y será un gran soldado, o no es así? Dime también si has oído algo de mi padre Peleo... ¿reina todavía sobre los mirmidones^[49] o ya no le muestran respeto en la Hélade y Ftía ahora que es viejo y le fallan los miembros? Ojalá pudiera estar a su lado, a la luz del día, con la misma fuerza que tenía cuando di muerte al más valiente de nuestros enemigos en la llanura de Troya... ojalá

podría ser como era entonces e ir aunque fuese solo un rato a la casa de mi padre, cualquiera que intentara violentarlo o suplantarle se arrepentiría enseguida.

»—No he sabido nada de Peleo —repliqué—, pero puedo contártelo todo de tu hijo Neoptólemo^[50], pues lo llevé en mi propia nave desde Esciros con los griegos. En nuestros consejos de guerra delante de Troya siempre era el primero en hablar, y su juicio era infalible. Solo Néstor y yo le superábamos; y cuando se trataba de combatir en la llanura de Troya, nunca se quedaba con el grueso de sus hombres, sino que los adelantaba a todos en valor. Muchos hombres mató en la batalla: no podría nombrar a todos a los que dio muerte combatiendo en el bando de los griegos, pero te diré que acabó con el valiente héroe Eurípilo hijo de Télefo, que era el hombre más apuesto que jamás vi con excepción de Memnón; también cayeron muchos de los ceteos por culpa de los sobornos de una mujer. Es más, cuando los más valientes de los griegos entraron en el caballo construido por Epeo, y me correspondió a mí decidir si abríamos la puerta de nuestra emboscada o la cerrábamos, aunque los demás jefes y personas principales de los griegos se secaban los ojos y temblaban de pies a cabeza, a él nunca lo vi palidecer ni secarse una lágrima de la mejilla; todo el tiempo me animaba a salir del caballo, así el mango de la espada y la lanza broncea y respiraba furia contra el enemigo. Sin embargo, una vez ocupada la ciudad, él pudo cobrar y embarcar su parte de los beneficios habidos, que era una fuerte suma. Salió sin un rasguño de toda esta peligrosa campaña. Ya se sabe: todo está en tener suerte.

»Cuando le conté todo esto, el espectro de Aquiles se alejó por un prado cubierto de asfódelos, exultante por lo que le había dicho sobre el valor de su hijo.

»Los espectros de los demás muertos se quedaron a mi lado y cada cual me contó su triste historia; solo el de Áyax, hijo de Telamón, se quedó aparte, enojado aún conmigo por haberle vencido en la disputa por las armas de Aquiles. Tetis las había ofrecido como premio, pero los jueces fueron Atenea y los prisioneros troyanos. Ojalá no hubiese vencido nunca esa disputa, pues costó la vida de Áyax, que era el más preeminente de los griegos después del hijo de Peleo, tanto en estatura como en valor.

»Cuando lo vi intenté aplacarlo y dije:

»—Áyax, ¿ni siquiera muerto olvidarás y perdonarás y dejarás que el juicio sobre esa odiosa armadura siga reconcomiéndote? Bastante pérdida para los griegos fue perder un bastión tan fuerte como tú. Te lloramos tanto como lloramos al propio Aquiles, hijo de Peleo, y la culpa la tuvo solo el

rencor de Zeus contra los griegos, pues eso fue lo que le impulsó a aconsejar tu destrucción: ven, pues, contén tu orgulloso espíritu y oye lo que puedo contarte.

»No quiso responder y se volvió al Erebo con los demás espectros; no obstante, yo debería haberle hecho hablar a pesar de su gran enfado, o debería haber seguido interpelándole, pero había muchos otros entre los muertos a quienes deseaba ver.

»Luego vi a Minos, hijo de Zeus, con su cetro dorado en la mano, impartiendo justicia entre los muertos, y los espectros se arremolinaban sentados y de pie a su alrededor en la espaciosa casa de Hades, para conocer las sentencias que dictaba sobre ellos.

»Después de a él vi al gigantesco Orión en un prado cubierto de asfódelos persiguiendo los espectros de los animales salvajes que había matado en las montañas, y llevaba en la mano una gran maza de bronce, eterna e indestructible.

»Y vi a Ticio, el hijo de Gaia, tendido en la llanura donde ocupaba nueve acres de terreno. A su lado, dos buitres hundían el pico en su hígado, y él intentaba espantarlos con las manos, pero no podía, pues había violado a la amante de Zeus, Leto, cuando pasaba por Panopeo camino de Delfos.

»Presencí también el atroz destino de Tántalo, que se hallaba en un lago con el agua hasta la barbilla; se moría por saciar su sed, pero, cada vez que el pobre desdichado se agachaba para beber, el agua se secaba y desaparecía, y no quedaba nada más que tierra seca, requemada por el rencor del cielo. También había árboles cuya fruta pendía sobre su cabeza: peras, granadas, manzanas, dulces higos y jugosas aceitunas, pero cada vez que esa pobre criatura extendía el brazo para coger algo, el viento volvía a alzar las ramas hacia el cielo.

»Y vi a Sísifo en su interminable tarea de subir su roca gigantesca con ambas manos. Intentaba hacerla rodar con manos y pies hasta lo alto de la montaña, pero, justo antes de que pudiera hacerla rodar por el otro lado, las fuerzas le fallaban y la roca implacable volvía a caer con estrépito a la llanura. Después, él empezaba a empujarla otra vez sudoroso y jadeante por la pendiente.

»Después vi al poderoso Hércules, pero era solo su espectro, pues él disfruta de festines eternos con los dioses inmortales, y tiene a la encantadora Hebe por esposa, que es hija de Zeus y Hera. Los espectros chillaban a su alrededor, como pájaros espantados que volaran en todas las direcciones. Parecía negro como la noche con el arco desnudo en la mano y la flecha en la

cuerda, y miraba a su alrededor como si estuviera apuntando. Ceñido al pecho llevaba un maravilloso cinto dorado, maravillosamente adornado con osos, jabalíes y leones de ojos brillantes; también había guerra, batallas y muerte. El hombre que había hecho ese cinturón, por mucho que se esforzara, jamás podría hacer otro parecido. Hércules me reconoció nada más verme, y habló lastimero diciendo:

»—Ulises, noble hijo de Laertes, ¿llevas la misma triste vida que yo cuando no estaba bajo tierra? Era hijo de Zeus, pero pasé infinidad de penalidades, pues me puse al servicio de uno inferior a mí, un hombre vulgar que me impuso toda clase de trabajos. Una vez me envió aquí a buscar al perro del infierno, pues no se le ocurrió tarea más difícil, pero saqué al perro del Hades y se lo llevé, con la ayuda de Hermes y de Atenea.

»Después, Hércules volvió a bajar a la casa de Hades, pero yo me quedé donde estaba por si algún otro poderoso difunto iba a verme. Y habría visto a otros que murieron antes, a quienes me habría gustado ver: a Teseo y a Pirítoo, hijos gloriosos de los dioses, pero me rodearon tantos miles de espectros con gritos tan espeluznantes que me dejé llevar por el pánico, no fuese a enviarme Perséfone desde la casa de Hades la cabeza del espantoso monstruo Gorgona. Me apresuré a volver a la nave, ordené a los hombres que subieran a bordo cuanto antes y soltaran amarras; así que embarcaron y ocuparon su sitio, después de lo cual la nave descendió por el río Océano. Al principio tuvimos que remar, pero luego se alzó un viento favorable.

CANTO XII

LAS SIRENAS ESCILA Y CARIBDIS LAS VACAS DE HELIOS

»Cuando salimos del río Océano y llegamos a mar abierto, continuamos hasta llegar a la isla de Eea, donde el sol sale como en otros sitios. Después aproximamos la nave a la playa y la sacamos a la orilla, donde nos echamos a dormir y esperamos a que despuntara el día.

»Luego, cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, envié unos hombres a casa de Circe a buscar el cadáver de Elpenor. Cortamos leña y, después de llorarlo y de lamentarnos, llevamos a cabo los ritos fúnebres. Una vez que ardieron su cuerpo y su armadura, erigimos un túmulo, colocamos una estela y en lo alto del túmulo clavamos el remo que él había usado.

»Mientras hacíamos todo esto, Circe, que sabía que habíamos vuelto de la casa de Hades, se vistió y fue a vernos lo más deprisa que pudo; y sus doncellas la acompañaron cargadas de pan, carne y vino. Después se plantó ante nosotros y dijo:

»—Habéis sido muy valientes al descender vivos a la casa de Hades, por lo que moriréis dos veces y no una como los demás; ahora, pues, quedaos aquí el resto del día, comed hasta saciaros y proseguid vuestro viaje mañana al despuntar el día. Entretanto, yo le mostraré a Ulises el rumbo que debéis seguir, para que no sufráis más desdichas en el mar ni en la tierra.

»Acordamos hacer como había dicho y pasamos el día comiendo y bebiendo hasta la puesta de sol. Cuando se puso el sol y oscureció, los hombres se tumbaron a dormir junto a la nave. Circe me tomó de la mano y me pidió que me sentara aparte; ella se reclinó a mi lado y me preguntó por nuestras aventuras.

»—Hasta ahora todo ha ido bien —dijo cuando terminé de contarle mi historia—. Ahora presta atención a lo que voy a decirte, un dios se encargará de recordártelo. Primero llegaréis adonde las sirenas, que hechizan a todos los que se les acercan. Si por imprudencia alguien se acerca demasiado y oye su canto, su mujer y sus hijos no volverán a darle la bienvenida, pues, sentadas en un prado verde, lo atraen a la muerte con la dulzura de su canto. Hay un montón de huesos de muertos a su alrededor, con la carne pudriéndose aún en ellos. Pasa de largo y tapa los oídos de tus hombres con cera para que ninguno pueda oírlas; tú, si quieres, podrás oírlas, pero deberás ordenar a tus hombres que te aten de pie y manos al mástil para que tengas el placer de escucharlas. Si ruegas e imploras a los hombres para que te suelten, que te aten aún con más fuerza.

»"Cuando tu tripulación y tú hayáis dejado atrás las sirenas, deberás escoger tú mismo qué rumbo seguir: yo solo puedo mostrarte las dos rutas posibles. Por una parte, hay unas peñas contra las que las oscuras olas de Anfítrite rompen con una furia terrible, los dioses felices las llaman las Rocas Errantes. Ni siquiera un pájaro puede pasar, ni tan siquiera las tímidas palomas que llevan ambrosía al padre Zeus, pues las rocas siempre le arrebatan alguna, por lo que el padre Zeus debe enviar otras; ningún barco que haya llegado a esas rocas ha regresado, sino que las olas y los remolinos de fuego están llenos de cadáveres y restos de los naufragios. La única embarcación que consiguió pasar fue la famosa Argos a su vuelta de la casa de Eetes, y también ella se habría estrellado contra estos escollos si Hera no la hubiese pilotado por el amor que sentía por Jasón.

De estos dos escollos uno llega hasta el cielo y se pierde en una oscura nube que no se disipa nunca, por lo que la cumbre no llega a verse ni siquiera en verano o a principios del otoño. Nadie, ni aunque tuviera veinte manos y veinte pies, podría escalarla, pues es muy empinada y tan lisa como si la hubieran pulido. En el centro hay una enorme caverna que da al oeste y al Erebo; debes arrumbar la nave hacia allí, aunque la cueva está tan alta que ni el más fuerte arquero podría lanzar una flecha en su interior. Dentro se encuentra Escila, que suelta gañidos como los de un perrillo, aunque en realidad es un monstruo espantoso; nadie, ni siquiera un dios, podría enfrentarse a ella sin aterrorizarse. Tiene doce patas contrahechas y seis cuellos de una longitud prodigiosa; al final de cada cuello hay una cabeza horrible con tres hileras de dientes, todos muy apretados, capaces de matar a cualquiera al instante. Se sienta en el interior de su lóbrega cueva, asoma las cabezas y escudriña el agua alrededor de la roca para pescar delfines,

tiburones o algún monstruo de mayor tamaño de los muchos que nutre Anfítrite. Ninguna nave ha pasado por allí sin perder a alguno de sus hombres, pues alarga todas las cabezas al mismo tiempo y se lleva a un hombre en cada boca.

»"El otro escollo es más bajo, aunque los dos están tan juntos que entre ambos media un tiro de flecha. En él crece una frondosa higuera, y debajo está el remolino de Caribdis. Tres veces al día vomita sus aguas y tres veces vuelve a sorberlas. Procura no estar allí cuando las esté sorbiendo, pues de lo contrario ni el mismo Poseidón podría salvarte; debes pasar lo más deprisa posible junto a Escila, pues es mejor perder seis hombres que a toda la tripulación.

»—¿No hay algún modo —pregunté— de escapar de Caribdis y al mismo tiempo mantener a Escila a raya cuando intente atacar a mis hombres?

»—Qué temerario eres —respondió la diosa—, siempre deseando combatir contra algo o alguien; no te resignas a dejarte vencer siquiera por los inmortales. Pero Escila no es mortal; además es salvaje, brutal, cruel e invencible. No hay nada que hacer, lo mejor es intentar escapar de ella, pues, si te demoras en su roca mientras te pones la armadura, podría atraparte en un segundo ataque de sus seis cabezas y llevarse a otra media docena de tus hombres; conque pasa a toda vela e invoca en voz alta a Ceto, que, para su desgracia, es la madre de Escila e impedirá que vuelva a atacarte.

»"Llegarás después a la isla de Trinada y allí verás numerosas vacas y ovejas propiedad de Helios: siete manadas de vacas y siete rebaños de ovejas, con cincuenta cabezas por rebaño. No crían ni disminuye su número, y están al cuidado de las diosas Faetusa y Lampetia, que son hijas de Helios y de Neerea. Su madre, después de dar a luz y de darles el pecho, las envió a la isla de Trinacia, que estaba muy lejos, para que vivieran allí y cuidaran los rebaños de su padre. Si dejáis indemnes los rebaños y no pensáis más que en volver a casa, podréis, después de muchos esfuerzos, llegar a Ítaca; pero, si les hacéis daño, te vaticino la destrucción de tu nave y de tus compañeros, y tú, incluso aunque escapes, regresarás tarde, quebrantado y después de perder a todos tus hombres.

»Así concluyó sus palabras, y Aurora llegó en su trono de oro. Circe volvió al interior de la isla. Entonces subí a bordo y ordené a mis hombres que soltaran amarras; embarcaron enseguida, ocuparon su sitio y golpearon el mar gris con los remos. Poco después la gran y astuta diosa Circe nos envió un viento favorable que sopló firme de popa y llenó las velas, así que ajustamos el aparejo y dejamos que el viento y el timonel gobernaran la nave.

»Luego, muy angustiado, arengué a mis hombres:

»—Amigos, no es justo que solo uno o dos entre nosotros conozcan las predicciones que me ha hecho Circe, así que os las contaré para que tanto si vivimos como si morimos podamos hacerlo con los ojos abiertos. En primer lugar me ha advertido que nos apartemos de las sirenas^[51], que cantan maravillosamente en un lecho de flores; pero ha dicho que yo podía oírlas siempre que ninguno más lo hiciera. Así que atadme de pie al mástil con un nudo tan fuerte que no pueda escapar. Si os ruego y os suplico que me soltéis, atadme aún con más fuerza.

»Apenas había acabado de explicárselo todo a los hombres cuando llegamos a la isla de las sirenas, pues el viento había sido muy favorable. De pronto amainó y llegó una calma chicha: no se movía ni un soplo de viento ni había una ola en el agua, así que los hombres arriaron las velas y las guardaron; después tomaron los remos y blanquearon el agua con la espuma que levantaban al bogar. Entretanto cogí un trozo de cera y lo corté con la espada. Después la amasé entre mis poderosas manos hasta que se ablandó gracias a mi fuerza y a los rayos del sol. A continuación tapé los oídos a todos mis hombres y ellos me ataron de pies y manos al mástil y siguieron remando. Cuando pasábamos cerca de la isla, la embarcación navegaba muy deprisa y las sirenas, al vernos, empezaron con sus cantos.

»—Ven —decían—, célebre Ulises, honra de los griegos, y escucha nuestras voces. Nadie ha pasado jamás sin quedarse a oír la encantadora dulzura de nuestro canto, y quien lo escucha se va no solo embelesado, sino también más sabio, pues conocemos todos los males con que los dioses aquejaron a los griegos y a los troyanos ante Troya, y podemos contarte todo lo que va a suceder en el mundo.

»Cantaron estas palabras muy musicalmente, y, como quería seguir oyéndolas, indiqué por señas a mis hombres que me soltaran. Ellos, en cambio, remaron más deprisa, y Euríloco y Perimedes me ataron con nudos aún más fuertes hasta que llegamos lejos del alcance de las voces de las sirenas. Luego mis hombres se quitaron la cera de los oídos y me desataron.

»Nada más pasar la isla, vi una enorme ola de la que se alzaba espuma y oí retumbar un ruido. Los hombres se asustaron mucho, pues el mar entero resonaba con el estruendo del agua, soltaron los remos y la nave se detuvo. Así que les exhorté uno por uno a no desfallecer.

»—Amigos —dije—, esta no es la primera vez que estamos en peligro, y no estamos tan mal como cuando el cíclope nos encerró en su cueva; mi valor y mis sabios consejos nos salvaron entonces, y también viviremos para

recordar esto. Haced todos lo que os diga, confiad en Zeus y remad con todas vuestras fuerzas. En cuanto a ti, timonel, presta atención, porque la nave está en tus manos: apártala de esa furiosa corriente y acércate al escollo para pasarlo cuanto antes o la estrellarás y nos llevarás a todos a la muerte.

»Hicieron como les dije, pero no les conté lo del horrible monstruo Escila porque supe que los hombres no seguirían remando si se enteraban, sino que se habrían acurrucado en la bodega. Solo en una cosa desobedecí las estrictas instrucciones de Circe: me puse la armadura. Luego cogí dos robustas lanzas y fui a proa, pues supuse que por ahí aparecería el monstruo de la roca, que tanto daño iba a hacer a mis hombres; pero no la vi por ninguna parte por más que escudriñé la oscura peña por todas partes.

»Luego entramos en el estrecho muy asustados, pues a un lado estaba Escila y al otro la temible Caribdis sorbiendo el agua salada. Cuando la vomitaba era como cuando el agua hierve en un caldero encima del fuego, y la espuma llegaba hasta la cima de ambos escollos. Cuando empezaba a sorberla de nuevo, veíamos el agua dar vueltas y vueltas y romper contra las rocas con un estruendo ensordecedor. Veíamos la arena en el fondo del mar, y los hombres estaban desquiciados de terror. Cuando más absortos estábamos, temiendo que cada momento fuese a ser el último, Escila cayó de pronto sobre nosotros y se llevó a mis seis mejores hombres. Al volver a mirar a la nave y a la tripulación, vi las manos y los pies de mis compañeros ya muy por encima de mí, debatiéndose en el aire mientras Escila se los llevaba, y oí que pronunciaban mi nombre en un último grito desesperado. Igual que un pescador, sentado en una roca arpón en mano, echa cebo al agua para engañar a los pobres pececillos, los ensarta con la punta de cuerno del arpón y los arroja todavía boqueando a la orilla a medida que los va atrapando, también Escila dejó a mis pobres compañeros jadeando en su roca y los engulló a la entrada de su guarida mientras ellos chillaban y extendían las manos hacia mí en mortal agonía. Esto fue lo más atroz que vi en todos mis viajes.

»Cuando pasamos las Rocas Errantes, con Escila y la temible Caribdis, llegamos a la magnífica isla donde estaban las vacas y las ovejas divinas de Helios. Todavía en el mar a bordo de la nave oí mugir a las vacas al volver a los corrales y el balido de las ovejas. Entonces recordé lo que Tiresias, el adivino tebano ciego, me había dicho, así como las advertencias de Circe de que evitáramos la isla de Helios, pues era aquí donde encontraríamos el mayor peligro. Así que, muy preocupado, dije a mis hombres:

»—Amigos, sé que estáis muy angustiados, pero escuchad mientras os digo el vaticinio que me hizo Tiresias y el cuidado que puso Circe en

advertirme que evitáramos la isla de Helios, pues era aquí, dijo, donde encontraríamos el mayor peligro. Así que dirigid la nave lejos de la isla.

»Los hombres se desanimaron al oírme, y Euríloco enseguida me respondió con insolencia:

»—Ulises —dijo—, eres cruel; eres muy fuerte y nunca te cansas; parece que estés hecho de hierro, y ahora, aunque tus hombres están exhaustos por el esfuerzo y la falta de sueño, no les dejas desembarcar y prepararse una buena cena en esta isla, sino que les animas a dirigirse mar adentro y a seguir navegando inútilmente en las guardias de la noche fugaz, cuando el viento sopla con más fuerza y hace más daño. ¿Cómo escaparemos si nos sorprende una de esas tormentas que se levantan de pronto y que tantas veces hunden las naves, cuando los dioses no se muestran propicios? Obedezcamos, pues, las órdenes de la noche y preparemos la cena al lado del barco; mañana por la mañana volveremos a subir a bordo y nos haremos a la mar.

»Así habló Euríloco, y los hombres aprobaron sus palabras. Vi que un dios planeaba nuestra perdición y dije:

»—Me obligáis a ceder, pues sois muchos contra uno. Pues bien, juradme todos que, si alguien encuentra un rebaño de vacas o de ovejas, no cometerá la locura de matar uno solo de esos animales, sino que se contentará con la comida que nos ha dado Circe.

»Todos juraron como les pedí, y, una vez pronunciado el juramento, amarramos la nave en un puerto que había cerca de un torrente de agua dulce, y los hombres desembarcaron y prepararon la cena. En cuanto comieron y bebieron lo suficiente, empezaron a hablar de los compañeros que Escila había devorado; empezaron a lamentarse y no dejaron de llorar hasta que cayeron en un profundo sueño.

»En la tercera guardia de la noche, cuando las estrellas habían cambiado de posición, Zeus levantó un gran vendaval que cubrió el mar y la tierra de espesas nubes, y la noche se derramó desde el cielo. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, sacamos la nave a tierra y la metimos en una cueva donde las ninfas marinas celebran sus bailes y galanteos, y convoqué a los hombres a un consejo.

»—Amigos —dije—, tenemos carne y bebida en la nave, tengámoslo presente y no toquemos el ganado o sufriremos las consecuencias, pues estas vacas y ovejas pertenecen al poderoso Helios, que lo ve y lo oye todo.

»Y una vez más prometieron que obedecerían.

»Todo un mes el viento siguió soplando del sur y no hubo otro viento, solo el del sur y el del este. Mientras duraron el trigo y el vino, los hombres

no tocaron las vacas cuando tenían hambre; no obstante, cuando terminaron todo lo que había en la nave, tuvieron que ir tierra adentro con anzuelos y sedales a cazar pájaros y cualquier cosa a la que podían echar mano, pues estaban hambrientos. Un día me adentré en la isla para pedir a los dioses que me mostraran el modo de regresar. Cuando llegué lo bastante lejos de mis compañeros y encontré un lugar bien protegido del viento, me lavé las manos y recé a todos los dioses del Olimpo hasta que me enviaron un dulce sueño.

»Entretanto Euríloco había estado dando malos consejos a los hombres.

»—Oídmeme —dijo—, mis pobres compañeros. Todas las muertes son malas, pero no hay ninguna tan mala como la muerte por hambre. ¿Por qué no apartamos las mejores de estas vacas y las ofrecemos en sacrificio a los dioses inmortales? Si alguna vez volvemos a Ítaca, podemos construir un hermoso templo a Helios y decorarlo con toda suerte de adornos; si, por el contrario, decide hundir nuestro barco en venganza por esas vacas robadas y los demás dioses están de acuerdo, yo al menos prefiero ahogarme en agua salada y acabar de una vez que morir lentamente de hambre en una isla desierta como esta.

»Así habló Euríloco, y los demás aprobaron sus palabras. Las vacas, bien alimentadas y hermosas, pacían no muy lejos de la nave; los hombres apartaron las mejores, y las rodearon mientras dirigían sus plegarias a los dioses y usaban brotes de roble en lugar de harina de cebada, pues no quedaba cebada. Cuando terminaron de rezar sacrificaron las vacas y las descuartizaron; despiezaron los muslos, los envolvieron en dos capas de grasa y colocaron unos trozos de carne cruda encima. No tenían vino para hacer libaciones mientras se quemaban, así que vertieron agua de vez en cuando mientras se asaban las entrañas; una vez consumidos los muslos, probaron las entrañas y cortaron el resto en trozos pequeños y los clavaron en espetones.

»A esas alturas el profundo sueño me había abandonado y volví a la nave y a la orilla del mar. Al acercarme, empecé a oler a carne asada, y, entre gemidos, dirigí una oración a los dioses inmortales.

»—Padre Zeus —exclamé— y todos los demás dioses inmortales que vivís en una eterna bendición, habéis sido crueles conmigo al enviarme ese sueño; ved qué grandes cosas han hecho mis hombres en mi ausencia.

»Entretanto Lampetia fue a ver a Helios y le contó que habíamos matado a sus vacas, por lo que él montó en cólera y dijo a los inmortales:

»—Padre Zeus y todos los demás dioses que vivís en una eterna bendición, debo vengarme de la tripulación de la nave de Ulises: han tenido la insolencia de matar mis vacas, que eran lo único que me gustaba contemplar,

tanto al alzarme en el cielo como al bajar otra vez a tierra. Si no saldan cuentas conmigo por las vacas, bajaré al Hades y brillaré allí entre los muertos.

»—Helios —dijo Zeus—, sigue brillando sobre dioses y mortales en la tierra fructífera. Haré pedazos la nave con un rayo en cuanto se hagan a la mar.

»Esto me lo contó Calipso, que lo oyó de labios de Hermes.

»En cuanto llegué a la nave y a la orilla del mar, reprendí a cada uno de los hombres por separado, pero ya no había nada que hacer, pues las vacas estaban muertas. Y, de hecho, los dioses empezaron enseguida con señales y prodigios, pues las pieles de las vacas se pusieron a reptar y la carne, estuviese cruda o cocida, mugía.

»Seis días mis hombres siguieron apartando las mejores vacas y celebrando banquetes con ellas, pero cuando Zeus, el hijo de Cronos, añadió un séptimo día, la furia del viento cesó; así que subimos a bordo, alzamos el mástil, largamos velas y nos hicimos a la mar. En cuanto nos alejamos de la isla y no pudimos ver más que el cielo y el mar, el hijo de Cronos alzó una negra nube sobre nuestra nave y el mar se oscureció debajo de ella. No llegamos mucho más lejos, pues un momento después nos sorprendió una terrible tormenta que rompió las jarcias del mástil, que, al caer, se llevó consigo todo el aparejo y le aplastó la cabeza al timonel, que cayó sin vida por la borda como si hubiera saltado al agua.

»Luego Zeus golpeó con un rayo la nave, que empezó a girar envuelta en fuego y azufre. Todos los hombres cayeron al mar y se quedaron flotando como gaviotas alrededor de la nave, pero el dios enseguida les privó de cualquier oportunidad de regresar a casa^[52].

»Me quedé en la nave hasta que el mar separó la quilla de las cuadernas. El mar se llevaba la quilla y entonces cayó sobre ella el mástil. De este colgaba una jarcia de recias tiras de cuero de buey con el que pude atarlos; conseguí sentarme sobre ellos y dejé que los vientos me llevaran donde quisieran.

»El vendaval del oeste había amainado, y el viento volvió a soplar del sur, por lo que temí que me devolviera al terrible remolino de Caribdis. Y esto, precisamente, fue lo que ocurrió, pues las olas me arrastraron toda la noche y al amanecer llegué a la roca de Escila y al remolino. En ese momento estaba sorbiendo el agua salada, pero yo pude saltar hacia la higuera, de la que me colgué como un murciélago. No podía poner el pie en ninguna parte, pues las raíces estaban muy lejos y las ramas estaban demasiado altas. Me quedé

colgado esperando pacientemente a que Caribdis expulsara de nuevo el agua junto con la quilla y el mástil. Un juez no se alegra más de volver a casa a cenar, después de entretenerse en el tribunal con los casos más complicados de lo que me alegré yo al ver asomar otra vez la balsa en el remolino. Cuando, tras una larga y penosa espera, vi de nuevo mi balsa, me dejé caer al agua y subí a ella, y empecé a remar con las manos. En cuanto a Escila, el padre de los dioses y los hombres no permitió que me viera, de lo contrario habría muerto sin remedio.

»Así pasé nueve días, hasta que la noche del décimo los dioses me dejaron varado en la isla Ogigia, donde vive la gran y poderosa diosa Calipso. Me acogió y fue buena conmigo, pero ya no necesito decir más, pues ya os lo conté todo ayer a ti y a tu noble esposa y no me gusta repetir lo mismo una y otra vez.

CANTO XIII

ULISES DEJA ESQUERIA Y VUELVE A ÍTACA

Así habló, y todos se quedaron callados, hechizados por su historia, hasta que por fin habló Alcínoo.

—Ulises —dijo—, ahora que has llegado a mi casa no dudo de que regresarás a tu hogar sin más desventuras, por mucho que hayas sufrido en el pasado. A vosotros, que venís aquí cada noche para beber mi mejor vino y escuchar a mi bardo, debo deciros lo siguiente: nuestro huésped ya ha guardado la ropa, el oro y el resto de los presentes que habéis traído para obsequiarle, regalémosle además un trípode y un caldero cada uno. Luego nos resarciremos con la ayuda del pueblo, pues uno solo no puede hacer regalos tan generosos.

Todos estuvieron de acuerdo y cada cual volvió a su propia casa. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[53], corrieron a la nave y llevaron consigo los calderos y los trípodes. Alcínoo subió a bordo y comprobó que todo estuviera bien estibado debajo de los bancos para que nada se soltase y pudiera hacer daño a los remeros. Después, todos se fueron a casa de Alcínoo a comer, y él sacrificó un toro para ellos en honor a Zeus, que es el señor de todo. Pusieron los muslos a asar y prepararon un excelente banquete durante el cual el inspirado bardo Demódoco, que era admirado por todos, cantó. Pero Ulises no dejaba de mirar al sol, como animándolo a ocultarse, pues estaba deseando ponerse en camino. Igual que quien se ha pasado el día arando un campo se alegra cuando cae la noche y puede ir a cenar, pues las piernas le sostienen con dificultad, así se alegró Ulises cuando se puso el sol. Entonces les dijo a los feacios, dirigiéndose en particular al rey Alcínoo:

—Señor, y todos vosotros, adiós. Haced vuestras libaciones y despedidme contentos, pues habéis cumplido el deseo de mi corazón al proporcionarme una escolta y al hacerme regalos, que espero que los dioses me permitan

disfrutar. Ojalá encuentre en mi casa, con buena salud, a mi admirable esposa y a mis amigos, y ojalá vosotros podáis hacer felices a vuestras mujeres y a vuestros hijos. Que los dioses os concedan toda suerte de bienes y no os suceda nada malo.

Así habló. Todos los que lo oyeron estuvieron de acuerdo con sus palabras y coincidieron en que debía tener su escolta, pues había hablado de forma razonable. Alcínoo le dijo a su criado:

—Pontonoo, mezcla vino en una cratera y sírvelo para que podamos rezar al padre Zeus y despedir a nuestro invitado.

Pontonoo mezcló entonces vino y agua, y lo sirvió a cada uno de los presentes, que hicieron sus libaciones desde sus asientos a los dioses dichosos que viven en el cielo. Ulises se levantó y puso una copa en manos de la reina Arete.

—Adiós, reina —dijo—, sé feliz para siempre, hasta que la vejez y la muerte, común destino de todos, pongan sus manos en ti. Ahora me despido, sé feliz en esta casa con tus hijos, con tu pueblo y con el rey Alcínoo.

Mientras hablaba cruzó el umbral, y Alcínoo envió a un hombre para acompañarlo a su nave y a la orilla del mar. Arete también envió a unas doncellas con él: una llevaba una túnica y un manto limpios; otra, un cofre; y la tercera, pan y vino. Cuando llegaron a la orilla, la tripulación subió los presentes, la comida y la bebida a bordo. Para que Ulises pudiera dormir tranquilo, los hombres extendieron una estera y una sábana de lino en la popa de la embarcación. Luego subió él también a bordo y se tendió en su lecho sin decir palabra. A continuación, todos ocuparon su sitio, largaron amarras, y empezaron a remar mar adentro. Ulises se sumió en un sueño profundo, dulce y casi igual que la muerte.

La nave corrió como una cuadriga cuando los caballos notan el látigo. La proa se curvó igual que el cuello de un caballo y una gran ola purpúrea borboteaba a su estela. Mantuvo firme el rumbo, y ni un halcón, la más veloz de las aves, habría podido seguirla. Así pues, se abrió paso por el agua, llevando a un varón que era tan astuto como los dioses y que ahora dormía plácidamente, ajeno a todo lo que había sufrido tanto en el campo de batalla como sobre las olas del fatigoso mar.

Pero Poseidón no olvidó las amenazas que le había hecho a Ulises y fue a ver a Zeus.

—Padre Zeus —dijo—, nadie me respetará entre los dioses si unos mortales como los feacios, que son sangre de mi sangre, me muestran tan poco aprecio. Dije que permitiría a Ulises regresar a casa cuando hubiese

sufrido lo suficiente. No dije que no volvería, pues ya sabía que habíais dado vuestra aprobación. Pero ahora lo han llevado en una nave profundamente dormido y lo han desembarcado en Ítaca después de regalarle más presentes de los que habría traído de Troya si hubiese cogido su parte del botín y hubiera llegado a casa sin contratiempos.

—¡Oh señor de los terremotos! ¿Qué estás diciendo? Ningún dios te ha faltado al respeto. Sería monstruoso que insultaran a alguien tan anciano y venerado como tú. No obstante, si algún mortal es tan insolente como para tratarte sin respeto, haz lo que creas conveniente y véngate si quieres.

—Lo habría hecho ya —respondió Poseidón—, pero no quería hacer nada que pudiera molestarte; ahora, pues, quiero hundir la nave feacia mientras regresa, así no escoltarán a nadie en el futuro. Y también quiero sepultar su ciudad debajo de una montaña gigantesca.

—Amigo mío —respondió Zeus—, te recomiendo que en el momento en que los de la ciudad estén viendo llegar la nave, la conviertas en una roca en forma de barco. Eso los dejará a todos atónitos; luego puedes sepultar su ciudad debajo de una montaña.

Cuando Poseidón, que circunda la tierra, oyó esto, fue a Esqueria, donde viven los feacios, y se quedó allí hasta que la nave, que navegaba veloz, se acercó. Entonces la convirtió en piedra y la empujó con la palma de la mano para clavarla en el mar. Después se marchó.

Pero Poseidón no olvidó las amenazas que le había hecho a Ulises y fue a ver a Zeus.

—Padre Zeus —dijo—, nadie me respetará entre los dioses si unos mortales como los feacios, que son sangre de mi sangre, me muestran tan poco aprecio. Dije que permitiría a Ulises regresar a casa cuando hubiese sufrido lo suficiente. No dije que no volvería, pues ya sabía que habíais dado vuestra aprobación. Pero ahora lo han llevado en una nave profundamente dormido y lo han desembarcado en Ítaca después de regalarle más presentes de los que habría traído de Troya si hubiese cogido su parte del botín y hubiera llegado a casa sin contratiempos.

—¡Oh señor de los terremotos! ¿Qué estás diciendo? Ningún dios te ha faltado al respeto. Sería monstruoso que insultaran a alguien tan anciano y venerado como tú. No obstante, si algún mortal es tan insolente como para tratarte sin respeto, haz lo que creas conveniente y véngate si quieres.

—Lo habría hecho ya —respondió Poseidón—, pero no quería hacer nada que pudiera molestarte; ahora, pues, quiero hundir la nave feacia mientras

regresa, así no escoltarán a nadie en el futuro. Y también quiero sepultar su ciudad debajo de una montaña gigantesca.

—Amigo mío —respondió Zeus—, te recomiendo que en el momento en que los de la ciudad estén viendo llegar la nave, la conviertas en una roca en forma de barco. Eso los dejará a todos atónitos; luego puedes sepultar su ciudad debajo de una montaña.

Cuando Poseidón, que circunda la tierra, oyó esto, fue a Esqueria, donde viven los feacios, y se quedó allí hasta que la nave, que navegaba veloz, se acercó. Entonces la convirtió en piedra y la empujó con la palma de la mano para clavarla en el mar. Después se marchó.

Los feacios empezaron a hablar entre ellos, y se dijeron:

—¡Oh! ¿Quién puede haber clavado la nave en el mar, justo cuando llegaba a puerto? Hace un momento se veía perfectamente.

Así hablaban, pero no encontraban explicación, y Alcínoo dijo:

—Recuerdo ahora la vieja profecía de mi padre. Decía que Poseidón se enfadaría con nosotros por llevar a la gente al otro lado del mar y que un día haría naufragar una nave feacia cuando volviera de una escolta y sepultaría nuestra ciudad debajo de una alta montaña. Eso decía mi anciano padre, y ahora se está cumpliendo. Hagamos, pues, lo que voy a decir; en primer lugar, debemos dejar de escoltar a la gente que llegue aquí, y, en segundo, sacrifiquemos doce toros escogidos a Poseidón para que se apiade de nosotros y no sepulse nuestra ciudad debajo de la montaña.

Al oírlo, el pueblo se asustó y fue a buscar los toros.

Y los jefes y los gobernantes de los feacios rezaron al soberano Poseidón de pie en torno a su altar.

Cuando Ulises se despertó, no reconoció su patria, pues había pasado fuera mucho tiempo; además, la hija de Zeus, Atenea, lo envolvió todo en la niebla para que nadie supiera de su llegada y ella pudiese contárselo todo, y para que ni su mujer, ni sus amigos ni el pueblo lo reconocieran hasta que se hubiese vengado de los malvados pretendientes. Así que todo le parecía diferente: los caminos, los puertos, los precipicios y los frondosos árboles. Cuando se puso en pie y contempló su patria, se golpeó los muslos con la palma de la mano y gritó desesperado:

—¡Ay! ¿Entre qué gentes he ido a parar? ¿Son salvajes e incivilizados o humanos y hospitalarios? ¿Dónde guardaré este tesoro y qué camino tomaré? Ojalá me hubiese quedado con los feacios. Quizá habría encontrado otro jefe que me hubiera guiado hasta mi patria. Ahora no sé dónde guardar mi tesoro, y tampoco puedo dejarlo aquí por miedo a que alguien se lo lleve. En verdad

los jefes y gobernantes feacios no se han portado bien conmigo y me han dejado en un país equivocado; dijeron que me llevarían de vuelta a Ítaca y no lo han hecho. Así los castigue Zeus, el protector de los suplicantes, pues él lo ve todo y castiga a quienes obran mal. Supongo que es mejor que cuente mis bienes y compruebe si la tripulación se ha llevado alguna cosa.

Contó todo, los calderos, los trípodes y todas las vestiduras, pero no faltaba nada. Siguió lamentándose por no estar en su propio país y estuvo yendo y viniendo por la orilla del sonoro mar llorando su triste destino. Luego Atenea fue a su encuentro bajo el aspecto de un joven pastor de porte delicado y principesco, con un buen manto sobre los hombros; llevaba sandalias en los bellos pies y empuñaba una jabalina. Ulises se alegró al verla y salió a su encuentro.

—Amigo —dijo—, eres la primera persona con quien me encuentro en estas tierras; te saludo y te ruego que estés bien dispuesto hacia mí. Protege mis bienes y también a mí, pues me abrazo a tus rodillas y te suplico como si fueses un dios. Dime, pues, y sé sincero, ¿qué tierra y qué país es este? ¿Quiénes son sus habitantes? ¿Estoy en una isla o me hallo en la orilla de algún continente?

—Forastero —respondió Atenea—, debes de ser muy simple o venir de algún lugar muy lejano para no saber qué país es este. Es un lugar muy famoso y mucha gente de todas partes lo conoce. Es escarpado y no es bueno para los caballos, pero no es una mala isla. En ella se cultiva el trigo y también da vino, pues la riegan la lluvia y el rocío, y tiene fuentes que nunca se secan. Por eso, señor, el nombre de Ítaca es conocido incluso en Troya, que tengo entendido que está muy lejos del país de los griegos.

Ulises se alegró de estar en su propio país y continuó hablando, pero no fue sincero y mintió por la astucia instintiva de su corazón.

—Oí hablar de Ítaca —dijo— cuando estuve en Creta^[54] más allá del mar, y ahora parece que he llegado a ella con todos estos tesoros. He dejado muchos más para mis hijos, pero huyo porque maté a Orsíloco, hijo de Idomeneo, el corredor más veloz de Creta: quería robarme el botín que había conseguido en Troya después de muchas dificultades y peligros tanto en el campo de batalla como sobre las olas del fatigoso mar. Aseguré que yo no había servido a su padre con lealtad en Troya, sino que mandaba por mi cuenta a mis hombres y a otros. Así que me embosqué en el camino con uno de mis hombres y lo maté con una lanza cuando volvía del campo a la ciudad. Era una noche muy oscura y nadie nos vio; no se supo, por tanto, que yo lo había matado. Sin embargo, poco después me dirigí a una nave y rogué a los

dueños, que eran fenicios, que me subieran a bordo y me dejaran en Pilos o en la Elide, y les ofrecí parte del botín hasta que aceptaron. No planeaban ninguna treta, pero el viento los apartó de su rumbo y navegamos hasta llegar aquí de noche. Lo único que pudimos hacer fue entrar en el puerto, y, tras desembarcar, nos pusimos a dormir. Yo estaba muy cansado y me quedé dormido enseguida, así que desembarcaron mis cosas de la nave y las dejaron al lado de donde yo yacía en la arena. Luego siguieron su viaje hasta Sidonia y me dejaron aquí muy atribulado.

Esa fue su historia, pero Atenea sonrió y le acarició con la mano. Luego adoptó la forma de una bella mujer alta y sabia.

—Ciertamente debe de ser un hombre muy astuto y mentiroso —dijo— quien pueda superarte en ardides, incluso aunque tengas a un dios delante de ti. Osado como eres, lleno de astucias, infatigable en el engaño, ¿es que no puedes dejar tus trucos y tus mentiras ni siquiera ahora que vuelves a estar en tu país? Pero no hablemos más del asunto, ambos sabemos engañar si la ocasión lo requiere: tú eres el orador y consejero más cabal entre los hombres, mientras que yo no tengo rival en cuanto a ingenio y sutileza entre los dioses. ¿No has reconocido a Atenea, la hija de Zeus, a mí, que he estado siempre contigo, que te he protegido en todas tus desventuras y que persuadí a los feacios para que te apreciaran? Heme aquí otra vez para hablar contigo y ayudarte a esconder el tesoro que hice que te dieran los feacios, y para mostrarte las dificultades que te esperan en tu propia casa. Deberás enfrentarte a ellas, pero no digas a nadie, hombre ni mujer, que has vuelto. Sopórtalo todo y aguanta las insolencias de todos sin decir palabra.

—Un hombre, diosa —respondió Ulises—, puede saber mucho, pero cambias tan constantemente de forma que, cuando uno se encuentra contigo, es difícil saber si eres tú o no. Esto, no obstante, sí que sé: fuiste muy benévola conmigo mientras los griegos combatimos ante Troya, pero desde el día en que subimos a bordo después de saquear a la ciudad de Príamo y un dios nos dispersó, desde ese día, Atenea, no volví a verte, y no recuerdo que subieras a mi nave para ayudarme cuando estaba en apuros; tuve que vagar triste y apesadumbrado hasta que los dioses me libraron de la desdicha y llegué a la ciudad de los feacios, donde me animaste y me llevaste a la ciudad. Y ahora te imploro en nombre de tu padre que me digas la verdad, pues no creo haber vuelto a Ítaca. ¿Estoy en otro país y te burlas y me engañas con todo lo que has dicho? Sé sincera, ¿he vuelto de verdad a mi patria?

—Siempre se te meten cosas así en la cabeza —respondió Atenea—, por eso no puedo abandonarte en tu infortunio; eres muy razonable, astuto y

perspicaz. Cualquiera que no fueses tú habría corrido a casa a ver a su mujer y a sus hijos al volver de un viaje tan largo, pero tú no preguntas por ellos ni pareces querer tener noticias tuyas hasta haber puesto a prueba a tu mujer, que está en casa llorándote en vano y no conoce la paz ni de día ni de noche por las lágrimas que vierte por tu causa. En cuanto a lo de no haber estado a tu lado, estaba segura de que volverías sano y salvo, aunque perdieras a todos tus hombres, y no quería pelearme con mi tío Poseidón, que no te ha perdonado que cegases a su hijo. Ahora, no obstante, te mostraré esta parte de Ítaca y así tal vez me creas. Este es el puerto del viejo tritón Forcis y aquí está el olivo que crece en lo alto. Cerca está la cueva sagrada de las náyades, en la que has ofrecido muchos dignos sacrificios a las ninfas. Y ese es el boscoso monte Nérito.

Mientras hablaba, la diosa disipó la niebla y apareció la tierra. Entonces Ulises se regocijó de hallarse de vuelta en su patria y besó el suelo generoso; alzó las manos y rezó a las ninfas, diciendo:

—Náyades, ninfas, hijas de Zeus, pensaba que no volvería a veros, ahora os saludo con todo mi afecto y os traeré ofrendas como en los viejos tiempos si la temible hija de Zeus me concede larga vida y ver crecer a mi hijo hasta que sea un hombre.

—Ten valor y no te preocupes por eso —respondió Atenea—, metamos cuanto antes tus cosas en la cueva, donde estarán a salvo. Veamos cómo disponerlo todo de la mejor manera.

Y con esas palabras entró en la cueva para buscar los mejores escondrijos, mientras Ulises trasladaba allí el tesoro de oro, bronce y fastuosos ropajes que le habían regalado los feacios. Lo ocultaron todo con cuidado y Atenea tapó la entrada de la cueva con una roca. Luego los dos se sentaron en la raíz del olivo y planearon cómo lograr la destrucción de los malvados pretendientes.

—Ulises —dijo Atenea—, noble hijo de Laertes, piensa en cómo acabar con esas personas desvergonzadas que se han adueñado de tu casa estos tres años y que han cortejado a tu mujer y le han hecho regalos de boda. Pero ella no hace más que lamentar tu ausencia y les da esperanzas y envía mensajes de ánimo a todos, a pesar de que piensa justo lo contrario de lo que dice.

Y Ulises respondió:

—En verdad, diosa, parece que habría encontrado en mi casa un final tan funesto como Agamenón en la suya si no me hubieses advertido a tiempo. Aconséjame ahora el mejor modo de vengarme. Quédate a mi lado y presta tu valor a mi corazón como el día en que tomamos Troya. Ayúdame ahora como

hiciste entonces y combatiré contra trescientos hombres si tú, diosa, estás a mi lado.

—Confía en mí —dijo—, no te perderé de vista. Creo que alguno de los que están devorando tu hacienda salpicarán el suelo con su sangre y sus sesos. Haré que nadie te reconozca: cubriré tu cuerpo de arrugas, perderás tu pelo rubio, te vestiré con una prenda que repugnará a todos los que te vean, llenaré de legañas tus bellos ojos y te convertiré en un ser despreciable para los pretendientes, para tu mujer y para el hijo al que dejaste atrás. En primer lugar, dirígete a ver al porquero que cuida tus cerdos, siempre te ha tenido afecto y adora a Penélope y a tu hijo; lo encontrarás dando de comer a los cerdos cerca de la roca del Cuervo, junto a la fuente Aretusa, donde engordan con hayucos y agua de manantial. Quédate con él y averigua cómo están las cosas, mientras yo voy a ver a tu hijo, que se encuentra con Menelao en Esparta, adonde ha ido a intentar averiguar si sigues con vida.

—Pero ¿por qué —preguntó Ulises— no se lo dijiste si ya lo sabías? ¿Es que querías que se embarcara entre toda suerte de peligros mientras otros devoraban su hacienda?

—No te preocupes por él —respondió Atenea—, lo envié allí para que hablen bien de él por haber ido. No ha sufrido ningún contratiempo, sino que se aloja cómodamente con Menelao y está rodeado de toda clase de riquezas. Los pretendientes se han hecho a la mar y le están esperando con intención de matarlo antes de que pueda llegar a casa. No lo conseguirán, sino que algunos de los que están devorando tu hacienda irán antes a la tumba.

Mientras hablaba, Atenea lo tocó con su vara y lo cubrió de arrugas, le quitó el pelo y marchitó su carne; llenó de legañas sus ojos, que eran muy hermosos; cambió su ropa y le puso encima unos harapos y una túnica hecha jirones, sucia y tiznada de humo; también le dio una piel de ciervo sin curtir como abrigo y un báculo y una bolsa llena de agujeros, con una cuerda para que se la echara al hombro.

Cuando la pareja terminó de trazar así sus planes, se despidieron, y la diosa se dirigió a Esparta a buscar a Telémaco.

CANTO XIV

ULISES EN LA CABAÑA DE EUMEO

Ulises dejó el puerto y siguió el accidentado sendero por el bosque más allá de la cima de la montaña hasta que llegó al lugar donde Atenea le había dicho que encontraría al porquero, que era el mejor sirviente que tenía. Lo encontró sentado delante de su cabaña, que estaba al lado del cercado que había construido en un sitio que se veía desde lejos. Lo había hecho bello y espacioso, con mucho espacio para que corrieran los cerdos; lo había construido en ausencia de su amo, con piedras recogidas del suelo, sin decir nada a Penélope ni a Laertes, y lo había cercado en lo alto con espinos. Fuera había levantado una recia valla de postes de roble, cortados por la mitad y muy juntos, y dentro había dispuesto doce pocilgas una al lado de la otra para que se tumbaran las cerdas. Había cincuenta cerdas en cada porqueriza, todas con lechones; los cerdos dormían fuera y eran muchos menos, pues los pretendientes se los habían comido, y el porquero tenía que enviarles siempre los mejores. Había trescientos sesenta machos y los cuatro perros del porquero, que eran feroces como lobos, dormían siempre con ellos. En ese momento, el porquero se estaba haciendo un par de sandalias con piel de buey. Tres de sus hombres estaban recogiendo a los puercos en un sitio o en otro, y había enviado al cuarto a la ciudad con un macho que le habían obligado a llevar los pretendientes para sacrificarlo y saciarse de carne.

Cuando los perros vieron a Ulises, empezaron a ladrar con furia y se abalanzaron sobre él, pero Ulises fue lo bastante astuto para sentarse y soltar el báculo que llevaba en la mano. Lo habrían despedazado en su propia casa si el porquero no hubiera dejado la piel de buey y salido corriendo por la puerta para espantar a los perros gritándoles y lanzándoles piedras.

Luego le dijo a Ulises:

—Anciano, los perros probablemente habrían acabado contigo, y luego habría tenido problemas. Los dioses ya me han enviado suficientes preocupaciones, pues he perdido al mejor de los amos y vivo lamentándome por eso. Tengo que cuidar cerdos para que se los coman otras personas, mientras él, si es que vive para ver la luz del día, pasa hambre en alguna tierra lejana. Pero ven adentro y, cuando te hayas saciado de pan y vino, dime de dónde vienes y cuéntame tus desventuras.

El porquero le acompañó al interior de la cabaña y le pidió que se sentara. Extendió un mullido lecho de ramas en el suelo y colocó encima la gruesa piel de cabra silvestre que usaba para dormir por la noche. A Ulises le gustó esta bienvenida y dijo:

—Ojalá que, como pago por la hospitalidad con que me has recibido, Zeus y los demás dioses te concedan lo que tu corazón desee.

A esto respondiste, oh Eumeo^[55]:

—Forastero, aunque viniera un hombre aún más pobre, no estaría bien por mi parte insultarle, pues todos los forasteros y los mendigos los envía Zeus. Tendrás que contentarte con lo que te dé y estar agradecido, pues los sirvientes viven atemorizados cuando tienen a jóvenes señores por amos. Y esta es mi desdicha ahora: los dioses han impedido el regreso de quien habría sido generoso conmigo y me habría dado una casa, un poco de tierra, una mujer hermosa y todo lo que un amo generoso concede a un criado que ha trabajado de firme para él y cuya labor han favorecido los dioses como han hecho conmigo. Si mi señor hubiese envejecido aquí, habría hecho grandes cosas por mí, pero ha muerto, ojalá la estirpe de Helena sea destruida, pues ella ha sido la causa de la muerte de muchos hombres buenos. Eso fue lo que llevó a mi amo a Troya, la tierra de nobles corceles, a luchar con los troyanos por la causa del rey Agamenón.

Mientras hablaba se ciñó el cinto y fue a las pocilgas donde estaban encerrados los lechones. Escogió dos y los sacrificó. Los chamuscó, los troceó y los ensartó en espetones; cuando terminó de asar la carne, se la puso delante a Ulises, caliente y todavía en el espetón, y espolvoreó encima harina blanca de cebada. Luego el porquero mezcló vino en un cuenco de madera, tomó asiento frente a Ulises y le pidió que empezara a comer.

—Come, forastero —dijo—, lechón, lo que se permite a los criados. Los cerdos cebados son para los pretendientes, que los devoran sin vergüenza ni escrúpulos. No obstante, los dioses benditos desaprueban hechos tan vergonzosos y respetan a quienes hacen lo que es justo y legítimo. Incluso a los feroces piratas que saquean tierras ajenas, y a quienes Zeus concede su

botín, incluso a ellos les remuerde la conciencia cuando vuelven a casa con las naves llenas, y esperan temerosos su juicio; pero algún dios parece haber dicho a esta gente que Ulises ha muerto y se niegan a regresar a casa y hacen ofertas de matrimonio de la manera acostumbrada solo para devorar su hacienda por la fuerza, sin miedo ni límites. No pasa un día sin que sacrifiquen varias víctimas, y no una ni dos, y beban su vino, pues era un hombre muy rico. Ningún otro en Ítaca ni en el continente lo es tanto como lo era él; tenía tanto como veinte hombres juntos. Te diré lo que tenía. En el continente hay doce manadas de vacas y otros tantos rebaños de ovejas, también hay doce piaras de cerdos, y tanto sus hombres como otras personas cuidan de doce rebaños de cabras. Aquí en Ítaca apacientan rebaños de cabras aún más numerosos al otro extremo de la isla. Cada uno de ellos envía todos los días la mejor cabra del rebaño a los pretendientes. En cuanto a mí, estoy a cargo de los cerdos que ves aquí y tengo que escoger los mejores y enviárselos.

Esta fue su historia, y Ulises siguió comiendo y bebiendo vorazmente, pensando en su venganza. Cuando comió suficiente y se sació, el porquero cogió el cuenco que usaba para beber, lo llenó de vino y se lo dio a Ulises, que se alegró y dijo al cogerlo entre las manos:

—Amigo, ¿quién era ese amo tuyo que te compró y te pagó y que era tan rico y poderoso como cuentas? Dices que pereció por la causa del rey Agamenón; dime quién era, por si lo he conocido. Saben Zeus y los demás dioses si podría darte noticias de él, pues he viajado mucho.

Eumeo respondió:

—Anciano, ningún viajero que llegue con noticias tuyas conseguirá que la mujer y el hijo de Ulises creen su historia. Además, los vagabundos que buscan un lugar donde alojarse tienen la boca llena de mentiras y no dicen una palabra de verdad; todos los que llegan a Ítaca van a ver a mi ama y le cuentan mentiras, y ella los acoge y les hace toda suerte de preguntas, llorando como hacen las mujeres cuando pierden a sus maridos. Y tú también, anciano, a cambio de una túnica y un manto inventarías sin duda una bonita historia. Pero hace mucho que los lobos y las aves de presa han despedazado a Ulises, o que los peces del mar lo han devorado, y sus huesos yacen enterrados profundamente en la arena en alguna costa extranjera; está muerto para desgracia de todos los suyos, y sobre todo para mí, pues vaya donde vaya no encontraré un amo tan bueno, ni siquiera aunque volviese a casa con mi padre y mi madre, donde nací y me crie. No obstante, no echo tanto de menos a mis padres, aunque me gustaría volver a verlos en mi patria, como a Ulises,

pues me tenía mucho aprecio y siempre cuidó bien de mí. Por ello, esté donde esté, siempre honraré su recuerdo.

—Amigo —respondió Ulises—, estás muy convencido y te cuesta creer que tu amo vaya a regresar; no obstante, estoy dispuesto a jurarte que volverá. No me des nada a cambio de esta noticia hasta que haya venido, luego puedes darme una túnica y un manto, si quieres. Estoy muy necesitado, pero no aceptaré nada hasta entonces, pues tanto como al fuego del infierno odio al hombre que deja que su pobreza le tienta para mentir. Juro por el soberano Zeus, por los ritos de la hospitalidad y por el hogar de Ulises al que he llegado ahora que todo ocurrirá como he dicho. Ulises volverá este mismo año: entre el final de esta luna y el comienzo de la siguiente vendrá a vengarse de todos los que están maltratando a su mujer y a su hijo.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—Anciano, no cobrarás por traer buenas noticias, Ulises nunca volverá a casa; bebe tu vino en paz y hablemos de otras cosas. No sigas recordándome todo esto; siempre me duele cuando alguien habla de mi honrado amo. Dejemos de lado tu juramento, cuánto desearía que volviese, igual que Penélope, su viejo padre Laertes y su hijo Telémaco. También me aflige lo de su hijo; estaba llegando a la edad viril y prometía no ser peor que su padre tanto en porte como figura, pero alguien, sea hombre o dios, le ha turbado la mente, así que ha ido a Pilos a intentar conseguir noticias de su padre, mientras los pretendientes aguardan emboscados su regreso con la esperanza de dejar sin descendientes la casa de Arcisio en Ítaca. Pero no hablemos más de él; que lo atrapen o escape si el hijo de Cronos extiende su mano para protegerlo. Y ahora, anciano, cuéntame tu historia; dime también, pues quiero saberlo, de dónde eres y de dónde vienes. Háblame de tu ciudad y de tus padres, en qué nave has llegado, qué tripulación te ha traído a Ítaca y de dónde decían ser, pues no puedes haber llegado por tierra.

Y Ulises respondió:

—Te lo contaré todo. Si tuvieses carne y vino suficiente y pudiéramos quedarnos en la cabaña sin otra cosa que hacer que comer y beber mientras los demás iban a trabajar, podría pasar doce meses explicando sin terminar el relato de las penas que han tenido a bien enviarme los dioses.

»Soy cretense de nacimiento; mi padre era un hombre rico que tuvo muchos hijos de su matrimonio, aunque yo nací de una esclava que había comprado como concubina. No obstante, mi padre, Cástor, hijo de Hílix (de cuya estirpe descendo y a quien los cretenses honraban por su riqueza y prosperidad, y por el valor de sus hijos), me trató como a mis otros hermanos

nacidos en su matrimonio. Sin embargo, cuando la muerte se lo llevó a la casa de Hades, sus hijos se repartieron su herencia y echaron a suerte las partes, y a mí me dieron solo una casa y poco más. Mi valor me permitió emparentar con una familia rica, pues no era fanfarrón ni me acobardaba en el campo de batalla. Todo eso ha quedado atrás, pero espero que viendo la paja sepas ver cómo era la espiga, pues he pasado tribulaciones sin cuento. Ares y Atenea me hicieron intrépido en la guerra; una vez escogidos mis hombres para sorprender al enemigo en una emboscada, no me preocupaba la muerte, sino que era el primero en avanzar y matar con la lanza a todo el que me encontrara. Así era yo en la batalla, pero el trabajo en la granja no me interesaba, ni la vida hogareña de quienes se dedican a criar hijos. Mi placer estaba en las naves y en la guerra, en las flechas y las lanzas, cosas que estremecen a la mayoría de los hombres. A unos les gustan unas cosas y a otros, otras. Antes de que los griegos fuesen a Troya, nueve veces capitaneé naves en el extranjero y obtuve una gran riqueza. Yo era el primero en escoger el botín y luego se me asignaba mucho más.

»Mi hacienda creció y me convertí en un gran hombre entre los cretenses, pero, cuando Zeus aconsejó la terrible expedición en la que tantos perecieron, el pueblo quiso que Idomeneo y yo capitaneáramos las naves a Troya y no pudimos negarnos, pues todos insistieron en que así fuese. Allí luchamos nueve años, pero al décimo saqueamos la ciudad de Príamo. Estábamos volviendo a casa cuando un dios nos dispersó, fue entonces cuando Zeus urdió mi infortunio. Solo llevaba un mes feliz con mis hijos, mi mujer y mis bienes, cuando se me ocurrió la idea de navegar a Egipto, así que dispuse una flota y busqué tripulantes. Tenía nueve naves, y los hombres se apresuraron a embarcar en ellas. Mis hombres y yo celebramos banquetes seis días, y les encontré muchas víctimas tanto para sacrificarlas a los dioses como para ellos mismos, pero al séptimo día subimos a bordo y largamos velas desde Creta con un viento favorable de popa como si estuviésemos descendiendo un río. No le ocurrió nada malo a ninguna de las naves y nadie enfermó, sino que dejamos que las naves fuesen adonde las llevasen el viento y los timoneles. Al quinto día llegamos al río Egipto; allí fondeé las naves en el río y ordené a mis hombres que se quedaran en ellas y las vigilaran mientras enviaba exploradores a observar desde alguna altura.

»Pero los hombres desobedecieron mis órdenes. Siguieron sus propios planes y saquearon el país de los egipcios, mataron a los hombres y se llevaron cautivos a las mujeres y a los niños. La alarma pronto llegó a la ciudad, y, cuando oyeron el grito de guerra, los hombres acudieron al

despuntar el alba hasta que la llanura se llenó de jinetes y soldados a pie y del brillo de las armaduras. Entonces Zeus extendió el pánico entre mis hombres y se negaron a enfrentarse al enemigo al verse rodeados. Los egipcios mataron a muchos y nos dejaron con vida al resto para que trabajáramos para ellos. Zeus, no obstante, me inspiró para hacer lo siguiente, ¡ojalá hubiese muerto entonces en Egipto, pues me aguardaban muchas penalidades!: me quité el casco y el escudo y solté la lanza al suelo, luego me dirigí al carro del rey, me abracé a sus rodillas y se las besé, tras lo cual él me perdonó la vida, me invitó a subir a su carro y me llevó a su casa. Muchos me amenazaron con sus lanzas e intentaron matarme en su furia, pero el rey me protegió, pues temía la cólera de Zeus, el protector de los forasteros, que castiga a quienes obran mal.

»Me quedé allí siete años y acumulé mucho dinero entre los egipcios, pues todos me dieron alguna cosa; pero, cuando iba ya por el octavo año, llegó cierto fenicio, un canalla taimado que ya había cometido toda suerte de vilezas, y este hombre me convenció para que fuese con él a Fenicia, donde estaban su casa y sus posesiones. Me quedé allí doce meses, pero, transcurrido ese tiempo, cuando pasaron los meses y los días y volvió la misma estación, me pidió que me embarcara con él en una nave con destino a Libia con la excusa de ir a recoger un cargamento a ese lugar, aunque en realidad quería venderme como esclavo y quedarse con mi dinero. Yo sospeché de sus intenciones, pero subí a bordo con él, pues no pude evitarlo.

»La nave avanzó con viento fresco del norte hasta que llegamos al mar que se extiende entre Creta y Libia; allí, no obstante, Zeus decidió su destrucción, pues, en cuanto salimos de Creta y no pudimos ver más que el cielo y el mar, alzó una negra nube sobre nuestra nave y el mar se oscureció debajo de ella. Luego Zeus golpeó con un rayo la nave, que empezó a girar envuelta en fuego y azufre. Todos los hombres cayeron al mar y se quedaron flotando como gaviotas alrededor de la nave, pero el dios enseguida les privó de cualquier oportunidad de regresar a casa. Yo estaba muy abatido. No obstante, Zeus hizo que el mástil de la nave quedara a mi alcance, y así salvé la vida, pues me aferré a él y floté lejos de la furia de la tempestad. Nueve días estuve a merced del mar, pero en la oscuridad de la novena noche una enorme ola me llevó a la costa de Tesprotia. Allí, Fidón, el rey de los tesprotos, me recibió con hospitalidad sin pedirme nada a cambio, pues su hijo me encontró cuando estaba medio muerto de frío y fatiga, me cogió de la mano, me llevó a casa de su padre y me dio ropa para ponerme.

»Fue allí donde tuve noticias de Ulises, pues el rey me dijo que lo había recibido y había sido muy hospitalario con él en su viaje de regreso. Me mostró también el tesoro de oro, hierro y bronce que había reunido Ulises. Había suficiente para mantener a su familia durante diez generaciones, y todo lo había dejado en la casa del rey Fidón. Y el rey explicó que Ulises había partido a Dodona para averiguar la voluntad de Zeus mediante el roble del dios respecto a si, después de tan larga ausencia, debía volver a Ítaca abiertamente o en secreto^[56]. Además, el rey juró en mi presencia, mientras hacía libaciones en su propia casa, que la nave estaba en la orilla y que había encontrado una tripulación que lo llevaría a su patria. No obstante, me despidió antes de que volviera Ulises, pues había una nave tesprota a punto de partir hacia la isla de Duliquio y les pidió que me llevaran sano y salvo con el rey Acasto.

»Estos hombres tramaron un plan contra mí, pues, cuando el barco se alejó de tierra, decidieron venderme como esclavo. Me quitaron la túnica y el manto que llevaba y me dieron los harapos viejos con los que me ves ahora; luego, al caer la noche, llegaron a Ítaca y me ataron con una fuerte cuerda en el barco, mientras ellos desembarcaban para cenar a la orilla del mar. Pero los dioses deshicieron los nudos por mí, y, después de enrollarme los harapos sobre la cabeza, me deslicé por el timón hasta el mar, nadé hasta alejarme de ellos y salí a tierra cerca de un bosque, en el que me oculté. Ellos se enfadaron mucho y fueron a buscarme, hasta que por fin pensaron que era en vano y volvieron a su nave. Los dioses, después de esconderme, me llevaron a la puerta de un buen hombre como tú, pues no parece que vaya a morir todavía.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—Pobre y desdichado forastero, la historia de tus desventuras me ha interesado mucho, pero la parte sobre Ulises no es cierta y no conseguirás que la crea. ¿Por qué un hombre como tú tiene que contar mentiras de ese modo? Sé todo sobre el regreso de mi amo. Los dioses lo detestan, de lo contrario se lo habrían llevado delante de Troya o le habrían permitido morir rodeado de amigos al acabar la guerra; en ese caso los griegos habrían construido un túmulo sobre sus cenizas y su hijo habría heredado su renombre, pero ahora los vientos tormentosos se lo han llevado y no sabemos adónde.

»En cuanto a mí, vivo apartado con los cerdos y nunca voy a la ciudad a no ser que Penélope me mande llamar cuando llega alguna noticia de Ulises. Entonces se sientan todos en círculo y hacen preguntas, tanto quienes lamentan la ausencia del rey como quienes se alegran de ella porque pueden

devorar su hacienda sin tener que pagarla. Por mi parte, nunca me he molestado en preguntar a nadie desde que me engañó un etolio que había matado a un hombre y recorrido un largo camino hasta llegar a mi casa, donde fui muy amable con él. Dijo que había visto a Ulises con Idomeneo entre los cretenses reparando las naves que había dañado el vendaval. Afirmó que Ulises volvería el verano o el otoño siguiente con sus hombres, y que regresaría cargado de riquezas. Y ahora tú, anciano desdichado, a quien el destino ha traído a mi puerta, no intentes halagarme con vanas esperanzas. No es ese el motivo de que te trate con amabilidad, sino solo por respeto a Zeus, el dios de la hospitalidad, a él lo temo y a ti te compadezco.

—Veo que eres difícil de convencer —respondió Ulises—; te lo he jurado, y aun así sigues sin creermelo. Hagamos un trato y pongamos a los dioses del cielo por testigos. Si tu amo vuelve a casa, dame un buen manto y una túnica y envíame a Duliquio, donde quiero ir; pero, si no viene, manda a tus hombres que me apresen y despeñen por ese precipicio de ahí como advertencia para que los vagabundos no vayan por ahí contando mentiras.

—¡Vaya fama ganaría —respondió Eumeo— si te matase después de haberte recibido en mi cabaña y ofrecido mi hospitalidad! ¿Cómo podría rezar después a Zeus? Pero es la hora de la cena y espero que mis hombres vengan pronto para que podamos cocinar algo sabroso.

Así hablaron, y poco después llegaron los porqueros con los cerdos, a los que encerraron en las pocilgas para pasar la noche, y sus chillidos organizaron un tremendo escándalo cuando los recogieron. Y Eumeo llamó a sus hombres y dijo:

—Traed el mejor cerdo que tengáis para que pueda sacrificarlo por este forastero, y comeremos nosotros también. Ya nos hemos esforzado demasiado engordando los cerdos para que otros recojan el fruto de nuestro esfuerzo.

Dichas esas palabras empezó a cortar leña, mientras los demás iban a buscar un cerdo cebado de cinco años y lo colocaban en el altar. Eumeo no se olvidó de los dioses, pues era un hombre piadoso, así que lo primero que hizo fue arrancar unas cerdas de la cara del animal, arrojarlas al fuego y rezar a todos los dioses por el retorno de Ulises. Luego lo mató golpeándolo con un tronco. Entonces degollaron y chamuscaron el animal, tras lo cual lo despedazaron. Eumeo echó al fuego trozos de carne con grasa y espolvoreada con harina de cebada. El resto de la carne lo cortaron en trozos pequeños que clavaron en los espetones y asaron hasta que estuvieron hechos; cuando los quitaron de los espetones, los pusieron en una bandeja. El porquero, que era un hombre muy equitativo, se puso en pie para darle a cada uno su parte. Hizo

siete partes; una la dejó para Hermes, el hijo de Maya, y otra para las ninfas, a los que también rezó; las otras las repartió entre los hombres. Dio a Ulises, como prueba de respeto, el lomo, y Ulises quedó muy complacido.

—Espero, Eumeo —dijo—, que Zeus esté tan bien dispuesto hacia ti como lo estoy yo por el respeto que demuestras a un pobre como yo.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—Come, buen hombre, y disfruta de la cena ahora que puedes. Un dios nos da y nos quita según su voluntad, pues puede hacer lo que le plazca.

Mientras hablaba cortó el primer pedazo, que ofreció a los dioses inmortales; después hizo una libación, puso la copa en manos de Ulises y se sentó a comer su parte. Mesaulio les llevó su propio pan; el porquero había comprado a ese hombre a los tafios, y pagó por él con su propio dinero sin decir nada a su ama ni a Laertes. Luego todos echaron mano a las viandas que tenían delante y, cuando se saciaron de comer y beber, Mesaulio se llevó el pan que había sobrado, y todos se dispusieron a irse a dormir.

La noche era tempestuosa y muy oscura, pues no había luna. Diluviaba sin parar y soplaban un viento húmedo del oeste, así que Ulises pensó comprobar si Eumeo, que tan hospitalario había sido, se quitaría su propio manto y se lo daría o si pediría a uno de sus hombres que se lo diese.

—Escuchadme —dijo—, Eumeo y los demás, os voy a contar una historia. Es el vino el que me vuelve tan locuaz; el vino hace que incluso un hombre cabal se ponga a cantar, hará que ría y baile y diga muchas palabras que más le habría valido no decir. Aun así, ya que he empezado, seguiré. Ojalá fuese aún joven y fuerte como cuando tendimos una emboscada delante de Troya. Los jefes eran Menelao y Ulises, pero yo también estaba al mando, pues así lo quisieron ellos. Cuando llegamos a las murallas de la ciudad, nos tendimos entre los matojos y los juncos, bajo los escudos. Soplaban viento del norte y hacía mucho frío; la nieve caía fina y cubría los escudos. Todos los demás llevaban mantos y túnicas y durmieron bastante cómodos bajo los escudos, pero yo había olvidado mi manto por descuido, sin pensar que haría tanto frío, y solo tenía mi túnica y mi escudo. Cuando pasaron dos tercios de la noche y las estrellas cambiaron de posición, le di un codazo a Ulises, que estaba a mi lado, y él me prestó atención enseguida.

»—Ulises —le dije—, este frío me va a matar, pues no tengo manto; algún dios me engañó y me hizo venir solo con la túnica y no sé qué hacer.

»A Ulises, que era tan astuto como valiente, se le ocurrió el siguiente plan:

»—Calla —dijo en voz baja— o te oirán los demás.

»Luego se apoyó en el codo y levantó la cabeza.

»—Amigos —dijo—, un dios me ha enviado un sueño mientras dormía. Estamos lejos de los barcos, quiero que alguien vaya a decirle a Agamenón que nos envíe más hombres cuanto antes.

»Al oírle, Toante, hijo de Andremón, se quitó el manto y echó a correr hacia las naves, tras lo cual cogió su manto y me tumbé cómodamente hasta la mañana. Ojalá fuese tan joven y fuerte como en aquellos tiempos, pues entonces alguno de vosotros, porquerizos, me daría un manto tanto por buena voluntad como por respeto a un soldado valiente, pero ahora la gente me mira con desprecio porque voy vestido con harapos.

Y Eumeo respondió:

—Anciano, nos has contado una historia excelente y hasta ahora no has dicho nada que no sea razonable; de momento, pues, no te faltará ropa ni nada que un forastero en apuros pueda desear, pero mañana por la mañana deberás volver a ponerte tus viejos harapos, pues no tenemos mantos ni túnicas de sobra, sino que cada cual tiene el suyo. Cuando vuelva el hijo de Ulises, él te dará un manto y una túnica y te enviará allí donde desees ir.

Con estas palabras se puso en pie y preparó la cama de Ulises extendiendo unas pieles de cabra y oveja en el suelo delante del fuego. Ulises se tumbó, y Eumeo le tapó con un grueso y pesado manto que guardaba por si hacía muy mal tiempo.

Así durmió Ulises, y los jóvenes durmieron a su lado. Pero al porquero no le gustaba dormir lejos de sus puercos, así que se preparó para ir afuera, y a Ulises le gustó comprobar que cuidaba de sus bienes en ausencia de su amo. Primero se ciñó la espada a los robustos hombros y se echó encima un grueso manto para protegerse del viento. También cogió la piel de una cabra grande y bien cebada, y una lanza por si le atacaban hombres o perros, y fue a descansar donde dormían los cerdos, al pie de una roca que les protegía del viento del norte.

CANTO XV

TELÉMACO REGRESA A ÍTACA Y ENCUENTRA A TEOCLÍMENO TELÉMACO VA A LA CABAÑA DE EUMEO

Entretanto Atenea fue a la bella ciudad de Esparta a advertir al hijo de Ulises que debía regresar cuanto antes. Los encontró a él y a Pisístrato durmiendo en el pórtico de la casa de Menelao; Pisístrato dormía profundamente, pero Telémaco no había podido descansar en toda la noche pensando en su desdichado padre. Atenea fue a su lado y le dijo:

—Telémaco, no deberías seguir tan lejos de tu hogar mucho más tiempo ni dejar tus bienes con gente tan peligrosa en tu casa; consumirán todo lo que tienes y tu empresa no habrá tenido sentido. Pide a Menelao que te envíe cuanto antes a casa si quieres encontrar a tu excelente madre todavía allí a tu llegada. Su padre y sus hermanos insisten ya en que se case con Eurímaco, que le ha dado más que los otros, y cada vez le hace más presentes nupciales. Espero que no se lleven nada valioso de la casa contra tu voluntad, pero ya sabes cómo son las mujeres: siempre quieren lo mejor para el hombre con quien se casan y no vuelven a pensar en los hijos del primer marido, ni tampoco en su padre, cuando está muerto y enterrado. Vuelve a casa, pues, y pon todo a cargo de la sirvienta más respetable que tengas hasta que los dioses te envíen una esposa. Deja que te hable de otro asunto: los principales pretendientes se han emboscado en el estrecho entre Ítaca y Samos con la intención de matarte antes de que vuelvas a casa. No lo conseguirán; es más probable que algunos de los que ahora devoran tu hacienda encuentren su propia tumba. Navega día y noche y aparta tu nave de las islas; el dios que vela por ti y te protege te enviará un viento favorable. En cuanto llegues a Ítaca, envía tu nave y tus hombres a la ciudad, pero tú ve a ver al porquero que cuida de tus cerdos; está bien dispuesto hacia ti, quédate con él, pues, esa

noche, y luego envíalo con Penélope para decirle que has vuelto sano y salvo de Pilos.

Después volvió al Olimpo, pero Telémaco despertó a Pisístrato dándole con el talón y le dijo:

—Despierta, Pisístrato, y engancha los caballos al carro, tenemos que volver a casa.

Pero Pisístrato respondió:

—Por mucha prisa que tengamos no podemos viajar en la oscuridad. Pronto amanecerá, espera hasta que Menelao haya traído sus presentes y mande subirlos al carro; deja que nos despedamos como es costumbre. Mientras viva, un huésped no debería olvidar nunca al anfitrión que le ha recibido con hospitalidad.

Mientras hablaba empezó a despuntar el día^[57], y Menelao, que se había levantado ya y había dejado a Helena en la cama, fue a verlos. Cuando Telémaco lo vio, se puso la túnica lo más deprisa posible, se echó un manto sobre los hombros y salió a su encuentro.

—Menelao —dijo—, deja que regrese a mi país, pues quiero volver a casa.

Y Menelao respondió:

—Telémaco, si insistes en marcharte, no seré yo quien te lo impida. No me gustan los anfitriones demasiado apegados ni demasiado fríos con sus huéspedes. La moderación es lo mejor en todos los casos, y no dejar marchar a un hombre cuando quiere irse es tan malo como echarlo cuando desea quedarse. Hay que tratar bien a los huéspedes cuando están en la casa y despedirlos cuando quieren marcharse. Espera, pues, a que suban tus hermosos presentes al carro y a haberlos visto. Les diré a las mujeres que te preparen comida con lo que haya en la casa; será más apropiado y menos oneroso para ti comer aquí antes de emprender tan largo viaje. Es más, si deseas hacer un viaje por la Hélade o el Peloponeso, engancharé mis caballos y yo mismo te llevaré a nuestras ciudades principales. Nadie nos despedirá con las manos vacías; todo el mundo nos dará alguna cosa: un trípode de bronce, un par de mulas o una copa de oro.

—Menelao —respondió Telémaco—, quiero volver a casa cuanto antes, pues, cuando partí, dejé mis bienes sin protección y temo que mientras busco a mi padre acabe arruinándome yo mismo o descubra que me han robado algo valioso en mi ausencia.

Cuando Menelao le oyó, ordenó enseguida a su mujer y a los criados que prepararan la comida. En ese momento llegó Eteoneo, y Menelao le pidió que

encendiera el fuego y cocinara un poco de carne, y él así lo hizo. Luego Menelao bajó a la sala donde guardaba sus tesoros en compañía de Helena y Megapentes. Allí eligió una copa con doble asa y le pidió a su hijo Megapentes que buscara también una crátera de plata. Entretanto, Helena fue al arcón donde guardaba las preciosas vestiduras que había tejido con sus propias manos y escogió una adornada con bordados, la mejor, que brillaba como una estrella. Luego todos volvieron con Telémaco y Menelao dijo:

—Telémaco, ojalá Zeus, el poderoso esposo de Hera, te lleve sano y salvo a casa como deseas. Ahora te regalaré el objeto de plata más precioso y delicado de mi casa. Es una crátera de plata pura, excepto el borde, que está incrustado de oro, y es obra de Hefesto. Fédimo, el rey de los sidonios, me la dio en una visita que le hice cuando pasé por allí en mi viaje de regreso. Tuya será.

Con estas palabras puso la copa de doble asa en las manos de Telémaco, mientras Megapentes cogía la hermosa crátera y la ponía delante de él. Al lado estaba la hermosa Helena con la túnica preparada.

—También yo, hijo mío —dijo—, tengo algo que darte como recuerdo de Helena; es para que lo lleve tu esposa el día de su boda. Hasta entonces, di a tu querida madre que te lo guarde. Vuelve ahora feliz a tu país y a tu hogar.

Con esas palabras le dio la túnica y él la aceptó contento. Luego Pisístrato subió admirado los presentes al carro. A continuación, Menelao llevó a Telémaco y a Pisístrato a la casa y todos se sentaron a la mesa. Una criada les llevó agua en un precioso aguamanil de oro, la vertió en una jofaina de plata para que se lavaran las manos y les acercó una mesa limpia. Una criada de mayor rango les sirvió pan y les ofreció muchas cosas buenas que había en la casa.

Eteoneo trinchó la carne y dio a cada uno su parte, mientras Megapentes escanciaba el vino. Luego echaron mano a las viandas que tenían delante, pero en cuanto comieron y bebieron lo suficiente, Telémaco y Pisístrato engancharon los caballos y ocuparon su sitio en el carro. Tras salir por el portal, Menelao fue detrás de ellos con una copa dorada llena de vino en la mano derecha para que pudieran hacer una libación antes de partir. Se puso delante de los caballos y dijo:

—Adiós a ambos; aseguraos de contarle a Néstor cómo os he tratado, pues fue como un padre conmigo mientras los griegos combatíamos delante de Troya.

—Nos aseguraremos, señor —respondió Telémaco—, de contárselo todo en cuanto lo veamos. Ojalá estuviese igual de seguro de encontrar a Ulises al

volver a Ítaca para hablarle de la hospitalidad que nos has ofrecido y mostrarle los muchos y hermosos presentes que me llevo conmigo.

Mientras hablaba, voló a su derecha un ave: un águila que llevaba en las garras una gran oca blanca del corral, y todos los hombres y las mujeres corrían detrás de ella gritando. Se les acercó mucho y luego se alejó por la derecha delante de los caballos. Al verla todos se alegraron y Pisístrato dijo:

—Dime, Menelao, ¿han enviado los dioses este presagio para nosotros o para ti?

Menelao estaba pensando cuál sería la mejor respuesta, pero Helena se le adelantó y dijo:

—Interpretaré este auspicio según me inspiran los dioses y cómo se cumplirá. El águila ha venido de la montaña donde se crio y tiene su nido, y del mismo modo Ulises, después de viajar lejos y sufrir mucho, volverá para vengarse, si es que no ha vuelto ya y está tramando la perdición de los pretendientes.

—Quiéralo Zeus —respondió Telémaco—, si es así, te rezaré como si fueses una diosa, incluso cuando esté en casa.

Con esas palabras fustigó a los caballos y ellos echaron a correr a toda velocidad hacia campo abierto. Viajaron todo el día hasta que el sol se puso y la oscuridad cubrió la tierra. Luego llegaron a Feres. Pasaron allí la noche y les recibieron con hospitalidad. Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[58], volvieron a enganchar sus caballos y a ocupar su sitio en el carro. Pisístrato fustigó a los caballos, que salieron corriendo, y pronto llegaron a Pilos. Entonces Telémaco dijo:

—Pisístrato, espero que prometas hacer lo que voy a pedirte. Sabes que nuestros padres eran amigos mucho antes que nosotros; además, los dos tenemos la misma edad y este viaje nos ha unido aún más. No me lleves lejos de la nave y déjame aquí, pues si voy a la casa de tu padre intentará que me quede por el afecto que me tiene y debo regresar cuanto antes.

Pisístrato pensó cómo hacer lo que le pedía, y al final decidió dirigirse hacia la nave y subir los bellos presentes de oro y ropajes de Menelao a la embarcación. Luego dijo:

—Sube enseguida a bordo y di a tus hombres que embarquen también antes de que yo llegue a casa y hable con mi padre. Sé lo obstinado que es, y estoy seguro de que no te dejará partir; vendrá a buscarte y no se volverá sin ti. Sin duda, se va a enfadar mucho.

Con estas palabras se encaminó con sus fuertes corceles hacia la ciudad de los pilios y enseguida llegó a su hogar, mientras que Telémaco llamó a sus

hombres y dio sus órdenes.

—Ahora, amigos —dijo—, subámoslo todo a bordo de la nave y partamos hacia casa.

Así habló, y todos embarcaron como él había dicho. Pero mientras Telémaco estaba ocupado rezando y haciendo sacrificios a Atenea, llegó un hombre de un país lejano, un adivino llamado Teoclímeno, que huía de Argos porque había matado a un hombre. Se presentó a ver a Telémaco mientras hacía libaciones y rezaba en su barco.

—Amigo —dijo—. Ahora que te encuentro haciendo sacrificios en esta nave, te imploro por esos mismos sacrificios y por el dios a quien los estás haciendo, te imploro también por tu cabeza y por la de tus compañeros que me digas la verdad y solo la verdad. ¿Quién y de dónde eres? Háblame también de tu ciudad y de tus padres.

—Te responderé con sinceridad —contestó Telémaco—. Soy de Ítaca, y mi padre es Ulises, tan seguro como que vivió alguna vez. Pero ha encontrado algún final desdichado. Por eso he subido a esta nave con mi tripulación para ver si podía tener noticias tuyas, pues lleva fuera mucho tiempo.

—Yo también —respondió Teoclímeno— soy un exiliado, pues he dado muerte a un hombre de mi misma raza. Tiene muchos hermanos y parientes en Argos, y son muy poderosos entre los griegos. Huyo para evitar que me maten y estoy condenado a vagar por la superficie de la tierra. Soy un suplicante, llévame a bordo de tu nave para que no me den muerte, pues estoy seguro de que me persiguen.

—No te rechazaré —respondió Telémaco— si quieres venir con nosotros. Ven, pues, y en Ítaca te trataremos con hospitalidad.

Dicho lo cual cogió la lanza de Teoclímeno y la dejó en la cubierta de la nave. Subió a bordo y se instaló en la popa e invitó a Teoclímeno a sentarse a su lado; luego los hombres largaron amarras. Telémaco les dijo que cogieran los cabos y todos se apresuraron a hacerlo. Encajaron el mástil en su hueco y aseguraron la jarcia; después izaron las velas blancas con cabos de cuero retorcido de buey. Atenea les envió un viento favorable, que sopló con fuerza para llevar la embarcación lo más deprisa posible. Así pasaron por Crunos y Calcis. Entonces se puso el sol y la oscuridad cubrió la tierra. La embarcación pasó cerca de Feas y la Elide, donde reinan los epeos. Telémaco puso rumbo a las islas fugaces, dudando para sus adentros si escaparía a la muerte o le harían prisionero.

Entretanto, Ulises y el porquero cenaban en la cabaña junto con el resto de los hombres. En cuanto terminaron de comer y beber, Ulises quiso poner a

prueba al porquero y ver si seguiría tratándole bien y le invitaría a quedarse allí o lo enviaría a la ciudad. Así que dijo:

—Eumeo, y todos vosotros, mañana quiero ir a mendigar en la ciudad y no seguir siendo una carga para ti y tus hombres. Dame tu consejo, pues, y un buen guía que me acompañe y me muestre el camino. También me gustaría ir a casa de Ulises y llevar noticias de su marido a la reina Penélope. Luego podría ir a ver a los pretendientes por si me dan de cenar, ya que de tanta abundancia disfrutan. Puedo servirles como criado de muchas formas. Escuchad y creedme si os digo que, gracias a Hermes, que presta elegancia y buen nombre a todas las empresas humanas, no hay nadie vivo que pueda ser mejor criado que yo a la hora de echar leña al fuego, cortar madera, trincar, cocinar o escanciar vino, todo aquello que los pobres deben hacer para los nobles.

El porquero se quedó muy preocupado al oírle y exclamó:

—¿Quién puede haberte metido esa idea en la cabeza? Si te acercas a los pretendientes será tu perdición, pues su orgullo y su insolencia llegan hasta el mismo cielo. Jamás querrían a un hombre como tú por criado. Sus criados son todos jóvenes, bien vestidos, con gruesos mantos y túnicas, de rostro agraciado y pelo bien cuidado; las mesas siempre están limpias y llenas de pan, carne y vino. Quédate, pues, donde estás, no eres una carga para nadie, no me importa que te quedes, y a los demás, tampoco. Cuando vuelva, Telémaco te dará una túnica y un manto y te enviará donde quieras ir.

—Espero que los dioses te aprecien tanto como yo —respondió Ulises— por permitirme descansar. No hay nada peor que vivir siempre errante, cuando los hombres caen tan bajo están dispuestos a pasar muchas penalidades por el triste estómago. No obstante, ya que me pides que me quede y espere el regreso de Telémaco, háblame de la madre de Ulises y de su padre, a quien dejó en el umbral de la vejez cuando partió a Troya. ¿Siguen vivos o han muerto ya y están en la casa de Hades?

—Todo te lo contaré —dijo Eumeo—. Laertes sigue vivo y reza a Zeus que le deje partir en paz en su propia casa, pues está muy afligido por la ausencia de su hijo y también por la muerte de su esposa, que le dolió mucho y le envejeció más que ninguna otra cosa. Tuvo un final desdichado por el pesar que sentía por su hijo: ojalá ningún amigo o vecino que haya sido amable conmigo sufra un final como el suyo. Cuando aún seguía con vida, y aunque siempre estaba lamentándose, me gustaba ir a verla y preguntarle cómo estaba, pues me crio con su hija Ctímena, la menor de sus hijos, y ella apenas hacía distinciones. Cuando crecimos, casaron a Ctímena en Same y

recibió una dote espléndida. En cuanto a mí, mi ama me dio una buena túnica, un manto y un par de sandalias y me envió al campo, aunque siguió teniéndome tanto aprecio como antes. ¡Todo eso ha terminado! Aun así, los dioses me han permitido prosperar en mi labor; tengo suficiente para comer y beber, e incluso para ofrecer algo a mis huéspedes. Pero se acabaron las palabras y los hechos amables de mi ama, pues la casa ha caído en manos de unos malvados. A los criados les gusta ver y hablar a su ama y beber y comer con ella, y llevarse algún presente al campo. Eso es lo que los mantiene de buen humor.

—Entonces, Eumeo, debías de ser muy pequeño —respondió Ulises— cuando te llevaron tan lejos de tu hogar y de tus padres. Dime, y sé sincero, ¿saquearon la ciudad donde vivían tus padres, o te capturaron unos enemigos cuando estabas solo cuidando de las ovejas o las vacas, y, después de cargarte en sus barcos, te vendieron en esta casa?

—Forastero —dijo Eumeo—, siéntate tranquilo, bebe tu vino y escúchame. Las noches ahora son largas; hay tiempo de sobra tanto para dormir como para sentarse a hablar, no deberías ir a acostarte tan pronto. Dormir mucho es tan malo como dormir demasiado poco. Si alguno de los demás quiere acostarse, que lo haga y nos deje solos, así podrá sacar los cerdos de mi amo después de desayunar por la mañana. Nosotros nos quedaremos aquí comiendo y bebiendo en la cabaña, contándonos historias sobre nuestras desdichas, pues, cuando un hombre ha sufrido mucho y la vida lo ha zarandeado, gusta de recordar los pesares ya pasados. En cuanto a tu pregunta, mi historia es la siguiente:

»Puede que hayas oído hablar de una isla llamada Siria, que está al norte de Ortigia, donde da la vuelta el sol. No está muy poblada, pero la tierra es buena, con mucho pasto para las vacas y las ovejas, y en ella abundan el vino y el trigo. Allí no hay escasez, y la gente no sufre enfermedades, sino que, cuando envejecen, Apolo llega con Artemisa y los mata con dardos indoloros. En ella hay dos ciudades, y todo el país está dividido entre las dos. Mi padre, Ctesio, hijo de Ormeno, un hombre comparable a los dioses, reinaba sobre ambas.

»Pues bien, allí llegaron unos astutos comerciantes fenicios, que son grandes marineros, en una nave que habían cargado con toda suerte de baratijas. En la casa de mi padre había una mujer fenicia, muy alta y agraciada, y una excelente criada, pero esos canallas la engatusaron. Un día, cuando lavaba la ropa cerca de su nave, uno de ellos la sedujo y se unió con

ella. Después le preguntó quién era y de dónde procedía, y ella le habló de mi padre.

»—Soy de Sidón —dijo— e hija de Aribante, un hombre rico. Un día cuando volvía del campo a la ciudad me secuestraron unos piratas de Tafos y me trajeron aquí y me vendieron al dueño de esta casa.

»El hombre le dijo entonces:

»—¿No querías venirte con nosotros a ver la casa de tus padres y a tus mismos padres? Los dos están vivos y se dice que son muy ricos.

»—Lo haré encantada —respondió ella—, si antes juráis no hacerme daño durante el camino.

»Todos juraron lo que les había pedido, y, cuando terminaron de pronunciar el juramento, la mujer dijo:

»—Ahora, silencio. Si alguno de vuestros hombres me ve por la calle o en la fuente, no me habléis, no vaya alguien a contárselo a mi amo y a despertar sus sospechas. Me mandaría encerrar y haría que os mataran a todos. Guardad el secreto, comprad vuestras mercancías lo antes posible y mandadme llamar cuando tengáis la nave llena. Llevaré todo el oro que pueda coger y haré otra cosa más para pagarme el pasaje. Soy la niñera del hijo del dueño de la casa, un niño muy despierto que siempre corretea a mi lado. Lo llevaré en vuestra nave, y conseguiréis mucho dinero cuando lo vendáis en otras tierras.

»Dicho lo cual volvió a la casa. Los fenicios se quedaron un año entero hasta que cargaron la nave de mercancías; cuando la tuvieron llena, mandaron a buscar a la mujer. Su mensajero, un tipo muy astuto, se presentó en casa de mi padre con un collar de oro con cuentas de ámbar, y, mientras mi madre y las criadas lo admiraban y regateaban, le hizo una seña a la mujer y volvió a la nave. Entonces ella me tomó de la mano y me sacó de la casa. Al pasar por la sala vio las mesas con las copas de los invitados que habían ido a ver a mi padre; cogió tres copas y las ocultó en los pliegues de su túnica, mientras yo la seguía inocente. El sol se había puesto y la oscuridad lo cubría todo, así que fuimos lo más deprisa posible hasta llegar al puerto, donde estaba amarrada la nave fenicia. En cuanto subieron a bordo, se hicieron a la mar y nos llevaron consigo, y Zeus les envió un viento favorable; seis días navegamos de noche y de día, pero al séptimo Artemisa golpeó a la mujer, que se desplomó en la bodega igual que una gaviota al posarse en el agua. La tiraron por la borda para que fuese pasto de las focas y los peces, y yo me quedé triste y solo. Poco después, los vientos y las olas llevaron la nave a Ítaca, donde Laertes pagó mucho por mí, y así fue como llegué a ver esta tierra.

—Eumeo, he escuchado la historia de tus desventuras con mucho interés y lástima —respondió Ulises—, pero Zeus te ha dado cosas buenas y malas, pues, a pesar de todo, tienes un buen amo que se preocupa de que no te falten la comida ni la bebida, y llevas una buena vida, mientras que yo sigo mendigando de ciudad en ciudad.

Así conversaron y apenas les quedó tiempo para dormir, pues pronto amaneció^[59]. Entretanto, Telémaco y su tripulación estaban acercándose a tierra, así que arriaron velas, desmontaron el mástil y remaron hasta llevar la nave a puerto. Después de fondear, desembarcaron a la orilla, mezclaron el vino y prepararon la cena. En cuanto comieron y bebieron lo suficiente, Telémaco dijo:

—Llevad la nave a la ciudad, pero a mí dejadme aquí, pues quiero ir a ver a los pastores y mis campos. Por la noche, cuando haya visto lo que quiero, volveré a la ciudad y mañana por la mañana os ofreceré una buena comida con carne y vino en pago a vuestros desvelos.

Entonces Teoclímeno preguntó:

—¿Y qué, mi joven y querido amigo, hago yo? ¿A qué casa, de todas las de tus hombres principales, debo encaminarme? ¿O voy directo a tu casa y me presento a tu madre?

—En cualquier otra ocasión —respondió Telémaco—, te habría animado a ir a mi propia casa, pues no te habría faltado hospitalidad. En este momento, no obstante, no estarías cómodo, pues yo no estaré y mi madre no querrá recibirte; ni siquiera se deja ver a menudo por los pretendientes, sino que se sienta al telar y teje lejos de ellos, en el cuarto de arriba. Pero puedo decirte un hombre a cuya casa puedes ir: me refiero a Eurímaco, el hijo de Pólipo, que es muy apreciado por todo el mundo en Ítaca. Es el mejor y el más insistente de los pretendientes que cortejan a mi madre y se esfuerzan por ocupar el lugar de Ulises. Zeus, no obstante, sabe si antes de la boda le vendrá la hora final.

Mientras hablaba, un pájaro voló a su derecha: un halcón, el mensajero de Apolo. Llevaba una paloma entre las garras y le iba arrancando las plumas, que caían al suelo a mitad de camino entre Telémaco y la nave. Al verlo, Teoclímeno lo llamó a un lado y le cogió de la mano.

—Telémaco —dijo—, un dios ha enviado ese pájaro a tu derecha. Nada más verlo he sabido que era un augurio: significa que conservarás tu poder y que no habrá en Ítaca más casa real que la tuya.

—Ojalá sea así —respondió Telémaco—. Si lo es, te demostraré tanta generosidad y te daré tantos presentes que todos los que te vean te felicitarán.

Luego le dijo a su amigo Pireo:

—Pireo, hijo de Clitio, has demostrado ser el más dispuesto a servirme de todos los que me han acompañado a Pilos; quiero que lleves a este forastero a tu casa y le trates con hospitalidad hasta que yo pueda ir a recogerle.

Pireo respondió:

—Telémaco, puedes estar fuera el tiempo que quieras, yo cuidaré de él y no le faltará la hospitalidad.

Dicho lo cual subió a bordo y ordenó a los demás que hicieran lo mismo. Telémaco se ciñó las sandalias y cogió una lanza larga y recia con la punta de bronce afilado. Luego soltaron las amarras y se dirigieron a la ciudad tal como Telémaco les había ordenado, y él echó a andar lo más deprisa posible hasta llegar allí donde comían sus incontables piaras de cerdos y donde vivía el excelente porquero, que tan devoto sirviente de su amo era.

CANTO XVI

ULISES REVELA QUIÉN ES A TELÉMACO

Entretanto, al despuntar el día, Ulises y el porquero habían encendido un fuego en la cabaña y preparaban el desayuno, pues habían enviado a los hombres con los cerdos. Cuando llegó Telémaco, los perros no ladraron, sino que movieron la cola, por lo que Ulises, al oír el ruido de sus pasos y ver que los perros no ladraban, le dijo a Eumeo:

—Eumeo, oigo pasos, supongo que viene uno de tus hombres o algún conocido, pues los perros mueven la cola y no ladran.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando su hijo apareció por la puerta. Eumeo se puso en pie y los cuencos en los que estaba mezclando el vino se le cayeron al suelo al ir a recibir a su amo. Besó su cabeza y sus hermosos ojos y lloró de alegría como un padre que viera a su hijo tras diez años de ausencia en un país extranjero. Lo abrazó, lo besó como si hubiese vuelto de entre los muertos y le habló con cariño diciendo:

—Así que has vuelto, Telémaco, luz de mis ojos. Cuando oí que te habías ido a Pilos, pensé que no volvería a verte. Pasa, niño, y siéntate para que te vea bien ahora que has vuelto. No sueles venir al campo a visitarnos, por lo general, te quedas en la ciudad. Supongo que crees más prudente averiguar qué están tramando los pretendientes.

—Así es, viejo amigo —respondió Telémaco—, pero he venido porque quería verte y saber si mi madre sigue en casa o si alguien se ha casado con ella y la cama de Ulises ya no tiene manto y está cubierta de telarañas.

—Sigue en la casa —respondió Eumeo—, lamentándose con el corazón destrozado y no hace más que llorar día y noche sin descanso.

Mientras hablaba cogió la lanza de Telémaco, cruzó el umbral y entró en la cabaña.

Ulises se levantó de su asiento para dejarle sitio, pero Telémaco se lo impidió.

—Siéntate, forastero —dijo—, puedo encontrar fácilmente otro asiento, y hay aquí quien me lo preparará.

Ulises volvió a ocupar su sitio, y Eumeo esparció unas cuantas ramas por el suelo y puso encima unas pieles de oveja para que se sentara Telémaco. Luego el porquero les llevó unas bandejas con la carne asada que había sobrado del día anterior y llenó las cestas de pan. También mezcló vino en cuencos de madera y se sentó delante de Ulises. Luego echaron mano a las viandas que tenían delante. En cuanto comieron y bebieron lo suficiente, Telémaco le preguntó a Eumeo:

—Viejo amigo, ¿de dónde es este forastero? ¿Cómo lo trajo su tripulación a Ítaca y quiénes eran? Pues por tierra no ha podido llegar.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—Hijo mío, te diré la verdad. Dice que es cretense y que ha sido un gran viajero. En este momento huye de una nave tesprota y se ha refugiado en mi cabaña, así que lo dejo en tus manos. Haz lo que te plazca con él, pero recuerda que es tu suplicante.

—Me aflige mucho —dijo Telémaco— lo que acabas de contarme. ¿Cómo voy a llevar a este forastero a mi casa? Todavía soy joven y no soy lo bastante fuerte para defenderme si alguien me ataca. Mi madre no sabe si quedarse donde está y cuidar de la casa por respeto a la opinión del pueblo y al recuerdo de su marido, o si ha llegado el momento de escoger al mejor de los que la cortejan y a quien le haga la mejor oferta. De todos modos, ya que el forastero ha venido a tu casa, le encontraré un manto, una buena túnica, una espada y unas sandalias, y lo enviaré adonde quiera ir. O, si quieres, puedes dejar que se quede aquí contigo y le enviaré ropa y comida para que no sea una carga para ti y tus hombres; pero que no vaya donde los pretendientes, pues son muy insolentes y lo maltratarán de un modo injurioso para mí. Por muy valiente que sea, no puede hacer nada contra tantos, pues son demasiados para él.

—Señor —dijo entonces Ulises—, es justo que yo también opine. Estoy muy apenado por lo que dices del modo insolente en que los pretendientes se comportan contigo, que eres un joven ilustre. Dime, ¿lo toleras sumiso o es que el pueblo está contra ti por algún mandato divino? ¿Tienes queja de tus hermanos, pues a ellos es a quien debe recurrir un hombre, por muy grandes que sean sus rencillas? Ojalá fuese tan joven como tú y supiera lo que sé ahora; si yo fuese el hijo de Ulises, o incluso el propio Ulises, me arriesgaría a

que alguien me cortara la cabeza, pero iría a la casa y sería una maldición para cada uno de ellos. Si fuesen demasiados, puesto que no tengo más que dos brazos, preferiría morir peleando en mi propia casa a ver cosas tan vergonzosas a diario: cómo maltratan a mis huéspedes, a hombres que arrastran a las criadas por la casa, el vino derramado y el pan desperdiciado sin propósito para un fin que no llegará a producirse.

—Te diré la verdad —respondió Telémaco—. No hay enemistad entre mi pueblo y yo, ni puedo quejarme de mis hermanos, a quienes siempre puede recurrir un hombre por muy grandes que sean sus rencillas. Zeus nos ha hecho una raza de hijos únicos. Laertes fue el único hijo de Arcesio, y Ulises el único hijo de Laertes. Yo mismo soy el único hijo de Ulises, que me dejó atrás cuando partió. Por eso mi casa está en manos de incontables intrusos, pues los jefes de las islas vecinas, de Duliquio, de Same, de Zacinto, y también los hombres principales de la propia Ítaca devoran mi hacienda con el pretexto de cortejar a mi madre, que ni dice sin más que no volverá a casarse ni pone fin a esto. De esta forma arruinan mi hacienda y pronto acabarán también conmigo. Todo, no obstante, depende de los dioses. Pero ve, viejo amigo Eumeo, a decirle a Penélope que estoy a salvo y que he vuelto de Pilos. Díselo solo a ella, y luego vuelve aquí sin que nadie lo sepa, pues hay muchos que traman mi ruina.

—Te entiendo y te obedezco —respondió Eumeo—; no tienes que decirme más, solo si, ya que voy a pasar por allí, no sería mejor informar al pobre Laertes de que has vuelto. Antes supervisaba las labores a pesar de lo triste que estaba por Ulises, y comía y bebía con los criados siempre que le apetecía; pero me han contado que, desde el día en que partiste a Pilos, no ha comido ni bebido como debería, ni cuida de la granja, sino que se sienta a llorar y la carne se le arruga sobre los huesos.

Y dijo Telémaco:

—¡Lo siento por él! Pero debemos dejarle solo por ahora. Si pudiese elegir lo que quisiera, lo primero que escogería es el regreso de mi padre. Vete, pues, y lleva mi mensaje; luego apresúrate a volver y no te desvíes del camino para decirle nada a Laertes. Di a mi madre que envíe a una de sus sirvientas en secreto con la noticia y que se entere por ella.

Así dijo al porquero; Eumeo cogió sus sandalias, las ciñó a sus pies y partió a la ciudad. Atenea esperó a que estuviese lejos de la granja y luego se presentó en forma de una mujer bella, majestuosa y sabia. Se plantó al lado de la puerta y se mostró a Ulises, mientras que Telémaco no podía verla y no sabía que estuviera allí, pues los dioses no se dejan ver por todo el mundo.

Ulises la vio, y también los perros, pues no ladraron, sino que se fueron gimiendo asustados al otro lado de los corrales. Le hizo un gesto a Ulises con la cabeza y las cejas, y él salió de la cabaña. Entonces ella le dijo:

—Ulises, noble hijo de Laertes, es hora de que le digas la verdad a tu hijo: no sigas ocultándosela más tiempo, traza tus planes para destruir a los pretendientes y ve a la ciudad. No tardaré en acompañarte, pues yo también estoy deseando entrar en combate.

Mientras hablaba le tocó con la vara dorada. Primero le puso una hermosa túnica limpia y le echó un manto sobre los hombros, luego lo hizo más joven y de presencia más imponente; le devolvió su color, llenó sus mejillas e hizo que su barba volviera a ser oscura. Después se marchó y Ulises volvió al interior de la cabaña. Su hijo se quedó perplejo al verlo y apartó de él los ojos por miedo a estar contemplando a un dios.

—Forastero —dijo—, qué deprisa has cambiado de como eras hace un momento. Llevas otra ropa y tu color no son los mismos. ¿Eres uno de los dioses que viven en el cielo? Si es así, seme propicio hasta que pueda hacerte los sacrificios debidos y las ofrendas de oro labrado. Ten compasión de mí.

—No soy ningún dios —respondió Ulises—, ¿por qué me confundes con uno? Soy tu padre, por cuya causa sufres y te lamentas en manos de personas que desprecian las leyes.

Mientras hablaba besó a su hijo y una lágrima cayó de su mejilla al suelo, pues había contenido las lágrimas hasta entonces. Pero Telémaco no podía creer que fuese su padre y dijo:

—No eres mi padre, algún dios me halaga con falsas esperanzas para después hacerme sufrir más; ningún mortal podría hacer como tú has hecho y envejecer y volver a ser joven en un momento si no es con la ayuda de un dios. Hace un segundo eras un viejo harapiento y ahora eres como un dios bajado del cielo.

—Telémaco —respondió Ulises—, no deberías sorprenderte tanto de que me encuentre aquí. No ha de venir ningún otro Ulises. Soy tal como me ves; después muchas penalidades y vagabundeos, he vuelto a casa al vigésimo año. Lo que te maravilla es obra de la temible diosa Atenea, que hace conmigo lo que le place, pues puede hacer lo que desee. Primero me convierte en un mendigo y luego en un joven bien vestido; es fácil para los dioses que viven en el cielo hacer que cualquiera parezca rico o pobre.

Dicho lo cual se sentó, y Telémaco abrazó a su padre y lloró. Los dos estaban tan conmovidos que lloraron como águilas o buitres a los que los

campesinos les han robado sus polluelos. Y el sol se habría puesto mientras lloraban si Telémaco no hubiese preguntado:

—¿En qué nave, padre querido, te ha traído tu tripulación a Ítaca? ¿De qué nación decían ser? Pues no puedes haber venido por tierra.

—Te diré la verdad, hijo mío —respondió Ulises—. Me trajeron los feacios. Son grandes marineros y tienen por costumbre dar escolta a quien llega a su costa. Me trajeron por mar mientras dormía y me dejaron en Ítaca con muchos presentes en bronce, oro y ropajes. Todo está escondido en una cueva gracias a un dios. Y ahora he venido por indicación de Atenea para que planeemos cómo matar a nuestros enemigos. En primer lugar, dame la lista de los pretendientes con su número, para que pueda saber quiénes y cuántos son. Así podré decidir si podemos enfrentarnos solos a ellos o si conviene buscar a otros que nos ayuden.

—Padre —respondió Telémaco—, siempre he oído hablar de tu fama tanto en el campo de batalla como dando consejos, pero la tarea de la que hablas es muy grande, me asusta solo pensarlo. Dos hombres no pueden enfrentarse a tantos y tan valientes. No son solo diez pretendientes, ni dos veces diez, sino muchas veces diez; enseguida sabrás cuántos. Hay cincuenta y dos jóvenes escogidos de Duliquio, y tienen a seis criados; de Same hay veinticuatro; veinte jóvenes son de Zacinto, y hay doce de la propia Ítaca, todos de noble cuna. Estos últimos tienen al sirviente Medonte, a un bardo y a dos trinchantes. Si nos enfrentamos a tantos, tendrías motivos para lamentar tu regreso y tu venganza. Mira a ver si se te ocurre alguien que esté dispuesto a venir y ayudarnos.

—Escucha —respondió Ulises— y piensa si Atenea y su padre Zeus te parecen suficientes o si debo intentar buscar a alguien más.

—Esos de los que hablas —respondió Telémaco— son dos buenos aliados, pues, aunque viven en las alturas entre las nubes, su poder se extiende sobre dioses y hombres.

—Los dos —continuó Ulises— no tardarán en entrar en liza cuando nos enfrentemos a los pretendientes. Así que vuelve a casa mañana temprano y ve con los pretendientes como antes. Luego el porquero me llevará a la ciudad disfrazado de mendigo viejo y mísero. Si ves que me maltratan, ten ánimo ante mi sufrimiento. Incluso si me sacan a rastras de la casa o me arrojan cosas, quédate mirando y límitate a intentar que se comporten de forma más razonable; pero no te escucharán, pues el día en que habrán de saldar cuentas se acerca. Otra cosa te digo, y tenlo bien presente: cuando Atenea me lo indique, te haré una señal con la cabeza; al verla, debes coger todas las armas

que haya en la casa y esconderlas. Invéntate una excusa para cuando los pretendientes te pregunten por qué te las llevas; diles que quieres protegerlas del humo, pues ya no están como cuando se fue Ulises, sino que se han ensuciado de hollín. Añade que temes que Zeus les anime a pelearse cuando beban y que podrían hacerse daño y deshonar el banquete y el cortejo, pues las armas a veces tientan a las personas a utilizarlas. Pero deja dos espadas, dos lanzas y dos escudos de cuero para que podamos echar mano de ellos en cualquier momento; Zeus y Atenea no tardarán en acallar a esa gente. Hay una cosa más. Si eres mi hijo y mi sangre corre por tus venas, no cuentes a nadie que Ulises está en la casa: ni a Laertes, ni al porquero, ni a ninguno de los sirvientes, ni siquiera a la propia Penélope. También comprobaremos de parte de quién están las mujeres y los criados.

—Padre —respondió Telémaco—, con el tiempo me conocerás y verás que sé seguir tus consejos. No obstante, no creo que el plan que propones vaya a acabar bien para ninguno de los dos. Piénsalo dos veces. Perderemos mucho tiempo recorriendo los campos y poniendo a los hombres a prueba, y entretanto los pretendientes estarán despilfarrando tu hacienda con impunidad y arrogancia. Prueba a las mujeres, para ver quiénes son desleales y quiénes inocentes, pero no me parece buena idea ir a poner a prueba a los hombres. Eso podemos hacerlo después, si de verdad tienes alguna señal de que Zeus va a apoyarte.

Así conversaron, y entretanto la nave en la que habían viajado Telémaco y su tripulación desde Pilos llegó a la ciudad de Ítaca. Cuando entraron en el puerto, sacaron la nave a tierra; llegaron los criados, recogieron las armas y dejaron todos los presentes en casa de Clitio. Luego enviaron a un criado a advertir a Penélope de que Telémaco se había quedado en el campo, pero había enviado la nave a la ciudad para que ella no se entristeciera ni preocupara. Este sirviente y Eumeo se encontraron cuando iban a darle la noticia a Penélope. Cuando llegaron a la casa, el sirviente se adelantó y le dijo a la reina en presencia de sus esclavas:

—Tu hijo, señora, ha vuelto de Pilos.

Entonces Eumeo se acercó a Penélope y le dijo todo lo que su hijo le había pedido que le dijera. Después de darle el mensaje, salió de la casa y volvió con sus cerdos.

Los pretendientes se sorprendieron y enfadaron por lo ocurrido, por lo que fueron detrás de la tapia que rodeaba el atrio y parlamentaron al lado de la puerta. Eurímaco, hijo de Pólipo, fue el primero en hablar.

—Amigos —dijo—, este viaje de Telémaco es un asunto muy serio, ¡y nosotros que pensábamos que no tendría éxito! Ahora, no obstante, pongamos una nave al agua y juntemos una tripulación para ir a buscar a los demás y decirles que regresen cuanto antes.

No había terminado de hablar cuando Anfínomo se volvió y vio la nave en el puerto, con la tripulación arriando las velas y guardando los remos; así que se rio y les dijo a los demás:

—No hace falta enviarles ningún mensaje, pues ya están aquí. Algún dios debe de haberles advertido o bien han visto pasar la nave y no han podido darle alcance.

Luego se levantaron y fueron a la playa. La tripulación sacó la nave a la orilla, y los sirvientes recogieron el aparejo. Entonces todos juntos fueron al lugar de asamblea, pero no dejaron que nadie, joven o viejo, se sentase con ellos. Y Antínoo, hijo de Eupites, habló primero:

—¡Ved cómo los dioses han salvado a este hombre de la muerte! De día pusimos centinelas en los promontorios y al ponerse el sol nunca fuimos a dormir a la orilla, sino que nos quedamos toda la noche en la nave con la esperanza de capturarlo y matarlo; pero algún dios lo ha traído a casa a pesar de todo. Pensemos cómo acabar con él. No debe escapárse nos; mientras siga con vida es imposible que consigamos nuestro propósito, pues es muy astuto y el pueblo no está de nuestro lado. Debemos apresurarnos antes de que convoque a los griegos en asamblea; no tardará en hacerlo, pues debe de estar furioso con nosotros, y contará a todos que nos conjuramos para matarlo, aunque no conseguimos capturarlo. Al pueblo no le gustará cuando se entere; debemos impedir que nos hagan daño o que nos envíen al exilio. Intentemos matarlo en el campo, lejos de la ciudad, o en los caminos. Luego podemos repartirnos su hacienda y que su madre y el hombre con quien se case se queden con la casa. Si esto no os gusta y queréis que Telémaco siga con vida y conserve los bienes de su padre, más vale no quedarse aquí devorando su hacienda, sino que cada cual haga su oferta a Penélope desde su propia casa y que ella se case con aquel cuyo destino sea desposarla y pueda darle más.

Todos callaron hasta que Anfínomo se levantó para hablar. Era hijo de Nisos, que era hijo del rey Areto, y era uno de los cabecillas de los pretendientes de la isla de Duliquio; su conversación, además, le resultaba más agradable a Penélope que la de los demás pretendientes porque era un hombre de buena disposición natural.

—Amigos —dijo con sinceridad—, no estoy a favor de matar a Telémaco. Es algo atroz matar a alguien de sangre noble. Pidamos consejo a los dioses y,

si los oráculos de Zeus lo aconsejando mismo os ayudaré a matarlo y animaré a los demás a hacerlo; pero, si nos disuaden, os pediré que contengáis vuestra mano.

Así habló y sus palabras les complacieron, por lo que fueron a casa de Ulises y ocuparon sus sitios de costumbre.

Entonces Penélope decidió mostrarse a los pretendientes. Sabía lo de la conjura para matar a Telémaco, pues el sirviente Medonte lo había oído cuando celebraban consejo y se lo había contado. Bajó al atrio acompañada de sus doncellas y, cuando llegó donde estaban los pretendientes, tapada con un velo, le reprochó a Antínoo:

—Antínoo, insolente y pérfido intrigante, dicen que eres el mejor orador y consejero entre los hombres de tu edad en Ítaca, pero no es cierto. Loco, ¿por qué buscas la muerte de Telémaco y no respetas a los suplicantes, cuyo protector es el mismísimo Zeus? No está bien que conspiréis unos contra otros. ¿Has olvidado que tu padre vino a refugiarse a esta casa, temeroso de su pueblo, que estaba enfadado con él por haber ido con unos piratas de Tafos a saquear a los tesprotos, que estaban en paz con nosotros? Querían hacerle pedazos y repartirse todas sus propiedades, pero Ulises los contuvo, aunque estaban furiosos, y ahora tú devoras su hacienda sin pagarla, cortejas a su mujer e intentas matar a su hijo. Detente de una vez y contén también a los demás.

A esto Eurímaco, hijo de Pólibo, respondió:

—Ten ánimo, reina Penélope, hija de Icario, y no te preocupes por eso. No ha nacido aún, ni nacerá, el hombre que vaya a ponerle la mano encima a tu hijo Telémaco mientras yo viva, pues mi lanza se enrojecerá con su sangre. Ulises muchas veces me sentaba en sus rodillas, me daba de beber vino en los labios y me ponía trozos de carne en la mano. Telémaco es mi mejor amigo y no tiene nada que temer de nosotros, los pretendientes. Aunque, por supuesto, si son los dioses quienes le envían la muerte, no podrá escapar de ella.

Dijo esto para que ella callara, pero en realidad conspiraba contra Telémaco.

Luego Penélope volvió arriba y lloró por su marido hasta que Atenea vertió el sueño sobre sus ojos. Por la noche Eumeo volvió con Ulises y con su hijo, que acababan de sacrificar a un cerdo de un año y estaban preparándose para cenar. Entonces Atenea convirtió a Ulises de nuevo en un viejo con un toque de su vara y volvió a vestirlo con la ropa vieja, por miedo a que el porquero pudiera reconocerlo y fuese incapaz de guardar el secreto y corriera a contárselo a Penélope.

Telémaco fue el primero en hablar:

—Así que has vuelto, Eumeo. ¿Qué noticias traes de la ciudad? ¿Han vuelto ya los pretendientes o siguen esperando para sorprenderme cuando vuelva a casa?

—No se me ocurrió preguntarlo mientras estuve en la ciudad —respondió Eumeo—. Di mi mensaje y volví lo antes posible. Encontré a uno que había ido contigo a Pilos, y él fue el primero en darle la noticia a tu madre, pero puedo decir lo que vi con mis propios ojos: cuando iba por la colina de Hermes vi entrar en el puerto una nave con varios hombres a bordo. Llevaban muchos escudos y espadas y pensé que eran los pretendientes, aunque no puedo estar seguro.

Al oírlo, Telémaco sonrió a su padre sin que Eumeo pudiera verlo.

Luego, cuando terminaron de preparar la cena, comieron y cada cual recibió su parte hasta saciarse. En cuanto comieron y bebieron lo suficiente, se tumbaron a descansar y disfrutaron de la bendición del sueño.

CANTO XVII

**TELÉMACO SE ENCUENTRA CON SU MADRE
ULISES Y EUMEO VAN A LA CIUDAD
ANTÍNOO INSULTA A ULISES
PENÉLOPE PIDE QUE ULISES VAYA A VERLA**

Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados^[60], Telémaco se ató las sandalias y cogió una robusta lanza, pues se proponía ir a la ciudad.

—Viejo amigo —le dijo al porquero—, ahora iré a la ciudad y pasaré a ver a mi madre, que no dejará de lamentarse hasta que me haya visto. En cuanto a este desdichado forastero, llévalo a la ciudad y que mendigue a quien quiera darle un poco de agua y un trozo de pan. Tengo mis propios problemas y no puedo cargar con otros. Si se ofende, peor para él, pero prefiero decir lo que pienso.

—Amigo mío —respondió entonces Ulises—, tampoco yo quiero quedarme aquí; a un mendigo siempre le va mejor en la ciudad que en el campo, pues cualquiera puede darle algo. Soy demasiado viejo para quedarme aquí a las órdenes de un amo. Vete, pues, y que este hombre haga lo que le has dicho y me lleve a la ciudad en cuanto me haya calentado un poco junto al fuego y el día esté un poco más cálido. Mi ropa es muy fina y con esta mañana tan gélida me moriré de frío, pues dices que la ciudad queda lejos.

Y Telémaco marchó, meditando su venganza contra los pretendientes. Al llegar a casa, apoyó la lanza en una de las columnas y entró.

La nodriza Euriclea lo vio antes que nadie y rompió a llorar; todas las demás doncellas acudieron también y cubrieron su cabeza y sus hombros de besos. Penélope, parecida a Artemisa o a Afrodita, salió de su habitación y lloró mientras rodeaba a su hijo con sus brazos. Le besó la frente y los bellos ojos.

—Luz de mis ojos —exclamó mientras le hablaba—, así que has vuelto, creía que no volvería a verte. Y pensar que te fuiste a Pilos sin decirme nada y sin tener mi permiso. Pero ven, dime lo que has visto.

—No me regañes, madre —respondió Telémaco—, ni me impacientes, he escapado por muy poco a la muerte. Lávate el rostro, cámbiate el vestido, ve arriba con tus doncellas y promete hecatombes a los dioses si Zeus nos permite vengarnos de los pretendientes. Ahora debo ir al lugar de asamblea a buscar a un huésped que ha venido conmigo desde Pilos. Lo envié por delante con la tripulación y le dije a Píreo que lo llevase a su casa y cuidara de él hasta que yo volviera.

Ella obedeció las palabras de su hijo. Se lavó la cara, se cambió el vestido y prometió hecatombes a todos los dioses si le permitían llevar a cabo su venganza contra los pretendientes.

Telémaco atravesó la sala y salió con la lanza en la mano; no iba solo, pues le acompañaban sus dos veloces perros. Atenea le prestó una apostura casi divina, de forma que todos se maravillaron al verlo. Los pretendientes se arremolinaron en torno a él con bellas palabras en los labios y maldad en el corazón, pero él se apartó y se sentó con Méntor, Antifos y Haliterses, viejos amigos de la casa de su padre, que le pidieron que les contara lo que le había sucedido. Entonces llegó Píreo con Teoclímeno, a quien había acompañado por la ciudad hasta el lugar de asamblea, y Telémaco se acercó enseguida a ellos. Píreo fue el primero en hablar:

—Telémaco, quisiera que enviases unas cuantas mujeres a mi casa a recoger los presentes que te dio Menelao.

—No sabemos, Píreo —respondió Telémaco—, lo que pasará. Si los pretendientes me matan en mi propia casa y se reparten mis propiedades, prefiero que te quedes tú con los presentes y que no caigan en sus manos. Si consigo matarlos yo a ellos, ya me los devolverás.

Con estas palabras llevó a Teoclímeno a su casa. Una vez allí dejaron los mantos en los bancos y en los asientos, y fueron a lavarse a los baños. Cuando las doncellas terminaron de bañarlos y ungirlos y les dieron túnicas y mantos, ocuparon su sitio en la mesa. Una criada les llevó agua en un precioso aguamanil de oro, la vertió en una jofaina de plata para que se lavaran las manos y les acercó una mesa limpia. Una criada de mayor rango les sirvió pan y les ofreció muchas cosas buenas que había en la casa. Frente a ellos estaba sentada Penélope, que hilaba lana. Luego ellos echaron mano a las viandas que tenían delante y, en cuanto terminaron de comer y beber, Penélope dijo:

—Telémaco, voy a ir arriba a tumbarme en el triste lecho que no he dejado de anegar con mis lágrimas desde el día en que Ulises partió hacia Troya con los hijos de Atreo. No obstante, antes de que vuelvan los pretendientes, dime si has podido enterarte de algo sobre el regreso de tu padre.

—Te diré la verdad —respondió su hijo—. Fuimos a Pilos y vimos a Néstor, que me llevó a su casa y me trató con tanta hospitalidad como si fuese su propio hijo y hubiera vuelto después de una larga ausencia, y lo mismo hicieron sus hijos. Pero me dijo que no había oído nada a nadie sobre Ulises, ni sobre si estaba vivo o muerto. Me envió entonces con Menelao en un carro tirado por caballos. Allí vi a Helena, la culpable, por voluntad de los dioses, del sufrimiento de griegos y troyanos. Menelao me preguntó qué me había hecho ir a Esparta, y le conté toda la verdad, a lo que él respondió:

»—¿Cómo pretenden usurpar esos cobardes el lecho de un hombre valiente? Es como si una cierva pariera sus cervatos en la guarida del león y luego fuese a comer al bosque o a una loma con abundante hierba: cuando el león vuelva a su guarida, acabará enseguida con ellos. Y lo mismo hará Ulises con esos pretendientes. Por el padre Zeus, por Atenea y por Apolo, si Ulises sigue siendo el hombre que era cuando luchó con Filomeleides en Lesbos y lo derribó en el suelo con tanta fuerza que todos los griegos lo vitorearon y alguna vez se encuentra con esos pretendientes, disfrutarán de poca compasión y de unos tristes esponsales. En cuanto a tus preguntas, no te engañaré ni me andaré con rodeos, sino que te diré sin ocultar nada lo que me contó el viejo del mar. Dijo que veía a Ulises en una isla lamentándose amargamente en la casa de la ninfa Calipso, que lo retenía prisionero, y que no podía regresar a casa porque no tenía barcos ni marineros que lo llevarán allende el mar.

»Eso me contó Menelao, y cuando oí su historia me despedí; los dioses me enviaron un viento favorable y me trajeron a casa sano y salvo.

Con estas palabras conmovió el corazón de Penélope. Luego Teoclímeno le dijo:

—Señora, esposa de Ulises, Telémaco no entiende de estas cosas; escúchame, pues, a mí, que puedo adivinarlas con seguridad y no te ocultaré nada. Que Zeus, rey del cielo, sea mi testigo: Ulises se encuentra ya en Ítaca y, conocedor de todas estas maldades, se prepara para hacer rendir cuentas a los pretendientes. El augurio que vi cuando estaba en la nave significaba esto, y así se lo dije a Telémaco.

—Ojalá sea así —respondió Penélope—. Si lo es, te demostraré tanta generosidad y te daré tantos presentes que todos los que te vean te felicitarán.

Así conversaron. Entretanto, los pretendientes se entretenían lanzando discos o practicando su puntería con la jabalina delante de la casa de Ulises y seguían comportándose con su acostumbrada insolencia. Pero cuando fue la hora de cenar, y los rebaños de cabras y ovejas llegaron a la ciudad desde los campos de los alrededores, guiadas como de costumbre por sus pastores, Medonte, que era su sirviente favorito y quien les atendía en la mesa, dijo:

—Bueno, mis jóvenes señores, ya os habéis ejercitado bastante, pasad adentro para que podamos servir la cena. No está mal cenar cuando es hora.

Así que entraron en la casa, dejaron los mantos sobre los bancos y los asientos y sacrificaron varias ovejas, cabras, cerdos y una novilla, todos ellos bien cebados. Entretanto, Ulises y el porquero se dispusieron a partir a la ciudad, y el porquero dijo:

—Forastero, supongo que todavía quieres ir hoy a la ciudad, como ha dicho mi amo; yo habría preferido que te quedases como peón en la granja, pero debo hacer lo que dice mi amo o luego me regañará, y que te reprenda tu amo es muy grave. Partamos ahora que es pleno día, pues luego anochecerá y tendrás frío.

—Lo sé y te entiendo —replicó Ulises—; no tienes que decir más. Partamos, pero si tienes un cayado a mano, deja que me apoye en él, según dices el camino es difícil.

Mientras hablaba, se echó al hombro el zurrón viejo, sucio y harapiento colgado de un cordel, y Eumeo le dio un cayado. Después, los dos se pusieron en camino y dejaron la granja al cuidado de los perros y los pastores; el porquero abría la marcha, seguido de su amo, que parecía un vagabundo anciano y maltrecho apoyado en un cayado y con la ropa hecha jirones. Cuando llegaron cerca de la ciudad, pasaron junto a la fuente a la que sus habitantes iban a buscar agua. La habían hecho Itaco, Nérito y Políctor. Había un bosquecillo de álamos plantados alrededor, y el agua fría y cristalina caía de una roca más arriba. Aquí Melantio, hijo de Dolio, les adelantó con unas cabras, las mejores de su rebaño, que llevaba para la cena de los pretendientes, le acompañaban dos pastores. Cuando vio a Eumeo y a Ulises, les insultó con palabras ofensivas y escandalosas que enojaron mucho a Ulises.

—Miradlos —exclamó—, menuda pareja. Ved cómo los dioses juntan a los que más se parecen. ¿Adónde, si puede saberse, señor porquero, llevas a este pobre desdichado? A cualquiera le repugnaría ver a alguien así sentado a

su mesa. Los que son como él solo se dedican a ir de puerta a puerta mendigando unas cuantas migajas insignificantes, no espadas o calderos como haría un hombre. Si me lo dieras de peón para mi granja, lo pondría a limpiar los apriscos o a llevar la comida a los cabritos, y podría alimentarse de suero, pero ha ido por mal camino y no quiere trabajar, solo mendigar comida por toda la ciudad para llenar su panza insaciable. Te aseguro que, como se acerque a la casa de Ulises, le romperán la cabeza con los taburetes que le van a lanzar para que se vaya.

Y al pasar le dio una patada en la cadera a Ulises por pura maldad, pero este se mantuvo firme y no se apartó del camino. Por un momento dudó si abalanzarse sobre Melantio y matarlo con su cayado, o derribarlo al suelo y aplastarle los sesos, pero decidió contenerse. El porquero miró con indignación a Melantio y alzó los brazos para rezar.

—Ninfas de las fuentes —exclamó—, hijas de Zeus, si alguna vez Ulises quemó muslos cubiertos de grasa, ya fuesen de cordero o de cabra, oíd mi plegaria y haced que algún dios le permita volver a casa. Enseguida pondría fin a las bravatas de quienes como tú vais por ahí insultando a la gente y os pasáis el día en la ciudad mientras los rebaños se echan a perder por vuestro descuido.

Entonces Melantio, el cabrero, respondió:

—Perro de mala raza, ¿se puede saber de qué hablas? Un día u otro te subiré a bordo de una nave y te llevaré a un país extranjero donde pueda venderte y quedarme con el dinero que me den. Ojalá estuviese tan seguro de que Apolo iba a golpear de muerte a Telémaco este mismo día, o de que los pretendientes acabarán con su vida, como de que Ulises nunca volverá a casa.

Con estas palabras se marchó y se apresuró para llegar a casa de su amo. Una vez allí, entró y ocupó su sitio entre los pretendientes, frente a Eurímaco, que le tenía más afecto que los demás. Los criados le llevaron un trozo de carne, y una criada de rango superior le sirvió pan. Poco después Ulises y el porquero llegaron a la casa y oyeron música, pues Femio estaba empezando a cantar para los pretendientes. Entonces Ulises cogió al porquero de la mano y dijo:

—Eumeo, esta casa de Ulises es excelente. Por muy lejos que uno vaya, no encontrará muchas iguales. El patio está rodeado por un muro con almenas, las puertas son dobles y bien construidas; sería difícil tomarla por las armas. También veo que hay mucha gente celebrando un banquete en el interior, pues huele a carne asada y oigo sonar la música, que los dioses crearon para acompañar los banquetes.

Entonces Eumeo dijo:

—Dices bien, como de costumbre, pero pensemos en qué hacer ahora. ¿Entrarás primero a ver a los pretendientes y me dejarás aquí, o esperarás y me dejarás entrar a mí? Pero no te demores mucho, no sea que alguien te vea aquí fuera y te arrojen alguna cosa. Piénsalo bien, te lo ruego.

—Lo entiendo y te haré caso —respondió Ulises—. Pasa tú primero y déjame donde estoy. Estoy acostumbrado a que me peguen y me lancen cosas. Me he llevado tantos golpes en la guerra y en el mar que estoy acostumbrado, puedo soportar algunos más. Pero un hombre no puede ocultar un estómago vacío; ese es un enemigo que causa muchas dificultades a los hombres, por eso se botan las naves para surcar el mar y hacer la guerra contra otros pueblos.

Mientras así hablaban, un perro que estaba dormido alzó la cabeza y levantó las orejas. Era Argos, a quien Ulises había criado antes de partir hacia Troya, aunque no lo había ejercitado. Tiempo atrás los jóvenes lo sacaban a cazar cabras monteses, ciervos o liebres, pero, desde que su amo se había ido, yacía olvidado encima del estiércol de las mulas y las vacas que se amontonaba delante del establo hasta que los hombres lo usaban para abonar el huerto; y estaba lleno de pulgas. En cuanto vio a Ulises, agachó las orejas y movió la cola, aunque no pudo acercarse a su amo. Cuando Ulises vio al perro, al otro lado del patio, le cayó una lágrima sin que Eumeo lo viera, y dijo:

—Eumeo, ¿qué perro tan noble es ese que está ahí sobre el estiércol? Tiene un aspecto excelente, ¿es tan bueno como parece o es solo uno de esos perros que rondan alrededor de la mesa y se tienen solo por aparentar?

—Ese perro —respondió Eumeo— era de quien ha muerto en un país lejano. Si fuese como era cuando Ulises partió a Troya, enseguida te demostraría de qué era capaz. No había animal salvaje en el bosque que pudiera escapar de él una vez que encontraba su rastro. Pero ahora son malos tiempos para él, pues su amo se ha ido y está muerto y las mujeres no cuidan de él. Si la mano del amo no les vigila, los criados no cumplen con su obligación, pues Zeus se lleva la mitad de lo bueno que hay en un hombre cuando lo convierte en esclavo.

Con esas palabras entró en la sala donde se encontraban los pretendientes. Fuera, Argos murió nada más reconocer a su amo después de veinte años.

Telémaco vio a Eumeo mucho antes que nadie y con un gesto le indicó que fuese a sentarse a su lado. El porquero miró y vio un asiento vacío al lado de donde estaba el trinchante cortando la carne para los pretendientes; lo

cogió, lo llevó a la mesa de Telémaco y se sentó enfrente de él. Luego el criado le llevó un trozo de carne y le dio pan de la cesta.

Justo después, entró Ulises con el aspecto de un pobre, viejo y mísero mendigo, apoyado en el cayado y con la ropa harapienta. Se quedó sentado junto al umbral de madera de fresno justo al otro lado de las puertas que llevaban del atrio de fuera al de dentro, al lado de una columna de madera de ciprés que el carpintero había cepillado con destreza y había encajado con regla y cordel. Telémaco cogió un pan de la cesta y toda la carne que pudo sostener con las dos manos y le dijo a Eumeo:

—Llévaselo al forastero y dile que pase a pedir a los pretendientes, los mendigos no deben ser vergonzosos.

Así que Eumeo fue adonde estaba y le dijo:

—Forastero, Telémaco te envía esto y dice que vayas a pedir a los pretendientes, pues los mendigos no deben ser vergonzosos.

—Ojalá el soberano Zeus conceda la felicidad a Telémaco y cumpla todos los deseos de su corazón —respondió Ulises.

Luego, con ambas manos, cogió lo que Telémaco le había enviado y lo dejó sobre el sucio y viejo zurrón que tenía a sus pies. Siguió comiendo mientras cantaba el bardo y acabó de cenar justo cuando finalizó. Los pretendientes aplaudieron al bardo, tras lo cual Atenea fue adonde Ulises y le animó a mendigar trozos de pan a cada uno de los pretendientes para ver qué clase de personas eran y distinguir a los buenos de los malos; aunque, pasara lo que pasara, no pensaba perdonar a ninguno. Y empezando por la derecha, iba pidiendo a cada uno y extendía la mano como si fuese un verdadero mendigo. Algunos se compadecieron de él y, extrañados, se preguntaban unos a otros quién era y de dónde venía. Entonces el cabrero Melantio dijo:

—Pretendientes de mi noble señora, algo puedo deciros, pues lo he visto antes. Lo ha traído el porquero, aunque no sé nada de él ni de dónde viene.

Entonces Antínoo empezó a insultar al porquero:

—¡Serás idiota! ¿Para qué has traído a este hombre a la ciudad? ¿Es que no tenemos ya suficientes mendigos y vagabundos que nos molesten mientras comemos? ¿No te bastan los que vienen aquí a malgastar la hacienda de tu amo como para traernos a otro?

Y Eumeo respondió:

—Antínoo, eres de noble cuna, pero no está bien lo que has dicho. No ha sido cosa mía traerlo aquí. ¿Quién invitaría a un forastero si no es alguien que sepa un oficio como el de adivino, médico, carpintero o bardo? Los hombres así son bienvenidos en todas partes, pero nadie invitaría a un mendigo, que no

le daría más que preocupaciones. Siempre has sido más inflexible con los criados de Ulises que los demás pretendientes, y sobre todo conmigo, pero a mí no me importa con tal de que Telémaco y Penélope sigan aquí con vida.

Pero Telémaco dijo:

—Cállate y no le respondas; Antínoo es el pretendiente con la lengua más afilada y hace que los demás sean más crueles.

Luego se volvió hacia Antínoo y añadió:

—Antínoo, te preocupas tanto por mis intereses como si fuese tu propio hijo. ¿Por qué quieres echar a este forastero de la casa? No lo quieran los dioses. Coge alguna cosa y dásela tú mismo, te lo ruego. No te preocupes por mi padre ni por ninguno de los criados de la casa, aunque sé que no harás lo que te pido, pues te gusta más comer que dar comida a los demás.

—¿Qué insinúas, Telémaco —respondió Antínoo—, con esas palabras jactanciosas? Si todos los pretendientes le dieran tanto como le voy a dar yo, no volvería en otros tres meses.

Mientras hablaba cogió de debajo de la mesa el taburete en el que apoyaba sus pies e hizo ademán de arrojársele a Ulises, pero los demás pretendientes le dieron todos algo, y él llenó el zurrón de carne y de pan. Ulises estaba a punto de volver al umbral y comer lo que le habían dado, pero antes fue a ver a Antínoo y le dijo:

—Señor, dame alguna cosa, está claro que no eres el más pobre de los presentes. Pareces un jefe, uno de los principales, por lo que deberías ser el más espléndido, y yo hablaré a todos de tu generosidad. Una vez fui rico y tuve una hermosa casa. En esos días, di a muchos vagabundos como soy yo ahora sin pararme a pensar lo que querían o quiénes pudieran ser. Tenía numerosos criados y todas las demás cosas que disfrutaban quienes viven con comodidad y se consideran ricos, pero Zeus tuvo a bien arrebatármelas. Me envió con unos piratas a Egipto; fue un largo viaje que resultó ser mi ruina. Fondeé las naves en el río y ordené a mis hombres que se quedaran en ellas y las vigilaran mientras enviaba exploradores a observar desde alguna altura.

»Pero los hombres desobedecieron mis órdenes. Siguieron sus propios planes y saquearon el país de los egipcios, mataron a los hombres y se llevaron cautivos a las mujeres y a los niños. La alarma pronto llegó a la ciudad, y, cuando oyeron el grito de guerra, los hombres acudieron al despuntar el alba hasta que la llanura se llenó de jinetes y soldados a pie y del brillo de las armaduras. Entonces Zeus extendió el pánico entre mis hombres y se negaron a enfrentarse al enemigo al verse rodeados. Los egipcios mataron a muchos y nos dejaron con vida al resto para que trabajáramos para

ellos; a mí me entregaron a un amigo suyo, Dmétor, hijo de Yaso, que era un hombre muy poderoso en Chipre. Desde allí he venido en este estado de enorme miseria.

—¿Qué dios puede habernos enviado esta pestilencia para fastidiarnos la cena? —exclamó Antínoo—. Quédate ahí, lejos de mi mesa, o te envío de nuevo a Egipto y Chipre por tu insolencia. Has pedido a los demás y te han dado con generosidad, pues están rodeados de abundancia y es fácil gastar las cosas ajenas cuando hay muchas.

Ulises hizo ademán de marcharse y dijo:

—Tu aspecto, señor, es mejor que tus modales; si estuvieses en tu propia casa, no le darías a un pobre ni una pizca de sal, pues estando en la de otro hombre rodeado de abundancia eres incapaz de darle un pedazo de pan.

Esto enfadó mucho a Antínoo, que le respondió con el ceño fruncido:

—Pagarás por esto antes de salir de aquí.

Y, mientras decía estas palabras, le lanzó un taburete, que le golpeó en el hombro derecho, cerca de la nuca. Ulises resistió firme como una roca y el golpe no le hizo tambalearse siquiera; movió en silencio la cabeza mientras pensaba en su venganza. Luego volvió a sentarse en el umbral y dejó el zurrón lleno a sus pies.

—Escuchadme —gritó—, pretendientes de la reina Penélope, y os diré lo que pienso. Un hombre no conoce el dolor si lo golpean mientras lucha por su dinero, sus ovejas o su ganado, y Antínoo me ha golpeado mientras yo estaba al servicio de mi estómago, que siempre mete a la gente en dificultades. De todos modos, si los pobres tienen dioses vengadores, les ruego que Antínoo encuentre su fin antes de casarse.

—Quédate donde estás y come en silencio o vete a otra parte —gritó Antínoo—. Si dices una palabra más, haré que los criados te arrastren por los pies por la sala y te despellejen vivo.

A los demás pretendientes les incomodó lo que dijo, y uno de los jóvenes respondió:

—Antínoo, has hecho mal al golpear a este pobre vagabundo, te arrepentirás si resulta ser un dios; todos sabemos que los dioses van por ahí bajo el aspecto de gentes extranjeras para ver quiénes son justos y quiénes no.

Eso dijeron los pretendientes, pero Antínoo no les hizo caso. Entretanto, Telémaco se puso furioso por el golpe que le habían dado a su padre y, aunque no derramó ninguna lágrima, negó con la cabeza en silencio y pensó en su venganza.

Cuando Penélope se enteró de que habían golpeado a un mendigo en la sala donde estaban celebrando el banquete, dijo ante sus doncellas:

—Ojalá Apolo te golpee a ti, Antínoo.

—Si nuestras plegarias fuesen atendidas, ninguno de los pretendientes volvería a ver salir el sol —respondió su doncella Eurínome.

—Aya, los odio a todos por igual, pues ninguno me desea ningún bien —dijo Penélope—, pero detesto a Antínoo como a la oscuridad de la misma muerte. Un pobre y desdichado vagabundo viene a la casa a mendigar empujado por la pura necesidad. Todos le han dado algo que echarse al zurrón, pero Antínoo le ha golpeado en el hombro con un taburete. —Así habló con sus doncellas mientras estaba en su cuarto y Ulises terminaba la cena. Luego mandó llamar al porquero y le dijo—: Eumeo, ve a decirle al forastero que suba, quiero verle y hacerle unas preguntas. Parece haber viajado mucho, y puede que haya visto u oído algo sobre mi desdichado esposo.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—Si estos griegos, señora, callaran un rato, os deleitaría con el relato de sus aventuras. Ha pasado tres días y tres noches conmigo en mi cabaña, que fue el primer lugar que encontró después de escapar de su nave, y aún no ha terminado de contarme sus desdichas. Como alguien que se deleita oyendo a un bardo inspirado por los dioses, yo disfruté mientras lo escuchaba en mi cabaña. Dice que hay una vieja amistad entre su casa y la de Ulises, y que viene de Creta, donde viven los descendientes de Minos, después de haber ido de aquí para allá empujado por toda suerte de infortunios; también afirma que ha oído contar que Ulises está vivo y cerca de aquí, entre los tesprotos, y que trae un gran tesoro consigo.

—Lámalo, pues —dijo Penélope—, para que yo también pueda oír su historia. En cuanto a los pretendientes, deja que se diviertan dentro o fuera como deseen, pues no tienen de qué preocuparse. Su trigo y su vino siguen intactos en sus casas, y solo los criados los consumen, mientras ellos pasan aquí un día tras otro sacrificando nuestros bueyes, ovejas y cabras para sus banquetes, y sin escatimar el vino que beben. No hay hacienda que pueda resistir semejante despilfarro, pues no tenemos aquí a Ulises para protegernos. Si volviese, él y su hijo no tardarían en vengarse.

Cuando hablaba, Telémaco estornudó con tanta fuerza que se oyó en toda la casa. Penélope se rio al oírlo, y le dijo a Eumeo:

—Ve y llama al forastero, ¿no has oído que mi hijo ha estornudado mientras yo hablaba? Esto solo puede significar que todos los pretendientes

van a morir y que ninguno de ellos escapará. Diré algo más de todo corazón: si considero que el forastero dice la verdad, le daré una túnica y un buen manto.

Cuando Eumeo la oyó, fue a ver a Ulises y le dijo:

—Padre forastero, mi señora Penélope, madre de Telémaco, me ha mandado a buscarte; está muy apesadumbrada, pero quiere oír lo que puedas contarle de su marido, y si considera que dices la verdad, te dará una túnica y un buen manto, que es lo que más falta te hace. En cuanto a pan, puedes conseguir suficiente para llenar el estómago mendigando por la ciudad y aceptando lo que quieran darte.

—No le contaré a Penélope —respondió Ulises— más que la pura verdad. Lo sé todo sobre su marido, pues hemos sufrido las mismas desventuras, pero temo pasar entre la multitud de crueles pretendientes, cuyo orgullo e insolencia llegan hasta el cielo. Justo ahora, además, mientras estaba en la casa sin meterme con nadie, un hombre me ha dado un golpe muy doloroso, pero ni Telémaco ni nadie me ha defendido. Dile, pues, a Penélope que sea paciente y espere a la caída del sol. Que me guarde un sitio al lado del fuego, pues mi ropa está gastada y es muy fina, como bien sabes, pues la has visto desde la primera vez que te pedí que me ayudaras, entonces podrá preguntarme por el regreso de su marido.

El porquero volvió al oírle, y Penélope dijo al verle cruzar el umbral:

—¿Por qué no lo has traído contigo, Eumeo? ¿Teme que alguien pueda maltratarlo o le avergüenza entrar en la casa? Los mendigos no deberían ser vergonzosos.

A esto respondiste, oh Eumeo:

—El forastero es muy sensato. Prefiere evitar a los pretendientes y solo hace lo que haría cualquiera. Te pide que esperes hasta la caída del sol, así podrás oírle y hablar con él cuanto quieras.

—Ese hombre no es tonto —respondió Penélope—, muy probablemente ocurriría como dice, pues no hay en ninguna parte gente tan malvada como esos hombres.

Cuando terminó de hablar, Eumeo volvió con los pretendientes, pues no tenía más que decir. Después, fue a ver a Telémaco y le dijo al oído para que nadie le oyera:

—Querido señor, volveré ahora con los cerdos a cuidar de tu hacienda y de mis asuntos. Tú estate atento a lo que ocurra aquí, pero sobre todo guárdate del peligro, pues hay muchos que te quieren mal. Ojalá Zeus los destruya antes de que puedan hacernos daño.

—Muy bien —respondió Telémaco—, vuelve a casa cuando hayas cenado, y por la mañana ven aquí con las víctimas que vayamos a sacrificar. Déjanos lo demás a los dioses y a mí.

Dicho lo cual Eumeo volvió a ocupar su asiento, y, cuando terminó la cena, salió de la casa y regresó con sus cerdos. En cuanto a los pretendientes, se divertían cantando y danzando, pues ya estaba anocheciendo.

CANTO XVIII

ULISES PELEA CON IRO PENÉLOPE RECIBE LOS PRESENTES DE LOS PRETENDIENTES ULISES REPRENDE A EURÍMACO

Llegó entonces cierto vagabundo vulgar que acostumbraba a mendigar por toda la ciudad de Ítaca y era un glotón y un borracho incorregible. Este hombre no tenía fuerza ni aguante, pero era muy grande y corpulento; su verdadero nombre, el que le puso su madre, era Arneo, pero los jóvenes del lugar le llamaban Iro, porque hacía recados a todo el que se lo pedía. Nada más llegar empezó a insultar a Ulises y a intentar echarle de su propia casa.

—Vete, viejo —exclamó—, de esa puerta o te sacarán a rastras por el cuello y por los pies. ¿Es que no ves que todos me guiñan el ojo y quieren que te eche de aquí por la fuerza, y que si no lo hago es solo porque no quiero? Levanta y vete o acabaremos a golpes.

Ulises lo miró con el ceño fruncido y dijo:

—Amigo, no te hago ningún daño; todos son muy generosos contigo, pero no te envidio. En este umbral hay sitio para los dos. Pareces un vagabundo como yo, tal vez los dioses nos concedan mejor fortuna en otro momento. Así que no sigas hablando de peleas, no vayas a enojarme y, pese a ser viejo, te cubra de sangre la boca y el pecho. Si lo hago, mañana estaré más tranquilo, pues ya no volverás a casa de Ulises.

Iro se enfadó mucho y respondió:

—Sucio glotón, parloteas como una pescadera vieja. Me están entrando ganas de agarrarte y arrancarte los dientes de la boca. Prepárate y deja que esta gente se ponga en pie y nos vea. ¿Vas a poder pelear con alguien mucho más joven?

Así hablaron en el suelo delante del umbral, y cuando Antínoo vio lo que pasaba, se rió de buena gana y dijo a los demás:

—Esto es lo más divertido que habéis visto; los dioses nunca nos habían enviado nada parecido a esta casa. El forastero e Iro han discutido y van a pelear, asegúrenos de que empiecen cuanto antes.

Los pretendientes se rieron e hicieron un círculo alrededor de los dos vagabundos harapientos.

—Escuchad —dijo Antínoo—, para la cena hay en el fuego unas tripas de cabra rellenas de sangre y grasa; quien salga victorioso y demuestre ser el mejor tendrá su parte y podrá sentarse a nuestra mesa; y no permitiremos que ningún otro mendigo entre en la casa.

Los demás estuvieron de acuerdo, pero Ulises para confundirles dijo:

—Señores, un anciano como yo, exhausto por los sufrimientos, no puede enfrentarse a un joven; mi estómago incontenible me anima a hacerlo, pero sé que acabaré recibiendo una paliza. Debéis jurar, no obstante, que no me daréis un golpe a traición para favorecer a Iro y darle la victoria.

Todos estuvieron de acuerdo y pronunciaron su juramento. Telémaco tomó la palabra y dijo:

—Forastero, si estás dispuesto a enfrentarte a este hombre, no debes temer a ninguno de los presentes. Como alguien te golpee, tendrá que pelear con más de uno. Soy el anfitrión, y los otros jefes, Antínoo y Eurímaco, son ambos hombres sensatos y coinciden conmigo.

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Entonces Ulises se ciñó los viejos harapos para pelear, y descubrió sus recios muslos, su amplio pecho, sus hombros y sus poderosos brazos; y Atenea hizo que sus miembros fuesen aún más fuertes. Los pretendientes se quedaron atónitos y se volvieron hacia sus vecinos diciendo:

—Con los muslos que ha destapado el forastero debajo de sus harapos, está claro que pronto no quedará nada de Iro.

Iro empezó a inquietarse al oírlos, pero los criados le obligaron por la fuerza a prepararse y lo llevaron a la parte abierta de la sala; tan asustado estaba que le temblaban las piernas. Antínoo le regañó y le dijo:

—Fanfarrón jactancioso, si tienes miedo de alguien tan viejo y decrepito como este vagabundo, es que no deberías haber nacido. Si te vence y demuestra ser mejor que tú, te aseguro que te subiré a bordo de una nave que vaya al continente y te venderé al cruel rey Équeto^[61], que te cortará la nariz y las orejas, y te arrancará los testículos para dárselos a los perros.

Eso asustó aún más a Iro, pero lo sacaron al centro de la sala. Los dos hombres levantaron los brazos para pelear. Ulises pensó si darle un golpe tan fuerte que acabara con él allí mismo o pegarle con menos fuerza para

derribarlo. Al final juzgó más prudente lo segundo por miedo a que los griegos empezasen a sospechar quién era. Luego empezaron a pelear. Iro golpeó a Ulises en el hombro derecho, pero Ulises le dio un puñetazo en el cuello, debajo de la oreja, que le rompió los huesos e hizo que empezara a sangrar por la boca; cayó gimiendo al suelo, apretando los dientes y dando patadas. Los pretendientes, alzando los brazos, casi se morían de risa. Y Ulises lo cogió por un pie y lo arrastró hasta fuera del patio, donde lo apoyó contra la pared y le puso el cayado en la mano.

—Siéntate aquí —dijo— y no dejes que se te acerquen los perros y los cerdos; eres una criatura lamentable, y si intentas ser rey de los mendigos te irá aún peor.

Luego se echó el sucio zurrón atado con un cordel al hombro y volvió a sentarse en el umbral. Los pretendientes entraron en la sala y, entre risas, felicitaron a Ulises.

—Que Zeus y los demás dioses —dijeron— te concedan cuanto desees por haber puesto fin a la impertinencia de este vagabundo insaciable. Enseguida lo llevaremos al continente con el cruel rey Équeto.

A Ulises eso le pareció un buen augurio, y Antínoo le sirvió tripas de cabra llenas de sangre y grasa. Anfínomo cogió dos hogazas de pan de la cesta y se las llevó, y le ofreció vino en una copa de oro.

—Te deseo suerte —dijo—, padre forastero, ahora te van mal las cosas, pero espero que te vayan mejor en adelante.

A esto respondió Ulises:

—Anfínomo, pareces un hombre cabal, y es posible que lo seas, siendo hijo de quien eres. He oído hablar bien de tu padre, es Niso de Duliquio, un hombre rico y valiente. Escucha, pues, y haz caso de lo que te digo. El hombre es la más vana de las criaturas que pueblan la tierra. Cuando los dioses le conceden fuerza y salud, cree que no sufrirá ningún mal; y cuando los benditos dioses le envían desdichas, las soporta como puede. Pues es Zeus el que dispone la vida de los hombres. Sé lo que digo, porque una vez fui rico y cometí muchas injusticias llevado por mi orgullo, pensando en que mis padres y mis hermanos me ayudarían; por ello, no hay que ser injusto, sino aceptar las cosas buenas que nos envían los dioses. Considera las infamias que cometen estos pretendientes, mira cómo consumen la hacienda y deshonoran a la mujer de alguien que sin duda ha de volver algún día no muy lejano. Es más, que llegará pronto. Quiera un dios enviarte antes a casa para que no te lo encuentres el día de su regreso, pues, cuando llegue, los pretendientes y él no se despedirán sin que se derrame la sangre.

Con estas palabras, hizo una libación y, después de beber, dejó la copa de oro en manos de Anfínomo, que se alejó muy serio y con la cabeza baja, pues se temía lo peor. Pero no escaparía a su destrucción, pues Atenea lo había condenado a morir a manos de Telémaco.

Luego Atenea inspiró en Penélope el deseo de mostrarse ante los pretendientes para que se enamorasen aún más de ella y que su marido y su hijo la honrasen. Así que fingió una risa burlona y dijo:

—Eurínome, he cambiado de opinión y, por más que los odie, quiero presentarme ante los pretendientes. También quiero aconsejar a mi hijo que no tenga más tratos con ellos. Dicen bellas palabras, pero desean su mal.

—Mi querida niña —respondió Eurínome—, lo que dices es cierto, ve a advertir a tu hijo, pero antes lávate y unge tu rostro. No vayas con las mejillas cubiertas de lágrimas, no está bien que te lamentes sin cesar. Además, has rezado mucho para poder ver a Telémaco con barba, y él ya es un hombre.

—Eurínome —respondió Penélope—, sé que tu intención es buena, pero no intentes persuadirme de que me lave y me unja, pues los dioses me robaron mi belleza el día que partió mi marido. Di a Autónoe e Hipodamia que me acompañen a la sala, pues no estaría bien que bajara yo sola con los hombres.

La anciana salió de la habitación para ordenar a las doncellas que fuesen con su señora. Entretanto, Atenea sumió en un dulce sueño a Penélope, que se tumbó en su lecho. Luego la diosa la cubrió de gracia y belleza para que todos la admiraran. Le lavó la cara con la ambrosía que usa Afrodita cuando danza con las Gracias, la hizo más alta e imponente, y volvió su tez más blanca que el marfil tallado. Una vez hecho todo esto, se marchó. Las doncellas llegaron y despertaron a Penélope con el ruido de sus voces.

—A pesar de mis desdichas —dijo—, ¡qué sueño tan delicioso he tenido! Ojalá Artemisa me dejara morir con tanta dulzura en este momento y no tuviera que seguir marchitándome de desesperación por la pérdida de mi amado marido, que tenía toda suerte de buenas cualidades y era el hombre más distinguido entre los griegos.

Con estas palabras bajó de su cuarto, no sola sino acompañada por dos de sus doncellas. Cuando llegó a la sala donde estaban los pretendientes, se quedó junto a una de las columnas que sostenían el techo, con un velo cubriéndole el rostro y con una austera doncella a cada lado. Al verla, todos los pretendientes rezaron para conseguirla y poder compartir su lecho.

—Telémaco —dijo ella, dirigiéndose a su hijo—, me temo que ya no eres tan discreto y bueno como antes. Cuando eras más joven tenías mayor sentido del decoro. Ahora que has crecido, aunque un desconocido que te viese te

tomaría por el hijo de un padre adinerado por tu porte y tu belleza, tu conducta no es la que debiera ser. ¿Cómo has permitido que maltraten así a un forastero? ¿Qué habría pasado si hubiese acabado malherido mientras era un suplicante en nuestra casa? Sin duda habría sido una deshonra para ti.

—Tu enfado no me sorprende, querida madre —respondió Telémaco—, lo comprendo. Ya no soy un niño y sé cuando las cosas no son como deberían ser, pero no siempre soy capaz de comportarme correctamente, pues estos malvados no hacen más que turbarme y no tengo a nadie que me ayude. No obstante, esta pelea entre Iro y el forastero no ha acabado como querían los pretendientes, pues ha ganado el forastero. Ojalá el padre Zeus, Atenea y Apolo le rompieran el cuello a todos estos pretendientes tuyos, a unos dentro y a otros fuera de la casa; ojalá acabaran tan maltrechos como está Iro ahí fuera. Se ha llevado tal paliza que no se tiene en pie ni puede volver a su casa, pues no le quedan fuerzas.

Así conversaron. Luego se les acercó Eurímaco y dijo:

—Reina Penélope, hija de Icario, si todos los griegos pudieran verte en este momento, mañana por la mañana tendrías más pretendientes, pues eres la mujer más admirable del mundo tanto por tu belleza como por tu entendimiento.

A esto respondió Penélope:

—Eurímaco, los dioses me robaron toda mi belleza cuando los griegos partieron hacia Troya y mi amado marido se fue con ellos. Si volviese y cuidara de mis intereses, sería más respetada y tendría mejor presencia ante el mundo. Pero ahora me agobian las preocupaciones y las aflicciones que los dioses han tenido a bien enviarme. Mi marido lo previó todo y antes de partir me cogió de la muñeca y dijo:

»—Mujer, no todos volveremos sanos y salvos de Troya, pues los troyanos saben combatir con el arco y la lanza. También son excelentes jinetes. No sé, pues, si algún dios me enviará de vuelta contigo o si pereceré en Troya. Entretanto, cuida aquí de todo. Cuida de mi padre y de mi madre como hasta ahora, e incluso más en mi ausencia, pero, cuando veas que a nuestro hijo le sale la barba, cástate con quien quieras y deja esta casa.

»Eso me dijo, y ahora todo se está cumpliendo. Llegará una noche en la que tendré que someterme a un matrimonio que detesto, pues Zeus me ha privado de toda esperanza de felicidad. Este pesar, además, me llega al alma misma. Antes los pretendientes cortejaban de forma diferente a la mujer, de noble cuna, a quien querían tener como esposa. Le llevaban bueyes y corderos

para invitar a sus parientes y le hacían magníficos regalos, ¡no devoraban su hacienda!

Esto fue lo que dijo, y Ulises se alegró al ver que intentaba sacarles regalos a los pretendientes y halagarlos con bellas palabras que él sabía que no eran sinceras.

Antínoo respondió:

—Reina Penélope, hija de Icario, acepta tantos regalos como desees de quienquiera que te los ofrezca, no está bien rechazar un obsequio. Pero nosotros no nos iremos de aquí ni volveremos a atender nuestros asuntos hasta que te hayas desposado con el mejor de nosotros, sea quien sea.

Los demás aplaudieron las palabras de Antínoo, y todos enviaron a sus criados a por presentes. El de Antínoo volvió con una preciosa túnica exquisitamente bordada. Tenía doce alfileres de oro puro para abrocharla. El de Eurímaco le llevó enseguida una magnífica cadena de oro y cuentas de ámbar que brillaban como el sol. Los dos criados de Euridamante volvieron con unos pendientes que relucían preciosos, mientras que el rey Pisandro hijo de Polictor le llevó un collar de exquisita factura, y todos aportaron hermosos regalos.

La reina volvió a su cuarto, y las doncellas subieron los presentes. Mientras tanto, los pretendientes se dedicaron a cantar y a danzar y se quedaron hasta que se hizo de noche. Luego, para iluminar la sala, encendieron tres tederos, que las doncellas avivaban por turnos.

Entonces Ulises dijo:

—Doncellas, sirvientas de Ulises, que lleva tanto tiempo ausente, id con la reina a la casa; sentaos con ella y entretenedla, o tejed y cardad la lana, yo ya me encargaré de la luz. Puede que se queden hasta mañana, pero no resistirán más que yo, pues tengo mucho aguante.

Las doncellas se miraron y se echaron a reír, y la hermosa Melanto empezó a burlarse de él con desprecio. Era hija de Dolio, aunque la había criado Penélope, que le había dado juguetes y había cuidado de ella cuando era niña. Sin embargo, no tenía consideración por el pesar de su señora y se había convertido en la amante de Eurímaco.

—Pobre desdichado —dijo—, ¿es que se te ha vaciado la sesera? Vete a dormir en alguna herrería o un lugar donde cotilleen las viejas y déjate de cháchara. ¿Es que no te avergüenza abrir la boca en presencia de tus mejores, y más cuando son tantos? ¿Acaso se te ha subido el vino a la cabeza o siempre parloteas así? Parece que hayas perdido el juicio por haber vencido a

ese vagabundo de Iro; ten cuidado no vaya a venir un hombre mejor que él, te abra la cabeza y te eche sangrando de la casa.

—Perra —respondió Ulises, mirándola con el ceño fruncido—, iré a contarle a Telémaco lo que has dicho y hará que te descuarticen.

Con estas palabras asustó a las mujeres, que corrieron al interior de la casa. Se fueron temblando de pies a cabeza, pues pensaron que haría lo que decía. En cambio, Ulises se instaló al lado de los tederos y observó a los hombres. Atenea no permitió que los pretendientes contuvieran su insolencia, pues quería que Ulises se enojara aún más con ellos. Por ello, envió a Eurímaco, hijo de Pólibo, a burlarse de él, e hizo que los otros se rieran.

—Escuchadme —dijo—, pretendientes de la reina Penélope. Este hombre no ha venido por casualidad a la casa de Ulises; creo que la luz no viene de los tederos, sino de su propia cabeza, pues no le queda ni un solo pelo. Luego se volvió a Ulises y dijo:

—Forastero, ¿trabajarías de sirviente si te envío a los campos y me aseguro de que tengas una buena paga? ¿Sabes construir una cerca de piedra o plantar árboles? Te daría de comer todo el año y te buscaría ropa y calzado. Pero no, tú has ido por mal camino y no quieres trabajar, prefieres llenarte la barriga mendigando por ahí.

—Eurímaco —respondió Ulises—, ojalá tú y yo tengamos ocasión de competir trabajando a principios de verano cuando los días son más largos: dame una buena hoz, coge tú otra, y veamos quién aguanta más o siega más tiempo, desde el amanecer hasta el ocaso. O, si prefieres arar, cojamos dos bueyes: llévame a un campo y veamos quién de los dos traza el surco más recto. Y, si estallara hoy una guerra, y me dieras un escudo, un par de lanzas y un casco, verías que sería el primero en entrar en combate. Así dejarías de lanzarme pullas sobre mi estómago. Eres cruel e insolente y te crees un gran hombre porque te hallas entre unos pocos cobardes. Si Ulises vuelve alguna vez, aunque las puertas de su casa son anchas, te parecerán estrechas cuando intentes huir por ellas.

Eurímaco se puso furioso al oír todo esto. Lo miró con el ceño fruncido y gritó:

—¡Desgraciado, ahora te daré tu merecido por atreverte a decirme todo esto ante tantos hombres! ¿Acaso se te ha subido el vino a la cabeza o siempre parloteas así? Parece que hayas perdido el juicio por haber vencido a ese vagabundo de Iro.

Y cogió un taburete, pero Ulises buscó protección junto a las rodillas de Anfínomo de Duliquio, pues tuvo miedo. El taburete golpeó al copero en la

mano derecha e hizo que él y la jarra que llevaba cayeran al suelo con estrépito. Los pretendientes causaron gran alboroto y se dijeron entre ellos:

—¡Ojalá el forastero se hubiese muerto en otra parte! No podemos tolerar semejante riña por un mendigo y que no podamos disfrutar del banquete por su causa.

Al oírlo Telémaco se adelantó y dijo:

—Señores, ¿os habéis vuelto locos? ¿Es que no soportáis la comida y la bebida? ¿Es que os ha poseído algún dios? No quiero echaros, pero ya habéis cenado y, cuanto antes os volváis a casa y a la cama, tanto mejor.

Los pretendientes se mordieron el labio sorprendidos por la audacia de sus palabras, pero Anfínomo dijo:

—No nos ofendamos ni le respondamos mal, es razonable lo que dice. Y nada de violencia con el forastero ni con los criados de Ulises. Que el copero pase para que hagamos las libaciones y podamos irnos a descansar a casa. En cuanto al forastero, que Telémaco se encargue de él, pues es a su casa donde ha venido.

Así habló, y sus palabras complacieron a todos. Entonces Mulio de Duliquio, un criado de Anfínomo, mezcló en una cratera vino con agua y la fue pasando a todos para que hiciesen sus libaciones a los dioses. Luego, terminadas las libaciones y después de beber cuanto quisieron, cada cual marchó a su casa.

CANTO XIX

TELÉMACO Y ULISES SE LLEVAN LAS ARMAS EURICLEA LE LAVA LOS PIES A ULISES PENÉLOPE LE CUENTA A ULISES SU SUEÑO

Ulises se quedó en la sala, meditando el modo en que, con la ayuda de Atenea, podría matar a los pretendientes. Luego le dijo a Telémaco:

—Telémaco, debemos coger todas las armas que haya en la casa y llevarlas abajo. Invéntate una excusa para cuando los pretendientes te pregunten por qué te las llevas; diles que quieres protegerlas del humo, pues ya no están como cuando se fue Ulises, sino que se han ensuciado de hollín. Añade que temes que Zeus les anime a pelearse cuando beban y que podrían hacerse daño y deshonar el banquete y el cortejo, pues las armas a veces tientan a las personas a utilizarlas.

Telémaco estuvo de acuerdo con lo que le dijo su padre, por lo que llamó a la doncella Euriclea y le dijo:

—Aya, encierra a las mujeres en sus habitaciones mientras yo guardo las armas que dejó mi padre. Nadie cuida de ellas desde que mi padre se fue y se han ido tiznando de hollín durante mi infancia. Quiero llevarlas donde no les llegue el humo.

—Ojalá, hijo mío —respondió Euriclea—, te encargases tú de la administración de la casa y cuidases tú mismo de tu hacienda. Pero ¿quién te acompañará para alumbrarte? Las doncellas habrían ido, pero no les dejas.

—El forastero me alumbrará —respondió Telémaco—; quien come mi pan debe hacer algo por ganárselo.

Euriclea hizo lo que le pedían y encerró a las mujeres en sus habitaciones. Luego Ulises y su hijo se apresuraron a guardar los cascos, los escudos y las lanzas; y Atenea, con una lámpara de oro en la mano que desprendía un suave y brillante resplandor, les acompañó. Telémaco dijo:

—Padre, mis ojos contemplan una gran maravilla: las paredes, las vigas y las columnas resplandecen como una llama ardiente. Sin duda hay aquí un dios.

—Silencio —respondió Ulises—, calla y no hagas preguntas, pues así obran siempre los dioses. Vete a la cama y déjame hablar con tu madre y con las doncellas. En su pesar, tu madre querrá hacerme toda clase de preguntas.

Al oírlo, Telémaco se fue, a la luz de las antorchas, a su cuarto. Allí se acostó hasta la mañana siguiente, mientras que Ulises se quedó en la sala, meditando el modo en que, con la ayuda de Atenea, podría matar a los pretendientes.

Luego Penélope, semejante a Afrodita o Artemisa, bajó de su cuarto, y le acercaron al fuego la silla en que solía sentarse, adornada con incrustaciones de plata y marfil. Se la había hecho Icmalio y tenía un escabel adosado a la silla que estaba cubierta con una gruesa zalea. Las doncellas recogieron las mesas en que habían cenado los insolentes pretendientes y pusieron más madera en los tederos para tener luz y calor. Melanio empezó a insultar por segunda vez a Ulises y le dijo:

—Forastero, ¿es que vas a molestarnos con tu presencia en la casa toda la noche y espiando a las mujeres? ¡Vete a cenar fuera, desgraciado, o te echarán tirándote un tizón encendido!

Ulises la miró con el ceño fruncido y respondió:

—Buena mujer, ¿por qué te enfadas así conmigo? ¿Es porque no voy limpio, mi ropa está harapienta y me veo obligado a mendigar por ahí como los vagabundos? Una vez fui rico y tuve una hermosa casa. En esos días, di a muchos vagabundos como soy yo ahora sin pararme a pensar lo que querían o quiénes pudieran ser. Tenía numerosos criados y todas las demás cosas que disfrutaban quienes viven con comodidad y se consideran ricos, pero Zeus tuvo a bien arrebatármelas; por lo que ve con cuidado, mujer, no vayas a perder tú también ese orgullo y la posición elevada de la que te jactas ahora. Procura no caer en desgracia con tu señora, por si vuelve Ulises, porque aún hay una posibilidad de que lo haga. Además, aunque esté muerto como crees, por la voluntad de Apolo ha dejado a un hijo, Telémaco, que se dará cuenta de cualquier cosa que hagan mal las doncellas de la casa, pues ya no es ningún niño. Penélope oyó lo que decía y riñó a la doncella:

—¡Perra impúdica! Ya veo que te estás portando de forma abominable y te arrepentirás. Sabías muy bien, pues te lo dije yo misma, que iba a ver al forastero y preguntarle por mi marido, por cuya causa padezco este constante pesar. Luego le dijo a su criada principal, Eurínome:

—Trae un asiento y una zalea para que se siente el forastero mientras me cuenta su historia y escucha lo que tengo que decirle. Quiero hacerle unas preguntas.

Eurínome volvió enseguida con el asiento y puso la zalea encima. En cuanto Ulises se sentó, Penélope empezó diciendo:

—Forastero, lo primero que te preguntaré es quién eres y de dónde eres. Háblame de tu ciudad y de tus padres.

—Señora —respondió Ulises—, ¿quién en la faz de la tierra se atreverá a reprocharte nada? Tu fama llega al mismísimo firmamento del cielo, eres como un rey piadoso y justo que gobierna un gran país: la tierra da trigo y cebada, los árboles están cargados de fruta, las ovejas dan corderos, y el mar es abundante en peces por razón de sus virtudes y sus súbditos hacen grandes cosas bajo su mando. De todos modos, ya que estoy aquí en tu casa, pregúntame otra cosa y no quieras saber de mi estirpe y mi familia, o despertarás recuerdos que aumentarán mi dolor. Vivo apesadumbrado, pero no quisiera sentarme a quejarme y llorar en una casa ajena, ni está bien lamentarse siempre. Alguna criada, o incluso tú misma, se podría hartar y decir que tengo los ojos anegados en lágrimas porque se me ha subido el vino a la cabeza.

Entonces Penélope respondió:

—Forastero, los dioses me robaron toda mi belleza cuando los griegos partieron hacia Troya y mi amado marido se fue con ellos. Si volviese y cuidara de mis intereses, sería más respetada y tendría mejor presencia ante el mundo. Pero ahora me agobian las preocupaciones y las aflicciones que los dioses han tenido a bien enviarme. Los principales varones de nuestras islas, Duliquio, Same y Zacinto, y también de la propia Ítaca me cortejan contra mi voluntad y devoran mi hacienda. Así que no puedo prestar atención ni a los forasteros, ni a los suplicantes ni a quienes dicen ser hábiles artesanos, sino que me paso el tiempo apesadumbrada por Ulises. Quieren que vuelva a casarme cuanto antes, y tengo que inventarme estratagemas para engañarles. Primero los dioses me inspiraron la idea de instalar un gran bastidor en mi cuarto y empezar a tejer una enorme tela. Entonces les dije:

»—Pretendientes, Ulises ha muerto, pero no me obliguéis a casarme tan pronto; puesto que no querría que mi pericia con los hilos caiga en el olvido, esperad a que termine el sudario del héroe Laertes para que esté listo cuando la muerte se lo lleve. Es muy rico y las mujeres murmurarán si lo entierran sin sudario.

»Eso les dije, y todos aceptaron; me pasaba el día tejiendo, pero por la noche deshacía la tela a la luz de las antorchas. De este modo los tuve engañados tres años, sin que me descubrieran, pero a medida que nos acercábamos al cuarto año, algunas doncellas desvergonzadas se lo contaron a los pretendientes, que me sorprendieron y se enfadaron mucho, por lo que tuve que terminarla tanto si quería como si no. Y ahora no se me ocurre ningún otro truco para librarme de este matrimonio. Mis padres me presionan, y mi hijo se lamenta de los estragos que hacen los pretendientes en su hacienda, pues ya tiene edad para darse cuenta de todo y es perfectamente capaz de cuidar de sus propios asuntos. Pero dime ahora quién eres y de dónde eres, pues tienes que tener un padre y una madre: no puedes ser hijo de un roble o de una roca.

Entonces Ulises respondió:

—Señora, esposa de Ulises, puesto que insistes en preguntarme por mi familia, te responderé a pesar de lo difícil que me resulta: uno tiene que aceptar el sufrimiento cuando lleva exiliado tanto tiempo como yo y ha padecido tanto entre gentes tan diversas. No obstante, en lo que atañe a tu pregunta, te diré lo que quieres saber. En mitad del océano hay una isla bella y fértil llamada Creta; está muy poblada y tiene noventa ciudades, y en ella se hablan muchas lenguas diferentes que se mezclan entre sí, pues hay griegos, eteocretenses, dorios de tres tribus y nobles pelasgos. Hay allí una gran ciudad, Cnosos, donde reinaba Minos, que cada nueve años departía con el propio Zeus. Minos fue el padre de Deucalión, de quien soy hijo, pues Deucalión tuvo dos hijos, Idomeneo y yo. Idomeneo zarpó hacia Troya y yo, que soy el pequeño, me llamo Etón; mi hermano era al mismo tiempo el mayor y el más valiente de los dos. Y fue en Creta donde vi a Ulises y le ofrecí hospitalidad, pues los vientos lo llevaron allí cuando, camino de Troya, lo desviaron de su rumbo en el cabo Malea y lo dejaron en Amnisos, ante la cueva de Ilitía, en un puerto difícil en el que apenas podía encontrar refugio de los fuertes vientos. En cuanto llegó, fue a la ciudad y preguntó por Idomeneo, diciendo que era su amigo desde antiguo, pero Idomeneo había partido hacia Troya diez o doce días antes, por lo que lo llevé a mi casa y le ofrecí mi hospitalidad, pues tenía abundancia de todo. También di de comer a los hombres que lo acompañaban con gachas de cebada de las reservas públicas, e hice colectas de vino y bueyes para hacer cuantos sacrificios quisieran. Se quedaron conmigo doce días, pues soplaba una tempestad del norte tan fuerte que apenas se podía andar. Supongo que debió de levantarla algún dios hostil, pero al decimotercer día el viento amainó y pudieron zarpar.

Muchas historias creíbles le contó Ulises, y Penélope lloró al oírle y sus mejillas se inundaron de lágrimas, pues se le conmovió el corazón. Igual que la nieve se funde en las cumbres cuando los vientos del sureste y el oeste soplan sobre ellas hasta que los ríos se desbordan, así se inundaron sus mejillas de lágrimas por el marido que estaba todo el tiempo sentado a su lado. Ulises lo lamentó y la compadeció, pero contuvo con astucia las lágrimas y sus ojos siguieron tan duros como el cuerno o el hierro. Luego, cuando ella se consoló con el llanto, se volvió hacia él y dijo:

—Ahora, forastero, voy a comprobar si viste o no a mi marido y a sus hombres como dices. Dime, pues, cómo iba vestido y qué clase de hombres eran él y sus compañeros.

—Señora —respondió Ulises—, ha pasado tanto tiempo que apenas puedo decirlo. Han transcurrido veinte años desde que dejé mi casa, pero te diré lo que recuerdo. Ulises llevaba un manto doble de lana púrpura sujeto con un broche de oro de gran belleza con dos muescas para el alfiler. En la parte de delante se veía a un perro que sujetaba un cervatillo entre las patas delanteras y lo miraba jadear en el suelo. A todo el mundo le maravillaba el modo en que se había labrado en oro la escena del perro que miraba al cervato y lo asfixiaba mientras él se debatía por escapar. En cuanto a la túnica que llevaba debajo, era tan suave que se le ajustaba como la piel de una cebolla y brillaba al sol para admiración de todas las mujeres que la veían. He de decir, y lo digo de corazón, que no sé si Ulises llevaba esta ropa cuando salió de casa, o si se la regaló alguno de sus compañeros en el viaje o alguien en cuya casa se alojó, pues era un hombre que tenía muchos amigos. Yo mismo le regalé una espada de bronce, un precioso manto doble púrpura y una túnica. Llevaba un sirviente consigo, un poco mayor que él, y puedo decirte cómo era: tenía los hombros encorvados, era moreno y tenía el pelo crespo y rizado. Se llamaba Euríbates, y Ulises le trataba con más familiaridad que a los demás.

Penélope se conmovió aún más al oír las pruebas indiscutibles que le dio Ulises; después de encontrar otra vez consuelo en las lágrimas, le dijo:

—Forastero, si antes te compadecía, ahora serás honrado y bienvenido en mi casa. Fui yo quien le dio a Ulises la ropa que dices. Y también le di el broche de oro para que lo llevase como adorno. ¡Ay! Ya nunca volveré a darle la bienvenida. Fue un funesto destino el que le hizo partir hacia esa ciudad detestable cuyo nombre no puedo pronunciar siquiera.

—Señora, esposa de Ulises, no te afees más lamentando tu pérdida con amargura, aunque no te culpo —respondió Ulises—. Es natural que una mujer que ha amado a su marido y le ha dado hijos sienta su pérdida, aunque se trate

de un hombre peor que Ulises, que dicen que era como un dios. Aun así no llores más y escucha lo que voy a contarte. Puedo asegurarte que he oído que Ulises está vivo y de camino a casa; se encuentra entre los tesprotos y trae consigo un valioso tesoro. No obstante, perdió su nave y su tripulación al salir de la isla de Trinada, pues Zeus y Helios se enfadaron con él porque sus hombres sacrificaron el ganado de Helios, y todos se ahogaron. Mas Ulises se agarró a la quilla del barco y la corriente lo llevó hasta la tierra de los feacios, que están emparentados con los inmortales y lo trataron como si fuese un dios, le dieron muchos regalos y se ofrecieron a escoltarlo a casa sano y salvo. De hecho, Ulises hace mucho que ya estaría aquí si no hubiese creído más conveniente ir de país en país acumulando riquezas, pues no hay nadie tan astuto como él. Todo esto me lo contó Fidón, el rey de los tesprotos, y me juró que la nave que traería a Ulises a su patria ya estaba en el agua y ya disponía de tripulación. Me despidió a mí primero, porque había una nave tesprotas a punto de partir hacia la isla de Duliquio, pero me mostró el tesoro que había reunido Ulises, suficiente para mantener a su familia diez generaciones. No obstante, el rey me dijo que Ulises había partido a Dodona para averiguar la voluntad de Zeus mediante el roble del dios y saber si, después de tan larga ausencia, debía volver a Ítaca abiertamente o en secreto. Conque has de saber que está a salvo y no tardará en llegar; está cerca y no seguirá lejos de casa mucho más tiempo. Aun así, confirmaré mis palabras con un juramento, y pondré por testigo a Zeus, que es el primero y el más poderoso de los dioses, así como al hogar de Ulises donde me encuentro, de que todo lo que he dicho sucederá. Ulises volverá este mismo año; cuando acabe esta luna y empiece la siguiente, estará aquí.

—Ojalá sea así —respondió Penélope—. Si lo es, te demostraré tanta generosidad y te daré tantos presentes que todos los que te vean te felicitarán. Pero sé muy bien lo que ocurrirá. Ulises no volverá y tú no conseguirás tu escolta, pues ya no hay señores en la casa como él, que recibía a forasteros honorables y los despedía para que siguieran su viaje. Y ahora, doncellas, lavadle los pies y preparadle una cama con esteras y mantas para que duerma caliente hasta mañana. Luego, al rayar el alba, lavadlo y volved a ungirlo para que se siente en la sala a comer con Telémaco. Y tanto peor para aquel que sea descortés con él, ya que en ese caso no volverá a esta casa. ¿Cómo, señor, podrás saber si soy o no superior a otras de mi sexo, tanto en entendimiento como en la bondad de mi corazón si te dejo cenar mal vestido en mi casa? Los hombres viven poco tiempo. Cuando son crueles y se comportan con crueldad, todo el mundo les desea el mal mientras viven y hablan con

desprecio de ellos cuando mueren. En cambio, a los justos, a los que obran con justicia, todos los alaban y hablan bien de ellos.

—Señora —respondió Ulises—, renuncié a las mantas y las esteras el día en que dejé las nevadas cumbres de Creta para embarcarme. Dormiré como he dormido muchas noches desde entonces. He pasado muchas noches a la intemperie esperando a que llegue la mañana. Tampoco quiero que me lave los pies ninguna de tus criadas; aunque si tienes a alguna mujer anciana y respetable que haya sufrido tantas penalidades como yo, dejaré que ella me los lave.

—Mi querido señor —respondió Penélope—, de todos los huéspedes que han pasado por mi casa nunca hubo nadie que hablase con tanto decoro como tú. Hay en la casa una anciana muy respetable, la misma que cogió a mi pobre marido en sus brazos al poco de nacer y que lo crio en su infancia. Ahora está muy débil, pero ella te lavará los pies. Ven, Euriclea, y lava a este hombre de la misma edad de tu amo; supongo que los pies y las manos de Ulises deben de parecerse mucho a las tuyas, pues el sufrimiento nos envejece a todos muy deprisa.

Al oír estas palabras, la anciana se cubrió el rostro con las manos, empezó a llorar y se lamentó diciendo:

—Mi niño querido, no sé qué voy a hacer contigo. Estoy segura de que no ha habido nadie más temeroso de los dioses que tú, y aun así Zeus te odia. Nadie en el mundo le ha ofrendado más muslos que tú ni ha hecho mejores hecatombes mientras rezabas para llegar a una edad avanzada y ver crecer a tu hijo y que se pareciera a ti. Pero mira cómo te ha impedido volver a tu propia casa. No me cabe duda de que las mujeres de algún palacio extranjero al que ha llegado Ulises se mofan de él como se mofan de ti estas mujerzuelas. No me extraña que no quieras que te laven después del modo en que te han insultado. Yo te lavaré los pies, puesto que Penélope me lo pide. Te los lavaré por Penélope y por ti, pues has despertado en mí una viva compasión. Y deja que te diga una cosa más, y te ruego que me escuches, por aquí han pasado muchos forasteros en dificultades, pero me atrevo a decir que ninguno era tan parecido a Ulises en su voz, su figura y sus pies como tú.

—Quienes nos han visto a los dos —respondió Ulises— siempre han dicho que nos parecíamos mucho, y tú también te has dado cuenta.

A continuación, la anciana cogió el caldero en el que iba a lavarle los pies, lo llenó de abundante agua fría y después añadió agua caliente hasta que el baño estuvo tibio. Ulises se sentó al lado del fuego, pero enseguida se apartó, pues temió que, cuando la anciana le cogiera la pierna, reconociera cierta

cicatriz que tenía y saliese a relucir la verdad. Y, de hecho, en cuanto empezó a lavar a su amo, enseguida reconoció la cicatriz que le había hecho un jabalí cuando cazaba en el monte Parnaso con su excelente abuelo Autólico, que fue el ladrón y perjuro más consumado del mundo, y con los hijos de Autólico. El propio Hermes le había concedido tales dones, pues siempre quemaba los muslos de las cabras y los corderos en su honor, por lo que siempre le auxiliaba. Ocurrió una vez que Autólico había ido a Ítaca y había encontrado al niño recién nacido de su hija. En cuanto acabó de cenar, Euriclea le puso al niño en las rodillas y dijo:

—Autólico, tienes que encontrar un nombre para tu nieto, siempre habías querido tener uno.

—Yerno e hija —replicó Autólico—, llamad al niño así: puesto que muchas personas de diversos lugares, tanto hombres como mujeres, me detestan, llamad al niño «Ulises». Cuando crezca y vaya a visitar a la familia de su madre al monte Parnaso, donde están mis posesiones, le haré un regalo y lo despediré alegre.

Así que Ulises fue al Parnaso a buscar los presentes de Autólico, que le dio la bienvenida con sus hijos y le estrechó la mano. Su abuela Anfitea lo abrazó y le besó la cabeza y los ojos, mientras Autólico pedía a sus hijos que prepararan la cena. Llevaron un toro de cinco años, lo despellejaron y descuartizaron; lo cortaron en trozos más pequeños que clavaron en espetones; los asaron lo suficiente y sirvieron los trozos. Y así, mientras duró el día y hasta la puesta del sol estuvieron comiendo y bebiendo hasta saciarse, pero cuando se puso el sol y oscureció, se fueron a la cama y disfrutaron del don del sueño.

Cuando apareció la hija de la mañana, Aurora de dedos sonrosados, los hijos de Autólico salieron a cazar con sus perros y Ulises los acompañó. Treparon por las boscosas laderas del Parnaso y pronto llegaron a los aireados valles de la planicie; pero, cuando el sol empezaba a calentar los campos nada más alzarse de las lentas y calladas corrientes de Océano, llegaron a un altozano. Los perros corrían por delante en busca del rastro de algún animal y detrás iban los hijos de Autólico y Ulises, con una larga lanza en la mano. Allí se hallaba el cubil de un enorme jabalí entre una maleza tan densa que el viento y la lluvia no podían atravesarla, ni tampoco los rayos del sol, y el suelo estaba cubierto de hojas caídas. El jabalí oyó el ruido de los pasos de los hombres y a los perros que ladraban, por lo que salió a toda prisa de su guarida, erizó las cerdas del cuello y se plantó ante ellos con los ojos encendidos. Ulises fue el primero en levantar la lanza e intentar clavársela al

animal, pero el jabalí fue demasiado rápido y le embistió de lado y le desgarró la rodilla con los colmillos, aunque no llegó hasta el hueso. A pesar de todo, Ulises le acertó en el lomo derecho y la punta de la lanza lo atravesó, y cayó gruñendo en el polvo hasta que se le escapó la vida. Los hijos de Autólico vendaron la herida de Ulises y pronunciaron un hechizo para que dejara de sangrar. Entonces volvieron a casa lo más deprisa posible. Autólico y sus hijos cuidaron muy bien a Ulises y, tras hacerle espléndidos regalos, lo enviaron de regreso a Ítaca. Cuando volvió, su padre y su madre se alegraron y le preguntaron cómo se había hecho esa herida; y él les contó cómo le había desgarrado el jabalí cuando estaba de caza con Autólico y sus hijos en el monte Parnaso.

En cuanto Euriclea cogió entre sus manos la pierna con la cicatriz, la reconoció y soltó el pie. La pierna cayó en el caldero, que se volcó con estrépito, de modo que el agua se derramó por el suelo; los ojos de Euriclea se llenaron de lágrimas de alegría y pesar, y no pudo hablar, aunque cogió a Ulises de la barba y dijo:

—Mi niño querido, estoy segura de que eres Ulises, aunque no te he reconocido hasta que te he tocado.

Mientras hablaba se volvió hacia Penélope como para decirle que su querido marido estaba en la casa, pero Penélope no la miró ni vio lo que sucedía porque Atenea distrajo su atención. Entonces Ulises cogió a Euriclea por el cuello y se la acercó con la mano izquierda.

—Aya, tú que me criaste a tus pechos, ¿quieres ser mi perdición ahora que, después de diez años de vagabundeo, he vuelto por fin a mi propia casa? Ya que un dios ha querido que me reconozcas, contén la lengua y no digas ni una palabra a nadie; de lo contrario, si un dios me concede acabar con la vida de estos pretendientes, no te perdonaré, aunque hayas sido mi propia nodriza, cuando dé muerte a las demás mujeres.

—Hijo mío —respondió Euriclea—, ¿qué estás diciendo? Sabes muy bien que nada puede doblegarme o quebrantarme. Contendré la lengua como si fuese una piedra o un pedazo de hierro; es más, deja que te diga que, cuando un dios ponga a los pretendientes en tus manos, te daré una lista de las mujeres de la casa que se han portado mal y de las que son inocentes.

—Aya —respondió Ulises—, no deberías hablar así; yo puedo formarme mi propia opinión sobre todas y cada una de ellas. Guarda silencio y deja lo demás a los dioses.

Euriclea salió de la sala para ir a buscar más agua, pues la otra se había derramado. Cuando terminó de bañarlo y de ungirlo con aceite, Ulises acercó

su asiento al fuego para calentarse y ocultó la cicatriz debajo de los harapos. Entonces Penélope empezó a hablarle y le dijo:

—Forastero, querría hablar contigo un momento de otro asunto. Es casi hora de acostarse, al menos para aquellos que pueden dormir a pesar de sus penas. A mí los dioses me han dado una vida de pesares tan inconcebibles que incluso de día, cuando me ocupo de mis obligaciones y cuido de los criados, sigo llorando y lamentándome todo el rato; luego, cuando llega la noche y todos vamos a acostarnos, me quedo despierta pensando y mi corazón es presa de las más incesantes y crueles torturas. Mi imaginación se agita y duda si debería quedarme aquí con mi hijo y proteger mi hacienda, mis criados y la grandeza de mi casa por respeto a la opinión del pueblo y al recuerdo de mi difunto esposo, o irme con el mejor de estos pretendientes que me cortejan y me hacen tan magníficos presentes. Cuando mi hijo era todavía un niño sin entendimiento, no quería que dejase la casa de mi marido, pero ahora que ha crecido me ruega y me suplica que me vaya, irritado por el modo en que los pretendientes devoran su hacienda. Escucha, pues, un sueño que he tenido y ayúdame a interpretarlo, si sabes. Tengo en casa veinte ocas que comen afrecho en un comedero y que me gustan mucho. Soñé que un águila bajaba volando desde la montaña y clavaba su curvo pico en el cuello de cada una de ellas hasta matarlas. Luego alzaba el vuelo y las dejaba muertas en el corral. Mis doncellas acudieron al oírme llorar en sueños por la muerte de mis ocas. Luego volvía el águila, se posaba en una viga, me hablaba con voz humana y me pedía que dejara de llorar: «Ten valor, hija de Icario, esto no es un sueño, sino una visión de un buen augurio que sin duda ha de cumplirse. Las ocas son los pretendientes y yo ya no soy un águila, sino tu marido, que he vuelto contigo y haré que esos pretendientes tengan un final deshonesto». Entonces desperté y al asomarme vi a las ocas en el comedero comiendo el afrecho como de costumbre.

—Este sueño, señora —respondió Ulises—, solo admite una interpretación, pues ¿no fue el propio Ulises quien te dijo que se cumpliría? Te ha augurado la muerte de los pretendientes y ni uno solo de ellos escapará con vida.

—Forastero, a menudo los sueños son inexplicables —respondió Penélope— y no siempre se hacen realidad. Hay dos puertas por las que pasan estos caprichos sin sustancia: una es de cuerno y la otra de marfil. Los que pasan por la puerta de marfil son vanos y engañosos, y los que pasan por la puerta de cuerno se cumplen y significan algo para quienes los ven^[62]. No creo que mi propio sueño pasara por la puerta de cuerno, ¡qué gran alegría tendríamos

mi hijo y yo! Además, y ten presente lo que voy a decirte, el alba traerá el día aciago que habrá de separarme de la casa de Ulises, pues voy a celebrar el certamen de las hachas. Mi esposo clavaba en una hilera doce hachas en la sala, igual que los puntales de una embarcación, y luego las atravesaba con una flecha. Pediré a los pretendientes que intenten hacer lo mismo y a quien sea capaz de tensar el arco con más facilidad y atraviese las doce hachas con su flecha es a quien seguiré cuando deje la casa de mi marido legítimo, tan hermosa y abundante en riqueza. Pero incluso así, no me cabe duda de que la recordaré en mis sueños.

—Señora, esposa de Ulises —respondió él—, no hace falta que demores la prueba, pues Ulises volverá antes de que puedan tensar el arco, si es que pueden, y lanzar las flechas a través del hierro.

—Mientras estés aquí y me hables, señor —dijo Penélope—, no tengo deseos de volver a la cama. Pero no se puede estar sin dormir, y los dioses han dispuesto un momento para cada cosa. Así que iré arriba y me tenderé en ese lecho que no he dejado de inundar con mis lágrimas desde el día en que Ulises partió hacia la ciudad de odioso nombre.

Luego subió a su cuarto, no sola, sino en compañía de sus doncellas, y una vez allí lloró a su querido marido hasta que Atenea vertió el dulce sueño sobre sus párpados.

CANTO XX

ULISES ORA A ZEUS EUMEO Y FILETIO LLEGAN A LA CASA TEOCLÍMENO PREDICE EL DESASTRE

Ulises se acostó en el vestíbulo sobre una piel de buey sin curtir y varias zaleas de las ovejas que habían devorado los pretendientes, y Eurínome le echó un manto por encima en cuanto se acostó. Allí se quedó Ulises sin poder dormir meditando el modo en que mataría a los pretendientes. Vio que algunas mujeres, entre risas, salían de la casa para ir a acostarse con los pretendientes. Eso enojó mucho a Ulises, que dudó si levantarse y matarlas a todas allí mismo, o dejar que durmieran una última vez con ellos. Ante tales actos, el corazón le ladraba en su interior como una perra que no deja que un desconocido se acerque a sus cachorros. Pero se golpeó el pecho y dijo:

—Calla, corazón, peores cosas tuviste que soportar cuando el espantoso Cíclope devoró a tus valerosos compañeros y lo soportaste en silencio hasta que tu astucia te sacó sano y salvo de la cueva, aunque creías que ibas a morir.

Así reprendió a su corazón y le pidió que resistiera, pero él se revolvía de un lado al otro meditando cómo, siendo solo uno como era, podría matar a tantos hombres. Al cabo de un rato, Atenea descendió del cielo bajo el aspecto de una mujer y flotó sobre su cabeza diciendo:

—Pobre desdichado, ¿por qué yaces así despierto? Esta es tu casa, tu mujer está a salvo en ella, igual que tu hijo, que es un joven del que estaría orgulloso cualquier padre.

—Diosa —respondió Ulises—, todo lo que has dicho es cierto, pero pienso en cómo podré matar yo solo a estos malvados pretendientes, que siempre están juntos. Y hay otra cuestión. Si con tu ayuda y la de Zeus puedo matarlos, ¿adonde debo escapar de los que querrán vengarlos?

—Debería darte vergüenza —respondió Atenea—, cualquiera confiaría en un aliado peor que yo, incluso aunque ese aliado fuese un simple mortal y menos sabio que yo. ¿Acaso no soy una diosa y no te he protegido siempre en tus tribulaciones? Te digo sin más que, aunque nos rodearan cincuenta partidas de hombres dispuestos a matarnos, conseguirías robarles el ganado y las ovejas y huir. Pero ve a dormir, es malo pasar toda la noche en vela y ya falta poco para que terminen tus desdichas.

Y la diosa vertió sueño sobre sus ojos, y luego volvió al Olimpo.

Mientras Ulises se dejaba arrastrar por un profundo sueño que alivió el peso de sus penas, su admirable esposa despertó, se sentó en el lecho y volvió a llorar. Después de consolarse con el llanto, rezó a Artemisa diciendo:

—Gran diosa Artemisa, hija de Zeus, atraviesa mi corazón con una flecha y mátame; o deja que un remolino me arrastre y me lleve por caminos de oscuridad hasta soltarme en la boca del Océano de constante reflujo, como hizo con las hijas de Pandáreo. Las hijas de Pandáreo perdieron a su padre y a su madre, pues los dioses los mataron, y quedaron huérfanas. Pero Afrodita cuidó de ellas y las alimentó con queso, miel y dulce vino. Hera les enseñó a superar a todas las mujeres en belleza y entendimiento. Artemisa les dio una presencia imponente, y Atenea les otorgó toda clase de dones. Pero un día, cuando Afrodita fue al Olimpo a ver a Zeus para casarlas, pues él sabe muy bien lo que le ocurrirá, unos vientos tempestuosos las raptaron y se las llevaron para que fuesen las doncellas de las terribles Erinias^[63]. Así quiero yo que los dioses se me lleven o la bella Artemisa me golpee, pues prefiero ir debajo de la triste tierra si de esta forma puedo ver a Ulises y no tener que entregarme a un hombre peor de lo que él fue. Además, por mucho que alguien llore de día, lo soportará si puede dormir de noche, pues cuando los ojos se cierran por el sueño la gente olvida tanto lo bueno como lo malo. En cambio, a mí mi desdicha me persigue incluso en sueños. Esta misma noche he soñado que había a mi lado alguien que era como Ulises cuando partió, y me alegré, pues pensé que no era un sueño, sino la verdad misma.

Entonces despuntó el día^[64], y Ulises oyó su llanto y le extrañó, pues fue como si lo hubiese reconocido y estuviese a su lado. Luego recogió el manto y las pieles y los dejó sobre un asiento en la sala, pero la piel de buey la sacó fuera. Alzó las manos y oró, diciendo:

—Padre Zeus, puesto que has querido traerme por mar y por tierra a mi propia casa después de todas las tribulaciones que me has hecho pasar, dame una señal de boca de alguno de los que despiertan ahora en la casa y otra señal afuera.

Así rezó. Zeus oyó su plegaria y tronó entre las nubes desde el esplendor del Olimpo, y Ulises se alegró al oírlo. Al mismo tiempo, dentro de la casa, una molinera le dio otra señal. Había doce molineras cuya labor era moler el trigo y la cebada, que son el sostén de la vida. Las demás habían terminado su tarea y habían ido a descansar, pero esta no había terminado aún, pues no era tan fuerte como ellas. Cuando oyó el trueno, dejó de moler y le dio la señal a su amo diciendo:

—Padre Zeus, tú que reinas sobre el cielo y la tierra, has tronado con el cielo despejado y sin una nube, esto es un signo para alguien. Concede a esta pobre sirvienta que hoy sea el último día que los pretendientes comen en casa de Ulises. Me han agotado moliendo harina para ellos. Y espero que no vuelvan a comer en ningún sitio.

Ulises se alegró al oír los augurios que le llevaron la voz de esa mujer y el trueno, pues sabía que significaban que se vengaría de los pretendientes.

Las otras doncellas de la casa se despertaron y encendieron el fuego en el hogar. Telémaco también se levantó y se vistió. Se ciñó la espada al hombro, se ató las sandalias a los bellos pies y cogió una recia lanza con la punta de bronce; se detuvo en el umbral y le dijo a Euriclea:

—Aya, ¿te has asegurado de que el forastero estuviera cómodo y tuviera un lecho y comida o te has despreocupado de él? Piensa que mi madre, aunque sea noble, protege a las personas inferiores y descuida a otros que son mejores.

—No se lo recrimines, niño —dijo Euriclea—, pues no hay nada que recriminar. El forastero se sentó y bebió cuanto quiso, tu madre le preguntó si quería más pan y respondió que no. Cuando le apeteció irse a dormir, ella pidió a las criadas que le preparasen un lecho, pero él dijo que era un pobre vagabundo y no quería dormir en una cama e insistió en que le extendieran una piel de buey sin curtir y unas pieles en el vestíbulo y yo misma lo cubrí con un manto.

Entonces Telémaco se fue al lugar de asamblea; llevaba la lanza en la mano y no iba solo, pues le acompañaban sus dos perros. Y Euriclea llamó a las doncellas y dijo:

—Vamos, despertad; barred el atrio y asperjadlo con agua para quitar el polvo; poned pieles en los asientos; limpiad las mesas, alguna de vosotras, con una esponja húmeda; lavad las cráteras y las copas e id a buscar agua a la fuente ahora mismo; los pretendientes están a punto de llegar; hoy vendrán pronto porque es día de fiesta.

Así habló y todas hicieron lo que les dijo; veinte fueron a por agua a la fuente; y las demás se afanaron en la casa. Los hombres que atendían a los pretendientes llegaron y empezaron a cortar leña. Al cabo de un rato las mujeres volvieron de la fuente, y el porquero llegó con los tres mejores cerdos que tenía. Los dejó comiendo y luego preguntó de buen humor a Ulises:

—Forastero, ¿te tratan mejor los pretendientes ahora o siguen tan insolentes como siempre?

—Ojalá los dioses —respondió Ulises— los castiguen por las maldades que prodigan sin el menor pudor en casa ajena.

Así hablaron; entretanto llegó también Melantio, el cabrero, con las mejores cabras para la cena de los pretendientes y en compañía de dos pastores. Ataron las cabras debajo del pórtico y Melantio empezó a provocar a Ulises:

—¿Todavía estás aquí, forastero, para incomodar a todos mendigando por la casa? ¿Por qué no te vas a otra parte? Tú y yo no nos entenderemos hasta que hayamos probado nuestros puños. Mendigas sin el menor decoro, ¿es que no hay más griegos que celebren banquetes?

Ulises no respondió, pero agachó la cabeza, pensativo. Luego llegó un tercer hombre, Filetio, que llevaba una novilla estéril y unas cabras. Las habían llevado unos barqueros, que llevan a la gente de un sitio a otro. Filetio ató la novilla y las cabras debajo del pórtico y fue a ver al porquero.

—¿Quién, porquero —preguntó—, es este forastero recién llegado? ¿Es uno de tus hombres? ¿Cuál es su familia? ¿De dónde viene? El pobre da la impresión de haber sido un gran hombre, pero los dioses envían pesares a quienes ellos quieren, incluso a los reyes, si así lo desean.

Mientras decía esas palabras se acercó a Ulises y le saludó con la mano derecha.

—Buenos días, padre forastero —dijo—, pareces bastante abatido, pero espero que con el tiempo te vayan mejor las cosas. Padre Zeus, de todos los dioses eres el más perverso. Todos somos tus hijos, pero no tienes piedad de nosotros en nuestras penas y aflicciones. Al ver a este hombre me he cubierto de sudor y los ojos se me han llenado de lágrimas, pues me recuerda a Ulises, que temo que lleve harapos como los de este hombre, si es que sigue entre los vivos. Si ha muerto ya y está en la casa de Hades, ¡ay de mi amo, que me puso a cuidar su ganado entre los cefalenios cuando yo era muy joven! Ahora sus vacas son incontables, pues se han reproducido como espigas de trigo. Pero ahora tengo que traerlas para que se las coman otros que desprecian a su hijo aunque esté en casa y no temen la cólera de los dioses, sino que están

ansiosos por dividirse las propiedades de Ulises porque lleva fuera mucho tiempo. A menudo he pensado, aunque no sería justo mientras viva su hijo, en marcharme con las vacas a algún país extranjero; siempre sería mejor que quedarme aquí y cuidar las vacas de otros. Hace mucho que debería haber huido y haberme puesto bajo la protección de algún otro jefe, pues no soporto esta situación, pero aún creo que mi pobre amo volverá y echará a todos esos pretendientes de su casa.

—Vaquero —respondió Ulises—, pareces una persona muy bien dispuesta y veo que eres un hombre sensato. Por Zeus, el padre de todos los dioses, y por el hogar de Ulises donde me encuentro, te aseguro que Ulises volverá antes de que te marches, y, si lo deseas, lo verás matar a los pretendientes.

—Si Zeus así lo quisiera —respondió el vaquero—, verías que yo haría cuanto pudiera por ayudarle.

Y del mismo modo Eumeo rezó para que Ulises pudiera volver a casa.

Así conversaron. Entretanto, los pretendientes estaban tramando un plan para asesinar a Telémaco, pero un ave voló cerca de ellos a su izquierda: un águila con una paloma en las garras. Al verla, Anfínomo dijo:

—Amigos, este plan para asesinar a Telémaco no tendrá éxito, mejor vayamos a cenar.

Los demás estuvieron de acuerdo, así que entraron y dejaron sus mantos sobre los bancos y los asientos. Después de sacrificar las ovejas, las cabras, los cerdos y la novilla, asaron las entrañas y las sirvieron. Mezclaron el vino en las cráteras y el porquero le dio a cada uno su copa, mientras Filetio repartía el pan de las cestas y Melantio les escanciaba el vino. Luego echaron mano a las viandas que tenían delante.

Telémaco hizo que Ulises se sentara en la parte del atrio que estaba empavesada de piedra; le dio un asiento desvencijado y una mesita, y ordenó que le sirvieran parte de la carne de las entrañas y vino en una copa de oro.

—Siéntate ahí —dijo— y bebe tu vino entre los nobles. Pondré fin a las pullas y los golpes de los pretendientes, pues esto no es una taberna, sino que es la casa de Ulises y ha pasado de él a mí. Así que, pretendientes, contened la mano y la lengua si no queréis que ocurra una desgracia.

Los pretendientes se mordieron el labio y se maravillaron de la osadía de sus palabras. Luego Antínoo dijo:

—No nos gusta ese lenguaje, pero lo toleraremos, pues Telémaco nos amenaza en serio. Si Zeus nos lo hubiese permitido, hace tiempo que habríamos puesto fin a sus bravatas.

Así habló Antínoo, pero Telémaco no le hizo caso. Entretanto los heraldos anunciaron la hecatombe sagrada por toda la ciudad, y los griegos se congregaron en el umbrío bosquecillo de Apolo.

Luego asaron la carne del lomo, la quitaron de los espetones, dieron a cada cual su parte y comieron hasta saciarse. Los que servían la mesa le dieron a Ulises un trozo exactamente igual que a los demás, pues así se lo había ordenado Telémaco.

Pero Atenea no permitió que los pretendientes cesaran en su insolencia, pues quería que Ulises se enojara aún más con ellos. Resultó que había entre ellos un sujeto irreverente llamado Ctesipo, que era de Same. Este hombre, confiado en su mucha riqueza, cortejaba a la mujer de Ulises y les dijo a los pretendientes:

—Oíd lo que tengo que decir. El forastero ha tenido ya una ración tan grande como los demás, lo cual está bien, pues no es justo ni razonable tratar mal a ningún invitado de Telémaco. No obstante, le haré un regalo por mi cuenta para que tenga algo que darle a la mujer que lo bañe o a cualquiera de las criadas de Ulises.

Mientras hablaba cogió una pezuña de ternera de la cesta y se la lanzó a Ulises, pero Ulises agachó la cabeza y la esquivó; la pezuña golpeó la pared y no a él. Entonces Telémaco habló con ferocidad a Ctesipo:

—Tienes suerte de que el forastero haya agachado la cabeza y no le hayas dado. De haberle acertado, te habría atravesado con mi lanza y tu padre, en vez de venir a una boda, habría venido a enterrarte. ¡Basta de comportamientos viles! Ya no soy el niño que era, sino un adulto que distingue el bien del mal y sabe lo que está pasando. Llevo demasiado tiempo viéndoos matar mis ovejas y devorando mi trigo y mi vino; lo he tolerado, porque un hombre no puede enfrentarse solo a tantos, pero no me provoquéis más. Si queréis matarme, hacedlo. Prefiero mil veces morir que presenciar escenas tan vergonzosas un día tras otro: que se insulte a mis invitados y que se arrastre a las criadas por la casa de forma indecorosa.

Todos callaron hasta que Agelao, hijo de Damastor, dijo:

—Que nadie se ofenda por lo que nos acaba de decir ni lo contradiga, pues es muy razonable. Dejad, pues, de maltratar al forastero y a cualquiera de los criados de la casa. No obstante, quiero decir unas palabras amistosas a Telémaco y a su madre que espero sepan apreciar. Mientras teníais esperanzas de que Ulises volviera a casa algún día, nadie podía reprocharos que hicierais esperar a los pretendientes. Pero ahora es evidente que no lo hará, así que ve a hablar con tu madre y dile que se case con el mejor y con quien le haga la

mejor oferta. Así podrás ocuparte de tu herencia y comer y beber en paz mientras tu madre cuida de la casa de otro hombre, no de la tuya.

—Por Zeus, Agelao —respondió Telémaco—, y por los sufrimientos de mi desdichado padre, que, o bien ha muerto lejos de Ítaca, o vaga en algún país lejano, que no pongo ningún obstáculo a la boda de mi madre. Al contrario, la animo a escoger a quien ella quiera y le daré incontables regalos cuando lo haga, pero no me atrevo a insistirle en que se vaya de la casa contra su voluntad. Que los dioses me impidan tal cosa.

Atenea hizo que los pretendientes se echaran a reír sin mesura y les extravió el juicio. La carne que comían estaba manchada de sangre, se les inundaron los ojos de lágrimas y el corazón se les llenó de presagios. Teoclímeno lo vio y dijo:

—Desdichados, ¿qué os aflige? La oscuridad os cubre de pies a cabeza; las lágrimas humedecen vuestras mejillas; el aire vibra con vuestros lamentos; las paredes y las vigas del techo gotean sangre; en el vestíbulo y el patio se agolpan espectros que se dirigen a la infernal oscuridad; el sol ha desaparecido del cielo y una cegadora negrura cubre toda la tierra^[65].

Así habló, y todos se rieron de buena gana.

—Este extranjero —dijo Eurímaco— ha perdido el juicio. Criados, echadlo a la calle, ya que dice que aquí está tan oscuro.

—Eurímaco —respondió Teoclímeno—, no hace falta que me echen. Tengo ojos, oídos y un par de piernas, por no hablar de mi entendimiento. Me iré de esta casa, pues veo que os amenaza una desgracia de la que ninguno de vosotros, que insultáis a la gente y tramáis maldades en la casa de Ulises, podréis escapar.

Se fue de la casa y volvió con Pireo, que le dio la bienvenida, pero los pretendientes siguieron mirándose unos a otros y provocando a Telémaco al burlarse de sus huéspedes. Un tipo insolente le dijo:

—Telémaco, no sabes escoger a tus huéspedes: primero este vagabundo impertinente, que se dedica a mendigar pan y vino y no sabe trabajar ni pelear, sino que es un inútil; y luego ese otro tipo que se las da de adivino. Hazme caso, sería mucho mejor subirlos a una nave, enviarlos a los sículos y venderlos por lo que te den.

Telémaco no le hizo caso y se quedó callado mirando a su padre, esperando que en cualquier momento empezara el ataque contra los pretendientes.

Entretanto, la hija de Ícaro, la sabia Penélope, había hecho que le preparasen una lujosa silla delante de la puerta para oír lo que se decía. Muy

contentos y alegres los pretendientes disfrutaron de un banquete bueno y abundante, pues habían sacrificado muchas víctimas. Pero no puede concebirse nada más espantoso que la comida que una diosa y un hombre valiente estaban a punto de ofrecerles, pues ellos mismos habían buscado su perdición.

CANTO XXI

EL CERTAMEN DE LAS HACHAS ULISES REVELA QUIÉN ES A EUMEO Y FILETIO

Atenea inspiró entonces en Penélope la idea de que los pretendientes probaran su habilidad con el arco y las hachas de hierro, un certamen que era la antesala de la muerte. Subió, cogió la llave, que era de bronce con el mango de marfil, y fue con sus doncellas al almacén que había al fondo de la casa, donde estaban guardados los tesoros de oro, bronce y hierro forjado de su marido y también su arco y la aljaba llena de flechas mortales, que habían sido un regalo de su amigo Ifito, el hijo de Éurito^[66]. Los dos se conocieron en Mesenia en casa de Ortíloco, donde se alojaba Ulises para cobrar una deuda que le debía el pueblo entero, pues los mesemos se habían llevado trescientas ovejas de Ítaca y habían partido con ellas y con sus pastores. Ulises hizo un largo viaje para recuperarlas cuando todavía era joven, pues su padre y los demás jefes le encargaron esa misión. Ifito había ido a recuperar doce yeguas de cría, y los mulos que pastaban con ellas. Al final esas yeguas causaron su muerte, pues cuando fue a casa del hijo de Zeus, el poderoso Hércules, que había realizado valerosas hazañas, Hércules para su vergüenza lo mató, pese a que era su huésped, pues no temía la venganza del cielo, ni respetaba su propia mesa, y lo mató pese a todo y se quedó con las yeguas. Fue al ir a reclamarlas cuando Ifito conoció a Ulises y le regaló el arco que antes había usado el poderoso Éurito, y que a su muerte le dejó a su hijo. Ulises le dio a cambio una espada y una lanza, y este fue el principio de una sólida amistad, aunque no llegaron a visitarse, pues Hércules el hijo de Zeus lo mató antes. Ulises no se llevó consigo el arco cuando partió hacia Troya. Lo utilizó solo en la isla, pues prefirió guardarlo como el recuerdo de un buen amigo. Al llegar al umbral de roble del almacén, Penélope soltó la correa del gancho, metió la llave y la giró para hacer correr los cerrojos de la puerta; esta

se abrió con un ruido como el de un toro que muge en un prado. Penélope descolgó el arco y la aljaba del clavo del que colgaban. Se sentó con él en las rodillas, llorando con amargura mientras sacaba el arco de su funda, y cuando las lágrimas la consolaron, fue a la sala donde estaban los pretendientes con el arco y la aljaba llena de flechas mortales. Y las doncellas cargaron con un cofre lleno de hierro y bronce que su marido había ganado como botín. Cuando llegó donde se hallaban los pretendientes, se detuvo al lado de una de las columnas de la sala. Tapándose la cara con un velo y, con una doncella a cada lado, dijo:

—Oídmе, pretendientes, que insistís en abusar de la hospitalidad de esta casa porque su dueño lleva mucho tiempo ausente y sin más pretexto que desposarme. Os he traído el poderoso arco de Ulises. A quien sea capaz de tensar el arco y atravesar las doce hachas con su flecha es a quien seguiré cuando deje la casa de mi marido legítimo, tan hermosa y abundante en riqueza. Pero incluso así, no me cabe duda de que la recordaré en mis sueños.

Cuando terminó de hablar, ordenó a Eumeo que llevara el arco y las hachas de hierro a los pretendientes, y Eumeo lloró mientras hacía lo que le había pedido. A su lado, el vaquero también lloró al ver el arco de su amo, pero Antínoo les reprendió:

—Patanes necios y estúpidos, ¿por qué aumentáis el dolor de vuestra señora lloriqueando de este modo? Bastante tiene con lamentar la pérdida de su esposo; así que sentaos a comer en silencio o id fuera si queréis llorar y dejad aquí el arco. Nosotros los pretendientes tendremos que esforzarnos en esta prueba, pues no será fácil tensar un arco semejante. No hay ninguno de nosotros que sea como Ulises, pues lo he visto y lo recuerdo, aunque yo no era más que un niño.

Eso dijo, y tenía la esperanza de poder tensar el arco y lanzar la flecha a través del hierro. En realidad, iba a ser el primero en probar las flechas de manos de Ulises, a quien estaba deshonrando en su propia casa.

Entonces habló Telémaco:

—¡Pobre de mí! Zeus debe de haberme privado de mi buen juicio. Mi querida y excelente madre dice que se irá de casa y volverá a desposarse, y yo me río y me alegro como si no pasara nada. Pero, pretendientes, ya que se ha convocado el certamen, celebrémoslo. El premio es una mujer sin igual en Pilos, Argos, Micenas, Ítaca o el continente. Lo sabéis tan bien como yo, ¿qué necesidad tengo de hablar en alabanza de mi madre? Vamos, pues, no pongáis excusas para retrasarlo, y veamos si sois capaces o no de tensar el arco. Yo también lo intentaré; si puedo tensarlo y atravesar el hierro, no permitiré que

mi madre abandone esta casa con un desconocido, no si puedo ganar los premios que mi padre ganó antes que yo.

Dicho lo cual se levantó de su asiento, se soltó el manto de color púrpura y se quitó la espada del hombro. Primero colocó las hachas en fila, en un largo surco que había excavado antes y que había trazado con cordel, y luego pisoteó la tierra alrededor. Todos se sorprendieron al ver cómo las colocaba tan bien, pese a que no lo había visto hacer nunca. Cuando terminó, fue hasta el umbral para probar el arco; tres veces intentó con todas sus fuerzas tensar la cuerda, y tres veces tuvo que soltarla, aunque había tenido la esperanza de armar el arco y disparar a través del hierro. Iba a intentarlo una cuarta vez, y lo habría conseguido, pero Ulises le indicó con un gesto que se contuviera a pesar de su rabia. Así que dijo:

—¡Ay! O siempre seré débil e inútil, o soy demasiado joven y aún no tengo fuerzas suficientes para defenderme si alguien me ataca. Vosotros, que sois más fuertes, probad el arco y acabemos con este certamen.

Después de dejar el arco y la flecha, Telémaco se sentó. Entonces Antínoo dijo:

—Venid uno detrás de otro, de izquierda a derecha, a partir de donde el copero comienza a escanciar el vino.

Los demás estuvieron de acuerdo, y Leodes, hijo de Enope, fue el primero en levantarse. Era el arúspice de los pretendientes y el único que detestaba sus maldades y se indignaba con los demás. Fue el primero en coger el arco y la flecha, pero no pudo armar el arco, pues sus manos eran débiles, no estaban acostumbradas al trabajo duro y se cansaban pronto, y dijo a los pretendientes:

—Amigos, no puedo tensarlo; que otro lo intente, este arco acabará con la vida y el alma de muchos de nosotros, pues es mejor morir que seguir viviendo sin conseguir el premio que tanto tiempo hemos esperado y por el que llevamos aquí tantos días. Algunos aún esperan y rezan para casarse con Penélope, pero, cuando vean este arco y lo prueben, valdrá más que empiecen a cortejar y hacer proposiciones nupciales a otra mujer y dejar que Penélope se case con quien le haga la mejor oferta y esté destinado a desposarla.

Dejó el arco y se sentó. Antínoo le reprochó:

—¿Qué estás diciendo, Leodes? Tus palabras son monstruosas e intolerables; me enoja oírte. ¿Así que este arco habrá de acabar con la vida de muchos de nosotros solo porque tú no puedes tensarlo? Es cierto, no naciste para arquero, pero hay otros que lo tensarán enseguida.

Entonces le dijo a Melantio, el cabrero:

—Escúchame bien, enciende un fuego en la sala y coloca al lado un asiento cubierto con una piel de cordero y trae también una gran bola de manteca de la que guardan en la casa. Calentemos el arco y engrasémoslo, luego volveremos a probar y pondremos fin a este certamen.

Una vez que Melantio hizo lo que se le había ordenado, los pretendientes calentaron el arco y volvieron a probarlo, pero ninguno fue lo bastante fuerte para tensarlo. Solo quedaban Antínoo y Eurímaco, que eran los jefes de los pretendientes y los más importantes de todos ellos.

Luego el porquero y el vaquero salieron juntos de la sala y Ulises les siguió. Cuando cruzaron las puertas, Ulises les dijo en voz baja:

—Vaquero, y tú, porquero, dudo si contaros una cosa, aunque creo que os la voy a decir. ¿Qué haríais si se presentase aquí Ulises traído de pronto por un dios? ¿Os pondríais de parte de los pretendientes o de Ulises?

—Padre Zeus —respondió el vaquero—, ojalá ordenaras tal cosa. Si un dios trajera de vuelta a Ulises, verías con qué fuerza e ímpetu lucharía por él.

Con palabras similares, Eumeo rezó a los dioses por la vuelta de Ulises. Cuando estuvo seguro de lo que pensaban, Ulises dijo:

—Yo soy Ulises, ya estoy aquí. He sufrido mucho, pero, por fin, pasados veinte años, he vuelto a mi patria. Creo que vosotros sois los únicos criados que se alegran de que así sea, pues no he oído a ninguno de los otros rezar por mi regreso. Así que solo a vosotros os revelaré la verdad de lo que va a pasar. Si un dios pone a los pretendientes en mis manos, os buscaré una esposa y os daré una casa y tierras cerca de las mías, y para mí será como si fueseis hermanos y amigos de Telémaco. Ahora os daré pruebas convincentes para que estéis seguros de reconocerme. Mirad, esta es la cicatriz que me hizo el jabalí con sus colmillos cuando estaba cazando en el monte Parnaso con los hijos de Autólico.

Apartó los harapos para mostrar la cicatriz y, después de verla de cerca, los dos rompieron a llorar, abrazaron a Ulises y le besaron la cabeza y los hombros, mientras Ulises les besaba las manos y las mejillas. El sol se habría puesto mientras se lamentaban si Ulises no los hubiera contenido y dicho:

—Interrumpid vuestro llanto, no vaya a salir alguien, nos vea y advierta a los que están en la casa. Cuando entréis, no vayáis juntos; yo iré primero y vosotros podéis seguirme después. Que esta sea la señal entre nosotros: los pretendientes no querrán que yo coja el arco y la aljaba, pero tú, Eumeo, dámelos y di a las mujeres que cierren la puerta de sus habitaciones. Aunque oigan gritos y el estrépito de hombres luchando, que no salgan y se queden

donde están ocupándose de sus labores. Tú, Filetio, cierra las puertas del patio y átalas para que no puedan abrirse.

Dichas estas palabras, volvió a la casa y ocupó el asiento que había dejado. Enseguida los criados le siguieron adentro.

En ese momento el arco estaba en manos de Eurímaco, que lo estaba calentando al lado del fuego, pero ni siquiera así pudo tensarlo y se sintió muy humillado. Soltó un profundo suspiro y dijo:

—Me lamento por mí y por todos vosotros; me lamento por tener que renunciar al matrimonio, aunque eso no me importa tanto, pues hay muchas otras mujeres en Ítaca y en otros sitios. Lo que más me duele es que seamos tan inferiores en fuerza a Ulises y no podamos armar su arco. Esto nos deshonrará ante quienes aún no han nacido.

—No será así, Eurímaco —dijo Antínoo—, y tú lo sabes. Hoy el pueblo celebra la fiesta de Apolo, ¿quién puede armar un arco en un día como este? Dejadlo a un lado; las hachas podéis dejarlas donde están. Que el copero reparta las copas para que podamos hacer libaciones y olvidar este asunto del arco, le diremos a Melantio que traiga más cabras mañana, las mejores que tenga. Luego podemos ofrendar los muslos a Apolo, el poderoso arquero, y volver a celebrar el certamen para poner fin a la disputa.

Los demás aprobaron sus palabras, y unos criados vertieron agua sobre las manos de los invitados, mientras que otros llenaban las cráteras de vino y agua y las iban pasando para que todos hicieran libaciones. Luego, cuando finalizaron sus libaciones y cada cual bebió cuanto deseaba, Ulises dijo con astucia:

—Pretendientes de la ilustre reina, escuchad lo que tengo que deciros. Apelo sobre todo a Eurímaco y a Antínoo, que acaba de hablar de manera tan razonable. Dejad de disparar ahora y que la cuestión quede en manos de los dioses, pero por la mañana que ellos den la victoria a quien deseen. De momento, no obstante, dadme el arco para que pueda probar la fuerza de mis manos y si aún tengo tantas como tenía o si los viajes y las tribulaciones han acabado con ellas.

Todos se enfadaron mucho, pues temieron que pudiera tensar el arco, así que Antínoo se negó diciendo:

—Malvada criatura, no tienes ni un ápice de sentido común en el cuerpo, deberías considerarte afortunado de que te hayan permitido comer con tus mejores sin sufrir daño alguno, de que no te hayan servido raciones más pequeñas que a nosotros y de haber podido oír nuestra conversación. A ningún otro mendigo o forastero le hemos permitido oír lo que decimos. El

vino debe de haberte sentado mal, como hace con quienes beben sin medida. Fue el vino quien encendió al centauro Euritión cuando estaba con Pirítoo entre los lapitas. Cuando el vino se le subió a la cabeza, enloqueció y cometió varias maldades en la casa de Pirítoo; eso enojó a los héroes que estaban allí, que se abalanzaron sobre él y le cortaron la nariz y las orejas; luego lo sacaron a rastras de la casa. Él se marchó enloquecido y cargó con el peso de su crimen, privado de entendimiento. A partir de entonces hubo guerra entre los hombres y los centauros, pero él fue el causante con su ebriedad. Del mismo modo puedo decirte que, si tensas el arco, no encontrarás piedad de nadie, pues te enviaremos con el rey Équeto. Así que bebe, guarda silencio y no oses competir con hombres más jóvenes que tú.

Entonces habló Penélope:

—Antínoo, no está bien que maltrates a un invitado de Telémaco a esta casa. Si el forastero resulta ser lo bastante fuerte para tensar el poderoso arco de Ulises, ¿crees que me llevaría consigo para hacerme su esposa? No os preocupéis, ni siquiera a él puede habersele ocurrido tal cosa.

—Reina Penélope —respondió Eurímaco—, no creemos que este hombre vaya a llevarte con él, es imposible, pero nos preocupa que algún hombre o mujer vil vaya por ahí diciendo: «Estos pretendientes son débiles: han estado cortejando a la mujer de un valiente cuyo arco no pudieron armar, y, sin embargo, un mendigo andrajoso que llegó a la casa lo tensó a la primera y pasó una flecha a través de las hachas». Esto es lo que dirán y será una vergüenza para nosotros.

—Eurímaco —respondió Penélope—, quienes insisten en devorar la hacienda de un gran jefe y en deshonar su casa no pueden querer que los demás piensen bien de ellos. ¿Qué más te da a ti que la gente hable como dices? Este forastero es fuerte, y además dice ser de origen noble. Dale el arco y veamos si puede tensarlo o no. Yo digo, y así lo haré, que si Apolo le concede la gloria de tensarlo, le daré un manto y una túnica de buena calidad y una jabalina para mantener a los perros y los ladrones a raya, y una espada. También le daré un par de sandalias y me aseguraré de que vaya sano y salvo allí donde quiera ir.

Luego habló Telémaco:

—Madre, soy el único hombre en Ítaca o en las islas que hay delante de la Elide que tiene el derecho de darle o quitarle este arco a alguien. Si ese es mi deseo, nadie se puede oponer a que yo le regale el arco al forastero y deje que se lo lleve. Ve adentro de la casa y ocúpate de tus quehaceres cotidianos, del

telar, de la rueca y de dar órdenes a las criadas. Este arco es cosa de hombres, y sobre todo mía, que soy el señor de esta casa.

Ella, perpleja, entró de nuevo en la casa y pensó en lo que le había dicho su hijo. Luego subió a su habitación con sus doncellas y lloró a su querido marido hasta que Atenea derramó un dulce sueño sobre sus ojos^[67].

El porquero cogió el arco e hizo ademán de llevárselo a Ulises, pero los pretendientes le increparon desde todos los rincones de la sala, y uno le dijo:

—¡Idiota! ¿Adónde llevas el arco? ¿Es que has perdido el juicio? Si Apolo y los demás dioses escuchan nuestras plegarias, tus propios perros te atacarán en un lugar tranquilo y acabarán contigo.

Eumeo se asustó por sus amenazas y dejó el arco en el suelo, pero Telémaco le gritó desde el otro lado de la sala, y le amenazó diciendo:

—Padre Eumeo, llévale el arco a pesar de lo que digan. Si no, te echaré a pedradas hasta el campo, pues, aunque muy joven, tengo más fuerza que tú. Ojalá aventajara en fuerzas a los demás pretendientes como te aventajo a ti, pues echaría a algunos de ellos de esta casa.

Así habló, y todos se rieron de buena gana, lo que les predispuso a favor de Telémaco. Entonces Eumeo cogió el arco y lo dejó en manos de Ulises. Luego llevó aparte a Euriclea y le dijo:

—Euriclea, Telémaco dice que cierres la puerta de las habitaciones de las mujeres. Aunque oigan gritos y el estrépito de hombres luchando, que no salgan y se queden donde están ocupándose de sus labores.

Euriclea hizo lo que le dijo y cerró las puertas de las habitaciones de las mujeres.

Entretanto Filetio se escabulló en silencio y cerró las puertas del patio. Había una cuerda de papiro en el cobertizo y ató las puertas con ella; luego volvió a ocupar su asiento y miró a Ulises, que había cogido el arco en la mano y estaba dándole vueltas para ver si la carcoma lo había roído en su ausencia. Entonces uno se volvió hacia su vecino y dijo:

—Este viejo entiende de arcos. Por como lo maneja, o bien tiene uno en casa, o quiere fabricarse otro parecido.

—Espero que tenga tanto éxito en eso como el que es probable que tenga al armar el arco.

Pero Ulises, después de cogerlo y examinarlo, lo tensó con tanta facilidad como un bardo cuando tensa una cuerda de tripa mediante una clavija. Luego se lo puso en la mano derecha para probar la cuerda, que cantó entre sus manos dulce como una golondrina. Los pretendientes se quedaron demudados. Además, en ese momento Zeus envió una señal y tronó

ruidosamente. El corazón de Ulises se regocijó al oír el augurio que le había enviado el hijo de Cronos.

Cogió una flecha que había sobre la mesa, pues las que los griegos estaban a punto de probar seguían todas dentro de la aljaba, la puso en el centro del arco y tiró de la muesca de la flecha y de la cuerda hacia así, sin moverse del asiento. Después de apuntar, la soltó, y la flecha pasó por los agujeros de los mangos de las hachas del primero hasta el último, hasta atravesarlos todos e ir a parar al patio. Luego le dijo a Telémaco:

—Tu invitado no te ha deshonrado, Telémaco. No he fallado el blanco y no me ha costado tensar el arco. Sigo siendo fuerte, no como dicen los pretendientes. Ahora, no obstante, ha llegado el momento de preparar la cena mientras haya luz y luego disfrutar del canto y la danza, que son el mejor colofón de un banquete.

Mientras hablaba hizo un gesto con las cejas y Telémaco se ciñó la espada, cogió la lanza y se plantó armado al lado de su padre.

CANTO XXII

ULISES ACABA CON LOS PRETENDIENTES LAS DONCELLAS MUEREN AHORCADAS

Ulises se quitó los harapos y saltó al umbral con el arco y la aljaba llena de flechas. Tiró las flechas a sus pies y dijo:

—El certamen ha concluido. Ahora veremos si Apolo me permite acertar en otro blanco contra el que ningún hombre ha disparado aún.

Apuntó una flecha mortal contra Antínoo, que estaba a punto de coger la copa de dos asas para beber vino y la tenía ya en las manos. No presintió su muerte, ¿quién de ellos habría imaginado que un solo hombre, por muy valiente que fuese, se enfrentaría a tantos? La flecha acertó a Antínoo en el cuello y la punta le atravesó la garganta, por lo que se desplomó y la copa se le cayó de las manos, mientras le brotaba de la nariz un espeso chorro de sangre. Volcó la mesa y tiró las cosas que había encima, de modo que el pan y las carnes se mancharon al caer al suelo. Los pretendientes gritaron al ver que había disparado a un hombre; todos se levantaron consternados del asiento y miraron hacia las paredes, pero no había ni escudos ni lanzas, y le hicieron enfadados reproches a Ulises:

—Forastero, pagarás por disparar así contra la gente. No presenciarás ningún otro certamen, estás acabado, ese al que acabas de matar era uno de los jóvenes principales de Ítaca, y los buitres te devorarán por haberle matado.

Así hablaron, convencidos de que había matado a Antínoo por error, y no repararon en que la muerte pendía sobre todos y cada uno de ellos. Pero Ulises los miró furioso y dijo:

—Perros, ¿creáis que no volvería de Troya? Habéis devorado mi hacienda, obligado a mis criadas a acostarse con vosotros y cortejado a mi mujer cuando yo aún estaba con vida. No habéis temido ni a los dioses ni a los hombres, y ahora vais a morir.

Todos empalidecieron de miedo al oírle, y todos miraron a su alrededor para ver si podían huir y ponerse a salvo, pero solo Eurímaco habló:

—Si eres Ulises, lo que has dicho es justo. Hemos hecho estragos en tus tierras y en tu casa. Pero Antínoo, que era el jefe, ya ha muerto. Todo ha sido obra suya. No quería desposar a Penélope, eso le daba igual. Lo que pretendía era algo muy diferente y Zeus no se lo ha concedido: quería matar a tu hijo y ser el rey de Ítaca. Ahora que ha encontrado la muerte que merecía, perdona la vida de tu pueblo. Llegaremos a un acuerdo y te pagaremos lo que hemos comido y bebido. Cada uno de nosotros te pagará una compensación por valor de veinte bueyes, y te daremos oro y bronce hasta que tu corazón se ablande. Hasta que no lo hayamos hecho, nadie podrá quejarse de que estés encolerizado por nuestra causa.

Ulises lo miró furioso y dijo:

—Aunque me dieseis todo lo que tenéis ahora en el mundo y todo lo que vayáis a tener, no contendría mi mano hasta haberos pagado del todo. Tendréis que luchar o huir para salvar la vida, pero ninguno escapará.

El corazón se les encogió al oírlo, pero Eurímaco volvió a hablar y dijo:

—Amigos, este hombre no se detendrá. Se quedará donde está y nos disparará hasta haber acabado con todos y cada uno de nosotros. Luchemos, pues, desenvainad las espadas y usad las mesas para protegeros de sus flechas. Ataquémosle todos a la vez para echarle del umbral; luego podemos ir a la ciudad y dar la alarma para que deje de dispararnos.

Mientras hablaba desenvainó la aguda espada de bronce y con un grito saltó hacia Ulises, que le disparó al instante una flecha en el pecho que le acertó en el pezón y le llegó hasta el hígado. Soltó la espada y cayó doblado en dos sobre la mesa. La copa y todas las carnes cayeron cuando golpeó el suelo con la frente en mortal agonía y dio una patada al asiento. Sobre sus ojos se extendió la oscuridad.

Entonces Anfínomo desenvainó la espada y se abalanzó sobre Ulises para intentar apartarlo de la puerta, pero Telémaco fue más rápido y le atacó por detrás; la lanza se le clavó entre los hombros y le atravesó el pecho, de modo que cayó pesadamente a tierra y golpeó el suelo con la frente. Después Telémaco se apartó de él y dejó la lanza en el cadáver por miedo a que, al intentar arrancarla, alguno de los griegos pudiera atacarle con la espada o derribarle, así que echó a correr y enseguida se puso al lado de su padre. Luego dijo:

—Padre, deja que te traiga un escudo, dos lanzas y un casco de bronce que ciña tus sienes. Yo me armaré también y traeré armas para el porquero y

el vaquero, más vale que estemos bien armados.

—Corre a traerlas —respondió Ulises— mientras me queden flechas, no sea que consigan echarme de la puerta.

Telémaco hizo como dijo su padre y corrió al almacén donde guardaban las armas. Escogió cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro cascos de bronce con penachos de pelo de caballo. Se los llevó a toda prisa a su padre y fue el primero en armarse, mientras el vaquero y el porquero se ponían la coraza y ocupaban su sitio al lado de Ulises. Entretanto Ulises, mientras le duraron las flechas, se dedicó a dispararles a los pretendientes, que fueron cayendo uno tras otro. Cuando se le terminaron las flechas, dejó el arco y se echó un escudo de cuatro pellejos de grosor al hombro; en la bella cabeza se puso un casco coronado con un penacho de pelo de caballo que se movía amenazador en lo alto, y cogió dos temibles lanzas de punta de bronce.

En la pared había una trampilla y, en un extremo, una salida que daba a un pasillo estrecho y estaba bloqueada por una recia puerta. Ulises ordenó a Filetio que se pusiera al lado de la puerta y la vigilara, pues solo una persona podía atacarla cada vez. Pero Agelao gritó:

—¿Es que nadie puede salir por la trampilla y contarle a la gente lo que pasa? Vendrían a ayudarnos enseguida y pondríamos fin a este hombre y sus disparos.

—No puede ser, Agelao —respondió Melantio—, la trampilla está muy cerca de la puerta del patio y es muy estrecha. Un hombre valiente podría impedir el paso a muchos. Pero ya sé lo que haré, te traeré armas del almacén, pues estoy seguro de que ahí es donde las han dejado Ulises y su hijo.

El cabrero Melantio fue por el pasillo de atrás al almacén de la casa de Ulises. Allí escogió doce escudos, con otros tantos cascos y lanzas, y se los llevó a toda prisa a los pretendientes. Ulises se desanimó al ver a los pretendientes poniéndose las armaduras y blandiendo las lanzas. Comprendió el grave peligro y le dijo a Telémaco:

—Alguna de las mujeres está ayudando a los pretendientes contra nosotros o tal vez sea Melantio.

—La culpa, padre, es mía y solo mía: he dejado abierta la puerta del almacén y ellos han estado más atentos que yo —respondió Telémaco—. Ve, Eumeo, vigila la puerta y comprueba si es una de las mujeres quien está haciendo eso o si, como sospecho, es cosa de Melantio, el hijo de Dolio.

Así hablaron. Entretanto, Melantio había vuelto al almacén a por más armas, pero el porquero lo vio y se lo dijo a Ulises, que estaba a su lado.

—Ulises, noble hijo de Laertes, es ese canalla de Melantio, como sospechábamos. ¿Lo mato, si puedo vencerle, o quieres que lo traiga aquí para que puedas vengarte tú mismo de las muchas maldades que ha cometido en tu casa?

—Telémaco y yo contendremos a los pretendientes hagan lo que hagan —respondió Ulises—; vosotros id y atad a Melantio de pies y manos. Metedlo en el almacén y cerrad la puerta; luego pasadle un lazo alrededor del cuerpo y colgadlo de una columna cerca de las vigas del techo para que se quede allí sufriendo.

Así habló, y ellos hicieron lo que les dijo. Llegaron al almacén sin que los viera Melantio, que estaba distraído buscando las armas, y los dos se pusieron a ambos lados de la puerta y esperaron. Al poco salió Melantio con un casco en una mano y en la otra un viejo escudo enmohecido, que había sido de Laertes cuando era joven, los dos lo agarraron, lo arrastraron por los pelos y lo tiraron al suelo. Le ataron las manos y los pies a la espalda con un nudo apretado y doloroso como les había dicho Ulises, luego le pasaron un lazo por el cuerpo y lo colgaron de una columna cerca de las vigas. Entonces te acercaste a él, oh Eumeo, y le dijiste:

—Melantio, pasarás la noche en un lecho tan blando como mereces. Cuando veas amanecer, recuerda que es la hora a la que llevas las cabras a los pretendientes.

Y allí lo dejaron muy cruelmente maniatado; después cerraron la puerta tras ellos y volvieron a ocupar su sitio al lado de Ulises. Los cuatro hombres defendían el umbral con fiereza y llenos de cólera, pero los que estaban en la sala eran muchos y valientes. Entonces se les apareció Atenea, la hija de Zeus, con la voz y la figura de Méntor. Ulises se alegró al verla y dijo:

—Méntor, ayúdame, no olvides a tu viejo compañero y los muchos favores que te ha hecho. Además, los dos tenemos la misma edad.

Pero todo el tiempo supo que era Atenea. Los pretendientes gritaron y Agelao fue el primero en hablar:

—Méntor —gritó—, no permitas que Ulises te convenza de que te pongas de su parte y combatas a los pretendientes. Esto es lo que haremos: cuando hayamos matado al padre y al hijo, te mataremos a ti también. Pagarás con tu cabeza, y, cuando estés muerto, cogeremos todo lo que tienes, dentro y fuera de tu casa, y lo juntaremos con las cosas de Ulises. No dejaremos que tus hijos vivan en tu casa ni tampoco tus hijas, y tu viuda no seguirá viviendo en la ciudad de Ítaca.

Eso enfureció aún más a Atenea, que reprendió muy enojada a Ulises:

—Ulises, tu fuerza y tu destreza ya no son las que eran cuando combatiste nueve largos años entre los troyanos por la noble Helena. Esos días mataste a muchos y gracias a tu estratagema se conquistó la ciudad de Príamo. ¿Cómo es que ahora, que estás en tu propia casa, demuestras menos valor ante los pretendientes? Vamos, amigo, ven a mi lado y mira cómo Méntor, hijo de Alcimo, combate a tus enemigos y devuelve los favores que le hiciste.

Pero no le concedió la victoria todavía, porque quería que él siguiera probando su valor y el de su hijo, así que voló a una de las vigas de la sala y se posó allí bajo la forma de una golondrina.

Entretanto, Agelao, hijo de Damástor, Eurínomo, Anfimedonte, Demoptólemo, Pisandro y Pólipo, hijo de Políctor, cargaban con el peso del combate en el bando de los pretendientes; de todos los que peleaban para salvar la vida eran con diferencia los más valientes. Agelao les arengó y dijo:

—Amigos, pronto tendrá que ceder, pues Méntor se ha ido después de pronunciar sus bravatas. Están defendiendo la puerta solos. No disparéis todos contra él al mismo tiempo, arrojad vuestras lanzas los seis primeros y ved si podéis obtener gloria matándolo. Cuando haya caído, no tendremos que preocuparnos de los demás.

Arrojaron las lanzas como les había dicho, pero Atenea las desvió todas. Una se clavó en la jamba, otra en la puerta, y la punta afilada de otra golpeó el muro; después de esquivar las lanzas de los pretendientes, Ulises les dijo a sus hombres:

—Amigos, yo diría que es mejor que arrojemos también nuestras lanzas contra ellos o coronarán el daño que nos han hecho matándonos sin más.

Así que apuntaron y arrojaron sus lanzas. Ulises mató a Demoptólemo, Telémaco a Euríades, Eumeo a Elato y el vaquero a Pisandro. Todos mordieron el polvo y, cuando los demás se retiraron a un rincón, Ulises y sus hombres avanzaron y recuperaron las lanzas arrancándolas de los cadáveres.

Los pretendientes volvieron a apuntar, pero una vez más Atenea hizo que sus armas fuesen inútiles. Una se clavó en una pilastra, otra en la puerta, mientras que la punta afilada de otra golpeó la pared. No obstante, Anfimedonte le rasguñó la muñeca a Telémaco y Ctesipo rozó el hombro de Eumeo por encima del escudo, aunque la lanza pasó de largo y cayó al suelo. Entonces Ulises y sus hombres lanzaron las suyas contra los pretendientes. Ulises mató a Euridamante, Telémaco a Anfimedonte y Eumeo a Pólipo. Después el vaquero acertó a Ctesipo en el pecho y se mofó de él diciendo:

—Grosero hijo de Politereses, no digas más palabras insolentes y deja que los dioses hablen, pues son mucho más fuertes que los hombres. Te doy este

consejo en pago por la pezuña que le lanzaste a Ulises cuando mendigaba en su propia casa.

Así habló el vaquero, y Ulises hirió al hijo de Damástor con una lanza en una lucha cuerpo a cuerpo, mientras que Telémaco acertó a Leócrito, hijo de Evenor, en el vientre, y la lanza le atravesó limpiamente. Entonces Atenea desde su sitio en la viga alzó su égida mortal y a los pretendientes se les encogió el corazón. Corrieron al otro extremo de la sala como una manada de vacas enloquecidas por los tábanos a principios de verano, cuando los días son más largos. Igual que los buitres de pico curvo y garras afiladas se abalanzan sobre los pájaros más pequeños, que por miedo bajan al suelo, y los matan porque no pueden volar ni defenderse, así arremetieron Ulises y sus compañeros contra los pretendientes y les golpearon por todas partes. Soltaron gritos horribles cuando les aplastaron los sesos, y el suelo se empapó con su sangre. Entonces Leodes se abrazó a las rodillas de Ulises y dijo:

—Ulises, te suplico que tengas piedad de mí y me perdones la vida. Nunca he ultrajado a las mujeres de tu casa, ni de obra ni de palabra, e intenté detener a los demás. Les advertía, pero no me escuchaban y ahora están pagando su locura. Yo era su arúspice; si me matas, moriré sin haber hecho nada para merecerlo y nadie me agradecerá el bien que hice.

Ulises lo miró con severidad y respondió:

—Si eras su arúspice, debes de haber rezado muchas veces para que se retrasara mi vuelta y para poder casarte con mi mujer y tener hijos con ella. Así que morirás.

Con estas palabras cogió la espada que había soltado Agelao al morir y que estaba en el suelo. Luego golpeó a Leodes en la nuca, de forma que su cabeza cayó rodando por el polvo mientras todavía estaba hablando.

El bardo Femio, hijo de Terpes, a quien los pretendientes habían obligado a cantar para ellos, intentaba salvar la vida. Estaba cerca de la trampilla y tenía la lira en la mano. No sabía si huir de la sala y refugiarse en el altar de Zeus que estaba en el patio o dirigirse a Ulises y abrazarse a sus rodillas. Finalmente, dejó la lira en el suelo y fue junto a Ulises, se abrazó a sus rodillas y dijo:

—Ulises, te imploro que te apiades de mí y me perdones la vida. Luego lo lamentarás si matas a un bardo que puede cantar para los dioses y para los hombres. Aprendí por mí mismo y un dios me visita con su inspiración. Te cantaré como si fueses un dios, por lo que no te apresures a cortarme la cabeza. Tu propio hijo Telémaco te dirá que yo no quería frecuentar tu casa y

cantar para los pretendientes después de los banquetes, pero eran numerosos y demasiado fuertes para mí y me obligaron.

Telémaco lo oyó y corrió al lado de su padre.

—¡Espera! —gritó—, este hombre es inocente, no le hagas daño; y perdonaremos también a Medonte, que siempre fue bueno conmigo cuando era niño, a no ser que Filetio o Eumeo lo hayan matado ya o que se haya cruzado en tu camino.

Medonte oyó estas palabras de Telémaco, pues estaba acurrucado debajo de un asiento donde se había escondido cubriéndose con una piel de buey sin curtir. Entonces salió, fue adonde estaba Telémaco y se abrazó a sus rodillas.

—Aquí estoy, mi querido señor —dijo—, contén tu mano y advierte a tu padre, o me matará en su furia contra los pretendientes.

Ulises le sonrió y respondió:

—No temas. Telémaco te ha salvado la vida. Así, en el futuro podrás contar a la gente que las buenas acciones dan mejores frutos que las malas. Salid, pues, el bardo y tú de la sala e id fuera, mientras yo termino lo que tengo que hacer aquí dentro.

Los dos fueron al patio lo más deprisa posible y se sentaron al pie del gran altar de Zeus, mirando atemorizados a su alrededor y pensando aún que los matarían. Luego Ulises registró la sala para ver si alguno había conseguido esconderse y seguía con vida, pero comprobó que todos yacían en el polvo bañados en su propia sangre. Eran como peces que los pescadores han sacado del mar y arrojado en la playa para que den boqueadas hasta que el sol acabe con ellos. Así yacían los pretendientes amontonados unos sobre otros.

—Llama al aya Euriclea —le pidió Ulises a Telémaco—, tengo una cosa que decirle.

Telémaco llamó a la puerta de las habitaciones de las mujeres.

—Date prisa, anciana que estás por encima de las demás mujeres de la casa —dijo—. Sal, mi padre quiere hablar contigo.

Cuando Euriclea le oyó, abrió la puerta, salió y siguió a Telémaco. Encontró a Ulises entre los cadáveres manchados de sangre y suciedad igual que un león que acaba de devorar a un buey y tiene el pecho y las fauces ensangrentadas, y verlo es espantoso; así estaba Ulises empapado de sangre de pies a cabeza. Cuando ella vio los cadáveres y semejante cantidad de sangre, empezó a llorar de alegría, pues comprendió que había realizado una gran hazaña, pero Ulises la hizo callar:

—Anciana —dijo—, alégrate en silencio, domínate y no hagas ruido, es indigno regocijarse ante los muertos. La voluntad de los dioses y sus malas

obras han causado la destrucción de estos hombres, que no respetaban a nadie, ni rico ni pobre, y han tenido un mal final como castigo por su locura y su maldad. Ahora, no obstante, dime qué mujeres de la casa han sido indecorosas y cuáles son inocentes.

—Te diré la verdad, hijo mío —respondió Euriclea—. Hay cincuenta mujeres en la casa a quienes hemos enseñado a hacer cosas como cardar la lana y todo tipo de trabajos domésticos. De ellas, doce han sido indecorosas y me han faltado el respeto a mí y a Penélope. A Telémaco no le han faltado al respeto, pues hasta ahora no era un hombre y su madre nunca le permitió dar órdenes a las criadas; pero deja que vaya al piso de arriba y le cuente a tu mujer lo sucedido, pues algún dios ha hecho que se quede dormida.

—No la despiertes aún —replicó Ulises—, pero di a esas desvergonzadas que bajen a verme. —Euriclea salió de la sala para buscar a las mujeres y llevarlas con Ulises; entretanto, él llamó a Telémaco, al vaquero y al porquero—. Empezad —les dijo— a retirar a los muertos y haced que las mujeres os ayuden. Luego coged esponjas y agua para limpiar las mesas y los asientos. Cuando la casa esté limpia, llevad a las mujeres fuera y atravesadlas con la espada hasta que mueran y olviden el amor y cómo se acostaban en secreto con los pretendientes.

En ese momento llegaron las mujeres llorando y lamentándose amargamente. Primero sacaron los cadáveres y los amontonaron en el cobertizo exterior. A continuación limpiaron las mesas y los asientos con agua y esponjas, mientras Telémaco y los otros dos quitaban la sangre y la suciedad del suelo. Luego, después de limpiarlo y ordenarlo todo, llevaron fuera a las mujeres y las arrinconaron para que no pudieran huir. Telémaco les dijo a los otros dos:

—No permitiré que estas mujeres tengan una muerte honrosa, pues fueron insolentes conmigo y con mi madre, y se acostaban con los pretendientes.

Así que ató un cabo de barco a una de las columnas y a la pared, y lo tensó para que los pies de las mujeres no tocaran el suelo; cada una de ellas hubo de pasar la cabeza por un lazo y tuvo una muerte miserable. Sus pies se movieron convulsos un rato, pero no por mucho tiempo.

En cuanto a Melantio, lo sacaron a rastras hasta el patio. Allí le cortaron la nariz y las orejas; le arrancaron las partes viriles y se las echaron crudas a los perros, y en su furia le cortaron las manos y los pies.

Una vez hecho esto, se lavaron las manos y los pies y volvieron a la casa, pues todo había terminado. Y Ulises le dijo a la buena y anciana nodriza Euriclea:

—Tráeme azufre, que limpia toda contaminación, y enciende un fuego para que pueda purificar la casa. Y dile a Penélope que venga aquí con sus criadas y también con todas las doncellas que hay en la casa.

—Todo lo que has dicho es bien cierto —respondió Euriclea—, pero deja que te traiga ropa limpia, una túnica y un manto. No sigas con esos harapos. No está bien.

—Primero enciende el fuego —ordenó Ulises.

Ella le llevó fuego y azufre, como le había pedido, y Ulises purificó la sala, la casa y el patio. Luego Euriclea llamó a las mujeres y les contó lo sucedido; tras lo cual salieron de sus habitaciones con antorchas en la mano y rodearon a Ulises, le besaron la cabeza y los hombros y le cogieron de las manos. A él le dieron ganas de llorar pues las recordaba a todas.

CANTO XXIII

PENÉLOPE RECONOCE A ULISES ULISES, TELÉMACO, EUMEO Y FILETIO SALEN DE LA CIUDAD

Euriclea, riendo alegre, fue al piso de arriba a contarle a su señora que su amado marido había vuelto. Sus viejas rodillas volvieron a ser jóvenes y sus pies brincaban de alegría cuando subió con su señora y se inclinó sobre su cabeza para hablarle:

—Despierta, Penélope, mi niña, y verás con tus propios ojos algo que llevas deseando desde hace mucho tiempo. Ulises ha regresado por fin y ha matado a los pretendientes que tantas molestias estaban causando en su casa al devorar su hacienda y maltratar a su hijo.

—Excelente nodriza —respondió Penélope—, debes de haberte vuelto loca. Los dioses hacen enloquecer a veces a personas muy sensatas y vuelven cuerdos a los insensatos. Esto es lo que deben de haber hecho contigo, pues siempre habías sido una persona juiciosa. ¿Por qué te burlas de mí cuando ya tengo suficientes problemas, me dices esos disparates y me despiertas del dulce sueño que había cerrado mis ojos? No había dormido tan bien desde el día en que mi pobre esposo partió hacia esa ciudad de nombre aciago. Vuelve con las mujeres; si hubiese sido cualquier otra quien me hubiese despertado con tan absurda noticia, le habría echado con una severa reprimenda, pero tu edad te protege.

—Mi niña —respondió Euriclea—, no me burlo. Es cierto que Ulises ha vuelto. Es el forastero a quien todos maltrataron en la sala. Telémaco lo sabía, pero guardó el secreto de su padre para que pudiera vengarse de esos malvados.

Entonces Penélope se levantó de un salto de su lecho, rodeó a Euriclea con sus brazos y lloró de alegría.

—Pero, mi aya querida —dijo—, explícamelo; si de verdad ha venido como dices, ¿cómo ha podido vencer él solo a los malvados pretendientes, que eran siempre muy numerosos?

—Yo no estaba presente —respondió Euriclea— y lo ignoro, solo les oí gritar mientras los mataba. Nos quedamos acurrucadas en un rincón de las habitaciones de las mujeres hasta que llegó tu hijo a buscarme de parte de su padre. Luego encontré a Ulises de pie entre los cadáveres, que yacían en el suelo unos encima de otros. Te habría gustado verlo allí de pie cubierto de sangre y tierra, igual que un león. Pero ahora los cadáveres yacen amontonados en el cobertizo exterior, y Ulises ha encendido una gran hoguera para purificar la casa con azufre. Me ha enviado a buscarte, conque ven conmigo para que las dos nos regocijemos, pues por fin se ha cumplido el deseo de tu corazón: tu esposo ha vuelto, ha encontrado sanos y salvos a su mujer y a su hijo, y se ha vengado en su propia casa de los pretendientes que tan mal se habían portado con él.

—Mi querida nodriza —dijo Penélope—, no estés tan confiada. Sabes cuánto nos alegraremos todos de saber que Ulises ha vuelto, y más que nadie yo misma y el hijo que nació de los dos, pero lo que me dices no puede ser cierto. Debe de ser un dios enojado con los pretendientes por su maldad quien ha acabado con ellos, pues no respetaban a nadie, ni rico ni pobre, y han tenido un mal final por su crueldad. Ulises está muerto lejos de Grecia, nunca volverá a casa.

Entonces la nodriza Euriclea dijo:

—Mi niña, ¿qué estás diciendo? Muy desconfiada eres si crees que tu esposo no ha de volver cuando está en la casa y al lado del hogar en este mismo instante. Además, puedo darte otra prueba: al bañarlo, reparé en la cicatriz que le hizo el jabalí. Quise decírtelo, pero él me lo impidió y me tapó la boca con la mano. Ven conmigo y haremos un trato: si te engaño, puedes darme la muerte más cruel que se te ocurra.

—Aya querida —dijo Penélope—, por muy sabia que seas no puedes entender la voluntad de los dioses. De todos modos, vayamos en busca de mi hijo para ver los cadáveres de los pretendientes y al hombre que los ha matado.

Luego bajó de su habitación pensando si sería mejor guardar las distancias con su marido y preguntarle, o si debería correr hacia él y abrazarlo. No obstante, cuando entró en la sala, se sentó frente a Ulises, que, mirando al suelo, esperaba a ver qué decía su valiente mujer al verlo. Por un largo rato se sentaron en silencio dominados por el asombro. Al cabo de un rato, ella lo

miró a la cara, pero, una vez más, volvieron a engañarla los harapos y no lo reconoció hasta que Telémaco se lo reprochó y dijo:

—Madre, aunque eres tan dura que me cuesta llamarte por ese nombre, ¿por qué te apartas así de mi padre? ¿Por qué no te sientas a su lado, le hablas y empiezas a hacerle preguntas? Ninguna otra mujer se quedaría apartada de su marido regresado después de veinte años de ausencia y de pasar tantas penalidades, pero tu corazón siempre ha sido duro como la piedra.

—Hijo mío —respondió Penélope—, estoy tan atónita que no encuentro palabras para hacer preguntas ni para responderlas. Ni siquiera puedo mirarlo a la cara. Pero, si de verdad es Ulises que ha vuelto a su hogar, ya nos iremos reconociendo poco a poco, pues hay cosas que solo él y yo sabemos y que los demás desconocen.

Ulises sonrió al oírla y le dijo a Telémaco:

—Que tu madre me ponga cuantas pruebas quiera y pronto se convencerá. Ahora me rechaza y cree que soy otra persona porque estoy sucio y cubierto de harapos. Pensemos, no obstante, qué es lo que más conviene hacer ahora. Cuando un hombre ha matado a otro, incluso cuando se trata de alguien que no ha dejado muchos amigos para vengarle, el que lo ha matado debe decir adiós a los suyos y huir del país. Nosotros hemos matado a los jóvenes más insignes de Ítaca. Quiero que lo pienses.

—Decídelo tú, padre —respondió Telémaco—, pues dicen que eres el consejero más sabio entre los hombres. Te seguiremos de buen grado y no te fallaremos mientras nos duren las fuerzas.

—Diré lo que me parece mejor —respondió Ulises—. Primero lavaos y poneos las túnicas; decid también a las criadas que vayan a su cuarto y se vistan. Femio interpretará después una danza con su lira para que, si la gente de fuera, los vecinos o alguien que pase por la calle lo oyen, piensen que está celebrándose una boda en la casa, y ningún rumor sobre la muerte de los pretendientes llegue a la ciudad antes de que podamos huir a nuestros campos. Una vez allí decidiremos cuál de los caminos que nos ofrezca Zeus es el más adecuado.

Así habló, y ellos hicieron como les había dicho. Primero se lavaron y se pusieron las túnicas, mientras las mujeres se preparaban. Luego Femio cogió su lira y despertó en ellos el anhelo de dulces canciones y majestuosas danzas. La casa resonó con el ruido de los hombres y las mujeres bailando, y la gente que había fuera dijo:

—Supongo que la reina ha decidido casarse por fin. Debería avergonzarse de no seguir protegiendo la hacienda de su esposo hasta que vuelva a casa.

Eso dijeron, pero ignoraban lo sucedido. La criada principal, Eurínome, lavó y ungió a Ulises y le dio un manto y una túnica. Atenea hizo que pareciera más alto y más fuerte, también hizo que el pelo creciera más espeso en su cabeza y que cayera en rizos como flores de Jacinto; le embelleció los hombros y la cabeza igual que un hábil artesano que ha estudiado todas las artes con Hefesto o Atenea —y cuya obra es bellísima— enriquece un objeto de plata al dorarlo. Salió del baño parecido a uno de los inmortales y se sentó enfrente de su mujer.

—Querida —dijo—, los dioses te han dado un corazón inflexible. Ninguna otra mujer seguiría apartada de su marido después de veinte años de ausencia y de tantas penalidades. Pero, vamos, aya, prepárame un lecho para mí solo, pues esta mujer tiene un corazón duro como el hierro.

—Querido —respondió Penélope—. No quiero jactarme ni despreciarte, pero no me impresiona tu apariencia, pues recuerdo muy bien qué clase de hombre eras cuando te fuiste de Ítaca. Así pues, Euriclea, saca su cama del dormitorio, y ponle mantos y pieles.

Dijo esto para ponerlo a prueba, pero Ulises se enfadó mucho y dijo:

—Mujer, estoy muy disgustado con lo que acabas de decir. ¿Quién ha sacado mi cama del sitio donde la dejé? Debe de haberle resultado difícil, por más habilidoso que sea, a no ser que le haya ayudado un dios a trasladarla. No hay hombre viviente, aunque sea muy fuerte y joven, que pueda cambiarlo de sitio, pues es una maravilla que construí con mis propias manos. En el recinto de la casa crecía vigoroso un joven olivo en torno al cual construí mi alcoba con gruesas paredes de piedra y un techo por encima, e hice las puertas sólidas y bien encajadas. Luego corté las ramas más altas y dejé el tocón en pie. Cepillé el tronco de la raíz hacia arriba y lo labré con herramientas de carpintero y procuré que quedara recto trazando una línea en la madera para hacer el pie de la cama. Después hice un agujero en el centro donde encajé el poste principal de mi lecho y lo decoré con plata y oro, por último tendí un pellejo de cuero rojo de un lado al otro. Así que ya ves que lo conozco bien y quiero saber si aún sigue allí o alguien ha arrancado el olivo para llevárselo.

Cuando Penélope oyó las pruebas que le había dado Ulises, se derrumbó. Corrió a su lado, le echó los brazos al cuello y le besó.

—No te enfades conmigo, Ulises —exclamó—, tú que eres el más sabio de los hombres. Los dos hemos sufrido. Los dioses nos han privado de la dicha de pasar la juventud y envejecer juntos; no te ofendas ni te tomes a mal que no te haya besado nada más verte. He pasado mucho tiempo temblando de miedo por si alguien venía y me engañaba con una mentira, pues hay por

ahí muchos malvados. La hija de Zeus, Helena, no se habría entregado a un extranjero de haber sabido que los hijos de los griegos irían a buscarla y la traerían de vuelta. Su mala acción, a la que la empujó un dios, fue la causa de todos nuestros pesares. Ahora, no obstante, que me has convencido demostrándome que sabes lo de nuestra cama, que solo hemos visto tú y yo, además de una doncella, no puedo seguir desconfiando más tiempo.

Entonces Ulises se conmovió a su vez y lloró mientras abrazaba a su amada y fiel esposa contra su pecho. Igual que los hombres que nadan hacia la orilla agradecen ver tierra cuando Poseidón hunde su nave con la furia de sus vientos y sus olas, y solo llegan a tierra unos pocos que, cubiertos de sal, agradecen estar en tierra firme y fuera de peligro, así recibió ella a su marido al mirarlo, y no pudo separar los bellos brazos de su cuerpo. De hecho, habrían seguido llorando hasta el alba si Atenea no hubiese alargado la noche y retenido a Aurora en el Océano impidiéndole enganchar a su carro los corceles Lampo y Faetonte. Finalmente, Ulises dijo:

—Mujer, aún no han acabado nuestras dificultades. Todavía me aguardan trabajos desconocidos. Será largo y difícil, pero debo pasar por ellos, pues así me lo profetizó la sombra de Tiresias el día que descendí al Hades a preguntar por mi regreso y el de mis compañeros. Pero ahora vayamos a la cama para que podamos acostarnos y disfrutar del don del sueño.

—Puedes ir a dormir cuando quieras —respondió Penélope—, ya que los dioses te han enviado a tu hogar. Pero ya que un dios te ha hecho hablar de eso, cuéntame el trabajo que te espera. Tarde o temprano tendrás que contármelo, así que es mejor que me lo digas ahora.

—Querida esposa —respondió Ulises—, ¿por qué me presionas? No obstante, no te lo ocultaré, aunque no sea de tu agrado. A mí mismo no me gusta, pues Tiresias me pidió que siguiera viajando cargado con un remo hasta llegar a un país donde la gente no ha oído hablar del mar y ni siquiera echa sal a la comida, no sabe nada de barcos ni de remos, que son como las alas de la nave. Me dio una señal segura que no te ocultaré. Dijo que encontraría a un viajero que me preguntaría si lo que llevaba al hombro era un rastrillo; al oírlo, debía clavar el remo en el suelo y sacrificar un carnero, un toro y un jabalí a Poseidón. Hecho lo cual debía volver a casa y ofrecer hecatombes a todos los dioses del cielo uno por uno. En cuanto a mí, dijo que la muerte me llegaría del mar, y que la vida se me escaparía muy despacio cuando tuviera muchos años y el ánimo sosegado, y que mi pueblo me bendeciría. Todo esto, afirmó, se cumplirá.

—Si los dioses van a concederte una vida más feliz en la vejez, puedes tener la esperanza de un descanso en tus desdichas.

Así conversaron. Entretanto, Eurínome y la nodriza cogieron unas antorchas y prepararon el lecho con suaves mantos; en cuanto terminaron, la nodriza volvió a la casa a descansar y dejó que la doncella Eurínome acompañara al lecho a Ulises y a Penélope con una antorcha. Después de llevarlos a su habitación se marchó, y ellos volvieron a celebrar alegres los ritos de su propio y antiguo lecho. Telémaco, Filetio y el porquero dejaron de bailar y despidieron también a las mujeres. Luego se tumbaron a dormir en la sala.

Cuando Ulises y Penélope saciaron su amor, se pusieron a hablar. Ella le contó lo mucho que había sufrido al ver la casa invadida por una multitud de malvados pretendientes que habían matado muchos bueyes y ovejas por su causa, y se habían bebido incontables jarras de vino. Ulises, a su vez, le contó lo que había sufrido y las numerosas penas que había causado a otros. Se lo contó todo, y ella disfrutó tanto escuchándole que no se durmió hasta que acabó toda su historia^[68].

Empezó por su victoria sobre los cicones y por cómo desde allí llegó al fértil país de los lotófagos. Le habló del cíclope y de cómo lo había castigado por haber devorado sin piedad a sus valientes compañeros; de cómo había ido a casa de Eolo, que lo había recibido con hospitalidad y le había ayudado a seguir su camino, aunque ni aun así pudo llegar a casa, puesto que, para su desdicha, una tormenta lo arrastró otra vez mar adentro; de cómo llegó a Telépilo, la ciudad de los lestrigones, que destruyeron todas las naves con sus tripulaciones, menos la suya. Luego le habló de la astuta Circe y de sus artes, y de cómo navegó hasta la helada casa de Hades para consultar al espectro del adivino tebano Tiresias, donde también vio a sus antiguos compañeros y a su madre; de cómo oyó después los portentosos cantos de las sirenas y siguió hasta las Rocas Errantes y las temibles Caribdis y Escila, por donde ningún hombre había pasado sano y salvo; de cómo sus hombres devoraron el ganado de Helios, por lo que Zeus golpeó la nave con sus rayos y todos sus hombres perecieron y solo él quedó con vida; de cómo llegó por fin a la isla Ogigia, con la ninfa Calipso, que lo retuvo en una cueva y le dio de comer y quiso casarse con él y convertirlo en inmortal para que nunca envejeciera, aunque no logró convencerlo; y de cómo, después de muchos sufrimientos, había llegado con los feacios, que lo habían tratado como si fuese un dios y lo habían enviado en una nave a su patria después de obsequiarle con oro,

bronce y numerosas prendas de ropa. Esto fue lo último que le contó, pues le dominó un profundo sueño que alivió el peso de sus desdichas.

Entonces Atenea pensó en otra cosa. Cuando consideró que Ulises ya había disfrutado de su mujer y del descanso, pidió a Aurora de trono de oro que saliera del Océano para verter su luz sobre los hombres^[69]. Entonces Ulises se levantó de su cómodo lecho y le dijo a Penélope:

—Mujer, los dos hemos sufrido mucho: tú, aquí, lamentando mi ausencia, y yo al no poder volver a casa por más que lo deseaba. Ahora que por fin estamos juntos, cuida de las propiedades que hay en la casa. En cuanto a las ovejas y las cabras que los pretendientes han devorado, tomaré por la fuerza muchas de otras personas y obligaré a los griegos a compensarme hasta que vuelvan a llenar mis apriscos. Ahora iré a ver a mi padre, que tanto ha sufrido por mi causa, y a ti te dejaré estas instrucciones, aunque no te hagan falta. Al amanecer se sabrá que he matado a los pretendientes; sube, quédate en tus habitaciones con las mujeres y no hagas preguntas a nadie.

Mientras hablaba cogió sus armas. Luego despertó a Telémaco, Filetio y Eumeo y les pidió que cogieran también sus armas. Así lo hicieron. Después abrieron las puertas y salieron detrás de Ulises. Era ya de día, pero Atenea les ocultó en la penumbra y los sacó a toda prisa de la ciudad.

CANTO XXIV

LAS ALMAS DE LOS PRETENDIENTES EN EL HADES ULISES VA A LA CASA DE LAERTES ATENEA IMPONE LA PAZ

Entonces Hermes de Cilene convocó a las almas de los pretendientes y sostuvo en la mano la hermosa vara de oro con la que sella con el sueño los ojos de los hombres o los despierta, según le place. Despertó a sus almas y las guio, y ellas le seguían gimiendo y llorando. Igual que los murciélagos vuelan chillando en una enorme caverna cuando uno de ellos cae del racimo del que cuelgan, así lloraban y gemían las almas mientras Hermes los llevaba a la oscura morada de la muerte. Después de atravesar las aguas del Océano y pasar la roca Léucade, las puertas de Helios y el país de los Sueños, llegaron a los Prados de los Asfódelos donde habitan las almas, sombras de los cuerpos.

Aquí encontraron el alma de Aquiles, y también las de Patroclo, Antíloco y Áyax, que era el mejor y más apuesto de los griegos después del propio hijo de Peleo.

Las almas rodeaban el espectro de Aquiles, y vino también el de Agamenón, lamentándose amargamente. Lo acompañaban las almas de quienes habían perecido con él en la casa de Egisto. El espectro de Aquiles habló primero:

—Hijo de Atreo, siempre decíamos que Zeus te prefería a ti antes que a cualquier otro héroe, pues eras el jefe de muchos hombres valientes cuando combatíamos juntos ante Troya; pero la mano de la muerte, de la que no puede escapar ningún mortal, se abatió sobre ti demasiado pronto. Habría sido mejor para ti haber caído en Troya en el esplendor de tu fama, pues los griegos habrían levantado un túmulo sobre tus cenizas, y tu hijo habría heredado tu fama, mientras que tu destino ha sido sufrir un fin miserable.

—Feliz tú, hijo de Peleo —respondió el alma de Agamenón—, por haber muerto en Troya, lejos de Grecia, mientras los más valientes griegos y troyanos caían a tu lado luchando por tu cadáver. Yacías entre enormes nubes de polvo, incapaz ya de guiar los caballos. Combatimos todo el día y no habríamos parado si Zeus no hubiese enviado una tempestad para detenernos. Luego, cuando te llevamos a las naves lejos de la lucha, te tumbamos en tu lecho y lavamos tu hermosa piel con agua y ungüentos. Los griegos se arrancaban los cabellos y lloraban amargamente a tu alrededor. Tu madre, cuando se enteró, salió del mar con sus ninfas inmortales, y el estruendo de un gran llanto recorrió las aguas y los griegos temblaron de temor. Habrían huido a las naves llevados por el pánico si el sabio y anciano Néstor, cuyo consejo siempre era sincero, no los hubiera contenido diciendo:

»—Esperad, no huyáis, hijos de los griegos, esta es su madre, que sale del mar con sus ninfas inmortales a ver el cadáver de su hijo.

»Así habló y los griegos ya no tuvieron miedo. Las hijas del viejo del mar te rodearon llorando amargamente y te vistieron con divinos ropajes. Las nueve Musas también acudieron y, alternándose, entonaron el lamento funeral con sus dulces voces. No hubo un griego que no llorara de pena al oírlas. Diecisiete días y diecisiete noches te lloramos, mortales e inmortales, pero al decimoctavo te entregamos a las llamas y sacrificamos muchos carneros cebados y muchos bueyes. Mientras ardías, muchos héroes, a pie y a caballo, entrechocaban sus armas en torno a la pira. Cuando las llamas de Hefesto consumieron tu carne, recogimos los blancos huesos y los pusimos en vino puro y ungüentos. Tu madre nos trajo un ánfora de oro para guardarlos, regalo de Dioniso y obra del propio Hefesto: en ella mezclamos tus huesos con los de Patroclo, que había muerto antes que tú, y aparte colocamos los de Antíloco, a quien tú apreciabas más que a ningún otro de tus compañeros después de muerto Patroclo.

»Los griegos construyeron un bello túmulo en un saliente que asoma sobre el Helesponto para que pudieran verlo desde el mar tanto los vivos como los que nacerán después. Tu madre pidió regalos a los dioses y los puso allí para que lucharan por ellos los más nobles de los griegos. Debes de haber presenciado el funeral de muchos héroes, pero nunca habrás visto regalos como los que ofreció en tu honor Tetis, pues los dioses te apreciaban. Así tu fama, Aquiles, no se ha perdido ni siquiera en la muerte, y tu nombre perdura entre la humanidad. En cambio, yo, ¿qué solaz encontré cuando concluyó la guerra? Pues Zeus quiso que muriera a mi regreso a manos de Egisto y de mi malvada esposa.

Así hablaron, y entonces llegó Hermes con las almas de los pretendientes a quienes había dado muerte Ulises. Las almas de Agamenón y Aquiles se quedaron perplejas al verlos y fueron enseguida a su encuentro. El espectro de Agamenón reconoció a Anfimedonte, hijo de Melaneo, que vivía en Ítaca y había sido su anfitrión, y le habló:

—Anfimedonte, ¿qué os ha ocurrido a todos estos jóvenes, todos de la misma edad, que estáis aquí bajo tierra? No podría escogerse a hombres mejores en ciudad alguna. ¿Ha alzado Poseidón sus vientos y sus olas contra vosotros cuando estabais en el mar, o han acabado con vosotros vuestros enemigos en tierra cuando estabais robándoles las vacas o las ovejas o mientras combatían en defensa de su ciudad y sus mujeres? Responde a mi pregunta, pues he sido tu huésped. ¿No recuerdas que estuve en tu casa con Menelao para intentar convencer a Ulises de que se uniera a nosotros con sus naves contra Troya? Pasó un mes entero antes de que pudiéramos seguir el viaje, pues nos costó mucho convencer a Ulises de que viniera con nosotros.

Y el fantasma de Anfimedonte respondió:

—Agamenón, hijo de Atreo, rey de hombres, recuerdo lo que dices y te contaré con exactitud y detalle cómo aconteció nuestro final. Hacía mucho que Ulises se había ido y estábamos cortejando a su mujer, que no dijo con claridad que no se casaría ni zanjó la cuestión, pues buscaba nuestra destrucción. Este fue el engaño que maquinó. Instaló un gran bastidor en su habitación y empezó a tejer una enorme tela. Y nos dijo: «Pretendientes, Ulises ha muerto, pero no me obliguéis a casarme tan pronto; puesto que no querría que mi pericia con los hilos caiga en el olvido, esperad a que termine el sudario del héroe Laertes para que esté listo cuando la muerte se lo lleve. Es muy rico y las mujeres murmurarán si lo entierran sin sudario».

»Eso dijo y todos aceptamos; la veíamos tejer todo el día, pero por la noche deshacía la tela a la luz de las antorchas. De este modo nos tuvo engañados tres años, sin que la descubriéramos, pero a medida que nos acercábamos al cuarto año, una de sus doncellas, que sabía lo que estaba haciendo, nos lo contó y la sorprendimos cuando estaba deshaciéndola, por lo que tuvo que terminarla tanto si quería como si no. Y cuando nos mostró el sudario que había hecho, después de lavarlo, su esplendor era como el del sol o la luna.

»Entonces algún dios malicioso llevó a Ulises hasta la casa donde vive su porquero. Allí fue también su hijo, que volvía de un viaje a Pilos, y los dos fueron a la ciudad después de tramar el plan para destruirnos. Telémaco llegó primero y después, en compañía del porquero, Ulises, cubierto de harapos y

apoyado en un bastón como si fuese un mendigo viejo y miserable. Llegó tan de repente que ninguno lo reconocimos, ni siquiera los más viejos, y le insultamos y arrojamos cosas. Soportó los golpes y los insultos sin decir palabra, aunque estaba en su propia casa, pero, cuando la voluntad de Zeus así se lo aconsejó, él y Telémaco cogieron las armas y las ocultaron y cerraron las puertas. Luego astutamente hizo que su mujer ofreciera su arco para que los desdichados pretendientes compitiéramos por él; ese fue el principio de nuestro final, pues ninguno pudo tensar el arco, ni siquiera un poco. Cuando iban a dárselo a Ulises, todos gritamos que no lo hicieran, pero Telémaco insistió. En cuanto lo tuvo entre las manos, lo tensó con facilidad y lanzó una flecha a través del hierro. Luego se plantó en mitad del umbral y tiró las flechas al suelo, mirando con fiereza a su alrededor. Primero mató a Antínoo, y luego disparó sus dardos mortales uno tras otro. Quedó claro que un dios le ayudaba, pues nos golpearon con fuerza y acierto por todo el atrio y se oyeron espantosos gemidos cada vez que aplastaban nuestros sesos y la tierra se empapaba con nuestra sangre. Así, Agamenón, es como encontramos nuestro fin, y nuestros cadáveres yacen todavía olvidados en la casa de Ulises, pues nuestros amigos ignoran aún lo sucedido, por lo que no pueden recogernos y lavar la negra sangre de nuestras heridas mientras lloran por nosotros, tal como debe hacerse con los muertos.

—Feliz Ulises, hijo de Laertes —respondió el espectro de Agamenón—, sin duda eres afortunado de tener una mujer con un entendimiento tan preclaro y tan fiel a su esposo como Penélope, la hija de Icarío. La fama, por tanto, de su virtud nunca morirá, y los inmortales compondrán canciones en honor de la constancia de Penélope que serán bien recibidas por los hombres. Qué distinta fue la maldad de la hija de Tindáreo, que mató a su legítimo esposo; su canción será odiosa para los hombres, pues ha traído la deshonra sobre todas las mujeres, también las buenas.

Así conversaron en la casa de Hades, en las entrañas de la tierra. Entretanto Ulises y los demás salieron de la ciudad y pronto llegaron a la bella y bien cuidada granja de Laertes, que había conseguido con constantes trabajos. Allí vivían también varios esclavos y una anciana de Sicilia que cuidaba de él. Cuando llegaron, Ulises le dijo a su hijo y a los otros dos:

—Id a la casa y matad el mejor cerdo que podáis encontrar para la comida. Yo quiero ver si mi padre me reconoce o si me ha olvidado después de tan larga ausencia.

Entonces se quitó la armadura y se la dio a Eumeo y Filetio, que fueron directos a la casa, mientras él iba hacia la abundante viña para poner a prueba

a su padre. Al llegar al huerto no vio a Dolio ni a sus hijos, ni a ninguno de los demás criados, pues estaban buscando ramas de espino para hacer un seto. Así que encontró solo a su padre. Llevaba una túnica vieja, remendada y muy sucia, se cubría las piernas y las manos con pieles de buey para no arañarse con las zarzas; y en la cabeza llevaba un gorro de piel de cabra. Parecía muy apesadumbrado. Cuando Ulises lo vio tan consumido, anciano y abrumado por las desdichas, se quedó debajo de un peral y rompió a llorar. No supo si abrazarlo, besarlo y contarle que había vuelto a casa, o preguntarle primero y ver lo que decía. Al final, decidió que era mejor obrar con astucia y fue al encuentro de su padre, que estaba agachado cuidando unas plantas.

—Veo, señor —dijo Ulises—, que eres un excelente hortelano y que no escatimas esfuerzos. No hay una sola planta ni una higuera, vid, olivo, peral o bancal que no esté bien cuidado. Confío, no obstante, en que no te ofendas si te digo que cuidas mejor de tu huerto que de ti mismo. Eres viejo y vas desaliñado y muy mal vestido. No puede ser dejadez de tu amo, pues tu rostro y tu figura no son los de un esclavo y proclaman que eres de noble cuna. Pareces más bien de esos que, después de lavarse y comer bien, descansan en un blando lecho por la noche, como merecen los ancianos. Pero dime, y sé sincero, quién es tu señor y de quién es el huerto en el que trabajas. Dime también otra cosa: ¿es de verdad Ítaca este lugar al que he llegado? Un hombre acaba de decírmelo, pero tenía poca paciencia y no me ha querido escuchar cuando le he preguntado si un viejo amigo mío estaba vivo o ya muerto en la casa de Hades. Hace tiempo estuvo en mi casa un hombre al que llegué a apreciar más que al resto de los huéspedes que he tenido. Dijo que su familia era de Ítaca y que su padre era Laertes, hijo de Arcisio. Lo recibí con hospitalidad, le ofrecí todo lo que había en mi casa y, cuando partió, le hice los presentes acostumbrados. Le di siete talentos de oro fino y una crátera de plata maciza con flores engastadas. También le di doce capas, doce lienzos, doce mantos y doce túnicas. A todo eso añadí cuatro bellas mujeres versadas en todas las artes útiles, y dejé que escogiera.

Su padre vertió lágrimas y respondió:

—Señor, has llegado a la tierra que dices, pero ha caído en manos de unos malvados. Tan ricos presentes fueron en vano. Si hubieses encontrado a tu amigo vivo en Ítaca, te habría recibido con hospitalidad y habría correspondido con generosidad a tus presentes, como habría sido justo teniendo en cuenta lo que tú le habías dado. Pero dime, y sé sincero, ¿cuántos años hace que recibiste a este invitado, a mi hijo, infortunado como nadie? ¡Ay! Lejos de su patria lo han devorado los peces del mar o ha sido presa de

los pájaros y las bestias salvajes en tierra firme. Ni su madre ni yo, que éramos sus padres, hemos podido abrazarlo y vestirlo por última vez, ni tampoco su excelente esposa Penélope ha podido llorarlo como es natural en su lecho de muerte y cerrarle los ojos según es costumbre hacer con los muertos. Pero ahora, dime, y sé sincero, pues quiero saberlo. ¿Quién eres y de dónde vienes? Háblame de tu ciudad y de tus padres. ¿Dónde está fondeado el barco que os ha traído a ti y a tus hombres a Ítaca? ¿O viajabas como pasajero en la nave de otro y quienes te han traído han seguido su camino y te han dejado aquí?

—Te responderé a todo con sinceridad —respondió Ulises—. Soy de Alibante, donde tengo una hermosa casa. Soy hijo del rey Afidante, que es hijo de Polipemón. Me llamo Epérito, un dios me desvió de mi rumbo al partir de Sicilia y me ha traído aquí en contra de mi voluntad. Mi nave está fondeada lejos de la ciudad, y han pasado cinco años desde que Ulises dejó mi país. Pobre hombre, aunque los augurios eran favorables cuando partió: todas las aves volaban a nuestra derecha, y tanto él como yo nos alegramos de verlas al despedirnos, pues teníamos la esperanza de volver a vernos e intercambiar presentes.

Una negra nube de pesar ensombreció a Laertes mientras escuchaba. Cogió tierra con ambas manos y se la echó por la cabeza llorando. A Ulises se le conmovió el corazón; entonces fue hacia él, lo abrazó y lo besó diciendo:

—Soy yo, padre, por quien preguntas: he vuelto después de pasar fuera veinte años. Pero deja de suspirar y lamentarte. No tenemos tiempo que perder, pues debo decirte que he matado a los pretendientes en mi casa en castigo por su insolencia y sus crímenes.

—Si de verdad eres mi hijo Ulises —respondió Laertes— y has vuelto, tendrás que darme una prueba irrefutable de tu identidad, si es que quieres convencerme.

—Mira esta cicatriz —respondió Ulises—, me la hizo un jabalí con el colmillo mientras cazaba en el monte Parnaso. Mi madre y tú me habíais enviado con Autólico, el padre de mi madre, para recibir los presentes que me había prometido cuando estuvo aquí. También te indicaré los árboles que me regalaste y por los que te preguntaba cuando te seguía por el huerto siendo niño. Tú me decías sus nombres y lo que eran. Me regalaste trece perales, diez manzanos y cuarenta higueras; también dijiste que me regalarías cincuenta hileras de vides.

A Laertes le fallaron las fuerzas cuando oyó las pruebas que le había dado su hijo. Lo abrazó y Ulises tuvo que sujetarlo o habría caído al suelo. Tan

pronto como se dominó y empezó a recobrar el uso de sus sentidos, dijo:

—¡Oh padre Zeus! Si de verdad los pretendientes han sido castigados por su insolencia y su locura, es que sigue habiendo dioses en el Olimpo. No obstante, mucho me temo que enseguida se presentará aquí el pueblo de Ítaca y que habrán enviado mensajeros a todas partes desde las ciudades de Cefalonia.

Ulises respondió:

—Ten valor y no te preocupes por eso, vayamos ahora a casa. Ya les he dicho a Telémaco, Filetio y Eumeo que fuesen allí y prepararan la comida lo antes posible.

Al llegar a la casa encontraron a Telémaco con el vaquero y el porquero; estaban cortando la carne y mezclando vino con agua. Luego la anciana siciliana llevó a Laertes adentro y lo bañó y lo ungió con aceite. Le puso un buen manto y Atenea le dio una presencia más imponente y le hizo más alto y robusto que antes. Cuando volvió, su hijo se sorprendió al verlo tan parecido a un inmortal y le dijo:

—Querido padre, algún dios te ha hecho más alto y más apuesto.

—Por el padre Zeus, Atenea y Apolo, ojalá fuese el hombre que era cuando acaudillaba a los cefalenios y tomé Nérico, una fortaleza bien amurallada en el continente. Si aún fuese quien fui entonces y hubiese estado ayer en casa con mi armadura, habría podido ayudarte a combatir contra los pretendientes. Habría matado a muchos de ellos y te habrías alegrado al verlo.

En cuanto terminaron de prepararlo todo y estuvo listo el banquete, cada cual ocupó su sitio en los bancos y asientos y empezaron a comer. Poco después el viejo Dolio y sus hijos llegaron de trabajar, pues su madre, la mujer siciliana que cuidaba de Laertes, había ido a buscarlos. Cuando vieron a Ulises y estuvieron seguros de que era él, se quedaron atónitos, pero Ulises los regañó bromeando y dijo:

—Siéntate a comer, anciano, y olvida tu sorpresa; hace rato que queríamos empezar y te hemos estado esperando.

Luego Dolio se acercó a Ulises.

—Señor —dijo cogiendo la mano de su amo y besándole la muñeca—, hace mucho que anhelábamos tu regreso y ahora los dioses te han traído con nosotros cuando habíamos perdido toda esperanza. Saludos, pues, y ojalá los dioses te traigan prosperidad. Pero dime, ¿sabe ya Penélope que has vuelto o enviamos a alguien a decírselo?

—Anciano —respondió Ulises—, lo sabe ya, así que no debes preocuparte por eso.

Dicho lo cual se sentó y los hijos de Dolio se acercaron a Ulises para saludarlo y abrazarlo; luego ocuparon sus asientos por orden cerca de su padre.

Mientras estaban comiendo, el mensajero Rumor extendió por la ciudad la noticia del terrible destino sufrido por los pretendientes, por lo que ante la casa de Ulises comenzó a llegar gente que gemía y se lamentaba. Se llevaron a los muertos; cada uno enterró al suyo y subieron los cadáveres de quienes eran de otros sitios a bordo de barcos de pesca para que los pescadores los llevaran a su tierra. Luego, muy airados, se reunieron en el lugar de asamblea. Una vez allí, Eupites fue el primero que se levantó para hablar. Estaba abrumado de dolor por la muerte de su hijo Antínoo, que había sido al primero al que había matado Ulises. Y llorando amargamente dijo:

—Amigos, este hombre ha causado un gran daño a los griegos. Se llevó a muchos de nuestros mejores hombres consigo en su flota y ha perdido las naves y a sus tripulantes; además, a su regreso, ha matado a los más nobles cefalénios. Vayamos a buscarlo antes de que escape a Pilos o a la Elide o nos avergonzaremos para siempre. Si no vengamos el asesinato de nuestros hijos y hermanos, será un ultraje imborrable. Yo no tendría más placeres en la vida y preferiría morir ahora mismo. Vayamos, pues, a perseguirlos antes de que puedan cruzar al continente.

Lloró mientras hablaba y todos lo compadecieron. Entonces llegaron Medonte y el bardo Femio desde la casa de Ulises. Todos se quedaron atónitos al verlos, y Medonte dijo:

—Oídmme, hombres de Ítaca. Ulises no ha hecho estas cosas contra la voluntad de los dioses. Yo mismo vi a un dios inmortal adoptar la forma de Méntor y situarse a su lado. Este dios unas veces le daba ánimos situándose delante de él, y otras recorría furioso la sala y atacaba a los pretendientes, que caían uno tras otro.

Al oírlo les dominó a todos un pálido temor, y el anciano Haliterses, el hijo de Mástor, se levantó para hablar, pues era el único entre ellos que conocía tanto el pasado como el futuro, así que les habló con sencillez y sinceridad diciéndoles:

—Hombres de Ítaca, es culpa vuestra que las cosas hayan acabado así. No quisisteis escucharme, ni tampoco a Méntor, cuando os pedíamos que contuvierais la locura de vuestros hijos, que, llevados por la insolencia de su corazón, despilfarraban la hacienda y deshonoraban a la mujer de un jefe que pensaban que no volvería. Ahora, no obstante, haced lo que os digo. No persigáis a Ulises, no vayáis a causar vuestra propia desdicha.

Esto fue lo que dijo. Media asamblea levantó un gran clamor de aceptación y se marchó. Los demás se quedaron donde estaban, pues el discurso de Haliterses no les había convencido y apoyaban a Eupites. Estos últimos corrieron a por sus armas y se congregaron delante de la ciudad. Les guiaba Eupites, dominado por su locura, que pensaba que iba a vengar el asesinato de su hijo, cuando en realidad iba a morir él mismo.

Entretanto, Atenea le dijo a Zeus:

—Padre, hijo de Cronos, poderoso señor, responde a esta pregunta: ¿qué piensas hacer? ¿Quieres que sigan combatiendo o vas a imponer la paz?

Y Zeus respondió:

—Hija mía, ¿por qué me preguntas? ¿No habíamos acordado que Ulises volviera a casa y se vengara de los pretendientes? Haz lo que quieras, pero te diré lo que me parece más razonable. Ahora que Ulises se ha vengado, que pronuncien un juramento solemne en virtud del cual seguirá gobernando, mientras hacemos que los otros olviden y perdonen la matanza de sus hijos y hermanos. Que vuelvan a ser amigos como antes y que reinen la paz y la abundancia.

Eso era lo que Atenea estaba a punto de proponer, así que descendió a toda prisa de las elevadas cumbres del Olimpo.

Cuando Laertes y los demás terminaron de comer, Ulises dijo:

—Salid a ver si vienen.

Y uno de los hijos de Dolio hizo lo que le pedía.

Al llegar al umbral vio que estaban muy cerca y le dijo a Ulises:

—Aquí llegan, volvamos a por las armas.

Se pusieron la armadura lo más deprisa posible, Ulises, sus tres hombres y los seis hijos de Dolio, y también Laertes y Dolio, guerreros por necesidad a pesar de su pelo gris. Después abrieron la puerta y salieron con Ulises al frente.

Entonces Atenea, la hija de Zeus, fue a su encuentro después de adoptar la forma y la voz de Méntor. Ulises se alegró al verla y le dijo a su hijo Telémaco:

—Telémaco, ahora que estás a punto de librar una batalla donde se verá el valor de cada cual, asegúrate de no deshonorar a tus ancestros, que eran famosos por su fuerza y su valor en todas partes.

—Lo que dices es cierto, mi querido padre —respondió Telémaco—, y verás, si quieres, que no tengo intención de deshonorar a tu familia.

Laertes se alegró al oírlo. Y exclamó:

—¡Dioses! ¡Cuánto me alegra presenciar este día! Mi hijo y mi nieto rivalizan en valor.

Entonces Atenea se le acercó y dijo:

—Hijo de Arcesio, el mejor amigo que tengo en el mundo, reza a la doncella de ojos glaucos y a Zeus, su padre, apunta la lanza y arrójala.

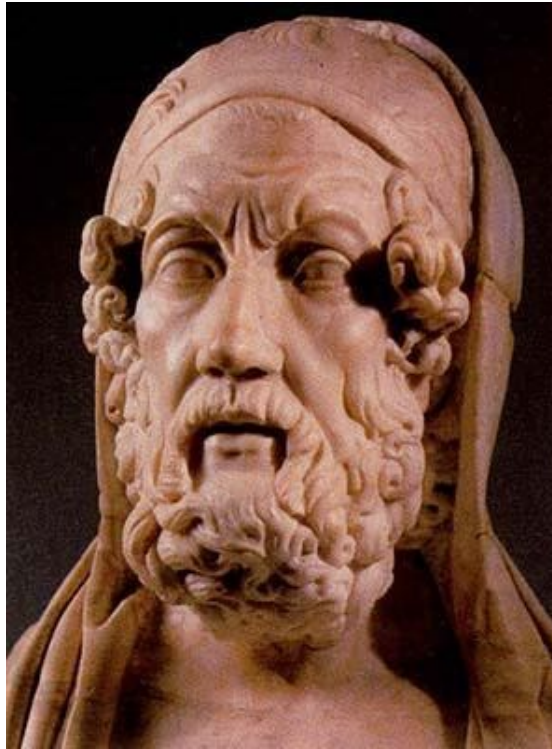
Nada más hablar infundió en él un valor renovado, y después de rezar y apuntar la lanza, la arrojó. Acertó a Eupites en el casco y la lanza lo atravesó, pues el casco no resistió su empuje, y su armadura resonó cuando se desplomó en el suelo. Entretanto Ulises y su hijo cargaron contra la vanguardia de los enemigos y les golpearon con las lanzas y espadas. Y los habrían matado a todos si Atenea no hubiera alzado la voz y detenido el combate.

—Hombres de Ítaca —exclamó—, poned fin a esta guerra espantosa y zanjad la cuestión cuanto antes sin más derramamiento de sangre.

Un pálido temor los dominó a todos. Tanto se asustaron al oír la voz de la diosa que soltaron las armas al suelo y echaron a correr hacia la ciudad para salvar la vida. Pero Ulises soltó un grito y corrió tras ellos como un águila que se abate en picado. Entonces el hijo de Cronos envió un rayo de fuego que cayó justo delante de Atenea. Y ella le dijo a Ulises:

—Ulises, noble hijo de Laertes, detén este combate o Zeus se enojará contigo.

Así habló Atenea y Ulises la obedeció de buen grado. Luego Atenea adoptó la forma y la voz de Méntor y selló un pacto de paz entre los dos bandos.



Homero nació en el año 1102 a. C., en una de las siete ciudades que se disputaron la gloria de ser su patria: Itaca, Esmirna, Quíos, Colofón, Pilos, Argos y Atenas. Era hijo de Cretéis, una jovencita imprudente que quedó embarazada no se sabe de quién. Después del nacimiento de Homero su madre se casó con Femio, famoso bardo que dirigía una escuela poética, y que aparece en la *Odisea*, quien le enseñó el oficio de poeta; a la muerte de su padrastro, Homero le sustituyó al frente de la escuela, hasta que decidió dedicarse a viajar, y visitar, entre otros lugares, Iberia. A su regreso a Grecia contrajo una enfermedad en los ojos, que al poco tiempo le provocó la ceguera. Entonces decidió dedicarse exclusivamente a la poesía, y se casó y tuvo dos hijas. Compuso un buen número de poemas, entre ellos:

- *Foceida*
- *Cércopes*
- *Batracomiomaquia*
- *Psaromaquia*
- *La cabra siete veces trasquilada*
- *El canto del mirlo*
- *Ilíada*
- *Odisea*
- *El horno*
- *La canción del mendigo*

A su muerte fue enterrado en la isla de los. Esto es lo que cuenta la más antigua de sus biografías, atribuida falsamente a Heródoto.

Según afirmaba Heráclito, murió durante un viaje, de pena y de rabia por no ser capaz de resolver el enigma que le habían planteado unos pescadores, a los que el poeta invidente había preguntado si habían pescado algo. La respuesta vino en forma de acertijo:

«Los que pillamos los tiramos,
los que no pudimos atrapar nos los llevamos».

(Solución: los piojos).

Según otra leyenda, citada por Eustacio de Tesalónica, Homero sería egipcio, o había estudiado en Egipto; allí, en el templo de Hefesto en Menfis, habría encontrado los poemas sobre la guerra de Troya y sobre el regreso de Ulises que había escrito la poeta egipcia Phantasia y que había confiado al cuidado de los sacerdotes del templo. Homero convenció a los sacerdotes de que le hicieran una copia de los poemas y los adaptó para escribir la *litada* y la *Odisea*.

Según otras fuentes, Homero era hijo de Telémaco, y nieto por tanto de Ulises...

Es decir: que, al igual que nosotros, los antiguos no sabían nada de Homero.

Lo que sí es cierto es que, fuera quien fuera su autor, la *Ilíada* y la *Odisea*, transmitidas oralmente por los rapsodas, alcanzaron pronto gran popularidad. Ya en el siglo VIII a. C. ambos poemas eran venerados por los griegos como la síntesis de la sabiduría divina y humana. Como eran recitados en las fiestas públicas de Atenas, el legislador Solón dispuso en el siglo VI a. C. que la recitación se hiciera siguiendo el orden del asunto; y su sucesor Pisístrato hizo escribir las versiones de cada rapsoda, las comparó entre ellas y estableció un texto único.

Lo cual no evitó que continuaran las incertidumbres sobre el autor. Ya en la época alejandrina se sospechó que la *Ilíada* y la *Odisea* podían ser obras de autores distintos. La polémica resurgió con fuerza a principios del siglo XIX, tras la publicación de los *Prolegomena ad Homerum* (1795), del filólogo alemán Friedrich August Wolf, quien sostuvo que ambas epopeyas se habían formado a partir de poemas orales menores compuestos en épocas diferentes

por distintos aedos y que fueron refundidos en un solo texto con posterioridad.

La discusión sigue viva. Homero pudo haber sido el autor de la *litada* y la *Odisea* o quizá solo de una de ellas (según Samuel Butler, por ejemplo, la *Odisea* habría sido escrita por una mujer); o únicamente el recopilador de ambos poemas, o quizá solo de uno de ellos; o a lo mejor ni siquiera existió. Que no le hizo falta haber existido para ser el más grande poeta de todos los tiempos.

Notas

[1] Ulises se cargó, por lo menos, a los siguientes (en orden alfabético): Alástor, Alcandro, Cárope, Cromio, Democoonte, Deyopites, Dolón, Ennomo, Halio, Hipódomo, Molión, Nomeón, Pitides, Prítanis, Quersidimonte, Reso, Soco y Toón. Al parecer, en las guerras antiguas era costumbre preguntarle el nombre al enemigo antes de matarlo. <<

[1] **Día 1**

8 de marzo

1178 a. C.

En la *Odisea* se describen diversos fenómenos astronómicos: un posible eclipse de sol en el canto XX, la aparición simultánea de las constelaciones de las Pléyades y el Boyero al anochecer, las posiciones en el cielo de Venus y Mercurio, la luna nueva... Cruzando todos estos datos con el «Five Millenium Canon of Solar Eclipses», publicado por la NASA en 2006, y que describe todos los eclipses solares desde el 2000 a. C. hasta el año 3000 de nuestra era, los investigadores Constantino Baikouzis, del Observatorio Astronómico de La Plata, y Marcelo Magnasco, de la Rockefeller University de Nueva York, han aventurado que el eclipse mencionado en el canto XX habría tenido lugar el 16 de abril de 1178 a. C. La acción de la *Odisea* empieza cuarenta días antes, el 8 de marzo. <<

[2] **¿Odiseo o Ulises?**

La *Odisea* toma su título del nombre griego de su protagonista, Odysseus (Ὀδυσσεύς).

La primera traducción de la *Odisea* es la realizada al latín en el s. III a. C. por Livio Andrónico. Aunque se titula *Odyssia*, en ella el nombre del protagonista es Ulixes. Desde entonces, se suele conocer como Ulises al protagonista de la epopeya, y Ulises ha pasado a ser un nombre relativamente común: según el Instituto Nacional de Estadística, en 2019 había en España 2274 personas que se llamaban así, y nadie llamado Odiseo. <<

[3] ATENEA

Αθήνα

Es la diosa de la razón, de las artes y la guerra; va armada con una lanza y protegida por una coraza de piel de cabra. Su padre Zeus se traga a su madre Metis, su primera esposa, pues una profecía le había advertido que sus hijos con ella iban a ser más poderosos que él. En el momento del parto, estando Metis todavía dentro de él, sufre un horrible dolor de cabeza y pide a Hefesto que se la abra de un hachazo. De la brecha sale Atenea, adulta y armada, profiriendo un grito de guerra. (Píndaro, *Olímpicas*, VII, 35). Atenea es la protectora de varios héroes cuyas virtudes se relacionan con los dominios de la diosa; Ulises, por ejemplo, recibe su protección gracias a su ingenio, su astucia y sus dotes oratorias, cualidades que Atenea aprecia. <<

[4] TELÉMACO

Τηλέμαχος

Es el hijo único del matrimonio de Penélope y Ulises. Cuando Telémaco es apenas un bebé, su padre se marcha a la guerra de Troya, que durará diez años. Durante el tiempo que Ulises está fuera, Mentor, un viejo amigo, cuidará de su hijo. Después de la guerra Ulises tarda otros diez años en regresar a casa; cuando Atenea visita a Telémaco en Ítaca, este tiene veinte años. <<

[5] PENÉLOPE

Πηνελόπη

Es hija de Icario, rey de Esparta, y de Peribea, una Náyade o ninfa de agua dulce. Cuando Penélope alcanza la edad de casarse, su padre organiza una carrera y la ofrece en matrimonio al vencedor; Ulises es quien la gana. Icario pide a la pareja que se queden a vivir en Esparta pero Ulises declara que desea marcharse a Ítaca, obligando a Penélope a escoger entre su padre y su marido. Ella, ruborizada, no responde y se tapa la cara con un velo; el padre, que lo entiende, los deja ir y erige un monumento al pudor en honor a su hija (Pausanias, *Descripción de Grecia*, III12,1-4; III 20,10-11). Esta anécdota se suma a muchas otras para hacer de Penélope un símbolo de fidelidad marital.

<<

[6] **La voz pública de las mujeres**

«Hay algo vagamente ridículo en este chiquillo que hace callar a una experimentada Penélope de mediana edad. Pero es una buena demostración de que justo cuando empiezan las pruebas escritas de la cultura occidental las mujeres no son escuchadas en la esfera pública; más que eso, tal como lo explica Homero: de que una parte integral del crecimiento de un hombre es aprender a controlar lo que se dice en público y a silenciar a las mujeres de la especie». (Mary Beard, *Mujeres y poder: un manifiesto*). <<

[7] EURICLEA

Εὐρύκλεια

Nodrizza de Ulises y fiel guardiana de su palacio. En su juventud, Laertes, el padre de Ulises, la compra como esclava. Ulises también confiará en ella para que cuide de Telémaco. Su nombre significa «fama amplia», y contrasta con el de Anticlea, madre de Ulises, que significa «sin fama». <<

[8] **Día 2**

9 de marzo

1178 a. C. <<

[9] **Los fallos de Homero**

Quandoque bonus dormitat Homerus (De vez en cuando se duerme el buen Homero), dice Horacio en su *Ars poética*. La frase ya era, tal vez, proverbial, para referirse a los fallos que los críticos advertían en sus obras. Aquí, Egiptio no puede saber la suerte que ha corrido su hijo porque Ulises no ha vuelto para contárselo. <<

[10] **108 enamorados**

«Veamos qué es lo que la *Odisea* nos pide que nos creamos, o, mejor, que nos traguemos. Se nos dice que más de cien jóvenes se enamoran profundamente, y al mismo tiempo, de una supuesta viuda que podría doblarles la edad, y a la que apenas han visto, y menos a solas. Tan enamorados están que ni pueden pensar en otro matrimonio hasta que Penélope elija a uno de ellos; y, como no lo hace, se vengan de su crueldad devorando sus terneros y sus bueyes, bebiendo su vino y acostándose con sus criadas, sin que nadie haga el menor esfuerzo por echarlos». (Samuel Butler, *The Authoress of the Odyssey*). <<

[11] MENTOR

Μέντωρ

Amigo de Ulises y maestro y consejero de Telémaco. Su nombre se incorporó al lenguaje común a partir de la fama que adquirió, a principios del s. XVIII, la novela *Les aventures de Télémaque*, del abate Frangís de Salignac de la Mothe-Fénelon, tutor del Delfín de Francia, de la que Mentor (en realidad, Atenea disfrazada de Mentor) es el personaje principal. La novela, admirada por, entre otros, Rousseau, Montesquieu y Thomas Jefferson, gozó de gran popularidad en toda Europa, y fue libro de lectura obligada para los estudiantes de francés. Ya en 1914 la Real Academia Española adoptó «mentor» como nombre común. <<

[12] **Día 3**

10 de marzo

1178 a. C. <<

[13] **4500 personas y 81 toros**

«Después de leer la *Odisea*, lo que más se echaba en falta, en el aire de nuestra costa, es el olor a carne asada que las hecatombes de bueyes y terneros expandían, en la época homérica, por el litoral del paganismo. Es un olor que hace soñar». (Josep Pla, *El cuaderno gris*). <<

[14] NÉSTOR

Νέστωρ

Es hijo de Neleo, fundador de Pilos, y de Cloris; su mujer es Eurídice de Pilos. Se convierte en rey de Pilos con la muerte de su padre y sus hermanos a manos de Hércules, enfurecido por la negativa de la familia a purificarlo después de haber acabado con el héroe Ifito (Ovidio, *Metamorfosis*, 2659). En la guerra de Troya se gana el reconocimiento de ser el más justo de los griegos, y esto hace que los dioses le concedan un regreso tranquilo a casa; además de esto también goza de una vida larga, alcanzando una edad equivalente a las tres generaciones. <<

[15] **Muerte súbita**

Apolo era al mismo tiempo el dios de las artes, de la belleza, de la armonía, por un lado, y por otro lado de la muerte súbita, que causaba con sus flechas indoloras, de las plagas y las enfermedades. Dos de sus símbolos eran el arco y la lira, ambos instrumentos de cuerda tensada, pero cuyas finalidades son muy dispares. <<

[16] **Noche de amor**

En la *Ilíada* y en la *Odisea*, los invitados siempre duermen solos. Se pregunta Zenódoto de Éfeso, primer bibliotecario de la Biblioteca de Alejandría (s. III a. C.), si, después de tanto vino, Pisístrato y Telémaco querían seguir la fiesta por su cuenta. <<

[17] **Día 4**

11 de marzo

1178 a. C. <<

[18] **Día 5**

12 de marzo

1178 a. C. <<

[19] MENELAO

Μενέλαος

Rey de Esparta, hermano de Agamenón y esposo de Helena. Es hijo de Atreo, rey de Micenas, y de Aérope, una princesa cretense. Se convierte en rey de Esparta al casarse con Helena, tras vencer en el concurso de pretendientes convocado por Tindáreo, padre putativo de Helena. La fuga de esta con París desencadena la guerra de Troya; tras la caída de la ciudad, cuando Menelao se dispone a matar a la esposa infiel, Helena se le muestra medio desnuda, y ello basta para que el arma se le caiga de las manos y renazca el antiguo amor. Es el penúltimo de los héroes griegos en regresar al hogar tras la guerra, pues tarda ocho años. <<

[20] **Gestación subrogada**

El recurso de tener hijos con una esclava cuando no es posible tenerlos con la esposa legítima también se encuentra en el Génesis. Sara, esposa de Abraham, le ofrece su esclava Agar, para que la deje embarazada (16:1-15). Lo mismo hacen Leá y Raquel, las dos esposas de Jacob, con sus respectivas esclavas, Zilpá y Bilhá (30:1-10). <<

[21] HELENA

Ελένη

Esposa de Menelao. Es hija de Zeus y de Leda, la esposa de Tindáreo, rey de Esparta. Helena nace de uno de los dos huevos que puso Leda tras su unión con Zeus metamorfoseado en cisne; de los mismos huevos nacen los Dioscuros, Cástor y Pólux, y Clitemnestra, que será esposa de Agamenón. Helena era la mujer más hermosa del mundo, y fue el premio que Afrodita concedió a París por haberla elegido como la diosa más bella. El rapto de Helena desencadena la guerra de Troya; durante los diez años que dura el asedio ella vive casada con París y, a la muerte de éste, con Deífobo, otro hijo de Príamo, rey de Troya. <<

[22] **Culpar a la mujer**

La propia Helena se atribuye la responsabilidad de la guerra de Troya, pero al parecer lo de dar la culpa a las mujeres era una costumbre generalizada. Horacio, en sus *Sátiras* (1:107-108) dice: «Nam fuit ante Helenam cunnus taeterrima belli causa» (Ya antes de Helena el coño había sido una causa funesta de guerra). Christopher Marlowe, en su *Doctor Faustus* (acto V, escena 1) se refiere así a la belleza de Helena: «Was this the face that launch'd a thousand ships / and burnt the topless towers of Ilium?» (¿Era este el rostro que lanzó mil naves / y quemó las altivas torres de Troya?). <<

[23] **Juntos hasta el Infierno**

Además de compartir residencia en el caballo de madera, Diomedes y Ulises conviven también en el Infierno de Dante, convertidos en una llama de doble lengua (canto XXVI, vv. 49-84). Están condenados con los consejeros fraudulentos, por haber urdido el engaño del caballo de Troya, por haber descubierto con un ardid el escondite de Aquiles —que se refugiaba en la corte del rey Licomedes disfrazado de mujer para no tener que ir a la guerra, donde sabía que perdería la vida—, y por haber robado el Paladio, la estatua de Atenea que protegía la ciudad de Troya. <<

[24] **Día 6**

13 de marzo

1178 a. C. <<

[25] **Filomelides**

Rey de Lesbos que obligaba a los viajeros que llegaban a su isla a luchar contra él. Si los vencía, los mataba, pero Ulises lo mató a él cuando, rumbo a Troya, hizo escala allí. <<

[26] **El hombre-grillo**

Titono era hermano de Príamo, rey de Troya. Era tal su belleza que la Aurora se enamoró de él, y pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad, cosa que el padre de los dioses concedió. Pero como se le olvidó pedir también la juventud eterna, Titono se fue haciendo cada vez más viejo, arrugado y encogido, hasta convertirse en un grillo.

Tennyson, en su poema *Tithonus*, describe la envidia que siente el personaje por los «happy men that have the power to die» (hombres felices que pueden morir). <<

[27] **Día 7**

14 de marzo

1178 a. C. <<

[28] CALIPSO

Καλυψώ

Es hija del titán Atlas y de la ninfa oceánide Pléyone. Calipso reina en Ogigia, una isla en la que se la encierra como castigo por ser hija de Atlas, después de que los titanes perdieran la guerra contra los dioses del Olimpo. Acoge a Ulises cuando el héroe llega a sus dominios, lo cuida y le ofrece la inmortalidad y la juventud eterna si este accede a quedarse con ella; Ulises rechaza la propuesta y queda preso en la isla durante siete años hasta que los dioses deciden que es hora de que emprenda el camino a casa. Se dice que Calipso y Ulises tuvieron dos hijos, Nausítoo y Nausínoo (Hesíodo, *Teogonía*, 1019). <<

[29] **Mala suerte con los hombres**

La pobre Aurora no tiene suerte con sus amantes. Al parecer, Orión, que era un gigante de una belleza extraordinaria, intentó violar a Artemisa. La diosa le envió un escorpión que le picó en el talón y lo mató. Tanto el escorpión como Orión fueron transformados en constelaciones: la constelación de Orión huye eternamente de la de Escorpión. <<

[30] ULISES

Ὀδυσσεύς

Rey de Ítaca. Es hijo de Laertes y Anticlea, y nieto de Autólico, maestro ladrón descendiente de Hermes.

De joven, en una visita a su abuelo, participa en una cacería y un jabalí le hiere en la pierna, dejándole una cicatriz permanente.

Finge estar loco para evitar participar en la guerra de Troya pero, al descubrirse su estratagema, termina partiendo de Ítaca hacia Troya con un contingente de doce barcos.

Su astucia y su falta de escrúpulos le hacen destacar en la guerra como diplomático, ladrón y estratega; suya es la idea del caballo de madera que da la victoria a los griegos. Después de la guerra, Ulises y sus hombres emprenden el camino de vuelta a casa; la *Odisea* cuéntalas aventuras que entonces les suceden. <<

[31] **Día 8**

15 de marzo

1178 a. C. <<

[32] **Amor incomprensido**

«¡Calipso, ah, Calipso! Pienso muchas veces en ella. Amó a Ulises. Vivieron juntos durante siete años. No sabemos durante cuánto tiempo compartió su lecho con Penélope, pero seguramente no fue tanto. Aun así, se suele exaltar el dolor de Penélope y menospreciar el llanto de Calipso» (Milan Kundera, *La ignorancia*). <<

[33] **Días 8-29**

Del 15 de marzo

al 5 de abril

1178 a. C. <<

[³⁴] **Días 30 – 32**

Del 6 de abril

al 8 de abril

1178 a. C. <<

[35] NAUSÍCAA

Ναυσικάα

Hija de Alcínoo, rey de los feacios, y de la reina Arete. Según algunos mitógrafos, como Pseudo-Apolodoro (*Biblioteca mitológica*, 7,35) y Dictis Cretense (*Ephemeris belli troiani*), acabó casándose con Telémaco, y tuvo con él un hijo llamado Persépolis. <<

[36] **Paraísos**

El jardín de Alcínoo es, junto con el jardín de Calipso descrito en el canto V, uno de los primeros ejemplos del tópico literario del *locus amoenus*, o jardín maravilloso. Otros ejemplos son el Jardín del Edén (Génesis, 2:9-15), el jardín del rey Midas (Heródoto, *Historia*, VIII, 138), la Arcadia en la que sitúa Virgilio sus *Bucólicas*, el Paraíso musulmán (Corán, suras 16,18,36-38). O el que describe fray Luis de León en su *Oda a la vida retirada*: «Del monte en la ladera / por mi mano plantado tengo un huerto». <<

[37] **Día 33**

9 de abril

1178 a. C. <<

[38] **Dios aprieta pero no ahoga**

Demódoco compensa su ceguera con su don para el canto; el adivino Tiresias, que Ulises encontrará en el inframundo, recibe el don de la profecía al tiempo que los dioses le privan de la vista. Quizás Borges tuvo en cuenta estos ejemplos cuando compuso su Poema de los dones: «Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche». <<

[39] **El mejor arquero**

Filoctetes era el depositario del arco y las flechas de Hércules. Se enroló en la expedición contra Troya, pero tuvo que desembarcar antes de llegar por culpa de una herida en un pie. Cuando el oráculo determinó que los griegos no ganarían la guerra hasta que tomaran parte en ella las armas de Hércules, Ulises fue a buscarlo para que se reincorporara al ejército griego. <<

[40] **Llamada al orden**

San Clemente de Alejandría, de nombre en latín Titus Flavius Clemens (c. 150 - c. 216), teólogo cristiano, comenta este pasaje en su *Protrepticus*: «¡Cese tu canto, Homero! No es hermoso, nos presenta un adulterio. Nosotros apartamos los oídos de la fornicación». <<

[41] **Homero sigue dormitando**

Otro fallo del autor: del personaje de Circe todavía no se ha hablado. <<

[42] POLIFEMO

Πολύφημος

Hijo de Poseidón y de la ninfa marina Toosa. Se le suele representar como un horrible ogro barbudo con un solo ojo en la frente. Vive solo en una caverna y devora la carne cruda, pese a conocer el uso del fuego. Con anterioridad a la visita de Ulises ha estado enamorado de Galatea, que no le corresponde. Cuando la descubre en brazos de su prometido Acis, aplasta a este último con un peñasco (Ovidio, *Metamorfosis*, XIII, 882-884). Eurípides, en cambio, en su drama satírico *El cíclope*, le atribuye tendencias homosexuales. <<

[43] **Gañán montañoso**

«Un monte era de miembros eminente / este que, de Neptuno hijo fiero, / de un ojo ilustra el orbe de su frente / émulo casi del mayor lucero; / cíclope, a quien el pino más valiente, / bastón, le obedecía, tan ligero, / y al grave peso junco tan delgado, / que un día era bastón y otro cayado» (Luis de Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea*). <<

[44] CIRCE

Κίρκη

Hija de Helios y de la ninfa oceánica Perseis, y hermana de Eetes, rey de la Cólquida, guardián del Vello de Oro. Vive en la isla de Eea, en un gran palacio rodeado de bosques por el que merodea un gran número de animales salvajes, hombres en otro momento a los que ella ha convertido en animales gracias a sus conocimientos de hechicería. De regreso a Ítaca, Ulises permanece un año junto a Circe; según Hesíodo (*Teogonía*, 1011), tiempo suficiente para engendrar tres hijos de Circe, Agrio, Latino y Telégono. <<

[45] **¿Mandrágora o ajo negro?**

Desde la Antigüedad la botánica ha intentado identificar a qué planta corresponde el moly. Plinio el Viejo (23-79), en su *Naturalis historia* (1,25, 8), la describe con una raíz como la de una cebolla, pero negra. Linneo la identifica con el *Allium nigrum*.

Una hipótesis actual sería que la droga que da Circe a los hombres de Ulises es el estramonio (*Datura estramoniurri*), que produce alucinaciones y les hace creer que se han convertido en cerdos. El moly sería la campanilla de invierno (*Galanthus nivalis*), que contiene galantamina, un antídoto del estramonio.

El moly se sigue usando en el universo Harry Potter para contrarrestar los conjuros maléficos. <<

[46] **Animales racionales**

En su fábula *Los compañeros de Ulises*, recogida en el Libro XIII de sus *Fábulas*,

La Fontaine imagina que Circe, antes de devolver la condición humana a los hombres que ha convertido en animales, hace que Ulises les pregunte si desean recuperarla, y que estos se niegan, prefiriendo la libertad de la vida animal.

La idea está tomada de un diálogo de Plutarco, *Los animales usan la razón*, contenido en sus *Moralia*. <<

[47] TIRESIAS

Τειρεσίας

El adivino Tiresias, ciego, es el primer transexual de la historia. Un día vio unas serpientes que copulaban, y las separó con un bastón. Como castigo, fue transformado en mujer. Siete años más tarde, volvió a separar serpientes, y como castigo fue transformado en hombre. Un día Zeus intentaba justificar ante Hera, su esposa, sus numerosas infidelidades, explicándole que los hombres disfrutaban con el sexo mucho menos que las mujeres, y que por esta razón necesitaban practicarlo más a menudo. Hera sostenía que esto no era así, y para aclarar la cuestión llamaron a Tiresias, el único que había estado en los dos lados. Este dio la razón a Zeus, diciendo que las mujeres gozan diez veces más que los hombres. Como castigo, Hera le privó de la vista; como premio, Zeus le dio el poder de predecir el futuro. <<

[48] **Profecías inútiles**

Cassandra, hija de Príamo y Hécuba, reyes de Troya, tenía el don de la profecía, pero no el de la persuasión, por lo que nadie la creía. En vano advirtió a los troyanos de los peligros del caballo de madera. Concluida la guerra, fue entregada como botín a Agamenón, que se enamoró de ella, y tuvo con ella dos hijos gemelos, Telédamo y Pélope. <<

[49] **Hombres-hormiga**

Μυρμιδόνες (Mirmidones) deriva de Μυρμηξ (hormiga). La isla de Egina, en la que nació Eaco, abuelo de Aquiles, estaba desierta, por lo que Eaco, que deseaba tener un pueblo sobre el que reinar, pidió a Zeus que transformara las numerosísimas hormigas en personas, y Zeus así lo hizo. De ahí el nombre.

<<

[50] **Crueldad infinita**

Ulises omite que, según se narra en otras historias de la guerra de Troya, Neoptólemo destacó por ser el más despiadado de los asesinos tras la caída de la ciudad. Dio muerte a Príamo ante el altar de Zeus y a Astianacte, hijo de Héctor, arrojándolo desde la muralla. En otra versión, Neoptólemo mata a Príamo golpeándolo con el cuerpo sin vida de su nieto. <<

[51] **Mujeres-pájaro**

En la tradición griega, las sirenas son genios marinos con rostro de mujer y cuerpo de ave (Ovidio, *Metamorfosis*, V, 550). Son hijas del dios-río Aqueloo y de una de las musas. Su número era impreciso. Según algunas fuentes, eran tres: Parténope, Leucosia y Ligia; una tocaba la lira, otra cantaba y la tercera tocaba la flauta. Con su música atraían a los navegantes, que se acercaban peligrosamente a la costa y zozobraban, y las sirenas devoraban a los imprudentes. <<

[52] **Ulises se queda solo**

Ulises llega a Troya al mando de doce naves con unos 120 hombres cada una, e inicia la vuelta a casa con los 950 supervivientes de la guerra. En Ismaro mueren 72 hombres; Polifemo se come a 6; 1 muere borracho en el palacio de Circe; 800 mueren ensartados por los lestrigones; a 6 se los traga Escila; los que quedan se ahogan después de comer las vacas del sol. <<

[53] **Día 34**

10 de abril

1178 a. C. <<

[54] **En Creta todos mienten**

Ulises sitúa sus mentiras —ésta y otras que seguirán— en Creta, que en la antigüedad fue considerada patria de los mentirosos. Epiménides, legendario poeta y filósofo cretense del s. VI a. C. que según Plutarco y Diógenes Laercio estuvo dormido durante cincuenta y siete años, enunció la célebre paradoja que lleva su nombre:

«Todos los cretenses mienten. Yo soy cretense». <<

[55] EUMEO

Εὐμαιος

Es hijo de Ctesio, rey de la isla de Siria, una de las Cicladas. De niño fue raptado por unos piratas fenicios y vendido a Laertes, que lo crio junto con sus hijos Ulises y Ctímene. Es el porquero de Ulises y, junto con Euriclea, su sirviente más fiel. <<

[56] **Oráculos y pitonisas**

El oráculo más famoso de la Grecia Antigua fue el de Delfos, en el que ejercía la Pitia o Pitonisa, también llamada Sibila, que predecía el futuro inspirada por los vapores que emanaban de una grieta en la roca. También tuvo gran celebridad el de Dodona, que, según Heródoto (*Historia*, II, 52), era el más antiguo de Grecia.

Los sacerdotes predecían el futuro interpretando el movimiento de las hojas de los robles del bosque sagrado. <<

[57] **Día 36**

12 de abril

1178 a. C. <<

[58] **Día 37**

13 de abril

1178 a. C. <<

[59] **Día 38**

14 de abril

1178 a. C. <<

[60] **Día 39**

15 de abril

1178 a. C. <<

[61] **Espanto de los mortales**

Así era conocido Équeto, rey de Epiro. Se cuenta de él que cuando se enteró de que su hija Métope había tenido amores con un tal Ecmódico, mandó castrar al muchacho, y a su hija la cegó clavándole agujas en los ojos. Luego la encerró en una torre y le dio granos de cebada hechos de bronce para moler, prometiéndole que recuperaría la vista cuando consiguiera hacer harina con ellos. <<

[62] **Las puertas del sueño**

Se trata de un juego de palabras en griego antiguo: κέρας (cuerno) resuena con κραίνω (cumplir), mientras que ἐλέφας (marfil) se parece a ἐλεφαίρομαι (engañar). Esta imagen ha ido apareciendo constantemente a lo largo de la historia. Platón, en su diálogo *Cármides*, la pone en boca de Sócrates: «Escucha, pues, mi sueño; bien sea que haya pasado por la de cuerno o por la de marfil»; Neil Gaiman, en *The Sandman*, hace que Morfeo use cuerno y marfil para construir las puertas a su reino. <<

[63] **Diosas de la venganza**

Las Erinias nacieron de las gotas de sangre que cayeron en la tierra cuando Cronos, padre de Zeus, castró a Urano, su propio padre. Se representaban como genios alados con serpientes en la cabellera y llevando en la mano antorchas o látigos. Cuando se apoderaban de una víctima la enloquecen y torturan de mil maneras. Su misión principal es la venganza del crimen. <<

[64] **Día 40**

16 de abril

1178 a. C. <<

[65] **Eclipse**

«El sol ha desaparecido del cielo»... Un eclipse total de sol tuvo lugar en la zona el 16 de abril de 1178 a. C., y a partir de esta fecha se ha establecido la datación de la acción de la Odisea, que se desarrolla a lo largo de 41 días. <<

[66] **Arqueros**

Éurito, rey de Ecalia, era hijo de Melaneo, tan hábil con el arco que pasaba por ser hijo de Apolo, el arquero divino, de quien habría recibido el arco que luego heredaría su hijo. En el canto VIII se nos ha hablado de Filoctetes, receptor del arco y las flechas de Hércules. Los arqueros homéricos inauguran una larga serie de héroes de gran destreza con esta arma, como son Guillermo Tell y Robín Hood en la Edad Media, o, más recientemente, Lególas (*El señor de los anillos*), Ojo de Halcón (*Los vengadores*) o Katniss Everdeen (*Los juegos del hambre*). <<

[67] **Sueño reparador**

Penélope pasa muchas noches en vela, pero también duerme profundamente, con la ayuda de Atenea, en varios momentos de la *Odisea*. Duerme después de que Telémaco le ordenara callar y la mandara a su habitación (canto I); duerme para aliviar su sufrimiento cuando descubre que Telémaco se ha ido de viaje (canto IV); duerme antes de presentarse a los pretendientes, y Atenea aprovecha su sueño para embellecerla (canto XVIII); y dormirá durante toda la batalla que se avecina. <<

[68] **Falso final**

Aristarco de Samotracia (c. 216 a. C. - c. 123 a. C.), sexto director de la Biblioteca de Alejandría, continuador de los trabajos filológicos de Zenódoto de Efeso y Aristófanes de Bizancio, y autor de la primera edición históricamente relevante de los poemas homéricos, sostuvo que la versión primigenia de la *Odisea* terminaba con el reencuentro de Ulises y Penélope.

<<

[69] **Día 41**

16 de abril

1178 a. C. <<